

**Mi
sabor preferido
eres TU**
Hermanos Montenegro



Andrea Adrich

MI SABOR PREFERIDO ERES TÚ

ANDREA ADRICH

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 62
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Epílogo

**—¿Cuál es tu sabor preferido?
—¿Mi sabor preferido?...
... Eres tú.**

Unos meses atrás.

Prólogo

Sofía miró una última vez hacia atrás, giró el rostro al frente y lanzó las flores por encima del hombro. Eva dio un salto, levantó el brazo todo lo que pudo y atrapó el ramo de novia al vuelo con una sonrisa que surcaba su rostro de un extremo a otro. El resto de chicas que pugnaban por hacerse con él rompió en un coro de exclamaciones alegres.

—¡Es tuyo, Eva! —sonó una voz a su espalda.

—¡Enhorabuena! —se oyó decir por el fondo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡He cogido el ramo! ¡He cogido el ramo! —exclamó Eva, gesticulando aspaventosamente con las manos y dando pequeños saltitos en el sitio.

Se acercó las flores a la nariz y aspiró el aroma dulce y fresco de las rosas blancas, que prevalecía por encima de la fragancia de las demás.

Soltó una risilla nerviosa.

Sofía se dio la vuelta, riéndose. La cara se le iluminó al comprobar que había sido Eva la persona que finalmente había cogido el ramo. Se levantó ligeramente el vestido de novia y corrió hacia ella.

—¡Felicidades, cariño! —le susurró al oído mientras la abrazaba con fuerza—. ¡Eso significa que tú serás la siguiente! —añadió con la voz llena de complicidad, al tiempo que le guiñaba un ojo.

—La siguiente... —murmuró Eva algo escéptica.

No es que fuera pesimista —más bien todo lo contrario—, pero se resistía a creer en esas tradiciones orales que aseguraban que la chica que se hiciera con el ramo de novia sería la siguiente en casarse.

Giró el rostro y de forma inconsciente buscó con la mirada a Adrián Montenegro. Se encontraba en el otro lado del jardín, compartiendo risas y confidencias con su hermano Raúl. Estaba turbadoramente atractivo, con un traje negro ajustado, una camisa blanca y una corbata azul cobalto. ¿Se podía estar más

bueno?

No, desde luego que no, se respondió Eva a sí misma.

Adrián levantó su mirada de ojos negros y profundos y le sonrió con un gesto que a Eva se le antojó de lo más seductor. Claro, que a ella cualquier cosa que hiciera Adrián le parecía seductor.

¡La madre del cordero! ¿Me ha sonreído?, se preguntó con cierto asombro. *¿Me ha sonreído a mí?*

Incrédula, echó un vistazo a su alrededor por si el gesto iba dirigido a otra persona. La gente estaba a su bola, riendo y charlando, ajena a Adrián.

Sí, definitivamente me ha sonreído a mí, se dijo Eva con una punzada de ilusión.

—Veo que no le quitas el ojo a Adrián —observó Sofía.

Eva lanzó al aire un suspiro.

—Es que es tan guapo, tan alto, tan moreno, tan elegante... —enumeró en tono de ensoñación—. Todos los Montenegro parecen haber salido de un anuncio de trajes de Emilio Tucci. ¡A cada cual más atractivo! —exclamó, abriendo los brazos teatralmente—. ¿No te parece? —preguntó a Sofía.

—¿Qué te voy a decir yo, que acabo de casarme con uno de ellos? —Sofía se echó a reír.

—Es verdad... —cayó en la cuenta Eva.

—Anda, vamos a por una copa de champán para celebrar que has cogido el ramo —dijo Sofía entre risas.

Tomó el brazo de Eva y tiró de ella, llevándosela hacia la barra.

Adrián las siguió con la mirada hasta que se mezclaron con los invitados. Siempre le habían gustado las chicas con curvas. Era una especie de debilidad a la que no podía resistirse y Eva le parecía tremendamente atractiva con sus formas redondas y rotundas.

—¿Te gusta la amiga de Sofía? —le preguntó su hermano Raúl de improviso.

—Ya sabes que tengo cierta debilidad por las mujeres grandes y rotundas —respondió Adrián, volviendo el rostro hacia su hermano—. Y a ti, ¿cómo te gustan las mujeres? —curioseó.

—No tengo ningún prototipo especial —contestó Raúl con cierta indiferencia en la voz.

—Deberías ir planteándote sentar la cabeza.

Raúl enarcó una ceja.

—¿Sentar la cabeza? —repitió, como si no hubiera oído bien.

—Sí, ya sabes... Echarte novia, comprometerte, casarte, tener hijos... —dijo Adrián.

Raúl sacudió la cabeza.

—Hablas como si tuviera cincuenta años —se quejó.

—No tienes cincuenta años —apostilló Adrián—, pero sí una edad que empieza a considerarse respetable.

Raúl lanzó al aire una carcajada.

—Tengo veintiséis años. Estoy en lo mejor de la vida —le rebatió—. ¿Cómo me voy a atar a alguien?

Adrián se echó a reír. Le encantaba picar a su hermano con esos temas, consciente de que Raúl no tenía ninguna intención de formalizar relación alguna con una mujer.

—No vamos a hacer carrera de ti —dijo.

—Por ti y porque seas muy feliz con Jorge —se adelantó a hacer el brindis Eva, levantando su copa de champán.

—Por ti y por... Adrián —dijo Sofía con picardía.

Eva sonrió y chocó el borde de su copa con la de Sofía.

Por mí y por Adrián, musitó para sus adentros.

En la actualidad.

CAPÍTULO 1

Eva corrió hasta la otra punta de la habitación cuando oyó el sonido melodioso de su teléfono.

—¡Sofía! —exclamó alegre al descolgar.

—¿A qué no sabes quién acaba de regresar a Madrid? —dijo Sofía sin poder contenerse.

—¿Adrián? —preguntó Eva rápidamente, como si el nombre le quemara en los labios.

—El mismo.

—¿Ya ha regresado de Nueva York?

—Sí.

—¿Pero es definitivo, o va a volver a irse?

—Es definitivo —le informó Sofía—. Tendrá que ir para ultimar algunos detalles de la construcción, pero serán viajes puntuales.

—Oh, Dios... ¿Así que ya está en Madrid? —Eva quería cerciorarse.

—Sí, ya lo tienes aquí.

Eva resopló.

—Menos mal que regreso la próxima semana, sino te aseguro que me daría un parraque o algo de eso... —apuntó—. No te imaginas las ganas que tengo de verlo. He pensado mucho en él este tiempo que he estado en Londres —confesó.

—Pues la espera ha terminado —aseveró Sofía—. Entonces, ¿vienes la semana que viene? —le preguntó.

—Sí.

—¿Quieres que te vaya a recoger al aeropuerto? —se ofreció Sofía.

—Por supuesto —afirmó Eva—. ¿Acaso tienes que preguntarlo? Aparte de a Adrián, a la segunda persona a la que tengo unas ganas locas de ver es a ti.

—Vaya, gracias por estar la segunda en tu lista de preferencias —dijo Sofía, fingiendo reproche.

Eva carcajeó.

—Lo siento. Pero en estos momentos me pueden las hormonas —bromeó al otro lado de la línea.

Sofía se unió a Eva en sus carcajadas.

—Te lo perdono porque estamos hablando de mi cuñado.

—Y dime, ¿está tan guapo como siempre? ¿Sigue estando para hacerle un favor? ¿O dos? —se interesó Eva.

—Se te olvida que soy una mujer casada —bromeó Sofía.

—Se nota que Jorge te tiene bien servida.

—¡Eva! —rio Sofía.

Eva se dejó caer sobre la cama.

—Tendrás el valor de decirme que no —dijo.

—Bueno, no puedo negar que los Montenegro son muy... apasionados.

—¿Crees que Adrián será igual?

Sofía se encogió de hombros con una sonrisa.

—No lo sé, pero, por si acaso, vete preparando... —respondió.

—¡Qué bien! Ejercicio gratis —señaló Eva en tono socarrón—. Así adelgazo sin necesidad de ir al gimnasio.

—No seas tonta.

—Hablo en serio. Gimnasio gratis en casa.

Ambas estallaron en risas.

—Avísame cuando sepas la hora a la que llega el avión para ir a buscarte, ¿vale? —dijo Sofía.

—Vale —respondió Eva—. Un beso.

—Un beso —se despidió Sofía.

Eva estaba ansiosa por regresar a España. La estancia en Londres se había convertido en una experiencia que no olvidaría jamás y que repetiría con los ojos cerrados, pero echaba de menos muchas cosas en Madrid y saber que Adrián ya había regresado de Nueva York, no había hecho más que aumentar sus ganas de volver. Así que no veía la hora de coger el avión y volar hasta la capital.

—Hogar, dulce hogar —suspiró mientras metía las últimas cosas en la maleta.

Se sentó encima de ella y con ayuda de su compañera de habitación, la cerró.

—Esta tarde voy a ir a buscar a Eva al aeropuerto —anunció Sofía a Jorge.

—¿Ya está de vuelta? —preguntó él.

—Sí. ¿Puedo llevarme alguno de los coches?

Jorge miró a Sofía.

—Eso no tienes que preguntarlo, mi niña —se adelantó a responder—. Puedes coger el que quieras.

—Bueno, no sé... Hay hombres para quienes sus coches son sagrados y no dejan que nadie los toque.

Los labios de Jorge se abrieron en una sonrisa llena de condescendencia.

—En mi caso, tienes todos a tu disposición —aseveró—. Llévate el que más te guste, o el que más rabia te dé —añadió.

—Me gustaría uno que fuera discreto —empezó a decir Sofía, frunciendo la nariz—. Pero es casi imposible. Todos tus coches son de gama alta.

Jorge se acercó a ella, alargó los brazos y le rodeó la cintura.

—¿Quieres que te regale uno un poco más *discreto*, como dices tú? —le preguntó.

Sofía esbozó una sonrisa, agradecida.

—No es necesario, gracias. Ya hay bastantes coches en el garaje. Nos vamos a quedar sin espacio —bromeó.

—Haremos un garaje más grande, no hay problema —propuso Jorge, acariciándole cariñosamente la punta de la nariz con la suya.

—En serio, con los tuyos tenemos suficientes —insistió Sofía.

—Como quieras —dijo Jorge—. Ya sabes que tus deseos son órdenes para mí. Pídeme la luna y te la bajaré.

Sofía sonrió ante su comentario. Se puso de puntillas y depositó un beso en los labios de Jorge. Seguían siendo tan dulces como el primer día. Jorge le sujetó el rostro con las manos y profundizó el beso, introduciendo la lengua en la boca de Sofía, que se estremeció. Todavía seguía estremeciéndose entre los brazos de Jorge. Y era una sensación que no quería que desapareciera nunca. Nunca. No quería que dejara de llevarla a ese maravilloso lugar donde vuelan las mariposas.

CAPÍTULO 2

Sofía entró en el garaje y echó un vistazo rápido a la fila de coches de Jorge. Todos eran exageradamente grandes y despampanantes. Tras meditarlo unos segundos, finalmente se decidió por el BMW Serie 3 Berlina. Era un coche largo y ancho, pero al menos el color azul marino le hacía pasar desapercibido.

Aunque tenía carnet desde hacía algunos años, no conducía muy a menudo. Prefería ir a los sitios en autobús, en metro, o que la llevara Walther, el chófer de Jorge y, desde hacía unos meses, prometido de su madre.

Pero aquel día le apetecía la libertad e independencia que da un coche. Además, Eva traía un par de maletas enormes y había que meterlas en algún sitio.

Sin pensárselo mucho más, arrancó el BMW, sintiendo como vibraba melosamente bajo sus pies, lo sacó del garaje y se fue directamente al aeropuerto.

Mientras esperaba a Eva, observaba el ir y venir de la gente. El ruido de las ruedas de las maletas que iban de un lado para otro, las despedidas llenas de lágrimas y los reencuentros llenos de risas.

—¡Eva! ¡Eva! —la llamó cuando la vio emerger de entre la gente, agitando al mismo tiempo la mano para hacerse ver.

Eva levantó el rostro y aceleró el paso.

—¡Sofía! —gritó, extendiendo en sus labios una amplia sonrisa.

Sofía advirtió que su pelo lacio rubio había dado lugar a unas ondas voluminosas y muy actuales. Su amiga estaba realmente guapa. Ese nuevo look le daba un toque desenfadado y sexy.

Cuando Eva alcanzó finalmente a Sofía, soltó las maletas y se lanzó a sus brazos.

—Te he echado mucho de menos —le dijo.

—Y yo a ti —murmuró Sofía, estrechándola con fuerza contra sí—. ¡Estás guapísima! —exclamó al deshacer el abrazo—. Ese peinado te queda genial.

—Con la omnipresente niebla de Londres lo tenía todo el día encrespado y como una escarola —le explicó Eva—. Así que decidí empezar a rizármelo. Ya sabes, si no puedes con el enemigo, hazte amigo de él —agregó sonriente.

—Pues déjate así, porque estás guapísima.

—Gracias. Pero es porque tú me ves con buenos ojos.

—¿Qué buenos ojos ni que niño muerto resucitado?! Estás buenísima, Eva. Londres te ha sentado de maravilla.

Ambas rieron con una complicidad que casi se podía tocar.

—Deja que te lleve una de las maletas —dijo después Sofía.

—Gracias —le agradeció Eva—. Pesan como si trajera todas las piedras del Big Ben metidas en ellas —bromeó pizpireta.

—Veo que tu humor sigue intacto —comentó Sofía.

Eva alzó los hombros.

—Genio y figura...

—Vamos —dijo Sofía.

Eva no pudo evitar silbar cuando vio el BMW con el que había ido a recogerla Sofía.

—Wow... —musitó.

—Es de Jorge —se adelantó a decir Sofía, abriendo el maletero con el mando a distancia.

—Es una pasada —comentó Eva.

—Pues es todo nuestro —señaló Sofía, guiñando un ojo. Metieron las maletas en la parte trasera del vehículo—. Sube. Ya verás cómo mola por dentro.

Eva y Sofía subieron al coche.

—¡Joooder! —exclamó Eva, pasando la mano por el salpicadero.

—Todavía no acabo de hacerme con él. Así que si doy algún frenazo, no te preocupes —le advirtió Sofía mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—Tranquila, clavaré las uñas en el salpicadero.

Sofía soltó una carcajada y puso el motor en marcha.

—Allá vamos —dijo—. Agárrate fuerte —bromeó.

—Parecemos Bonnie and Clyde a punto de tirarse por el precipicio —comentó Eva.

—Sí, es verdad —asintió Sofía.

Metió primera, sacó el coche del aparcamiento y se mezcló con la circulación de taxis que había a la salida del aeropuerto.

—Que ganas tenía de verte —le dijo a Eva.

—Y yo a ti —respondió a su vez ella—. Repetiría la experiencia en Londres, pero reconozco que he echado mucho de menos España; a mis padres, a ti, la comida, los recitales en el Marimba Café Bar... A mi Mini rojo. No sabes las ganas que tengo de conducir...

—A Adrián —intervino Sofía.

Eva suspiró.

—A Adrián —reconoció.

Sofía volvió el rostro hacia ella y apretó los labios.

—He estado pensando en organizar una cena en casa —comenzó a decir—. No sé... una especie de fiesta informal o algo así... Y por supuesto, Adrián y tú estaríais invitados —dijo con doble intención.

—¡Qué buena idea! —saltó Eva—. Así podré verlo —añadió con anhelo en la entonación—. Pero, ¿Jorge estará de acuerdo en montar una fiesta en casa?

—Jorge está encantado —respondió Sofía.

—¿Ya se lo has comentado?

—Sí, y no hay ningún problema.

—Con Jorge nunca hay problema —comentó Eva—. A veces se me olvida que estás con él y no con el hijo de puta de Carlos.

—Carlos no me hubiera dejado hacer una fiesta; no me hubiera dejado hacer ni una triste cena...

—Es cierto. Y si te hubiera dejado, después te lo hubiera hecho pagar caro. —Eva chasqueó la lengua, evocando aquellos tiempos nefastos—. ¿Has vuelto a saber algo de él? —se interesó.

—No —negó Sofía—. Desde el día que me llamó no ha vuelto a dar señales de vida.

—Mejor —apuntó Eva—. Que se pudra en la cárcel —agregó, tras unos segundos de silencio—. Pero dejemos de hablar de él —dijo, agitando las manos enérgicamente—. ¿Cuándo tienes pensado hacer la fiesta?

—Cuando tú quieras.

—Por mí, esta misma noche. Pero será mejor que la dejemos para mañana. Tengo que deshacer las maletas y estos últimos días en Londres han sido de lo más ajetreados.

—Ya me imagino. De todas formas, a mí también me viene mejor mañana, para poder avisar a la gente. A Elena y a Oliver, a Adrián, a Raúl y a Alexia...

—¿Alexia? ¿Quién es Alexia? —le cortó Eva, curiosa.

—La novia de Raúl —respondió Sofía.

—¿Raúl tiene novia? —preguntó Eva con el asombro pintado en el rostro.

Sofía afirmó con la cabeza.

—Sí —dijo.

—Pero si Raúl es un soltero empedernido —observó Eva.

—Era —matizó Sofía, sin dejar de prestar atención a la carretera—. Ahora está enamorado como un adolescente.

—Vaya...

—Incluso le ha pedido matrimonio.

—¡Joder, pues sí que está pillado, sí!

—No se van a casar ahora, pero están comprometidos.

Eva recostó la cabeza en el reposacabezas del coche.

—Ver para creer. Hubiera jurado que nunca vería a Raúl con novia.

—Es lo que hace el amor.

—Ya veo, ya.

—Entonces, ¿cena y fiesta mañana por la noche? —preguntó Sofía.

—Sí, cena y fiesta mañana por la noche —respondió Eva contundentemente.

CAPÍTULO 3

—Es algo informal —se dijo Eva frente al espejo de su habitación, en un particular diálogo con ella misma—. No se te ocurra presentarte como si fueras a una boda, por mucho que trates de impresionar a Adrián Montenegro.

Se probó varios *looks*, pero ninguno conseguía convencerla. Cansada, se sentó en el borde de la cama. Dejó caer los hombros y resopló.

—Qué rollo... —masculló.

Chasqueó la lengua ruidosamente.

A última hora se decantó por un vestido negro de punto, con cuello holgado y unos botines del mismo color.

—El negro estiliza, ¿no? —se preguntó—. Pues vamos a estilizarnos un poco.

Siguiendo el consejo de Sofía, cogió las tenacillas del pelo y se hizo las ondas informales que tanto le habían gustado cuando la había visto en el aeropuerto. La verdad es que le conferían un toque menos aburrido que su habitual melena lisa.

—Estoy lista —se dijo, dándose un poco de colorete en tono coral en los pómulos y un toque de *gloss* en los labios.

Sofía le ofreció que Walther fuera a recogerla, pero Eva prefirió tomar un taxi. Cuando llegó a casa de Jorge y de Sofía, todo el mundo estaba ya allí. Elena, Oliver, Raúl...

—Eva, te presento a Alexia —dijo Sofía—. Alexia, ella es Eva, mi mejor amiga.

—Encantada de conocerte —dijo Eva.

Se acercó a Alexia, que todavía llevaba las muletas, y le dio un par de besos en las mejillas.

—Igualmente —correspondió Alexia.

En esos momentos, Adrián entró desde el jardín trasero de la casa. Su mirada de ojos negros se encontró de inmediato con la de Eva. Le sonrió y ella notó cómo se sonrojaba ligeramente. Estaba tremendamente atractivo con un pantalón vaquero ajustado y una camiseta básica blanca.

¿Puede una simple camiseta blanca quedarle tan bien a alguien?, se preguntó Eva en silencio.

—Hola, Eva —la saludó Adrián despreocupadamente.

—Hola, Adrián.

Adrián fue hacia ella, se inclinó y la besó en las mejillas. Eva correspondió a su gesto de forma casi mecánica. Estaba obnubilada.

Eva era pizpireta, risueña, dicharachera y gesticulaba sin parar cuando hablaba, pero de pronto se sentía tímida y ciertamente cohibida. Aunque por norma general no lo era.

Había pensado mucho en Adrián desde que habían coincidido en la boda de Sofía y Jorge. Después se marchó a Londres, y lejos de olvidarse de él, fuera lo que fuese lo que sintiese por el benjamín de los Montenegro, se había acrecentado.

Detrás de Adrián entraron Raúl y Jorge. Resultaba un auténtico espectáculo para la vista ver a los tres hermanos juntos. Una terminaba por no saber por cuál decantarse. Los tres eran guapísimos. Morenos, altos, de rasgos varoniles y marcados y con un perenne bronceado en la piel que era la envidia de cualquiera.

—¡Buenas, Eva! —se adelantó a decir Jorge, aproximándose a ella y depositando en sus mejillas un par de besos.

—Hola, Jorge —lo saludó Eva con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué tal estás? —le preguntó.

—Bien.

—¿Qué tal te ha ido en tierras londinenses?

—Muy bien.

—Me alegro.

—Hola, guapa —intervino Raúl.

—Hola, Raúl.

Después de saludar también a Elena y a Oliver, Sofía se las ingenió para que Eva se sentara al lado de Adrián, algo que a él no le disgustó en absoluto. Definitivamente Eva tenía algo especial, algo que lo atraía mucho.

—Eva, tú siéntate aquí —dijo Sofía, guiñándole un ojo de manera disimulada.

Eva asintió en silencio y se acomodó en la silla. Carraspeó. La proximidad de Adrián la ponía nerviosa. Sentía un millón de hormigas correteándole por el estómago.

Durante la cena apenas abrió la boca, solo unas pocas palabras que intercambió con Elena, situada a su otro lado, y otras pocas con Sofía. Sofía la miraba confusa mientras le hacía gestos disimulados con los ojos para que entablara conversación con Adrián.

¿Qué me pasa?, se preguntó Eva. Yo no soy así. Nunca tengo problemas para hablar ni para iniciar conversación con quien sea. Pero esta noche parece que me ha comido la lengua el gato.

Cogió la copa de vino y dio un trago largo ante los atentos ojos de Adrián, que de vez en cuando le lanzaba miradas furtivas de soslayo.

Quizás el vino me ayude a soltarme un poco, se dijo Eva a sí misma.

Volvió a beber antes de dejar la copa en la mesa.

—¿Qué tal te ha ido por Londres? —le preguntó Adrián, ofreciéndole una sonrisa radiante.

—Muy bien —respondió Eva—. Aunque al final ya tenía ganas de regresar.

Para verte, añadió en silencio.

—Así me ha pasado a mí —continuó Adrián—. Nueva York es una pasada, pero nada como Madrid.

—Tienes razón. Nada como Madrid —afirmó Eva.

—Es que España es España —terció Raúl—. Y Madrid, por supuesto, es Madrid.

—¿Qué tendrá nuestro país? —dijo Adrián con buen humor, dirigiéndose a Eva.

—No sé... —Eva alzó los hombros—. Pero España *is different* —comentó—. O eso dicen...

Dio un nuevo trago de vino. Tenía la boca seca.

—Sí, se mire por donde se mire, España es diferente —apostilló Adrián—. Y nuestras chicas también son diferentes —agregó, dirigiendo a Eva una mirada con los ojos entornados.

Eva se colocó el pelo detrás de las orejas y se limitó a sonreír, cabizbaja. Sofía no entendía por qué estaba tan callada.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sofía a Eva mientras llevaban los platos sucios a la cocina.

—No lo sé —respondió ella—. Estoy como... —buscó una palabra que definiera cómo se sentía—... bloqueada.

—Te desconozco —apuntó Sofía—. Tú eres muy dicharachera. De hecho, hay veces que no te callas ni debajo del agua.

—Yo misma me desconozco —ratificó Eva algo apática—. Pero es que no sé qué me pasa...

Sofía enjuagó los platos en el fregadero y los fue metiendo en el lavavajillas. Se irguió y miró fijamente a su amiga.

—Creo que lo que te pasa es que Adrián te gusta mucho.

Eva frunció los labios.

—La verdad es que nunca me ha gustado un chico tanto como me gusta él —reconoció.

Eva parecía de pronto agobiada. Sofía, que advirtió su estado, le acarició el hombro.

—No te preocupes —le dijo, intentando tranquilizarla—. Ya verás como te vas soltando a lo largo de la noche.

—Eso espero —suspiró Eva—, sino Adrián va a pensar que soy una tonta.

—No eres ninguna tonta —se adelantó a decir Sofía—. Es normal que estés así. Adrián te gusta y delante de la persona que nos gusta tendemos a cohibirnos. A mí a veces todavía me pasa con Jorge —agregó para animarla.

Eva sonrió sin despegar los labios.

CAPÍTULO 4

Los nervios y las ganas de hablar con Adrián hacían que Eva no dejara la copa de vino, a ver si el alcohol conseguía que se le soltase un poco la lengua. Pero se le fue la mano y terminó la noche algo achispada.

—¿Estás bien? —le preguntó Sofía.

—No te lo vas a creer, pero te estoy viendo doble... —rio Eva—. ¿O es que tienes una hermana gemela de la que no me habías hablado?

—Eva, ¿estás borracha? —dijo Sofía reprimiendo una sonrisa.

—Borracha, borracha... ¡Qué exagerada eres! —exclamó Eva, agitando las manos enérgicamente—. Solo estoy un poco... contentilla. Sí, eso: contentilla.

—Estás algo más que contentilla —matizó Sofía.

—Quizás tengas razón... —admitió Eva, notando que se le trababa la lengua al hablar. Hizo una pausa que aprovechó para sentarse en el sofá. De pronto le costaba enfocar la vista—. Creo que lo más conveniente es que me vaya... Sino hay muchas posibilidades de que acabe bailando encima del mueble-bar, o haciendo un *streptase*... —bromeó con voz ligeramente pastosa.

—Le diré a Jorge que te lleve a...

—¡No, no, no! —le cortó Eva—. Pídeme un taxi.

—No voy a dejar que te vayas en un taxi.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que acabes haciéndole el *streptase* al taxista —dijo Sofía en tono socarrón.

Eva estalló en una carcajada.

—Solo se lo haría si fuese joven y guapo y se pareciera a Adrián —apuntó entre risotadas.

Sofía negó para sí con una sonrisa en la boca, se dio media vuelta y buscó a Jorge con la mirada. Estaba al lado del mueble-bar, hablando con Adrián.

—¿Puedes acercar a Eva a su casa? —le preguntó cuando lo alcanzó—. No quiero que se vaya en taxi. No está acostumbrada a beber y creo que se ha pasado con el vino —explicó.

—Sí, claro —respondió Jorge.

—Yo puedo llevarla —se ofreció Adrián—. Justamente le estaba diciendo a Jorge que me iba ya a casa.

—¿No te importa? —dijo Sofía, que vio en su ofrecimiento una oportunidad para que Eva y él hablaran. Además, con Adrián, Eva estaría en buenas manos.

—Para nada —respondió Adrián, haciendo un movimiento con la mano.

—Está bien, se lo voy a decir a Eva, ¿vale?

—Vale.

Sofía se giró sobre sus talones y echó a correr hacia su amiga.

—Te va a llevar Adrián —soltó sin preámbulos.

—¿Adrián? —repitió Eva, abriendo los ojos como platos.

—Sí, se ha ofrecido voluntario a acercarte a casa.

—No me jodas... —farfulló Eva—. No estoy... No estoy presentable.

—No, no te jodo y tú siempre estás presentable —señaló Sofía, tirando de ella—. Además, puedes aprovechar para hablar con él.

Eva se levantó del sofá y se estiró el vestido con las manos. Después se atusó un poco la melena. No quería ni imaginarse qué cara tenía.

—¿Nos vamos?

La voz de Adrián a escasos centímetros de ella hizo que alzara la vista de golpe. Y ahí estaba su particular Adonis de carne y hueso. Un Adonis de piel bronceada que le provocaba suspiros casi a cada segundo.

—Sí —afirmó como un ser autómatas.

Se despidió de todos diciendo adiós con la mano. No estaba para andar besando uno a uno. Además, seguro que Adrián tenía prisa.

—Aprovecha —le susurró Sofía confidencialmente al oído al tiempo que la abrazaba.

Eva sonrió.

Salió detrás de Adrián en dirección al coche, aparcado en la zona del jardín habilitada para ello. Eva se quedó atónita cuando vio que Adrián abría la puerta del copiloto de su Audi TT negro y la invitaba a subir.

—Sube —le dijo con media sonrisa en la boca.

Eva avanzó hacia el vehículo tratando de mantener el equilibrio y no terminar en el suelo como una croqueta. Sin embargo, dio un traspie y tropezó. Por suerte, Adrián estaba lo suficientemente cerca para sujetarla del brazo e impedir que se cayera.

—¿Estás bien? —le preguntó en un tono tan suave que Eva creyó por un momento que iba a derretirse.

—Sí, sí —dijo, irguiéndose—. No he debido beber tanto vino... —masculló para sí.

—¿Decías algo? —se interesó Adrián.

—No, no... —se apresuró a negar Eva.

Sofía no tendría que haber permitido que Adrián me llevara. No estoy presentable, se quejó para sí. Nada presentable, ¡joder!

Finalmente se acomodó en el asiento y Adrián cerró la puerta a su lado. Rodeó el coche por la parte delantera y se metió en el vehículo.

Al entrar, vio como Eva se peleaba con el cinturón de seguridad intentando abrochárselo, pero parecía que no lo conseguía. Durante unos segundos la observó trastear y reprimió una risilla. La escena le resultaba divertida y tremendamente tierna.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó.

Eva frunció la nariz sin cejar en su empeño.

—Sí, creo que sí... —contestó transcurrido un rato, dándose por vencida.

Suspiró frustrada.

—No pasa nada —dijo Adrián. Alargó las manos y abrochó el cinturón sin mayor problema—. ¿Ves? Ya está.

Eva respiró hondo e intentó calmarse. Adrián tenía razón: no pasaba nada.

¡Sí, sí que pasa! ¡Claro que pasa!, se gritó a sí misma, histérica. *Estoy en el mismo coche que Adrián, a solo unos centímetros de él y voy tan borracha que ni siquiera atino a abrocharme el cinturón de seguridad. ¡Me cago en todo lo que se menea!*

Mientras Eva echaba serpientes por la boca, Adrián había arrancado el motor y avanzaba por el camino de arena hacia la salida.

—¿Dónde vives? —le preguntó a Eva, que en esos momentos emergió de sus divagaciones.

Giró el rostro y miró a Adrián.

—¿Qué? —balbuceó.

—¿Cuál es tu dirección? Para acercarte a casa —respondió él.

—Ah, sí... Calle Melchor Fernández... —comenzó a decir Eva.

De pronto se quedó en blanco. Tenía una laguna mental tan grande como el mismísimo océano Atlántico. ¡No se acordaba de dónde vivía!

¡Mierda!

Hizo memoria, pero los pensamientos empezaron a ser cada vez más y más confusos; a enmarañarse como un ovillo de lana.

—Calle Melchor Fernández... —repitió Adrián, animándola a que continuara.

—Melchor Fernández...

Un sueño pesado y denso empezó a caer sobre Eva, que notaba un ligero mareo y los párpados pesados como si tuviera cien kilos de tierra en ellos.

—Melchor Fernández... Melchor... —volvió a decir con voz soñolienta y apenas audible.

Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Unos segundos después estaba sumida en un profundo sueño. Adrián la miró durante un instante sin poder evitar que una sonrisa de ternura asomara a sus labios.

Dormida. Se había quedado dormida.

CAPÍTULO 5

El trino de los pájaros sonaba alegre en la ventana, por la que entraba la luz del sol a raudales. Eva abrió los ojos lentamente. Sus pupilas se agrandaron, inspeccionando lo que veía a un lado y a otro. Extendió el brazo y palpó con la mano lo que había a su alrededor. Le bastaron solo unos segundos para darse cuenta de que no era su cama. Para empezar, porque en la que se encontraba era de matrimonio y la suya era de noventa centímetros.

Se incorporó de golpe.

—¡Joder! —exclamó entre dientes, frunciendo el ceño con gravedad cuando una fuerte punzada de dolor le atravesó la cabeza.

Se llevó los dedos a las sienes y las acarició haciendo pequeños círculos sobre ellas.

—No voy a volver a beber vino en lo que me resta de vida —se lamentó.

Alzó la vista y miró en derredor. La habitación era amplia y luminosa y estaba decorada con mucho estilo, con muebles de diseño seguramente de roble y paredes pintadas de gris claro.

—Virgen santísima... —musitó ante tal despliegue de elegancia.

Fogonazos de imágenes imprecisas comenzaron a llenar su mente. Trataba de ponerles orden, pero resultaba caótico, aunque Adrián aparecía en casi todas ellas.

¿Por qué me ha traído a su casa?, se preguntó. ¿Por qué narices no me llevó a la mía? ¿Hemos...? No se atrevió a terminar la frase.

—No, no, no...

De pronto cayó en la cuenta de algo. Levantó las sábanas y vio que estaba desnuda. Solo tenía puesto el sujetador y las bragas.

—Oh, oh... —murmuró.

¿Adrián la había desvestido?

Chasqueó la lengua ruidosamente. Recrear en su cabeza la escena de Adrián quitándole la ropa hizo que se sonrojara.

—Qué vergüenza, joder...

Se arrastró hasta el borde de la cama y se sentó. Resopló.

—¿Estará Adrián en casa? —se preguntó.

No sabía por qué, pero no quería verlo. Sentía demasiada vergüenza.

Cogió la sábana, tiró y se envolvió el cuerpo con ella como si fuera una toalla. Se levantó y enfiló los pasos hacia la puerta. Durante unos segundos aguzó el oído para ver si escuchaba algo al otro lado.

Silencio.

Exhaló el aire con fuerza y se armó de valor.

Apoyó la mano en el pomo y lo giró tratando de no hacer ruido. Sacó un poco la cabeza, asomándose ligeramente, y miró a derecha y a izquierda. El pasillo estaba vacío. Respiró aliviada.

Salió y avanzó por el corredor hasta que oyó unos ruidos que presumió que provenían de la cocina. Se quedó inmóvil en mitad del pasillo, como si se hubiera convertido en una estatua de sal.

Transcurridos unos segundos, decidió seguir. ¿Qué otra cosa podía hacer? No podía quedarse encerrada en la habitación todo el día ni evitar lo que era inevitable: encontrarse con Adrián.

Cuando llegó a la cocina, se quedó parada en el umbral, sin entrar; esperando. Adrián se giró hacia ella al sentir sus pasos.

—Buenos días, dormilona —la saludó, regalándole una sonrisa que dejaba a la vista sus dos filas de dientes blancos y perfectamente alineados.

El corazón de Eva saltó dentro del pecho y notó como una ola de calor se instalaba en su entrepierna cuando advirtió que Adrián estaba con el torso desnudo. Nunca había visto en primera línea unos músculos definidos tan perfectamente. Parecía esculpido en piedra.

La madre del cordero...

—Buenos... Buenos días —dijo, en algo que sonó como un balbuceo.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Adrián con toda la naturalidad del mundo.

—Sí —afirmó Eva.

—¿Quieres café? Lo acabo de hacer —dijo Adrián, levantando la cafetera que tenía en la mano.

—Sí, con leche, por favor —respondió Eva en tono apocado.

Adrián la miró con expresión divertida en el rostro.

—¿Te vas a quedar todo el día en la puerta? —comentó.

—No —fue lo único que contestó Eva.

Se recolocó la sábana por encima del pecho y se adelantó unos pasos hacia la mesa de diseño de la cocina.

—¿Quieres también un Ibuprofeno? —le preguntó Adrián en tono mordaz.

Eva arrugó la nariz.

—No me vendría mal —dijo.

—Marchando un Ibuprofeno —bromeó Adrián.

Eva se sentó en una de las sillas.

—Adrián, ¿por qué he amanecido en tu cama? ¿Hemos... hecho algo? —le preguntó con una vergüenza casi palpable, sin poder morderse la lengua. La incertidumbre la estaba matando.

Una sonrisa de medio lado apareció en la boca de Adrián.

—No, no hemos hecho nada. Puedes estar tranquila —respondió mientras le servía un poco de café en una taza—. Ni siquiera hemos dormido juntos —agregó—. Yo he pasado la noche en el sofá.

Eva sintió un enorme alivio. No se hubiera perdonado jamás haber hecho el amor con Adrián y no acordarse de nada. Eso sería poco menos que un sacrilegio.

—¿Y por qué estoy en tu casa? Se supone que tenías que llevarme a la mía

—Lo intenté. Intenté llevarte, pero se te olvidó donde vives y después te quedaste dormida. Así que te traje a mi casa. No te iba a dejar pasar la noche en el coche.

¡¿Qué?! ¡¿Qué se me olvidó donde vivo?!, exclamó Eva para sí, abochornada. *¡Por Dios, qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!*

CAPÍTULO 6

Adrián lo contaba sin ningún tipo de reparo. Para él no resultaba tan bochornoso como le estaba resultando a Eva, que en esos momentos quería que se la tragara la Tierra.

—Joder, voy a tener que llevar una pulsera con mi dirección escrita —se lamentó, pasándose la mano por la frente.

—No es una mala idea —se mofó Adrián, mirándola de reojo—. No vaya a ser que un día te pierdas.

—Yo no le veo la gracia por ninguna parte —murmuró Eva entre dientes.

Adrián ladeó la cabeza. Por la expresión de Eva se dio cuenta de que no lo estaba pasando nada bien. Así que decidió que lo más oportuno era cambiar de tema.

—Toma —dijo, ofreciéndole un Ibuprofeno.

Eva lo cogió sin decir nada, se lo metió en la boca y se lo tragó con un sorbo de agua que le había puesto Adrián en un vaso.

—Gracias —le agradeció.

Adrián la observó durante unos instantes. Tenía la melena ligeramente despeinada y ese halo sereno que te envuelve cuando te acabas de levantar. El resplandor del sol le daba en los ojos, acentuando su precioso color verde.

—¿Tienes alguna pregunta más? —dijo, intuyendo que por la cabeza de Eva estaba paseando otro duda.

Eva levantó la vista. Trató de sostener la intensa mirada de Adrián, pero terminó bajando los ojos.

—¿Me has desvestido tú? —se atrevió a preguntar, y de inmediato, bebió un poco de café.

—Sí —afirmó Adrián—. Te hubieras muerto de calor con el vestido de punto.

Eva se ruborizó hasta la raíz del cabello. Adrián sonrió ante su sonrojo.

—Siento haberte causado tantos problemas y que hayas tenido que dormir en el sofá —dijo Eva, para salir del atolladero, aunque se sentía apesadumbrada.

Adrián se inclinó hacia adelante. Su rostro quedó a solo unos centímetros del rostro de Eva, que tragó saliva ruidosamente.

—No me has dado ningún problema —afirmó, recorriendo con los ojos su cara ovalada, la suave curva de los pómulos, los labios llenos... —. Te aseguro que ha sido un placer.

Eva carraspeó para aliviar la tensión que había entre ellos.

—¿Dónde... Dónde está el servicio? —preguntó nerviosa.

Adrián sonrió ladino.

—Al final del pasillo —le indicó.

Eva echó hacia atrás la silla y se levantó, poniendo distancia con Adrián.

—Gracias —dijo.

Se dio media vuelta y enfiló los pasos hacia la puerta, ante la atenta mirada de Adrián, que no le quitaba el ojo de encima.

Pero su avance se interrumpió de golpe. Eva miró por encima del hombro con expresión de extrañeza. Frunció el ceño al advertir que la sábana se había enredado en la pata de uno de los muebles bajos de la cocina.

Tiró un poco para ver si podía desengancharla, pero le fue imposible.

¡Mierda, ha tenido que quedarse enganchada precisamente ahora!, se quejó en silencio.

Alzó la vista y la dirigió a Adrián. En esos momentos observaba la escena como si se tratara de una película.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó, transcurridos unos segundos.

Eva notó una nota de diversión en su voz.

—Creo que sí —respondió, mientras intentaba de nuevo desengancharse.

Adrián se levantó de la silla y caminó hacia Eva lentamente, recreándose en la situación. Estaba atrapada.

—Vamos a ver qué podemos hacer —dijo, como si fuera a resolver un problema de ingeniería.

Se acercó, cogió la sábana y tiró de ella. Al ver que no se desenganchaba, siguió tirando.

—Yo creo que está pillada con la pata del mueble. Quizás sí... —dijo Eva a la vez que también tiraba.

Tan fuerte tiraron, que la sábana se rasgó. Del impulso, Eva perdió el equilibrio y se cayó de espaldas al suelo, arrastrando a Adrián, que quedó encima de ella. Sus rostros estaban tan cerca que podían sentir el aliento el uno del otro.

El pulso de Eva se disparó mientras observaba los atractivos rasgos de su rostro; sus intensos ojos negros, sus marcadas mandíbulas y sus labios perfectamente delineados.

—Tengo... que ir al servicio —titubeó nerviosa.

Adrián le dirigió una mirada tan intensa que hizo que se estremeciera.

—No, no... —negó, sonriendo con picardía. Colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Eva—. Antes voy a cobrarme la noche que has estado alojada en mi habitación —bromeó.

¿Qué...? ¿A qué se refiere?, farfulló Eva para sus adentros, presa de la más absoluta confusión.

Adrián se inclinó y la besó sin que le diera tiempo a reaccionar. Moviéndole los labios y poco a poco fue introduciendo la lengua en la boca de Eva. Sabía deliciosa, como un dulce algodón de azúcar.

¡Jesús!, farfulló interiormente Eva, mientras seguía el ritmo acompasado de los labios de Adrián y se aferraba a su espalda, notando en las yemas de los dedos la definición de sus músculos.

De repente sintió una punzada en la vejiga. Se estaba meando la vida.

—Tengo que ir al servicio —susurró, deteniendo el beso—. De verdad —insistió al ver que Adrián no se movía.

—¿Es muy urgente? —le preguntó él.

Eva asintió varias veces con la cabeza.

—Mucho —dijo.

Adrián se echó a un lado y le dejó espacio para que se levantara. Cuando Eva se incorporó, se dio cuenta de que la sábana que la envolvía se había caído y de que estaba en ropa interior. Sus mejillas se tiñeron de un violento rubor.

Enseguida aferró la sábana y se envolvió de nueva con ella.

—¿Por qué te tapas? —le preguntó Adrián con una nota de diversión en la voz—. Yo ya te he visto desnuda. Bueno, medio desnuda —dijo.

Las mejillas de Eva iban a echar a arder en cualquier momento. Maldijo entre dientes al tiempo que se daba media vuelta. Se recompuso como pudo y echó a andar, pero notó que no podía.

¿Qué coño pasa ahora?, se preguntó fastidiada.

Se giró y vio que Adrián tenía sujeta una de las esquinas de la sábana mientras la miraba con una sonrisa burlona en los labios.

—Adrián, necesito ir al servicio —repitió.

—¿Quieres que te acompañe? Por si te pierdes —se mofó él—. Mira que no eres muy buena con las direcciones.

Eva puso los ojos en blanco.

—No, no hace falta —respondió molesta—. Puedo ir sola.

Adrián dejó escapar una risilla. Estaba disfrutando como un enano.

—Si ves que tal... me das un silbidito —continuó con la guasa.

A Eva le dio de pronto la risa tonta. Acababa de besarse con Adrián tirada en el suelo, en mitad de la cocina. ¡En el suelo! ¡De la cocina! ¿Había algo más cómico?

La risa alivió la tensión que tenía y que no le dejaba disfrutar cien por cien del momento.

—Está bien... —dijo entre risas, rindiéndose al encanto de Adrián—. Si me pierdo, silbaré para que acudas en mi ayuda. Y ahora, ¿puedes soltar la sábana? —preguntó—. Necesito ir urgentemente al servicio.

—¿Dónde están los buenos modales? ¿El «por favor»? ¿El «si eres tan amable»? —dijo Adrián.

—¡Adrián! —le reprendió Eva—. Me meo mucho.

—Venga, Eva. Que no se diga que no eres educada.

Eva suspiró ruidosamente.

—¿Puedes soltar la sábana, por favor? —repitió.

O acabaré meándome encima.

—Por supuesto —contestó Adrián pausadamente.

Abrió la mano, liberando la sábana. Eva la recogió ligeramente para no pisarla y tropezarse, se dio media vuelta sobre sus talones y salió de la cocina negando para sí.

CAPÍTULO 7

Eva se miró en el espejo de marco negro del cuarto de baño. Resopló hacia arriba para apartar un mechón de pelo de su rostro.

—Estoy hecha un desastre —masculló, dejando caer los hombros—. Parece que me he peleado con un oso.

Se llevó las manos a la cabeza y trató de arreglar de alguna forma su enmarañada melena. Tras unos cuantos intentos infructuosos, lo dejó por imposible. Nada podría poner orden en aquel desaguisado. Solo quedaba resignarse.

Volvió a mirarse. Una sonrisa se le escapó de los labios al recordar el beso que le había dado Adrián.

¡Adrián Montenegro me ha besado! ¡Y de qué forma! ¡Joder, qué bien besa el cabrón!

Se llevó los dedos a los labios y se los acarició. Todavía tenían su sabor sobre ellos. Adrián sabía tan bien...

Salió del cuarto de baño como si estuviera flotando en una nube y se dirigió nuevamente a la cocina.

—¿Tienes un lápiz? —le preguntó a Adrián.

—¿Un lápiz? —repitió él, extrañado.

—Sí.

—Creo que hay alguno por aquí. —Adrián abrió un cajón y trasteó en su interior—. Sí, hay uno.

Lo sacó y se lo pasó a Eva.

—Gracias —dijo ella.

Bajo la mirada expectante de Adrián, que ignoraba por completo para qué quería un lápiz, Eva se

enrolló el pelo, se lo colocó por encima de la nuca y hábilmente insertó entremedias el lápiz. Adrián enarcó una ceja.

—¿Eres tan práctica para todo? —le preguntó, dejando entrever una doble intención.

Eva sonrió.

—Para casi, casi todo —contestó.

—Qué interesante... —comentó Adrián. Hizo una pequeña pausa y se acercó lentamente a Eva, que veía como se aproximaba a ella—. Y ahora que ya has satisfecho tu urgencia, vamos a continuar con lo que habíamos empezado...

Su voz sonaba tan sensual que Eva sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal.

—Adrián... —susurró.

—Shhh... —la silenció él, poniendo el índice sobre sus labios—. Ya no tienes excusas. —Apoyó las manos en su cintura y la atrajo hacia sí de un envite. Eva sintió como la sangre le corría en torrente por las venas—. Ya se te acabaron las excusas, nena... —murmuró Adrián.

Aproximó el rostro hacia Eva y la besó de nuevo. Unos instantes después sus lenguas estaban enredadas en una lucha de pasión.

Adrián metió la mano entre la sábana que rodeaba el cuerpo de Eva y fue haciéndola descender hasta el final de la espalda. Su piel era suave y aterciopelada como la de un melocotón.

Eva se dejó llevar durante un rato mientras se deleitaba con los apasionados besos de Adrián. Sin embargo, cuando sintió su mano en la nalga, echó hacia atrás la cabeza y se separó de él.

—Espera... Espera, por favor —le pidió sin apenas aliento.

Adrián abrió la boca para decir algo, pero Eva no le dejó.

—Tengo que irme —se adelantó a cortarle.

—¿Está todo bien? —le preguntó Adrián, al reparar en la extraña expresión de su cara.

—Sí, sí... —respondió Eva casi de forma atropellada. Intentó que su tono sonara casual, pero no lo logró—. Lo que pasa es que tengo que irme.

Adrián la miró con los ojos entornados.

¿Por qué me suena a excusa?, se preguntó.

—Eva, ¿está todo bien? —insistió.

Eva se recolocó la sábana sobre el pecho.

—Sí, Adrián. En serio —insistió, cuando vio que su rostro se mantenía inalterable—. Es solo que tengo que irme.

—¿Tienes que ir a algún sitio?

—No, es que... —Eva carraspeó para ganar algo de tiempo—. Es que he quedado con mi compañera de piso —dijo. Adrián la miraba fijamente. ¿Por qué Eva se sentía de pronto incómoda?—. ¡Y ya llego tarde! —exclamó después, al ver que Adrián no se movía.

Eva lo sorteó.

—Voy a vestirme —dijo, para romper el silencio que se había formado en la cocina.

Adrián no se inmutó.

—¿No quieres ducharte? —fue lo único que le preguntó.

—No, ya... ya me ducho en casa —respondió Eva antes de salir de la cocina.

—Vale —dijo Adrián, poco convencido.

Vio como Eva desaparecía a través del pasillo. ¿Qué había pasado? Era lógico que si había quedado con su compañera de piso tuviera prisa por irse. Sin embargo, tenía la sensación de que había algo más. La extraña expresión que reflejaba su rostro indicaba que algo no iba del todo bien.

¿Habré ido demasiado rápido?, se preguntó a sí mismo.

Eva le gustaba, le gustaba mucho. Le parecía una de las chicas más sexys que había conocido y estaba seguro de que él le gustaba a ella. Lo veía, o creía haberlo visto, en el brillo de sus ojos cuando la miraba. Pero ahora dudaba de ello. Eva parecía poco convencida.

Quizás me he lanzado a la piscina sin tener agua...

Eva entró en la habitación, se sentó en el borde de la cama y exhaló todo el aire que tenía en los pulmones, como si acabara de salir de un campo de batalla.

No quería pensar en lo que acababa de pasar ni en lo que había sentido.

Sacudió la cabeza de un lado a otro, tratando de ahuyentar los pensamientos que atravesaban su mente. De inmediato se puso en pie. Paseó los ojos por el perímetro de la estancia, buscando su vestido. Lo encontró perfectamente doblado, junto a las medias y los botines, en el respaldo del sillón situado al lado de los ventanales.

Se vistió sin perder tiempo.

De pronto tenía prisa por irse de allí. Mucha prisa.

—Te acerco a casa —se ofreció Adrián, cuando Eva salió de la habitación.

—No te preocupes —dijo ella—. Cogeré el autobús o el metro.

—Solo tardaré cinco minutos en vestirme.

—Adrián, no hace falta.

—Sí, sí que hace fal...

—Nos vemos —se despidió Eva, sin dejarle hablar.

Adrián la miró perplejo, sin entender qué sucedía. ¿Qué cojones estaba pasando? ¿A qué se debía ese cambio de actitud?

Eva se dio media vuelta y con pasos apresurados cruzó el pasillo.

—Adiós —murmuró Adrián a la nada, cuando Eva cerró la puerta de salida.

CAPÍTULO 8

Adrián permanecía inmóvil en mitad del pasillo. Se llevó la mano a la cabeza y se pasó los dedos entre los mechones de pelo ligeramente revuelto. Estaba terriblemente confundido.

—Juraría que Eva ha huido de mí —se dijo a sí mismo con pesar.

Pero, ¿por qué? ¿Qué había hecho mal? ¿Acaso había dicho algo que la había molestado? Si era así, ¿por qué no se lo había comentado?

De vuelta en la cocina, sentado frente a la taza de café —que se había quedado completamente frío—, repasó mentalmente todo lo que había sucedido y no encontró nada que pudiera haber molestado a Eva.

—Quizás no le ha gustado que la desnudara para meterla en la cama —especuló para sí—. Pero eso es una tontería... —se dijo—. Además, estaba en ropa interior. Es como verla en bikini.

Por más que dio vueltas a una cosa y a otra. No halló algo tan grave como para que Eva saliera corriendo de su casa de la manera en que había salido. Como si hubiera fuego.

En ese instante sonó el teléfono móvil del trabajo, sacándole de sus cavilaciones. Alargó el brazo y lo cogió de encima de la mesa.

—Buenos días, Gustavo —saludó al hombre que lo llamaba. Un cliente con el que estaba trabajando en un proyecto.

—Buenos días, Adrián. Perdona que te moleste pero, ¿podría pasarme por tu estudio? Quiero comentarte unos pequeños cambios que quiero realizar en los planos del chalet.

—Sí, por supuesto. ¿A qué hora te viene bien?

—¿Podríamos encontrarnos ahora por la mañana?

—Sin problema. —Adrián rodó los ojos hasta el reloj de la cocina. Las agujas negras marcaban las

once pasadas—. ¿Qué tal a las once y media?

No quería hacer esperar a su cliente.

—Perfecto —respondió el hombre.

—Nos vemos.

—Nos vemos.

Adrián colgó el teléfono, se levantó de la silla y se dirigió a su habitación. La llamada con su cliente había hecho que dejara de pensar en Eva durante unos minutos, pero el aroma fresco y chispeante de su perfume, que impregnaba de una forma muy agradable el aire del dormitorio, la devolvió a sus pensamientos.

Paseando la mirada por la estancia, vio la pashmina de tonalidades naranjas de Eva en el suelo, al lado del sillón donde la noche anterior él mismo había dejado doblada su ropa cuando se la quitó. Avanzó unos cuantos pasos y la recogió.

En un acto instintivo se la acercó a la nariz y aspiró. El aroma del perfume de Eva se acentuó, llenando sus fosas nasales.

—Tengo que devolvérsela —murmuró.

Podría entregársela a Sofía para que se la diera a Eva. Pero de pronto quería tener una excusa para volver a verla, y aquella pashmina era una muy buena.

Sus labios blandieron media sonrisa.

—No pienses que vas a escaparte de mí tan fácilmente... —dijo ladino.

Dobló la prenda y la apoyó en el respaldo del sillón. Después se encargaría de trazar un plan.

Eva bajó corriendo las escaleras, ni siquiera esperó al ascensor, que parecía que no subía nunca. Al salir a la calle, miró a un lado y a otro para ubicarse. No sabía dónde vivía Adrián.

De inmediato supo que estaba en la calle Alcalá, al ver la preciosa Puerta de Alcalá unos metros a su derecha. Si no estaba equivocada, había una parada de metro calle arriba, frente al parque del Retiro. Echó a andar hacia su izquierda.

Cuando llegó a ella, descendió los peldaños y se metió en la boca del metro, que justamente llegaba en esos momentos. Aceleró el paso y se introdujo en el vagón apenas unos instantes antes de que las puertas se cerraran.

No estaba muy concurrido así que encontró un sitio libre al fondo.

¿Por qué he salido corriendo de la casa de Adrián?, se preguntó.

Sabía la respuesta. La sabía perfectamente.

Apoyó la cabeza en la pared del vagón y chasqueó la lengua.

Un pitido emergió de su bolso. Lo abrió y sacó el móvil. Tenía un número infinito de llamadas y de WhatsApp de Sofía.

Entró en la aplicación de mensajería instantánea y leyó la retahíla de mensajes.

¿Qué tal te fue anoche?*

¿Dónde estás?*

¿Estás bien?*

Eva, ¿estás bien?*

Estoy empezando a preocuparme, ¿dónde andas?*

¿Estás bien?*

¿Estás bien?*

¿Estás bien?*

—*Sí, estoy bien* 😊 —tecleó, con un emoticono sonriente.

Creo..., se dijo después a sí misma.

Sofía leyó la respuesta de inmediato.

—*¡Santa madre, Eva! ¡Me tenías preocupada!* 😭😭

—Lo siento.

—¿Dónde has estado?

—En casa de Adrián.

—¡¡¡¿¿¿Quéee????!!! ¡¡¡¿¿¿Cómooo????!!! Vaya, ahora entiendo por qué no me contestabas. ¿Habéis

pasado la noche juntos? 🤪 🤪 🤪

—No exactamente —escribió Eva.

Sofía, muerta de curiosidad, la llamó. El WhatsApp era demasiado lento.

—¡Por Dios! Cuéntamelo todo —dijo, nada más de que Eva descolgara el teléfono—. ¿Cómo acabaste en su casa?

—Se me olvidó la dirección de la mía —le confesó Eva—. Y tuvo que llevarme a la suya.

Sofía soltó una carcajada.

—¿Que se te olvidó tu dirección? —repitió, incrédula.

—Sí, y después me quedé dormida en el coche.

—Eva, no tienes remedio. Hay cosas que solo te pasan a ti.

—Ya sabes que no estoy acostumbrada a beber —se justificó—. Cada día tengo más claro que el alcohol no me sienta bien. Nada bien. Ni siquiera unas copitas de vino —añadió en voz baja, para que no pudieran oírla los pasajeros que viajaban con ella en el metro.

—No seas exagerada. Tampoco entraste en un coma etílico.

—Pues parece que mi cerebro sí. Estaba totalmente K.O.

—Bueno, como dicen: no hay mal que por bien no venga —apuntó Sofía—. El caso es que eso te ha venido perfecto para pasar la noche con Adrián. Y dime, ¿qué tal ha ido? —curioseó pícaro.

—No hemos hecho nada —negó Eva.

—¿No?

—No. Aunque hemos acabado besándonos tirados en el suelo de la cocina.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído.

—A ver, cuéntame eso, porque no entiendo nada. ¿No había otro sitio?

—Adrián tuvo que desvestirme —le explicó Eva a Sofía en tono extremadamente bajo. No quería que nadie la oyera—. Cuando me he despertado, estaba en ropa interior. Me he envuelto en una sábana y he ido a la cocina...

—Por favor, al grano —pidió Sofía muerta de impaciencia—. Después me cuentas los detalles.

—El caso es que la sábana se ha enganchado en la pata de uno de los muebles de la cocina. Adrián ha intentado ayudarme y al tirar de ella se ha rasgado y nos hemos caído al suelo.

—Así que ha aprovechado ese momento para besarte —intervino Sofía, que estaba loca de contenta por su amiga.

—Sí.

—¿Y qué tal? ¿Qué has sentido? No me lo digas. Ya me imagino tu cara.

—Bien —dijo Eva algo apática, respondiendo a su primera pregunta.

Sofía frunció el ceño ligeramente.

—Eva, ¿está todo bien? ¿Ocurre algo? —le preguntó.

—Todo está bien —contestó ella—. Lo que sucede es que estoy en el metro y apenas tengo cobertura.

—¿Segura?

—Sí. Te llamo luego, ¿vale? —cortó Eva.

—Vale —dijo Sofía.

CAPÍTULO 9

Eva colgó la llamada. Con el móvil en la mano, suspiró y recostó la espalda en el asiento. De pronto no quería hablar con nadie. Ni siquiera con Sofía, pese a que era su mejor amiga y la persona en quien más confiaba. Pero estaba muy confundida. Demasiado confundida.

Quería estar sola, por eso había cortado la conversación con ella.

Sofía se quedó mirando el teléfono con expresión de extrañeza. ¿Qué le pasaba a Eva? Era una chica risueña y viva, que gesticulaba sin parar y llenaba sus diálogos de exclamaciones, pero la había notado seria y ciertamente apagada, y Eva no era así. ¿Sería que Adrián no se había comportado como debía?

Sofía negó para sí.

No, Adrián es todo un caballero, se dijo. Entonces, ¿qué puede haber pasado?

—¿Y esa cara? —le preguntó Jorge, que acababa de llegar a casa, al tiempo que le daba un cariñoso beso en la mejilla.

Sofía se encogió de hombros.

—Acabo de hablar con Eva y no sé... Estaba... rara —respondió.

—¿Rara?

—Sí. Estaba seria, para lo que es ella.

—¿Y no te ha comentado qué le pasa?

—No —negó Sofía.

Sofía no iba a decirle a Jorge lo que le había contado Eva sobre Adrián. No quería meter la pata con ella ni pecar de indiscreta. Al fin y al cabo, Eva era su amiga. Su mejor amiga. La conocía, y sabía casi a ciencia cierta que estaba pasando algo.

Aunque Adrián trataba de concentrarse en la reunión que tenía con Gustavo, el hombre con el que había hablado por teléfono, a duras penas lo lograba. Eva había decidido instalarse en su cabeza y no tenía ninguna intención de salir de ella.

En cuanto terminó de hacer los cambios que el cliente le había solicitado en los planos del chalet en el que estaba trabajando, se dirigió al despacho de su hermano Raúl.

—¿Se puede? —preguntó, tocando a la puerta con los nudillos y asomando la cabeza por ella.

—Pasa —contestó Raúl—. En estos momentos iba a ir a tu estudio.

—Pues me he adelanto —apuntó Adrián.

Raúl observó unos instantes a su hermano pequeño. Lo conocía lo suficiente como para saber que le pasaba algo.

—¿Qué ocurre? —dijo, en cuanto Adrián tomó asiento en una de las sillas.

—No lo sé —fue la escueta respuesta de Adrián.

Raúl entornó los ojos.

—¿Entonces, sí que ocurre algo?

—Tengo la sensación de que sí.

Raúl estaba cada vez más confundido.

—Adrián, no te sigo —dijo—. ¿Con qué o quién ocurre algo?

—Con Eva —respondió Adrián.

—Ya vi que anoche te fuiste con ella... —apuntó Raúl, dejando entrever un matiz pícaro en el tono de su voz—. ¿No fue bien?

—Parece que no, a juzgar por la forma en que esta mañana ha huido de mi casa.

—¿Que ha huido? ¡Por todos los santos! ¡¿Tan mal follas?! —bromeó Raúl.

—Raúl, no estoy para bromas —lo amonestó Adrián.

Raúl reprimió la sonrisa que amenazaba con asomar a sus labios.

—A ver, cuéntame qué ha pasado.

—Nada —dijo Adrián, alzando los hombros y mostrando las palmas de las manos.

—Pues algo ha tenido que suceder si, como dices, Eva ha salido corriendo.

—Pero es que no sé qué puede ser, por más vueltas que le doy.

—Puede que hayas sido muy brusco. Ya sabes... A veces un exceso de pasión...

—No hemos follado —le cortó Adrián—. Solo me ha dado tiempo a besarla.

—Quizás no le gusta como besas.

Adrián miró a su hermano por debajo del espeso abanico de pestañas negras que envolvían sus ojos.

—¿Te importaría tomarte en serio lo que estoy diciendo? —le dijo, molesto.

Raúl suspiró quedamente.

—Lo siento —se disculpó.

Adrián hizo de nuevo uso de la palabra.

—Todo iba bien, o yo creía que iba bien, hasta que se ha largado como alma que lleva el diablo. Si mi casa hubiera estado ardiendo, no se hubiera ido tan rápido.

—Tal vez has dicho algo que la ha molestado —sugirió Raúl.

—Eso mismo he pensado yo. Llevo toda la mañana analizando cada una de mis palabras y te juro que no he dicho nada fuera de tono o que le haya podido ofender.

—Adrián, admítelo. No le ha gustado como besas.

—¡Joder, Raúl! ¿Quieres dejar de hacer bromas?

La expresión de Raúl se tornó seria.

—No pensé que Eva te gustara tanto —comentó, sin un atisbo ya de guasa.

—Bueno... es una chica que me llama mucho la atención. Me la ha llamado siempre, desde el día que la vi por primera vez. Simplemente me parece preciosa —señaló Adrián.

—¿En serio no tienes ninguna ligera idea de qué puede haberle hecho irse de esa forma?

Adrián movió la cabeza de un lado a otro, negando.

—No —dijo—. Estábamos besándonos cuando ha parado de repente y ha dicho que tenía que irse, que había quedado con su compañera de piso.

—¿No has barajado la posibilidad de que realmente hubiera quedado con su compañera de piso? —le preguntó Raúl, intentando tirar de lógica.

—No —negó Adrián—. Sé a la legua cuando me están mintiendo, y Eva me estaba mintiendo. Solo era una excusa barata. Ni siquiera ha dejado que la lleve a casa. Para cuando me he querido dar cuenta, ya se había ido. —Adrián hizo una pausa. Apretó los labios—. Lo único que se me ocurre es que me he tirado a la piscina sin tener agua. Pensé que le gustaba...

—Y le gustas —afirmó Raúl—. Solo hay que ver cómo le brillan los ojos cuando te mira para darse cuenta de que le gustas.

Adrián torció el gesto.

—Sinceramente, yo no lo creo, sino hubiera reaccionado de otra manera, y no huyendo de mí como si fuera a matarla.

—No seas exagerado.

—No soy exagerado.

Raúl se echó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa.

—Lo que pasa, hermanito, es que no estás acostumbrado a que te rechacen —dijo. Adrián levantó una ceja y lo miró con cara de circunstancia—. No me mires así —prosiguió Raúl—. Reconoce que estás acostumbrado a ligarte a cualquier mujer que te propongas.

—Te aseguro que no se trata de eso.

—Claro que sí. Todas las niñas caen rendidas a tus pies. Eva no, y eso es lo que te trae de cabeza.

—Te recuerdo que el rompecorazones de los Montenegro eres tú —apostilló Adrián.

Raúl soltó una risilla.

—Era —matizó, levantando el dedo índice—. Ahora estoy con Alexia, mi gatita pelirroja, que por

cierto, me tiene loco.

—Ya lo veo... Quién te ha visto y quién te ve —comentó Adrián.

—El amor... —dijo Raúl, poniendo voz teatral.

—Bueno, sea como sea, no voy a perder la oportunidad de volver a ver a Eva —dijo Adrián, retomando el tema.

—¿A qué te refieres?

—Se ha dejado la pashmina en mi casa y tengo que devolvérsela, claro.

—Puedes dársela a Sofía.

—Puedo, sí, pero no quiero. Lo que quiero es entregársela en persona a Eva.

Raúl ladeó la cabeza y rio.

—Ay, hermanito —comenzó a decir—, creo que estás siendo pasto de las mariposas.

Adrián frunció el ceño.

—¿De las mariposas? —repitió.

—Sí, esos insectos que se instalan en el estómago y que revolotean en su interior para hacerte entender que estás enamorado —contestó Raúl.

—Ya veo por dónde vas —dijo Adrián, negando para sí mientras esbozaba una sonrisa.

Raúl le guiñó un ojo.

CAPÍTULO 10

Eva cogió un trozo de chocolate y se lo llevó a la boca. Durante unos segundos lo paladeó con delectación, dejando que sus papilas gustativas se embriagaran del fuerte dulzor del cacao.

La escena que había vivido con Adrián en la cocina de su casa regresó a su mente. Volvió a sentir sus labios carnosos y definidos sobre los suyos, el aliento a ras de las comisuras, la lengua inmiscuyéndose en su boca, su exquisito sabor...

De pronto sintió una punzada de angustia cuando rememoró la sensación de la mano de Adrián deslizándose por su espalda, apoyada en la nalga. La urgencia que se intuía bajo la tela del pantalón...

Sacudió la cabeza enérgicamente.

—Pensé que ya lo había superado —murmuró para sí, apesadumbrada—. Que ya no me afectaría.

Eva estaba al borde del llanto, sin embargo, se negaba a llorar. Ya había derramado demasiadas lágrimas por culpa de ese tema.

Cortó otro trozo de chocolate y se lo metió en la boca. Suspiró. Estaba tan cansada...

En ese instante sonó un pitido en su móvil. Se dio la vuelta en la cama, alargó el brazo y lo cogió de la mesilla.

Era un WhatsApp de Sofía.

—Buenos días. ¿Nos tomamos una cerveza esta tarde y me cuentas detalladamente ese beso con

Adrián? 🤔 🤔 🤔

Eva frunció los labios.

Se moría de ganas de pasar la tarde con Sofía. La había echado mucho de menos el tiempo que había

estado en Londres. Pero irremediablemente tendría que hablar de Adrián y de la razón por la que había salido corriendo de su casa, y no estaba preparada. Nunca estaba preparada para hablar de lo que le sucedía, por eso nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a Sofía, pese a que confiaba en ella más que en ninguna otra persona en el mundo. Pero era un tema que la superaba, era más fuerte que ella.

Resopló.

—*Tengo que terminar de deshacer las maletas* —se excusó.

Sofía arrugó la frente cuando leyó la respuesta de Eva. ¿Desde cuándo declinaba una tarde de cervezas y risas por deshacer unas maletas?

—*Eva, ¿te encuentras bien?* —le preguntó.

—*Sí* —respondió.

—*¿De verdad? Es que te noto rara.*

—*Estoy bien. No te preocupes* —dijo Eva.

—*No hace falta que te diga que puedes contar conmigo para lo que quieras* —escribió Sofía—. *Y que puedes contarme cualquier cosa que te preocupe.*

—*Tranquila, lo sé* —afirmó Eva—. *Es solo que la vuelta de Londres me tiene algo desubicada*



Sofía le dijo que lo entendía, pero en el fondo no entendía nada.

—*¿Quedamos mañana por la tarde?* —sugirió.

—*No sé si podré. Tengo que preparar los temarios para la Universidad. Mejor te voy diciendo* —respondió Eva.

—*Está bien* —dijo Sofía, dándose por vencida.

Fuera lo que fuera lo que le pasaba a Eva, no estaba dispuesta a decírselo. Así que lo mejor era no insistir.

—*Un beso* —se despidió Eva.

—*Besos* —dijo Sofía.

Eva dejó el teléfono encima de la mesilla.

Se sentía fatal.

No le gustaba nada mentir y menos a Sofía. Pero no podía hacer otra cosa. Sabía que no podría evitarla eternamente, sin embargo tenía la esperanza de que si pasaban unos días, la cosa cambiaría y sus sentimientos volverían a organizarse.

Sofía estaba cada vez más desconcertada. ¿Qué narices le pasaba a Eva? ¿Por qué estaba tan rara? Y fuera lo que fuera, ¿por qué no lo hablaba con ella?

Alguien tocó el timbre

El sonido hizo que Sofía volviera a la realidad. Se giró sobre sus talones y enfiló los pasos hacia la puerta. Sonrió al ver por la mirilla que era Adrián.

—Hola, cuñadita —la saludó Adrián cuando abrió.

—Hola —correspondió ella—. Pasa —dijo, echándose hacia un lado para que pasara.

—Gracias.

—Jorge no está —se adelantó a decir Sofía.

—No he venido a ver a mi hermano, he venido a verte a ti —le aclaró Adrián, sonriente.

—Vaya... —Sofía sonrió—. ¿Y a qué debo tu agradable visita? —le preguntó en tono distendido, según entraban en el enorme salón.

—Eva se dejó la pashmina en mi casa y me gustaría devolvérsela.

Adrián le mostró la bolsa en la que la llevaba.

—Oh... —musitó Sofía.

—¿Podrías darme su dirección? —le pidió Adrián.

Sofía vio en el ofrecimiento de Adrián una intención clara de querer volver a ver a Eva y eso le alegró profundamente. Si no fuera así, podría entregarle la pashmina a ella para que se la diera a su vez a su amiga. Pero Adrián parecía que ni siquiera había contemplado esa posibilidad, vista la seguridad con que le había pedido la dirección.

—Sí, claro —contestó, transcurridos unos segundos.

Se acercó a la mesa auxiliar, abrió uno de los cajones y sacó un bolígrafo y un block de notas. Se inclinó, copió la dirección de Eva en una de las hojas, la arrancó y se la entregó a Adrián.

—Aquí tienes —dijo.

—Gracias —le agradeció Adrián, tomando el papel entre las manos.

—¿Vas a ir ahora?

—Sí. No tengo mucho trabajo. Así que voy a aprovechar para acercarme.

—Te lo digo porque sé que está en casa —dijo Sofía—. Acabo de hablar con ella por teléfono y me ha dicho que va a deshacer las maletas.

—Perfecto. Entonces no pierdo más tiempo —apuntó Adrián—. Me voy, y de nuevo gracias.

—De nada.

Adrián se inclinó hacia Sofía, se despidió de ella con un par de besos en las mejillas y se marchó.

Sofía estaba convencida de que la inesperada visita de Adrián iba a volver loca a Eva. Ya imaginaba la cara que iba a poner... Iba a ser toda una sorpresa y, además, iba a servir para dejarle claro el interés que tenía por ella. A ver si Adrián conseguía levantarle un poco el ánimo y cambiar esa extraña actitud que tenía.

CAPÍTULO 11

Eva terminó de doblar la camiseta y la metió en el cajón del armario. Odiaba deshacer la maleta, pero en esos momentos le estaba sirviendo de distracción, lo que era de agradecer.

Las notas melódicas de *Sign of the time*, el precioso *single* que había sacado en solitario Harry Styles, el ex componente de One Direction, llenaban el aire de melancolía.

Cuando se giró de nuevo hacia la maleta, vio a Adrián en el umbral de la habitación. Dio un respingo, incrédula.

—¡Joder! —gritó sobresaltada, llevándose las manos al pecho—. Casi me da un infarto.

—Siento haberte asustado —dijo Adrián con voz suave.

El corazón de Eva latía tan deprisa que por un momento pensó que se le había parado.

¡La madre del cordero!, ¡está guapísimo!

Iba vestido con un traje sastre de color negro, camisa azul cobalto y corbata gris. No era difícil adivinar que venía del despacho.

—¿Cómo... Cómo has entrado? —alcanzó a preguntar Eva.

—Me ha dejado pasar tu compañera de piso —respondió Adrián, pausadamente. Una sonrisa deslumbrante asomó a la comisura de los labios.

Eva asintió con la cabeza de manera mecánica.

No hubiera estado mal que Rebeca me hubiera pedido permiso antes de dejarlo pasar, pensó para sí cuando logró reaccionar. Más que nada por si fuera un asesino en serie.

No quería ver a Adrián, porque, sin conocer el motivo, se sentía en la obligación moral de darle una explicación por haberse ido de su casa del modo tan intempestivo en que lo había hecho.

Se quedó mirándolo durante unos segundos. Entonces entendió por qué Rebeca, su compañera de piso, lo había dejado entrar. ¿Quién tendría valor suficiente para negarle algo a Adrián Montenegro? ¿A sus intensos ojos negros? ¿A su marcada mandíbula? ¿A sus labios perfectamente definidos? ¿A su rostro de rasgos rebeldes?

¡Reacciona, Eva! Parece que no has visto un hombre en tu vida, se regañó. *Sí, sí que he visto a más hombres, pero a ninguno como Adrián Montenegro*, se respondió en un particular diálogo con ella misma. *¿Cómo puede ser tan guapo?*, dijo con aire soñador.

—¿A qué has venido? —preguntó en voz alta, extrañada—. No entiendo...

—Ayer te olvidaste la pashmina en mi casa —contestó Adrián. Estiró el brazo y le ofreció la bolsa que llevaba en la mano—. Le he pedido tu dirección a Sofía.

Eva cogió la bolsa.

—Gracias —dijo, dejándola sobre la cama.

—Es normal olvidarse cosas cuando se sale huyendo —comentó Adrián.

Las mejillas de Eva se tiñeron con un golpe de rubor.

—Yo no salí huyendo —le rebatió.

—Yo no estoy tan seguro de ello.

Eva carraspeó, nerviosa.

—Ya te dije que había quedado con mi compañera de piso. Lo que pasa es que se me había olvidado —le explicó.

Adrián no se inmutó ante su argumento. La expresión de su rostro no cambió un ápice. No estaba dispuesto a creerla, porque estaba convencido de que mentía, aunque desconociera la razón.

—Me gustaría saber si hice o dije algo que te molestara —la instó a hablar.

Eva reparó en que Adrián no la creía.

Mierda..., se lamentó.

—No —negó de inmediato—. De verdad que había quedado con mi compañera de piso —insistió, tratando por todos los medios de sonar convincente—. Lo que sucedió es que cuando caí en ello, la hora se me había echado encima.

Adrián se quedó mirando a Eva fijamente.

Eva volvió a carraspear. Se sentía intimidada por los profundos ojos de Adrián, que parecían leer su pensamiento como si fuera un libro abierto.

De repente se giró, interrumpiendo el contacto visual con él, y cogió otra camiseta de la maleta. Necesitaba hacer algo o acabaría desmayándose.

Adrián se adelantó un par de pasos.

—Eva, si no te gusto, tienes toda la libertad del mundo para decírmelo —dijo.

Eva negó con la cabeza imperceptiblemente. ¿Cómo no iba a gustarle? ¡Era Adrián Montenegro! ¿Habría alguna chica sobre la faz de la Tierra a la que no pudiera gustarle Adrián Montenegro?

—No tiene nada que ver con eso —afirmó.

Chasqueó ligeramente la lengua. No quería hablar más de la cuenta, pero el subconsciente la había traicionado.

—¿Con qué tiene que ver, entonces? —preguntó Adrián.

—Con nada —se apresuró a responder Eva—. Ya te lo he dicho, había quedado con mi compañera de piso.

Adrián alzó una ceja en un gesto de desconfianza.

—¿Por qué no me lo dices mirándome a la cara? —dijo.

Porque no puedo, respondió Eva para sí.

Haciendo un enorme esfuerzo, se dio la vuelta.

—Te estoy diciendo la verdad —murmuró.

—Mírame —le pidió Adrián.

Transcurridos unos segundos en los que Eva permanecía con la cabeza bajada, Adrián posó los dedos en su mentón y levantó suavemente su rostro, obligándola a mirarlo.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Nada, Adrián —respondió—. ¿Nunca te han dicho que eres un poco... pesado? —bromeó, para aliviar la tensión que sentía.

Adrián sonrió sin despegar los labios.

—Sí —afirmó en tono distendido—. Es algo que me viene de familia.

—¿Todos los Montenegro sois así?

—Me temo que sí —dijo Adrián, arrugando la nariz—. Así que vas a tener que ir acostumbrándote —susurró.

Se acercó al rostro de Eva hasta que lo tuvo a escasos centímetros.

Eva tragó saliva con dificultad. Al tener la cara de Adrián tan cerca, le resultaba imposible no mirarlo fijamente a los ojos.

¡Dios Santo, su mirada es tan intensa!

Lo miraba pasmada, con la boca seca como la arena del mismísimo Sahara y el corazón latiéndole a toda prisa en el interior del pecho. Adrián Montenegro era increíblemente sexy, lo corroboraba a cada minuto que pasaba.

Abrió la boca para decir algo; para hacer una broma, un chascarrillo, pero se sentía turbada y no pudo articular palabra. Era tan fácil perderse en el negro de sus ojos.

Tampoco le hubiera dado tiempo, Adrián le tomó la cara entre las manos y la besó apasionadamente. No estaba por la labor de desaprovechar la ocasión de volver a besarla. Se moría de ganas.

Eva rodeó su espalda con los brazos y de nuevo, como había ocurrido en su piso, se dejó llevar. Le resultaba imposible resistirse a él y al poderoso encanto que desprendía cada poro de su piel.

CAPÍTULO 12

Adrián comenzó a caminar sin dejar de besar a Eva. Cuando llegaron a la cama, la tumbó y se puso encima de ella. El deseo le quemaba la piel.

—No te imaginas las ganas que te tengo, nena —le susurró voluptuosamente al oído.

Eva se estremeció.

—Adrián... Oh, Adrián... —musitó.

Adrián se apretó contra el cuerpo de Eva y ella notó en el vientre la dureza de su miembro.

De pronto se tensó.

Un centenar de imágenes del pasado regresaron a su mente a una velocidad de vértigo, despertando en su interior una letanía de miedos, inseguridades y complejos.

Las visiones que se sucedían por su cabeza en carrusel rompieron la pasión en añicos, bloqueándola. Abrió los ojos y con el corazón latiéndole con fuerza en las sienes, miró a Adrián.

Es Adrián, se dijo una y otra vez. Adrián.

Sin embargo, pese a que era el rostro de Adrián el que tenía delante, seguía sin poder moverse. Trató de ignorar la voz interior que había hecho que saltaran todas las alarmas. Pero no lo consiguió. Estaba paralizada por los fantasmas del pasado.

Adrián empezó a depositar una retahíla de besos por la línea del cuello y a darle pequeños mordisquitos. Llevó la mano hasta el hombro y deslizó el tirante de la camiseta hacia abajo. Introdujo los dedos entre la tela y le acarició un pecho por encima del sujetador. Eva sintió un escalofrío de pánico. El miedo zumbó en su interior como un insecto venenoso.

—Adrián, para. Para, por favor —le pidió.

Adrián alzó el rostro y la miró durante unos segundos. Eva estaba pálida.

—Eva, ¿qué te ocu...?

Alguien carraspeó en el otro lado de la habitación. Eva movió la cabeza y miró por encima del hombro de Adrián. Era Rebeca, su compañera de piso.

—Lo siento. La puerta estaba abierta... —dijo Rebeca. No parecía sentirse apurada por haber pillado a Eva y a Adrián de aquella guisa—. Ha llamado el casero, el fontanero viene de camino para arreglar la tubería del fregadero —explicó.

Adrián se echó a un lado. Rebeca no pudo evitar que sus ojos se dirigieran a él de forma automática. Hacía mucho tiempo que no veía a un chico tan guapo.

—Gracias, Rebeca —dijo Eva, agradeciéndole infinitamente la interrupción. Suspiró aliviada.

En silencio, Rebeca se dio la vuelta y salió de la habitación. Cuando Eva y Adrián se quedaron de nuevo a solas, Adrián volvió el rostro hacia Eva.

—¿La has oído llegar? ¿Por eso me has dicho que pare? —le preguntó.

—Sí, sí... Ha sido por eso —afirmó Eva de modo mecánico.

—Vaya oído que tienes, nena —comentó Adrián.

Eva forzó una sonrisa y trató de recomponerse. Se incorporó y se apresuró a subirse el tirante de la camiseta. Adrián se acercó a ella, ajeno a lo que pasaba en su interior, y le dio un beso fugaz en los labios.

—Creo que vamos a tener que dejarlo para otro momento —dijo, dibujando una sonrisa de medio lado en su rostro de piel morena.

Eva se limitó a asentir.

En el fondo se sentía aliviada de que Rebeca los hubiera interrumpido, sino hubiera sido por eso, hubieran llegado a territorio peligroso.

Desvió la vista de Adrián. Era más fácil parar todo aquello si no lo miraba. Sus ojos negros, enmarcados en unas pestañas gruesas y oscuras, eran hipnóticos.

—Será mejor que... que te vayas —dijo Eva, intentando no sonar brusca.

Adrián se levantó de la cama de un salto.

—Sí, tu compañera de piso y tú tenéis una cita ineludible con el fontanero —bromeó.

—Con el fontanero y con la tubería del fregadero —siguió la broma Eva.

—¿Te llamo mañana y damos una vuelta? —le preguntó Adrián, al tiempo que se estiraba la chaqueta del traje. Eva iba a declinar la proposición, pero Adrián continuó hablando—. ¿Te gustan los helados?

—¿Tú que crees? —dijo Eva a modo de respuesta.

—Han abierto una heladería nueva en la Gran Vía. Podemos ir a comer un helado y después a dar un paseo.

Eva quería negarse. Lo mejor que podía hacer era cortar aquello de raíz, visto que los fantasmas del pasado habían comenzado a aparecer en el presente. Pero decirle que no a Adrián Montenegro le resultaba imposible, si la miraba con esa expresión de niño bueno.

Suspiró quedamente, resignada.

—Está bien —accedió.

—Dame tú teléfono —le pidió Adrián. Eva se lo dictó—. Perfecto —dijo una vez que había grabado el número en su móvil.

Se inclinó hacia ella, que permanecía sentada en la cama y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Hasta mañana, nena —se despidió.

—Hasta mañana —respondió Eva, incapaz de apartar la mirada de él. Unos segundos después, cuando logró reaccionar, dijo—: Espera, que te acompaño a la puerta.

Se levantó y guio a Adrián a través del pasillo.

—Mañana te veo —dijo Adrián en el umbral.

—Sí, mañana nos vemos.

Eva cerró la puerta, apoyó la frente en la madera y resopló.

—Tía, siento mucho haberos interrumpido. —La voz de Rebeca sonó detrás de ella.

Eva se giró.

—No pasa nada —dijo, quitándole importancia—. La culpa ha sido mía por no haber cerrado la puerta.

—Eva, ¿de dónde has sacado a ese tío? —le preguntó Rebeca con asombro.

—Es cuñado de mi amiga Sofía. Es el hermano pequeño de su marido —respondió Eva.

—Joder, es un auténtico bombón —comentó Rebeca, sin disimular que Adrián le había encantado—. Está como quiere. Seguro que se tiene que quitar a las tías de encima a puñados.

—Sí, seguro que sí —afirmó Eva a media voz.

El comentario de Rebeca hizo que Eva se preguntara por qué entre tantas chicas preciosas, sofisticadas y de piernas infinitas como Adrián tendría a su alrededor bebiendo los vientos por él, se había fijado en ella.

Adrián había captado su interés desde el primer momento. ¿De qué mujer no lo captaría? Era guapo, rico, divertido y tenía una brillante carrera como arquitecto. Solo había que ver a Rebeca... Pero, en el fondo, ella nunca se había planteado que pudiera tener una historia con él. Al final era una especie de amor platónico que crecía con fantasías postadolescentes, como las de una fan con su cantante o actor favorito. Sin embargo, Adrián la besaba y la acariciaba de una manera muy real.

Debo mantener la esperanza a raya, se dijo.

Eva comenzó a sentirse insegura. Todos los complejos y todos los miedos que ingenuamente creía tener superados, afloraron de golpe nuevamente.

El estridente pitido del portero automático la sacó de sus divagaciones.

—¿Sí? —contestó.

—Soy el fontanero.

—Le abro —dijo mientras apretaba el botón para abrir la puerta. Colgó el interfono y se giró hacia Rebeca—. Es el fontanero —anunció.

CAPÍTULO 13

Sofía se mordía las uñas por querer saber cómo había reaccionado Eva al ver en su casa a Adrián. Muerta de curiosidad, a última hora de la tarde cogió el teléfono y la llamó.

—Hola —la saludó Eva al descolgar.

—Hola. ¡Estoy en un sin vivir! —exclamó Sofía socarronamente—. ¿Cómo te ha ido con Adrián? —le preguntó con complicidad—. Me encantaría haberte visto la cara cuando le has visto en tu casa.

—La verdad es que ha sido toda una sorpresa. Era la última persona que pensaba ver aquí —confesó Eva en tono monocorde.

—Bueno, ¿y qué? ¿Cómo ha ido la visita?

—Bien —respondió Eva escuetamente.

—¿Solo bien? —repitió Sofía.

—Sí, bien.

—Eva, ¿estás bien?

—Sí.

—Eva, lo siento, pero no te creo.

—Sofía... —comenzó a decir Eva—. No tenías que haberle dado mi dirección a Adrián.

Sofía se quedó de piedra.

—¿Por qué? —preguntó extrañada.

—Porque no... —titubeó Eva—. Porque no ha sido una buena idea.

Sofía estaba descolocada. No entendía nada.

—Eva, ¿qué estás diciendo? ¿Cómo que no ha sido buena idea? Estamos hablando de Adrián. El mismo Adrián que te vuelve loca desde hace meses, el mismo Adrián por el que me has preguntado cada día que hemos hablado por teléfono mientras estabas en Londres... ¿Qué pasa?

—No pasa nada —atajó Eva.

—Sí, sí pasa algo —rebatía Sofía—. Porque desde el día de la fiesta estás rara.

—Son imaginaciones tuyas.

—No, no son imaginaciones mías, Eva —dijo Sofía, llevándole la contraria.

Eva suspiró a través del teléfono. De pronto se sentía agotada, como si hubiera estado todo el día haciendo ejercicio.

—¿No me lo vas a contar? —insistió Sofía en tono suave.

—Es una tontería —contestó Eva.

Trataba de quitar importancia al asunto, aunque la tenía. Tenía mucha importancia. Pero no se sentía con fuerzas para hablar de ello. Seguía sin estar preparada. De hecho, tenía la sensación de que nunca lo estaría.

—Eva, te conozco. Si te tiene así, no es una tontería. Tú no eres una persona tremendista ni melodramática. Todo lo contrario.

El silencio llenó la línea de teléfono, hasta que Eva tomó la palabra.

—No es nada, Sofía. De verdad.

El tono de voz de Eva manifestaba todo lo contrario. Sofía lo sabía, pero era consciente de que Eva no estaba por la labor de contárselo.

—Eva...

—Tengo que dejarte, Sofía —le cortó Eva.

—Pero, Eva...

—Ya hablaremos —se despidió Eva.

Colgó.

—Mierda —masculló Sofía, al escuchar los tonos del teléfono.

Chasqueó la lengua y dejó caer los hombros.

¿Qué demonios le estaba pasando a Eva? ¿Y por qué no quería contárselo? ¿Acaso no confiaba en ella?

Sofía estaba empezando a preocuparse seriamente por su amiga.

—Estoy preocupada —le dijo Sofía a Jorge, al entrar en el salón.

Jorge alargó la mano hacia ella para que se sentara a su lado.

—¿Por qué? —le preguntó, pasándole el brazo por la espalda—. ¿Tiene que ver con la Universidad?

—No, es por Eva —respondió Sofía, recostando la cabeza sobre su pecho—. ¿Te ha comentado Adrián algo sobre ella?

—Algo, ¿cómo qué?

—No sé... algo... Es que desde la noche de la fiesta, Eva está muy rara. Quizás discutió con Adrián...

—No he hablado con él —comentó Jorge.

Sofía resopló.

—Eva está mal y no puedo ayudarla porque no quiere decirme qué le pasa —dijo en tono intranquilo.

—¿Quieres que hable con Adrián? —sugirió Jorge.

—No —negó Sofía—. No quiero ser alarmista y tampoco quiero ser una entrometida. A Eva no le gustaría que me metiera en sus cosas.

Jorge le acarició el brazo delicadamente.

—Está bien. No le comentaré nada —dijo.

—Esta tarde ha estado aquí Adrian. Ha venido a pedirme la dirección de Eva, porque se dejó una pashmina en su casa y quería devolvérsela en persona —comenzó a explicar Sofía, para que Jorge se pusiera en situación—. Pensé que Eva se iba a alegrar cuando le viera, pero me ha dicho que no ha sido una buena idea.

—¿Por qué no ha sido una buena idea?

—No lo sé. No ha querido decirme la razón.

—Pero si deja claro que mi hermano está interesado en ella, sino te podría haber dejado a ti la pashmina para que tú se la dieras.

—Eso mismo he pensado yo, pero Eva parece que no tiene la misma opinión. —Sofía hizo una breve pausa—. Me siento tan impotente. Sé que Eva está mal por algo. La conozco. Pero no puedo hacer nada si no me dice que le pasa.

—Ten paciencia —le aconsejó Jorge—. Dale tiempo. Estoy seguro de que Eva acabará contándote qué le ocurre. A veces no se está preparado para hablar. Pero cuando lo esté, te lo contará. Ya verás.

Sofía se acurrucó más contra Jorge y pasó el brazo por su tripa.

—Espero que tengas razón —murmuró.

CAPÍTULO 14

El teléfono de Eva sonó. Cuando vio en la pantalla el nombre de Adrián, el corazón le dio un brinco. Cerró los ojos, respiró hondo para imbuirse fuerza y lo cogió.

—Hola —lo saludó.

—Hola, nena —dijo Adrián.

Eva se derretía por dentro cada vez que la llamaba así. ¿Por qué se lo ponía tan difícil?

—¿Lista para ir a tomarnos ese helado? —le preguntó Adrián.

—Lo siento mucho, pero al final me es imposible quedar. Tengo que preparar un trabajo para clase y ando con el tiempo pegado al culo —se excusó Eva.

Adrián sintió una punzada de desilusión. Su sonrisa se transformó en un ligero ceño fruncido. Tenía muchas ganas de ver a Eva y ya se había hecho a la idea de pasar la tarde con ella.

—No te preocupes —dijo—. ¿Lo dejamos para mañana? —propuso con renovada ilusión.

—No sé si voy a poder. Con todo esto de irme a Londres ando muy retrasada con las asignaturas y tengo que ponerme al día.

—Eva...

—Mejor te llamo yo, ¿vale? —le cortó.

—Vale —respondió Adrián, al que no le quedó otra opción más que claudicar.

—Ya hablaremos —atajó Eva a modo de despedida.

—Ya hablaremos —dijo Adrián mecánicamente.

Cuando colgó, Adrián tuvo la plena certeza de que Eva no iba a llamarlo. Exhaló una bocanada de aire

mientras miraba fijamente el teléfono. Quizás lo mejor era darse por vencido de una vez y reconocer que no le gustaba a Eva.

—Esas cosas pasan —se dijo.

Eva trataba de contener las lágrimas, pero acabó rompiendo a llorar estrepitosamente, aún con el móvil en la mano.

Se moría de ganas de pasar la tarde con Adrián. La tarde, la semana, el mes, el año, la vida entera. Pero estaba esa parte de ella misma que se lo impedía, que se ponía en su contra, que no le dejaba. El miedo, las inseguridades, los complejos... ¿Por qué habían tenido que despertarse en su interior todas esas cosas de nuevo? ¿Por qué? Las creía olvidadas, sin embargo, estaban más presentes que nunca.

—¡Maldita sea! —exclamó entre sollozos—. ¿Es que no lo voy a superar nunca?

Se dirigió a la cocina, abrió el frigorífico y cogió una enorme tarrina de helado de mora, su sabor preferido. Bueno, había sido su sabor preferido hasta que había probado los besos de Adrián.

Ahora nada sabía mejor que él.

Aquel pensamiento hizo que volviera a romper en un amargo llanto. Nunca volvería a probar el sabor de los besos de Adrián.

Sorbió por la nariz, se fue otra vez al salón y se sentó en el sofá con un paquete de pañuelos de papel. Le esperaba un día lleno de lágrimas.

Quitó la tapa del helado y hundió la cuchara en el medio. La ansiedad le daba hambre. Mucha hambre.

Sofía apenas prestaba atención en clase. No podía dejar de pensar en Eva. En cuanto saliera de la Universidad iría a verla. Aunque Eva no le pidiera abiertamente ayuda, Sofía sabía que la necesitaba.

Aparcó el coche en una calle paralela a la que vivía Eva y fue andando hasta el portal. Llamó al portero automático.

—¿Quién? —respondió Eva.

—Eva, soy Sofía —dijo.

—¿Sofía? ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte.

—Pasa.

Sofía entró en el bloque y se dirigió al ascensor. Cuando llegó al piso de Eva, la puerta estaba entreabierta. Sofía se adentró y cerró la puerta tras de sí.

—Estoy en el salón —dijo Eva.

Al cruzar el umbral del salón, Sofía se quedó perpleja ante lo que estaba viendo.

—Eva, ¿qué pasa? —le preguntó con visible preocupación, al tiempo que se acercaba a ella.

El panorama era desolador. Eva estaba sentada en el sofá, rodeada de pañuelos de papel arrugados y con tres tarrinas gigante de helado vacías.

Sofía corrió hacia ella y la abrazó.

—Estoy fatal —estalló Eva, que ya no aguantaba más.

Sofía se sentó a su lado y la estrechó con más fuerza contra su cuerpo. Eva estaba hecha un mar de lágrimas.

—¿Por qué? —quiso saber, colocándole cariñosamente un mechón detrás de la oreja—. ¿Qué te tiene así, Eva?

Eva alzó la mirada. Tenía los ojos rojos de tanto llorar.

—Creo que no estoy preparada para hablar de ello —dijo.

—¿Por qué no lo intentas? Sabes que puedes confiar en mí —la animó Sofía—. Me tienes muy preocupada —añadió.

Eva se limpió la nariz con el pañuelo que tenía en la mano.

—En estos momentos debería estar comiendo un helado con Adrián y pasando una maravillosa tarde con él y, sin embargo, mira cómo estoy... —comenzó a decir Eva, abriendo los brazos.

—¿Y por qué no estás con él?

—Porque no puedo.

Sofía movió la cabeza. No entendía absolutamente nada.

—¿Por qué no puedes? —le preguntó a Eva.

—Porque no.

—Pero, ¿por qué? —seguía preguntándole Sofía—. Me consta que Adrian tiene interés en ti —afirmó—. Ayer fue a mi casa para pedirme tu dirección; quería devolvarte en persona la pashmina. Fue idea suya. Te juro que en ningún momento me planteó que fuera yo quien te la diera, ni yo le dije que fuera a tu casa a devolvértela. Eso demuestra el interés que tiene en ti. Quería volver a verte.

—Eso es lo que me da miedo —intervino Eva.

Sofía frunció el ceño.

—¿Qué?

—Me aterra quedarme a solas con Adrián —confesó Eva finalmente.

—No lo entiendo. ¿Es porque ya no te gusta? —teorizó Sofía.

Eva negó lentamente con la cabeza.

—Me gusta más que nunca —afirmó—. Adrián es el chico que más me ha gustado en toda mi vida.

—¿Entonces?

Eva guardó silencio durante unos segundos. Aunque no quería hablar de los demonios que serpenteaban por su interior, tenía la imperiosa necesidad de desahogarse, de lanzarlo todo fuera, y Sofía era la persona más indicaba.

—Me da pánico tener intimidad con él —dijo—. Cuando empezamos a... calentarnos, me bloqueo y no soy capaz de continuar.

—¿Acaso Adrián es brusco? ¿No es delicado contigo? —preguntó Sofía.

—No, no, no... —se adelantó a negar Eva—. No tiene nada que ver con él, es... un problema mío.

Exclusivamente mío. Adrián no tiene nada que ver con lo que me pasa. —Eva hizo una pequeña pausa para tomar aire y siguió hablando—. Es algo que arrastro desde mi primera vez —soltó al fin.

—¿Desde la primera vez que hiciste el amor?

Eva asintió con la cabeza.

—Mi primera vez no es que fuera un desastre, como suelen ser las primeras veces, o incluso una anécdota con la que sonreír cuando pasa el tiempo. Mi primera vez fue dolorosa, humillante y... traumática —confesó.

Sofía miró a Eva con el rostro lleno de perplejidad.

¿De qué está hablando Eva?

CAPÍTULO 15

Eva sonrió con amargura.

—Lo que tenía que haber sido un sueño, se convirtió en una pesadilla —dijo.

—Eva...

Sofía no daba crédito a lo que estaba escuchando. Se había quedado sin palabras.

—Marcos, el chico del que estaba locamente enamorada en el instituto, no fue muy caballeroso que digamos —continuó explicando Eva. Recordar lo que sucedió aquella noche le dolía como si hubiera sucedido el día anterior—. La delicadeza no era lo suyo —agregó apesadumbrada.

—¿Qué pasó? —preguntó Sofía.

Eva sorbió por la nariz.

—Pasó que, pese a que le pedí que parara, que me estaba haciendo daño; que me sentía mal, incómoda, no me hizo caso.

Los ojos de Sofía se abrieron de par en par.

—¿Te forzó? —interrogó atónita.

Eva hizo una mueca de contradicción con los labios.

—Yo quería hacerlo con él. Lo deseaba. Lo deseaba mucho. Quería que fuera Marcos quién me desvirgara. Así que técnicamente no, no me forzó.

—Pero si le pediste que parara y no lo hizo...

Sofía dejó la frase en el aire. Para ella estaba claro.

—No solo no se detuvo hasta satisfacerse él, sino que, cuando terminó y le exigí explicaciones, me

insultó —matizó Eva—. Me dijo que quién me creía que era, que no era más que una gorda, una foca, un tonel; que debería darle las gracias por haberme follado, que de no ser por él, me hubiera quedado virgen toda la vida. —Eva bufó—. Como si me hubiera hecho un favor —ironizó.

—Joder... —farfulló Sofía.

—Unas semanas más tarde me enteré de que se había liado conmigo para ganar una apuesta con los cabrones de sus amigos.

—¿Qué?!

—Como lo oyes.

—Valiente hijo de puta —dijo Sofía.

Llevada por un impulso, volvió a abrazar a Eva. Ahora entendía muchas cosas. Ahora entendía la actitud que había adoptado su amiga los últimos días. El hermetismo que mostraba con ella...

—Nunca me he sentido más humillada en toda mi vida —sollozó Eva contra su hombro.

—No llores —la consoló Sofía, acariciándole la cabeza suavemente—. No llores...

—Me sentí vejada, despreciada, avergonzada...

—Pero ya pasó. Es pasado, Eva. Pasado.

Eva deshizo el abrazo y miró a Sofía con los ojos arrasados en lágrimas.

—No, Sofía. No es solo pasado —dijo apesadumbrada—. Es algo que está muy presente en mi vida. Me sigue pasando factura a día de hoy. Me es imposible entregarme a un hombre, tener intimidad con él —se lamentó—. Pensé que lo había superado, que con Adrián todo sería distinto porque me gusta mucho. Pero no es así. No soy capaz de tener relaciones sexuales con él. Cuando me toca entro en pánico. ¡En pánico!

—Eva, debes contárselo a Adrián —dijo Sofía.

—¿Contárselo? No, no, no —negó ella con obcecación y el horror pintado en la cara—. No puedo. No puedo contarle nada.

—Pero tiene que saberlo.

—No. No estoy preparada para decírselo. Siento demasiada vergüenza.

—Pero tú no tienes nada de qué avergonzarte. De nada. Lo que pasó no fue culpa tuya. ¡Solo faltaría! Fue culpa de ese cabrón de mierda —dijo Sofía, presa de la indignación.

—Lo sé. Pero ya sabes cómo funcionan estas cosas...

Sofía reflexionó sobre esa frase. Eva tenía razón. Lo sabía. Ella lo había vivido en propias carnes con Carlos. Ella sabía perfectamente cómo se sentía Eva y esa incapacidad para contarlo, aunque no fuera culpable absolutamente de nada.

—Yo mejor que nadie te entiendo —dijo—. Incluso entiendo por qué no me lo has contado ni siquiera a mí.

—No es porque no confiara en ti —se adelantó a aclararle Eva—. No tiene nada que ver con eso.

—Lo sé, cariño. Lo sé —afirmó Sofía, enjugando las lágrimas de su rostro.

—No te lo conté porque nunca me he visto preparada para hacerlo y porque pensé que ya lo había olvidado; que era pasado. Pero está claro que no. Todos mis miedos, todas mis inseguridades y todos mis complejos me han estado acechando estos años a la espera de cobrar vida. Y ahora la han cobrado. Tanto, que solo pensar en estar desnuda delante de Adrián me produce escalofríos.

—Eva, tú eres preciosa.

Eva apretó los labios formando una línea con ellos.

—Da igual lo que sea, si yo misma no lo pienso —dijo.

—Pues lo pienses o no lo pienses, lo eres. Tienes un cuerpo lleno de curvas sexys y una cara angelical —aseveró Sofía.

—Me siento tan impotente —murmuró Eva, poniendo voz a sus pensamientos.

—No quiero presionarte, Eva, pero creo que lo más apropiado sería que se lo contases a Adrián. No tengo ninguna duda de que él te va a ayudar a superar todo esto.

Eva suspiró y dejó caer los hombros. Todo aquel asunto la tenía tan cansada...

—¿Cómo se puede empezar una relación así? —se preguntó—. Es imposible. Adrián va a salir corriendo.

—Adrián no es el tipo de hombre que sale huyendo de los problemas. No es un cobarde —apuntó Sofía—. Además, le interesas, Eva. Le interesas mucho. Estoy convencida de ello.

—Sofía, esto es superior a mí. Es más fuerte que yo —se lamentó Eva.

Sofía la miró con indulgencia en los ojos.

—Lo sé, cariño. De verdad que lo sé —dijo—. Pero si no se lo dices, se convertirá en un obstáculo

insalvable entre vosotros.

Eva negó con la cabeza.

—No va a ser ningún obstáculo porque no voy a seguir con... lo que quiera que hemos comenzado —aseveró.

—¿Qué?! ¿Vas terminar con todo? ¿Lo vas a mandar a la mierda?

—Sí.

—¿Y eso es lo que vas a hacer siempre que te guste un chico? ¿Huir? ¿Escapar?

Eva alzó los hombros con expresión indiferente en el rostro.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Enfrentarlo. Enfrenta tu problema, Eva —le aconsejó Sofía en tono rotundo.

—¿Que no puedo, Sofía! ¿Es que no lo entiendes? —exclamó ella.

Chasqueó la lengua, exasperada. Aquel tema la tenía de los nervios.

Sofía inhaló una profunda bocanada de aire. Estaba allí para ayudar a Eva, no para ponerla en un estado peor del que se encontraba. Ya tenía bastante.

—Sí que lo entiendo. Lo entiendo muy bien —dijo con voz conciliadora—. Sabes que he pasado por una sensación similar. Te comprendo perfectamente. Yo tampoco me atrevía a contarle a nadie que Carlos me pegaba. Ni siquiera lo sabía mi madre, y por eso mismo sé que lo mejor es contarlo, para que te puedan ayudar; para que te podamos ayudar. Hay que actuar por encima de los miedos para que no nos condicionen la vida.

Eva descansó la espalda en el respaldo del sofá y miró hacia el techo.

—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? —se preguntó.

—Puede ser más fácil si hablas con Adrián —comentó Sofía, empeñada en convencer a su amiga de que contárselo a Adrián era la mejor opción.

Eva no dijo nada. Ella no lo tenía tan claro. Estaba segura de que Adrián saldría corriendo cuando supiera el secreto que escondía. ¿Quién querría estar con una chica llena de inseguridades, complejos y con un problema como el que ella arrastraba? Además, le avergonzaba mucho hablar de ello.

CAPÍTULO 16

Sofía llegó a casa pensativa y ciertamente preocupada. La confesión de Eva la había dejado muy tocada.

—¿Está todo bien? —le preguntó Jorge durante la cena.

—Sí —dijo Sofía en tono vagamente convincente—. Bueno no —rectificó después.

—¿Qué ocurre?

—Ya sé qué le pasa a Eva.

—¿Sí?

—Sí. —Sofía miró a Jorge—. Pero no te lo puedo contar. Eva es mi amiga y no quiero traicionarla. —Arrugó la nariz—. No te enfadas, ¿verdad?

Jorge esbozó una sonrisa.

—Me conoces. Sabes que no soy capaz de enfadarme contigo —dijo.

Le cogió la mano y depositó un besó en ella.

—Me gustaría contártelo para que pudieras aconsejarme, pero sé que a Eva no le gustaría —apuntó Sofía.

—¿Puedes decirme si se trata de Adrián? —se interesó Jorge—. Si ha hecho algo...

—No, no... —le cortó de inmediato Sofía. Sabía cómo se las gastaba Jorge y si Adrián había hecho daño a Eva, no dudaría en cantarle las cuarenta—. Adrián no tiene nada que ver, aunque indirectamente sí va a sufrir las consecuencias.

Jorge frunció el ceño.

¿Qué significa eso?, se preguntó.

—No puedo decirte nada más —atajó Sofía, mordiéndose la lengua.

—Está bien. No preguntaré nada más, entonces —dijo Jorge.

—¿Sabes que Eva ha dado calabazas a Adrián? —le dijo Raúl a Jorge.

Adrián giró el rostro hacia él y lo fulminó con la mirada.

—¿Todavía sigues haciendo bromas con eso? —inquirió a su hermano.

Raúl posó la mano en el hombro de Adrián, que se encontraba sentado a su lado en el estudio de Jorge.

—Hermanito, el primer paso para reconstruir el orgullo herido es reconocerlo —afirmó en tono socarrón.

Adrián puso los ojos en blanco y sacudió el hombro para quitarse de encima la mano de Raúl.

—No estoy para tus tonterías —sentenció de mal humor.

—¿Es cierto eso? —quiso saber Jorge.

—¡No! —exclamó Adrián.

—Sale corriendo de tu casa y no quiere quedar contigo. Es decir, que te está dando esquinazo —intervino Raúl, dispuesto a no dejarlo en paz—. ¿Qué más pruebas necesitas?

—Ya vale —se quejó Adrián.

—Raúl —lo amonestó Jorge, al ver que la broma no le estaba haciendo ninguna gracia a Adrián.

Raúl alzó las palmas de las manos.

—Está bien. Ya lo dejo —dijo—. Qué poco sentido del humor tenéis —añadió.

—No creo que nadie bromeara cuando estabas mal con Alexia —saltó Adrián.

—*Touché* —murmuró Raúl, dándose al fin por vencido.

—¿Qué sucede, Adrián? —preguntó Jorge.

—No lo sé. Te lo diría si lo supiera, pero no lo sé. No tengo ni idea de lo que está pasando. Quizás Raúl tiene razón y Eva me está dando calabazas.

—Pues yo hubiera jurado que le gustabas. Solo hay que ver cómo te mira...

—Yo también lo hubiera jurado. Pero al parecer nos hemos equivocado. Cuando te gusta una persona no actúas del modo que actúa Eva.

Jorge recordó la conversación que había tenido con Sofía durante la cena.

—Sofía me ha comentado que Eva no está pasando un buen momento —dijo.

Las palabras de Jorge captaron de inmediato la atención de Adrián, que fijó la mirada en sus ojos.

—¿Como que no está pasando un buen momento? —repitió.

Jorge se encogió de hombros.

—No sé exactamente qué le pasa, pero Sofía me ha estado diciendo estos días que desde la noche de la fiesta Eva está rara, muy seria...

Raúl abrió la boca para decir algo. Seguro que alguna de sus bromas, pero Adrián lo hizo callar apuntándole con el dedo bruscamente.

—No se te ocurra decir nada —le advirtió.

Adrián iba a terminar matándolo si no guardaba silencio.

Raúl apretó los labios para ocultar la sonrisilla que se le había empezado a escapar. Adrián volvió el rostro hacia Jorge.

—¿No te ha dicho nada más? —le preguntó con sumo interés.

Jorge negó con la cabeza.

—Sofía ha estado muy preocupada por ella, porque Eva no le contaba lo que le estaba sucediendo. Al final se lo ha dicho, pero Sofía no quiere decírmelo. Piensa que si lo hace está traicionando a Eva.

—Entonces sí que le pasa algo... —murmuró Adrián, reflexivo.

—Sí —afirmó Jorge—. Le pregunté a Sofía que si tenía que ver contigo. Te hubiera dado un buen tirón de orejas si le hubieras hecho algo a Eva.

—Siempre tan protector —terció Raúl.

—¿Y qué te dijo Sofía?

La voz de Adrián sonaba impaciente.

—Nada, aunque sí me dijo algo que me dejó pensativo.

—¿Qué?

—Que tú no tenías nada que ver, pero que indirectamente ibas a sufrir las consecuencias.

El rostro de Adrián se llenó de desconcierto.

—¿Qué cojones significa que yo voy a sufrir las consecuencias? —preguntó Adrián.

—No lo sé —respondió Jorge—. No te puedo decir más de lo que te he dicho.

Adrián se movió en el asiento.

—Si voy a sufrir las consecuencias, sí que tiene que ver conmigo —aseveró. Guardó silencio durante unos segundos mientras las ideas en su cabeza iban a mil por hora—. Tengo que hablar con Sofía —dijo, tomando de nuevo la palabra.

—Sofía no te va a decir nada más de lo que me ha dicho a mí —intervino Jorge—. Eva es su mejor amiga y no va a traicionarla por nada del mundo. Conozco muy bien a mi esposa. Es terriblemente leal.

—Ya, bueno... Quizás no me diga nada, pero al menos tengo que intentarlo —dijo Adrián.

Jorge y Raúl intercambiaron una mirada en silencio.

—No pensé que Eva te gustara tanto —comentó Jorge.

—Ni yo —afirmó Adrián—. Sin embargo, me gusta más de lo que yo mismo creía. Iba a darme por vencido con ella, pero antes tengo que saber qué es lo que le pasa.

CAPÍTULO 17

—No vengo a ver a mi hermano —dijo Adrián nada más de que Sofía abriera la puerta.

Cruzó el umbral y entró en el enorme hall con un par de zancadas.

—Me alegro de que no vengas a ver a Jorge, porque no está en casa. Habrías echado el viaje en balde —respondió Sofía con una sonrisa.

—Lo sé. Está reunido con un cliente —comentó Adrián, al tiempo que saludaba a Sofía con un par de besos en las mejillas.

—Gracias por informarme.

—Sofía, necesito que me ayudes.

—Dime, ¿para qué soy buena?

—¿Tú sabes lo que le pasa a Eva? —le preguntó Adrián directamente.

Sofía se quedó muy quieta. Carraspeó para aclararse la garganta.

—Adrián, lo siento mucho, de verdad, pero no puedo decirte nada. Si lo hiciera, estaría traicionándola y...

—¿Le pasa algo conmigo? —le cortó Adrián con suavidad. Sofía percibió en el tono de su voz una nota de impaciencia—. No sé... quizás he dicho o he hecho algo que no le ha gustado —agregó.

Sofía movió la cabeza, negando.

—No, Adrián, no tiene nada que ver contigo. No has dicho ni has hecho nada que no le haya gustado —repitió.

Adrián se pasó las manos por la cabeza.

—Entonces, ¿qué ocurre? —dijo, apoyando las manos en las caderas—. ¿No le gusto? ¿Es eso? ¿No le gusto?

Sofía se moría de ganas de contarle todo. Quería decirle que Eva estaba enamorada de él hasta las trancas, pero que por culpa de un cabrón de mierda, le aterraba mantener relaciones sexuales... Que el trauma que arrastraba desde aquel día la hacía entrar en pánico cada vez que la tocaba. Estaba segura de que Adrián lo entendería. Lo conocía lo suficiente como para saber que trataría de ayudar a Eva, porque le gustaba. Lo demostraba cada día con su perseverancia. Eva le gustaba mucho.

Chasqueó la lengua, dejando entrever su impotencia.

—No puedo decirte nada —contestó.

—Dime solo eso, Sofía. Por favor —insistió Adrián—. Si no le gusto, te prometo que me retiro y la dejo en paz para siempre.

—No la dejes —se le escapó decir a Sofía. Suspiró al darse cuenta de que quizás ya había hablado de más—. Eva necesita a alguien como tú para que... —súbitamente se calló, si continuaba iba a meter la pata.

—¿Para qué...?

Adrián tenía la sensación de que Sofía estaba a un suspiro de decirle qué es lo que le ocurría a Eva. Sofía se mordió el labio nerviosamente.

—No puedo, Adrián —respondió, muy a su pesar.

Estaba atada de pies y manos. Si Eva se enteraba de que le había contado a Adrián su secreto, la mataría. ¡Y con toda la razón del mundo! Era una confidencia que no le pertenecía y, le costara más o menos, le correspondía a Eva confesárselo, si es que en algún momento se atrevía a hacerlo.

Adrián resopló, frustrado. No iba a conseguir nada. Al verle en ese estado, Sofía dijo:

—Ten paciencia con ella. Eva... lo ha pasado muy mal en un momento puntual de su vida y necesita sentirse valorada, querida, deseada...

Adrián reaccionó a sus palabras.

—¿Es un problema de autoestima? —preguntó, intentando arrojar algo de luz a aquel galimatías.

Sofía frunció los labios.

—En parte —respondió—. Pero hay algo más. Algo que le corresponde a ella contarte. Dale tiempo... Confío en que en algún momento reunirá el valor suficiente para hablarte de ello.

Adrián asintió lentamente con la cabeza.

—Pero, por favor, no tires la toalla —le pidió Sofía—. Lo que sí puedo decirte es que a Eva le gustas, le gustas mucho —añadió.

Adrián estaba cada vez más confundido. No comprendía nada. Lejos de que Sofía le aclarara las cosas, le había confundido más. Si le gustaba a Eva, ¿por qué su reticencia a quedar? ¿Por qué lo evitaba? ¿Por qué se escabullía siempre que tenía ocasión?

—No entiendo nada... —murmuró.

—Lo entenderás. Cuando lo sepas todo, lo entenderás perfectamente.

Adrián alzó la vista y miró a Sofía.

—Eso espero —dijo.

Sofía se le quedó mirando durante unos instantes.

—Eva te gusta mucho, ¿cierto? —le preguntó.

—Sí —afirmó Adrián—. Me gusta más incluso de lo que yo mismo pensaba. Al principio creí que era una tontería, algo pasajero. Ya sabes... —Alzó los hombros—. Ella se fue a Londres, yo a Nueva York y ahí quedó todo. Pero ahora que la he conocido, la quiero para mí —sentenció—. Quiero a Eva en mi vida.

A Sofía le alegró profundamente oír eso.

—Siento no poder decirte nada más —se disculpó.

—No te preocupes, lo entiendo. Eva es tu mejor amiga. Es lógico que le guardes lealtad. Yo haría lo mismo en tu caso. Eso dice mucho de ti. —Adrián se acercó a Sofía y la abrazó—. No te preocupes, ¿vale? Todo está bien —la animó, al reparar en la expresión triste de su rostro.

—Solo tú puedes ayudarla, Adrián —concluyó Sofía.

En el coche, de camino a casa, Adrián pensó en las últimas palabras que había pronunciado Sofía y se preguntó cómo podía ayudar a Eva si no sabía lo que le pasaba, si no sabía lo que ocurría en su vida.

—¿Cómo puedo atajar un problema que no conozco? ¿Cómo puedo ponerle solución? —se dijo.

Sintiendo una profunda impotencia, dio un pequeño golpe con la palma de la mano en el volante de cuero de su Audi TT y chasqueó la lengua ruidosamente. Iba a volverse loco.

—Eva, vas a volverme loco —lanzó al aire.

Mientras circulaba por las calles de Madrid, sus pensamientos viraban a cien por hora en su cabeza. Iban de un lado a otro sin detenerse. Pero una idea sobresalió por encima de las demás, como un relámpago en una tormenta. Rodó los ojos negros hasta el reloj digital del ordenador de a bordo de su Audi. Eran casi las dos de la tarde.

—Todavía estoy a tiempo —masculló.

Miró por el espejo retrovisor y cambió de carril. Cuando comprobó que no venía nadie detrás de él, dio un volantazo y se desvió a la izquierda, abandonando la Gran Vía.

CAPÍTULO 18

Eva se levantó de golpe del asiento.

—¡Mierda! —exclamó a media voz.

El metro estaba detenido en su parada y no se había dado cuenta. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que se la pasaba de largo.

Las puertas metálicas se cerraron detrás de ella, la última persona en bajar, y el vagón se puso de nuevo en marcha. Eva apretó la carpeta contra su pecho para resguardarse de la corriente fría que se colaba por la boca del metro, y se dirigió hacia las escaleras.

Salió al exterior y miró al cielo. Unas nubes negras lo cubrían como un sudario; estaba a punto de llover. Enfiló los pasos hacia casa, una manzana más allá, rezando para que no le pillara el aguacero que se estaba preparando sobre su cabeza.

Cuando dobló la esquina de su calle, se quedó paralizada, como si se acabara de convertir en una estatua de sal, al ver a Adrián apoyado en el capó del coche, frente a su portal, esperándola con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y las manos metidas en los bolsillos.

¿Qué hace aquí?, se preguntó en silencio.

Lo observó desde la distancia. Era imposible estar más guapo, con unos pantalones vaqueros ajustados, unas botas de cordones y un abrigo de paño negro que se amoldaba a su cuerpo como si se lo hubieran hecho a medida.

Se obligó a caminar de nuevo, sino parecería una tonta plantada como un abeto en mitad de la acera. A medida que avanzaba, notó como las mejillas comenzaban a ruborizarse. Para cuando llegó a la altura de Adrián, le ardían y las tenía de color escarlata.

—Hola —lo saludó con timidez.

Adrián se incorporó, estirándose en toda su estatura, y se subió el cuello del abrigo para protegerse del frío. A Eva le pareció más alto que nunca.

—Hola, Eva.

—¿Qué... haces aquí? —le preguntó ella, protegiéndose detrás de la carpeta, como si fuera el escudo de un guerrero.

—He venido a hablar contigo —respondió Adrián.

¿Sobre qué quiere que hablemos?

—¿A hablar? ¿De qué?

La voz de Eva sonó desconcertada.

—De ti —aseveró Adrián. Eva tragó saliva—. Y esta vez no te vas a escapar —añadió serio.

Eva se puso nerviosa.

—Adrián, no tenemos nada de qué hablar.

—Yo creo que sí.

—Si es por no haber quedado para ir a tomar helado, lo siento, pero como te dije, estoy retrasada con las asignaturas de la Universidad y tengo que ponerme al día —se justificó Eva con palabras atropelladas.

Adrián respiró hondo. «Ten paciencia», le había dicho Sofía.

Está bien, tendré paciencia, se dijo.

En esos momentos, un relámpago rasgó el cielo de nubes negras, rugió un trueno en lo alto y en menos de lo que dura un parpadeo, comenzó a llover, interrumpiendo la conversación.

—Será mejor que entremos en el portal —sugirió Eva, sacando rápidamente las llaves del bolso.

Adrián y ella echaron a correr y se refugiaron en el interior del edificio.

—Eva, quiero que me digas qué te pasa —dijo Adrián, retomando el tema.

La pregunta fue recibida con un largo y tenso silencio por parte de Eva.

—No pasa nada —respondió, transcurridos unos segundos.

—Ya basta —dijo Adrián en tono medido—. Eva, ya basta.

Eva se quedó perpleja ante el tono serio que había utilizado. Contuvo la respiración.

¿Está enfadado?

—Adrián, yo...

Eva se interrumpió. No iba a contarle la verdad. Por nada del mundo iba a contarle la verdad. No se atrevía.

—No me digas otra vez que no te pasa nada, porque no voy a creerte —dijo Adrián—. Mientes fatal, Eva.

—¿Qué...? ¿Qué te hace pensar que me pasa algo? —titubeó ella.

—¿Que qué me hace pensar que te pasa algo? —repitió Adrián, cruzándose de brazos—. No sé... Por ejemplo, que sales huyendo de mi casa, que anulas nuestra cita, que me rehúyes constantemente... —enumeró.

El ruido estruendoso de otro trueno sacudió el cielo. Los cristales de la puerta vibraron. Eva arrastró la mirada hacia la calle, ligeramente sobresaltada, pero Adrián ni se inmutó.

—No te rehúyo —se defendió Eva con voz débil, volviendo la atención a la conversación.

—¿Ah, no? —dijo Adrián.

Dio un paso hacia adelante, acercándose a Eva, que instintivamente retrocedió.

—No —se reafirmó ella con poca convicción.

Adrián siguió avanzando en silencio, observando a través del oscuro abanico de pestañas como Eva retrocedía. Mientras Eva lo veía aproximarse, se preguntó cómo era posible sudar y tener escalofríos al mismo tiempo. Pero ese era el efecto que provocaba en ella Adrián Montenegro, porque no era la primera vez que le pasaba.

Caminó hacia atrás hasta que se topó con la fría pared.

—¿Sabes que hoy estás especialmente apetecible? —dijo Adrián.

Eva experimentó una sacudida desde la cabeza hasta los pies. Una sonrisa traviesa cruzó la boca de Adrián al advertir la reacción de su cuerpo a sus palabras. Desde luego podía jurar que no le era indiferente a Eva. Ni tampoco cuando la besaba.

Le apartó el pelo ligeramente mojado de la cara, se inclinó hacia ella, sujetándola por la nuca, y la besó.

Eva entreabrió los labios y la lengua de Adrián se abrió paso a través de ellos, inspeccionando cada recoveco de su boca.

¿Cómo es posible que sea tan débil a su encanto?, se cuestionó Eva.

Tenía que pararlo antes de que aparecieran los miedos, pero le costaba tanto...

—Espera, Adrián... Espera... —dijo un rato después. Introdujo las manos por su pecho y lo apartó de ella. La voz le sonaba jadeante. Adrián notó como Eva se tensaba bajo sus dedos—. Puede vernos alguien...

—Solo nos estamos besando, nena —dijo Adrián, manteniendo un tono ligero.

—Tengo que irme —atajó Eva sin más explicaciones.

Como pudo, se escabulló por uno de los lados. Sin embargo, Adrián dio un par de pasos y consiguió acorralarla en la esquina del ascensor.

—No, no, no... —murmuró—. Hoy no te vas a ir hasta que no me digas qué demonios te pasa —dijo peligrosamente cerca de su boca.

Eva guardó silencio mientras lo miraba con los ojos empañados. El corazón le latía a mil por hora.

—Eva, por favor... —le pidió Adrián con una voz rayando la súplica.

Eva negó para sí.

Una parte de ella deseaba gritarle que le gustaba, que le gustaba como nunca le había gustado un chico. Pero no tenía valor para contarle lo que le sucedía, y qué era lo que la obligaba a salir corriendo, a pesar de que deseaba quedarse con toda su alma.

—Adrián, vete —dijo.

—No me voy a ir —afirmó él, tajante.

—Adrián, por favor...

—Tal vez si me dices qué ocurre, si me dices la verdad, haya una oportunidad para nosotros —insistió Adrián, ignorando su petición.

—¡Qué no me pasa nada! —prorrumpió Eva. Estaba a punto de llorar.

Adrián se pinzó con el índice y el pulgar el puente de la nariz y respiró hondo.

—Eva, ¿cómo te hago entender que me gustas? ¿Que me gustas mucho? Dime, ¿cómo te lo hago

entender? —le preguntó.

Adrián la miró de un modo que la hizo derretirse por dentro. Pero tenía que ser fuerte y terminar con aquello de una vez por todas.

—Adrián, por favor, vete.

En esos momentos, la puerta del ascensor se abrió y salió de él una de las vecinas. Una anciana de pelo blanco que andaba con bastón. Eva aprovechó la distracción para zafarse de Adrián y entrar rápidamente en el ascensor.

—Nena... —la llamó Adrián.

—¡Vete! ¡Vete de una maldita vez! —exclamó Eva mientras apretaba reiteradamente el botón para que se cerraran las puertas. El miedo que la atenazaba le hizo subir el tono de voz.

—¡Mierda! —masculló Adrián entre dientes cuando Eva desapareció de su vista.

Bufó y dio una patada a la puerta entre frustrado e impotente.

—¡Esto se acabó! —se dijo enfadado y cansado de no entender nada.

—¡Hola!

Una voz femenina lo saludó. Adrián se giró.

—Hola —dijo con actitud indiferente.

—¿No te acuerdas de mí? —Adrián frunció el ceño. En esos momentos no estaba para acordarse de nadie—. Soy la compañera de piso de Eva. Me llamo Rebeca —se presentó. Se acercó a Adrián y depositó un par de besos en sus mejillas, sin que él apenas pudiera reaccionar—. Encantada.

Rebeca desplegó en los labios una sonrisa seductora que se extendió de oreja a oreja.

—Igualmente —correspondió Adrián sin mucho entusiasmo.

—¿Estás bien? —le preguntó Rebeca, al ver la expresión de frustración de su rostro.

—Tengo que irme —fue la respuesta de Adrián, que no tenía ganas de charla.

Apoyó la mano en el picaporte de metal, lo giró, abrió la puerta y salió.

—Adiós —se despidió Rebeca, que se había quedado con la palabra en la boca.

Adrián cruzó la calle bajo la mirada escrutadora de Rebeca, que no le quitó el ojo de encima hasta que no se subió al coche y se marchó.

—Vaya, vaya... Además de guapo tienes cochazo —murmuró pegada al cristal de la puerta—. Eres todo un partidazo. Sí, señor. Todo un partidazo.

CAPÍTULO 19

Eva abrió la puerta de casa con los ojos arrasados por las lágrimas, corrió por el pasillo hasta su habitación, se tiró encima de la cama bocabajo y estalló en un llanto imposible de consolar.

Lo mejor era que Adrián se alejara de ella. Sí, eso era lo mejor. Pero le dolía tanto...

—Es horrible. Todo esto es horrible —se dijo, llorando contra la almohada.

—Eva, ¿qué te ocurre?

La voz de su compañera de piso sonó al otro lado de la habitación. Eva se giró hacia ella y se sentó encima de la cama.

—Nada —respondió.

Rebeca se acercó y se sentó a su lado.

—¿Es por tu novio? —curioseó a propósito.

—¿Por mi novio? —repitió Eva, sin saber a quién se refería Rebeca.

—Sí, el tío buenorro que estuvo aquí el otro día.

Rebeca obvió que acababa de ver a Adrián en el portal y que había hablado con él.

—No es mi novio —le aclaró Eva, sorbiendo por la nariz.

—¿No?

—No —negó Eva con la cabeza.

—¿Es... un rollo? —siguió curioseando Rebeca.

—No es nada —dijo Eva—. Lo siento, Rebeca, pero no... no quiero hablar con nadie.

Se dio la vuelta y volvió a hundir el rostro en la almohada.

—Tranquila, lo entiendo —dijo Rebeca, sin ninguna emoción en la voz.

Sin más, se levantó de la cama y salió de la habitación, dejando a Eva sola con sus lágrimas.

El coche de Adrián se llenó de maldiciones y juramentos en hebreo.

—Estoy harto —farfulló.

Necesitaba quemar energía o iba a estallar de un momento a otro. No podía salir a correr porque estaba lloviendo y no tenía perspectivas de parar. Se cagó en todo lo que se meneaba por ello.

—Puto invierno.

Tampoco podía meterse en casa o en el estudio, porque actuaría como un león enjaulado, dispuesto a tirarse al cuello de quien se le pusiera delante. Además, quería estar solo.

Sin pensárselo mucho, se desvió a la derecha para coger la M-30.

Condujo sin rumbo fijo por la Autovía A-6, la autovía del Noroeste que comunica la Comunidad de Madrid con Galicia, durante un indeterminado tiempo que no se molestó en controlar. Le daba lo mismo. Solo deseaba desaparecer.

En las rectas apretaba el acelerador a fondo, sintiendo el ronroneo de su potente Audi TT debajo de él. El subidón de adrenalina era brutal. Justo lo que necesitaba.

Cuando la tarde cayó y dejó de llover, se detuvo en un área de descanso. Las vistas entre dos luces eran espectaculares. Apoyó las manos en la barandilla de piedra que lo separaba del impresionante despeñadero que se abría a sus pies y observó Madrid en toda su plenitud.

El silencio lo inundaba todo.

Desde aquel lugar, enclavado en mitad de las montañas, podía divisarse la capital dibujando una silueta recortada contra el cielo púrpura en una panorámica sin igual, capaz de dejar sin palabras a cualquiera.

La tormenta había traído una brisa fresca que azotaba el rostro de Adrián, lo cual agradecía. Necesitaba espabilarse. Respiró hondo y se llenó los pulmones de aire puro.

En sus pensamientos, implacable, la imagen de Eva.

Por más vueltas que le daba a todo, no conseguía dar un poco de luz al asunto. No alcanzaba a entender su actitud. ¿Por qué lo detenía cada vez que la cosa se calentaba? ¿Por qué había llegado incluso a ver miedo en sus ojos?

—Miedo... —dijo en voz alta—. ¿Acaso me tiene miedo? ¡Joder!, pero yo no he hecho nada para que me tenga miedo.

Suspiró.

Sofía le había pedido que tuviera paciencia, que no tirara la toalla, pero no podía hacer mucho más de lo que ya había hecho. Eva, por la razón que fuera, no lo quería a su lado, y él tenía que respetarlo.

Negó para sí. Lo más sensato era pasar página.

La noche estaba a punto de hacer acto de presencia. Era hora de irse. Adrián se dio la vuelta. Abrió el coche con el mando a distancia y se introdujo en él. Arrancó el motor y se incorporó de nuevo a la A-6 con la intención de regresar a Madrid.

El teléfono de Eva sonó una vez, dos, tres...

Eva abrió los ojos ligeramente desorientada. El llanto había hecho que se quedara dormida. Alzó la cabeza y vio por la ventana que ya había oscurecido.

¿Qué hora será?, se preguntó.

Alargó la mano hasta la mesilla y cogió el móvil.

—Hola, Sofía —dijo al descolgar.

—Eva, ¿has llorado? —le preguntó Sofía, al advertir el tono apagado de su amiga.

—He estado toda la tarde llorando hasta que el sueño me ha vencido —confesó ella. Ya no servía de nada mentir ni andar ocultando las cosas—. Ni siquiera he comido...

—Pero Eva... —murmuró Sofía.

Eva se restregó los ojos con los dedos. Le escocían horrores.

—Este mediodía ha estado aquí Adrián.

—¿A qué hora ha ido?

—Sobre las dos y media. Yo acababa de regresar de la Universidad.

—Ha ido después de venir a hablar conmigo —comentó Sofía.

—¿Después de hablar contigo?

—Sí, ha venido a preguntarme que qué te pasaba.

—¿Y le has dicho algo?

La voz de Eva sonó horrorizada.

—No, Eva, no le he dicho nada —respondió Sofía. Eva respiró aliviada—. Y por lo que veo, tú tampoco.

—No, y ya no creo que vaya haber oportunidad de decírselo.

—¿Por qué?

—Porque le he echado; del portal y de mi vida.

Sofía puso los ojos en blanco.

—Eva, echar a Adrián de tu vida no es una buena idea. No lo es —dijo.

—Es la mejor de las ideas, te lo aseguro —refutó ella—. Hoy me ha vuelto a pasar —afirmó con tristeza.

—Pero alejar de ti a Adrián es una equivocación —insistió Sofía—. Yo también pensaba que echar de mi vida a Jorge cuando me quedé en silla de ruedas era lo mejor. Pero es lo peor que hice.

—No es lo mismo...

—Sí, sí que es lo mismo. Y pude haberlo pagado muy caro.

—Hoy he tratado tan mal a Adrián... —se lamentó Eva al borde del llanto.

—Eva, ¿no te das cuenta de que con toda esta situación no estás siendo tú misma? —le preguntó Sofía—. Tú no eres así.

—Ya no sé cómo soy...

—Pues yo sí que sé cómo eres. Eres una de las personas más maravillosas que conozco y me da

muchísima... rabia —enfaticó Sofía— que Adrián no llegue a saber realmente que eres tan maravillosa como yo sé que eres. Se está perdiendo lo mejor de ti.

—Me gusta tanto, Sofía...

—Hazme caso, por favor. Sincérate con Adrián. Explícale lo que te ocurre y que no tiene nada que ver con él.

—No sé... Yo...

—Está preocupado por ti y muy confundido con todo esto —agregó Sofía.

Eva guardó silencio.

—No puedo, de verdad. No puedo —habló después de un rato.

Sofía suspiró al otro lado del teléfono. Se le había olvidado lo cabezota que podía llegar a ser Eva.

—Al menos dime que lo vas a pensar —le pidió.

—No hay nada que pensar.

Sofía dudó seriamente de que Eva cambiara de opinión.

CAPÍTULO 20

Alexia deslizó el lápiz por el papel y terminó de bocetar el diseño al que estaba dando forma desde hacía algunas semanas. Después se lo enseñó a Raúl, que se encontraba en el despacho que tenía en su piso. Cuando Alexia salió del hospital, habían decidido irse a vivir juntos.

—¿Se puede? —dijo, dando un par de golpes en la puerta.

—Por supuesto —respondió Raúl, sonriente.

Alexia le tendió el papel.

—¿Qué te parece? —le preguntó con expectación en el rostro.

Raúl dejó sobre el escritorio el alegato que iba a presentar en el juicio del caso en el que estaba trabajando, lo cogió y lo observó detenidamente durante unos segundos.

Era un vestido largo y voluminoso en tonos degradados, cuyo estampado asemejaba un amanecer en la falda y un anochecer en el torso.

—Es maravilloso —respondió.

—¿Y algo con un adjetivo menos superlativo? —dijo Alexia.

—¿Por qué tengo que decir algo con un adjetivo menos superlativo? —cuestionó Raúl.

Alexia se encogió de hombros.

—No sé... Quizás me parece desmesurado.

—Alexia, tus diseños son únicos. Tienes mucho talento —argumentó Raúl.

—¿En serio crees que tengo talento? ¿No lo dices solo porque soy tu novia?

—Lo digo porque es verdad. Tu trabajo es muy creativo y muy original.

Alexia miró su propio diseño. Resopló.

—Bueno, a lo mejor no está tan mal —murmuró.

Raúl la agarró por la cintura y la sentó encima de él. Alexia le pasó los brazos por el cuello.

—No es que esté mal, es que está muy bien —le dijo—. ¿Por qué no te pones a prueba? —le preguntó.

Alexia arrugó la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Presenta este diseño a un concurso y a ver qué pasa...

—No creo que... —intervino Alexia.

Raúl le cortó, poniéndole el índice en los labios, y continuó con lo que estaba diciendo.

—Yo estoy completamente seguro de que ganarías.

—Me gustaría tener tu seguridad.

Raúl cogió el móvil. En silencio tecleó con el dedo, buscando algo.

—¿Qué te parece la *Cibeles Junior Fashion Week* para mandar tu diseño? —le preguntó—. Se abre la convocatoria en unos días.

—¡¿Qué?! —gritó Alexia—. La *Cibeles Junior Fashion Week* es el concurso de diseño más importante del país. El joven diseñador que gane desfilará con su modelo en la pasarela Cibeles y tendrá una beca para estudiar en la Central Saint Martín's, la mejor escuela de diseño del mundo.

Mientras Raúl escuchaba a Alexia, trasteaba con el teléfono.

—Bien, pues oficialmente eres candidata a ganar la *Cibeles Junior Fashion Week* —le anunció.

Alexia abrió los ojos como platos.

—¿Qué has hecho? —preguntó casi sin poder articular las palabras.

—Apuntarte —contestó Raúl.

—Nooo... —dijo Alexia.

En un impulso trató de quitar el móvil a Raúl, pero él alzó el brazo, impidiendo que pudiera alcanzarlo.

—Puedes presentar tu diseño hasta... —Raúl miró la pantalla con el teléfono en lo alto—... el día 15.

—Raúl, ¿qué has hecho?

Alexia se llevó las manos a la cabeza. Estaba horrorizada.

—Demostrarte que tienes mucho talento.

—Mierda, mierda, mierda...

Raúl se echó a reír.

—Vamos, Alexia. No es para tanto —comentó.

—Sí, sí que lo es —dijo Alexia. Como un ser autómatas, cogió el boceto de la mesa y se puso en pie—.

Tengo... —balbuceó nerviosa—. Tengo que hacer algunos cambios en el diseño.

—No tienes que hacer ningún cambio —comentó Raúl—. El diseño está perfecto como está.

—Ya, bueno... Eso es lo que piensas tú. Pero es que tú no tienes absolutamente ninguna idea de diseño —argumentó Alexia.

Raúl reprimió la risa, sino Alexia acabaría enfadándose. Aunque, pensándolo bien... Le encantaba verla enfadada, enseñándole las uñas como la gatita pelirroja que era, y que se las clavara en la espalda mientras la follaba.

Pero para cuando quiso reaccionar, Alexia ya salía por la puerta. Raúl sacudió la cabeza. ¿Por qué dudaba tanto del talento que tenía? Era algo que él veía muy claro, aunque no entendiese de moda. Al menos había conseguido inscribirla en la *Cibeles Junior Fashion Week* sin que rechistara mucho.

Raúl estaba seguro de que ganaría el concurso. Quizás eso convenciese a Alexia de su potencial de una vez por todas.

Al día siguiente, Adrián había quedado para comer con un importante cliente que quería encargarle los planos de un chalet de lujo en Somosaguas.

Cuando terminó, se fue para el estudio. Al llegar, Jorge le abordó en la recepción.

—Te he estado llamando —le dijo.

—Estaba comiendo con un cliente.

Adrián sacó el móvil del bolsillo del pantalón. Efectivamente tenía varias llamadas perdidas de su hermano.

—Lo siento —se disculpó—. Lo tengo en silencio y no lo he oído.

—No importa —dijo Jorge.

—¿Qué me querías? —le preguntó Adrián.

—Tienes visita.

Adrián miró en derredor, buscando con los ojos quién lo solicitaba. Esperaba que estuviera sentado en los sofás de cuero negro de la recepción, pero no había nadie. Que él recordara, no tenía pendiente ninguna cita.

—Está en el estudio —le aclaró Jorge.

Adrián asintió.

—Gracias —le dijo a su hermano.

Jorge sonrió de un modo que Adrián no supo interpretar. Pero tampoco le dio demasiada importancia. Caminó hasta su estudio y abrió la puerta. No pudo evitar sorprenderse cuando vio a Eva sentada en una de las sillas situadas delante de su escritorio.

CAPÍTULO 21

—Eva... —dijo.

Eva volvió el rostro.

—Hola —lo saludó.

—Hola —correspondió Adrián. Avanzó hasta el sillón y se sentó en él—. ¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—He venido a hablar contigo —respondió Eva—. Si es que todavía quieres hablar conmigo —añadió apocada.

Eva se mantuvo rígida hasta que Adrián volvió a hablar.

—Claro que sí —contestó él con voz seria—. ¿Vas a contarme qué te pasa?

Eva afirmó ligeramente con un ademán de la cabeza.

—Sí.

—Bien. Te escucho.

Eva carraspeó para aclararse la garganta.

—La verdad es que no sé muy bien por dónde empezar —dijo.

Adrián no tenía pensado ponérselo fácil. Estaba cansado de todo aquello, sin embargo, al ver el estado en el que se encontraba Eva, se desarmó. Todo el enfado que sentía se esfumó como por arte de magia.

Suspiró y se relajó.

—¿Por qué no empiezas por decirme por qué huyes de mí? —la ayudó.

Ahora o nunca, se dijo Eva, imbuyéndose valor.

Respiró hondo, llenándose los pulmones de aire.

—Porque me aterroriza quedarme a solas contigo —dijo de un tirón.

Adrián descansó la espalda en el respaldo de cuero y la miró con los ojos entornados.

—¿Porque te aterroriza quedarte a solas conmigo? —repitió ceñudo, como si no hubiera oído bien—.

Eva, ¿me tienes miedo? —le preguntó, preso de una profunda confusión.

—No, Adrián. No te tengo miedo a ti, sino a...

Eva parecía todavía algo indecisa.

—¿A qué? —dijo él en tono dulce, para darle confianza y que se soltara.

Se levantó del sillón y se sentó frente a ella, en el borde de la mesa. Eva buscó las palabras adecuadas.

—A los momentos de intimidad —respondió bajando la mirada.

Adrián enarcó las cejas.

¿De qué habla?, se preguntó en silencio.

Le cogió la barbilla entre los dedos, le alzó el rostro y la obligó a que lo mirase.

—Eva, ¿eres virgen? —sondeó.

—No. No soy virgen —negó ella, que apenas se atrevía a sostenerle la mirada—. Pero mi primera vez fue... —Los ojos verdes se le llenaron de lágrimas. Suspiró. Necesitaba soltarlo de una vez—... horrible. Fue horrible, Adrián —dijo al fin—. Tanto, que desde entonces no soy capaz de mantener relaciones sexuales. Me tenso, me bloqueo, entro en pánico, y por eso salgo corriendo.

—Nena... —susurró Adrián.

—Entenderé si no quieres tener nada conmigo —dijo Eva, que había bajado la cabeza.

Adrián esbozó una sonrisa de medio lado en el rostro.

—Está claro que no conoces a los Montenegro —bromeó.

El comentario logró arrancarle una sonrisa a Eva.

—Contigo me he dado cuenta de que sois muy perseverantes —apuntó.

—No lo sabes bien.

—No os rendís fácilmente.

—Nunca, y si merece la pena menos todavía. —Adrián buscó la mirada de Eva—. Y tú eres de esas personas que merecen mucho la pena.

Eva se emocionó.

—Gracias por no rendirte —dijo.

Adrián se inclinó, agarró los reposabrazos de la silla y tiró de ellos para acercarse a Eva. Cuando la tuvo a solo unos centímetros, la besó con tanta delicadeza que Eva se sintió desfallecer.

—Contigo, nunca —dijo Adrián. Hizo una pequeña pausa—. ¿Te apetece contarme qué pasó? —le preguntó en tono cálido.

Eva movió la cabeza, afirmando. De pronto se sentía lo suficientemente cómoda como para sincerarse con Adrián.

—Pensé que sería algo especial. Sin embargo, mi primera vez fue, ante todo, humillante y dolorosa —comenzó a decir—. Cuando le dije al chico con el que estaba que parase, que el dolor era casi intolerable, no solo no paró, sino que...

—Eva, ¿ese tío te forzó? —le cortó Adrián.

—A mí me gustaba mucho, y yo... yo quería hacerlo con él.

—Da igual que te gustara mucho o que no te gustara nada. Tenía que haber parado.

Eva dejó caer los hombros. Ella también sabía que Marcos tenía que haber parado. Le espeluznaba pensar en la posibilidad de que en el fondo podía haber sufrido una agresión sexual, aunque en un principio fuese consentida. Pero de nada valía ya lamentarse. Habían pasado muchos años.

—El caso es que al... terminar, me insultó —continuó, sin querer ahondar más en la otra cuestión—. Me dijo que no era más que una gorda; un *tonel*, como me llamaban; que debería darle las gracias por haberme follado, que si no hubiera sido por él, me hubiera quedado virgen toda la vida.

Se le formó un nudo en la garganta que le impidió seguir.

—¿Con qué clase de hijo de puta te liaste? —preguntó Adrián en un tono entre cabreado e indignado.

—Con uno muy gordo —respondió Eva, tratando de contener las lágrimas.

—¿Cómo te pudo decir algo así? Dios mío, si eres preciosa —dijo Adrián.

Le acarició la mejilla.

—Unas semanas después me enteré de que solo se había liado conmigo para ganar una apuesta — continuó Eva.

—¡Menudo cabrón! —exclamó Adrián.

Los ojos le echaban chispas.

—Desde entonces arrastro una infinidad de complejos, de inseguridades, de... miedos, que pensé que había olvidado, que había dejado en el pasado, pero que me siguen pasando factura a día de hoy.

Adrián se incorporó. Eva se veía tan vulnerable, tan frágil...

—Déjame abrazarte —le dijo.

En un impulso lleno de ternura tiró ligeramente de ella, la levantó y la estrechó entre sus brazos con fuerza. Eva no pudo reprimir el llanto más tiempo y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Cuando Adrián la sintió sollozar en su hombro, le cogió el rostro entre las manos y la besó con dulzura.

—Adrián... —suspiró Eva.

—Te voy a llenar de amor, nena —dijo él, al tiempo que le enjugaba las lágrimas con los pulgares—. De mucho amor.

Se inclinó hacia ella y depositó de nuevo un tierno beso en sus labios.

—¿Vas a tener paciencia conmigo? —le preguntó Eva con ingenuidad, aferrada a sus brazos.

—Voy a tener toda la paciencia del mundo contigo —respondió él—. Mi nena cañón.

—Sí, Cañón del Colorado —bromeó Eva.

Adrián estalló en una carcajada.

—Echaba de menos a la Eva risueña que se ríe con ruidosas carcajadas, que gesticula sin parar y que correteaba detrás de mí en la boda de Jorge y Sofía —comentó Adrián.

—¡Ay, por Dios, qué vergüenza! —dijo Eva con las mejillas llenas de rubor.

Escondió el rostro contra el pecho de Adrián.

Adrián la estrechó más contra sí y rio. Ahora sí que tenía delante a la Eva que le gustaba.

—Por cierto, tenemos pendiente un helado —dijo.

—Es verdad.

—¿Puedes quedar mañana por la tarde?

—Sí —respondió Eva, sonriente—. A partir de las cinco estoy libre.

—¿Tienes clase?

—Sí.

—Entonces te paso a buscar a la Universidad a las cinco.

—Vale. —Eva se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Sabían tan bien... Mejor que las moras—. Bueno, me voy, que tendrás trabajo que hacer.

—Tengo trabajo que hacer pero puede esperar —apuntó Adrián, sin soltarla.

—Quizás tu trabajo pueda esperar, pero mis prácticas de Cuidados Paliativos, no —bromeó, colocándole coquetamente la corbata.

Adrián resopló.

—Que conste que te dejo ir porque tienes prácticas, futura enfermera, sino no pienses que ibas a salir de este despacho —señaló.

Eva lanzó al aire una risilla tontorróna.

—Me tengo que ir —dijo.

Si no cortaba aquello de alguna manera llegaría tarde a clase. Finalmente, Adrián la soltó.

—Hasta mañana —se despidió Eva, rozándole la punta de la nariz con la suya.

—Hasta mañana —dijo Adrián, que no apartó la vista de ella hasta que no desapareció por completo tras la puerta.

CAPÍTULO 22

Adrián se giró. No le había dado tiempo a sentarse en el sillón cuando entró Raúl.

—¿Esa que acabo de ver salir de tu estudio era Eva? —le preguntó, aunque sabía sobradamente la respuesta.

—Sí —afirmó Adrián sin poder disimular su entusiasmo.

—Por lo que veo en tu cara la cosa ha ido bien.

—Sí —volvió a afirmar Adrián, sentándose.

—¿No me lo vas a contar? —curioseó Raúl, que también se acomodó en una de las sillas.

—Creo que puedo decir que estoy saliendo oficialmente con Eva —dijo.

—¡Enhorabuena! ¡Este es mi hermanito! —exclamó Raúl—. ¿Ya te ha contado qué le pasaba?

Adrián asintió ligeramente.

—No quiero ser indiscreto —comenzó a decir—, pero digamos que su primera experiencia sexual fue bastante traumática y eso le hace salir corriendo.

—¿Tan mala fue? Por norma general, las primeras veces son un desastre para todo el mundo.

—En el caso de Eva no solo fue un desastre... —le aclaró Adrián—. Se topó con un hijo de puta que se lio con ella para ganar una apuesta. No conforme, la humilló y después la insultó. Eva no me lo ha querido admitir, pero ese tío la forzó —añadió con rabia.

Raúl se echó hacia adelante.

—¡Joder! ¿Estás diciéndolo en serio? —dijo.

Adrián apretó los labios.

—Sí. Eva le pidió que parara y él no lo hizo.

—Pues es muy posible que sí que estemos hablando de una agresión sexual —señaló Raúl en tono profesional.

—Eva no desea hablar de ello y yo no he querido insistir. Sé lo que le ha costado contármelo... —dijo Adrián. Guardó silencio unos segundos antes de decir—: Desde entonces arrastra un montón de complejos, de inseguridades y de miedos.

—Me imagino cómo se tiene que sentir... —Raúl se puso durante un instante en la piel de Eva—. El mundo está lleno de desgraciados.

—Este tipo de gente se merece que le partan la cara.

—Me juego el cuello a que tú estarías encantado de partírsela.

—No lo sabes bien. Los tipos como él o como Carlos son detestables. Aprovechándose siempre de las mujeres. Menudos gallitos de mierda... Y luego les tiemblan las canillas cuando tienen que enfrentarse a alguien de su tamaño.

El teléfono de Raúl sonó. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y lo cogió.

—¿Dígame? Sí... Sí, claro... Pátese por mi despacho. ¿Sabe dónde está?... Perfecto... Ahora mismo, si quiere... Hasta ahora.

Colgó, devolvió el móvil al bolsillo y se levantó.

—El deber me llama —dijo—. Luego seguimos hablando.

—Vale. Luego te veo —dijo Adrián.

Raúl apartó la silla y se dio media vuelta.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Cuando Adrián se quedó solo, se dirigió a la mesa de dibujo para continuar con los planos de la torreta de pisos en la que estaba trabajando.

Pese a que trataba de concentrarse, no podía dejar de pensar en Eva. Ahora comprendía por qué salía huyendo de él, por qué se tensaba cuando la besaba, el comportamiento que tuvo cuando durmió en su casa...

—Nena... —susurró para sí.

Dio gracias por que finalmente Eva se hubiera atrevido a confesarle su secreto. Así al menos podía atajarlo. Tendría que ser muy cuidadoso y muy delicado. Jamás se perdonaría hacerle daño.

El pitido avisándole de un WhatsApp le devolvió a la realidad. Giró el rostro hacia el escritorio, donde había dejado el móvil. Se levantó y lo cogió.

Era Eva.

—*Gracias* —ponía únicamente.

Encerraba tanto ese simple «gracias».

Adrián no pudo evitar sonreír. Enseguida escribió:

—*Gracias a ti por haber confiado en mí.*

Eva le envió tres emoticonos sonrojados.



—*Tengo que dejarte para entrar en clase* —le dijo Eva.

—*Que te sea leve* —respondió Adrián.



Eva se quedó mirando la pantalla del móvil unos segundos, embelesada. Le encantaba que Adrián la llamara «nena».

Suspiró.

Desde que le había dicho la verdad se sentía tremendamente aliviada, como si se hubiera quitado una tonelada de plomo de encima. Le había costado mucho, pero por fin había reunido el valor suficiente para decírselo. Adrián era tan comprensivo...

Se mordió el labio inferior.

La campana sonó, avisando el comienzo de la clase. Eva se dio media vuelta y de refilón vio entrar a la profesora. Corrió rápidamente por el pasillo y logró entrar justo cuando cerraba la puerta.

—Perdón, perdón... —dijo, frunciendo la nariz en un gesto infantil.

La profesora la dejó pasar, pero la miró con ojos fiscalizadores. Eva ignoró su mirada y se dirigió a uno de los pupitres que quedaban libres. Estaba demasiado feliz como para dejar que algo le fastidiara el día.

CAPÍTULO 23

Al día siguiente, Eva no veía la hora en que las agujas del reloj marcaran las cinco de la tarde. Impaciente, tamborileaba los dedos sobre la mesa.

Cuando por fin la clase concluyó, Eva salió escopetada hacia la calle. Desde la puerta de la universidad miró a derecha y a izquierda pero Adrián no estaba por ningún lado. Sacó el móvil del bolso bandolera y consultó si tenía alguna llamada o algún WhatsApp de él. Nada.

Justo cuando iba a sentarse a esperarlo en los peldaños de piedra de la facultad, escuchó el claxon de un coche a su espalda. Giró el rostro por encima del hombro. Una sonrisa llenó su boca al ver que era Adrián.

Deprisa, bajó las escaleras y se dirigió al coche.

—Lo siento, nena —dijo Adrián en cuanto entró en el vehículo.

Se inclinó y le dio un pico.

—No pasa nada —lo disculpó Eva en tono distendido.

—Hay clientes a los que les deberían dar un premio por brasas —añadió Adrián—. Si supieras lo que me ha costado deshacerme de uno de ellos.

—Cualquiera que te oiga pensará que te lo has cargado —bromeó Eva.

—Te aseguro que cuando veía que se echaba la hora encima y que no se iba, es una idea que se me ha pasado por la cabeza —siguió Adrián con la broma—. He desistido porque no tenía bolsas de basura en las que poder meter el cadáver.

Eva ríe.

—No sabía que tuvieras ese instinto asesino —dijo.

—Hay personas que son capaces de sacar el Hannibal Lecter que llevo dentro.

—A mí también me pasa con algunas personas, que despiertan a la Isabel Bathory que duerme en mí.

—Menudos dos nos hemos juntado —se mofó Adrián—. Cualquiera día llenamos el salón de sangre y vísceras.

—Pues la sangre sale fatal del tapizado de los sofás.

Adrián estalló en una carcajada.

—Sí, lo sé muy bien —afirmó entre risas, al tiempo que metía primera y se incorporaba a la circulación.

Adrián estacionó en la plaza que había reservado unas horas antes en el parking Saba Plaza Montes. Así se quitaba complicaciones de encima, pues la mayoría de las veces aparcar en Madrid se convertía en una Odisea, sobre todo si se pretendía que fuera en el centro.

Salieron del parking y se dirigieron a la heladería Palazzo, una pequeña heladería italiana que habían abierto nueva en la Gran Vía y en la que disponían de una amplísima carta de helados y batidos.

—Madre mía, cuantos sabores hay —comentó Eva frente a la exposición que tenía delante.

Los ojos se le iban de un lado a otro sin parar mientras la boca se le hacía agua. Había helado de menta, de banana split, de tiramisú, de chocolate blanco, de grosella, de oreo, de mora, de cereza...

—Mira, hay helado de oro —dijo Adrián, señalándolo con el dedo.

—¡Y de lavanda! —exclamó Eva asombrada.

—¿El de lavanda no sabrá un poco a gel de baño? —se burló Adrián.

Eva torció el gesto.

—Yo creo que sí —rio—. ¿Cuál es tu sabor preferido? —le preguntó a Adrián.

Adrián volvió la cabeza hacia ella y la miró fijamente a los ojos.

—Mi sabor preferido eres tú —dijo.

Su voz resultaba suave y seductora.

—Oh... —musitó Eva, que notó como las mejillas se le llenaban de rubor.

—¿Y el tuyo? —le preguntó a su vez Adrián.

—Mi sabor preferido también eres tú —respondió Eva—. Sabes tan bien...

Adrián sonrió.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué sé? —le preguntó.

—A Adrián Montenegro —respondió Eva.

—¿Eso es un sabor?

—A partir de hoy, sí.

Adrián se acercó al rostro de Eva y deslizó la boca sobre la suya, capturando los suaves labios entre los suyos y saboreando su dulzura.

—Eres tan exquisita, nena —susurró pegado a su boca.

El aliento cálido y húmedo de Adrián hizo que Eva se estremeciera.

Alguien carraspeó.

Eva y Adrián volvieron a la realidad. La dependienta, una chica joven con expresión simpática, los miraba con envidia sana.

—¿Os pongo algo? —les preguntó.

—Sí —se adelantó a decir Adrián, volviéndose hacia la chica—. Yo quiero un helado extra grande de menta. Mientras la dependienta se lo preparaba, miró a Eva—. Y tú, ¿de qué sabor lo quieres?

—No sé por cuál decidirme —dijo ella, haciendo un mohín.

—¿Por qué no le coges de varios sabores? —le propuso Adrián.

—¿De varios sabores? —Eva negó reiteradamente con la cabeza—. No, no, no... Sería demasiado.

—¿Qué más da?

Eva suspiró. Tenía que medirse.

Al final se decantó por uno de mora, su sabor preferido después de Adrián Montenegro.

Cuando Adrián pagó ambos helados, se dieron la vuelta y se sentaron en una de las mesas que había libre. Eva hundió la cuchara en la bola redonda de color morado y se la llevó a la boca.

—Un minutó en la boca y una eternidad en las caderas —dijo mientras lo saboreaba con delectación, casi hasta poner los ojos en blanco.

—Y que se quede ahí —apuntó Adrián—. A mí me encantan tus caderas.

Eva detuvo la segunda cucharada a mitad de camino.

—¿Lo dices...? ¿Lo dices en serio? —preguntó algo escéptica.

Adrián afirmó con un ademán de la cabeza.

—Sí —respondió—. ¿Por qué te sorprende? —interrogó.

—Bueno, porque no es lo habitual.

—¿Y qué es lo habitual?

—Lo habitual es que los hombres se decanten por las *Squeletor*.

—¿Por las qué?!

Adrián no pudo evitar reír estrepitosamente. Algunas cabezas se levantaron.

—Ya sabes, las extra delgadas, incluso extra huesudas —dijo Eva.

—No niego que haya hombres a los que les gusten las mujeres... —utilizó los mismo términos que Eva —... extra delgadas y extra huesudas. Igual que hay hombres que prefieren a las rubias en vez de a las morenas, o a las bajitas, o a las altas, pero a mí me gustan las mujeres con curvas, con muchas curvas.

—¿Te gustan las rellenitas?

—Si quieres definir las así, sí. —Adrián se encogió de hombros—. Siempre he tenido debilidad por las rellenitas. —Al ver la expresión de extrañeza de Eva, añadió—: Es una cuestión de preferencias. Nada más. Aunque por encima de cualquier apariencia prima la esencia —concluyó. Se metió una cucharada de helado en la boca—. De todas formas, las mujeres tenéis una visión distorsionada de lo que es sexy para un hombre.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Puede ser.

—Creo que queréis estar extremadamente delgadas por una especie de competición silenciosa que tenéis entre vosotras, pero no porque los hombres nos decantemos por los huesos —argumentó Adrián.

—Nunca lo había pensado, pero visto así...

—¿Te preocupa tu cuerpo?

—Te mentiría si te dijera que no. Hubo un tiempo que muchísimo. Estaba obsesionada. Después de la desagradable experiencia de mi primera vez empecé a tener trastornos alimenticios. En algunas épocas, severos. Era más joven... Y ya sabemos lo influenciables que somos en la adolescencia.

—A mí me encantas, Eva —afirmó Adrián con sinceridad—. Así que todas esas inseguridades respecto a tu cuerpo están fuera de lugar.

—Resulta extraño...

Eva jugueteó con la cuchara y la bola de helado.

—¿El qué?

—Hace años jamás hubiera imaginado que un chico que pudiera escoger a cualquier mujer que quisiera, me escogiera a mí.

—¿Por qué? —preguntó Adrián.

—Porque no es lo habitual —repitió Eva.

—A mí me da igual lo que sea habitual o no. Además, siempre hay excepciones que confirman la regla, ¿no? —bromeó.

Eva dibujó una sonrisa en los labios.

—Desde luego que sí.

CAPÍTULO 24

Terminaron de comerse el helado en la calle, mientras caminaban por el Paseo del Prado en dirección al Real Jardín Botánico. Un lugar lleno de encanto y romanticismo, con estanques plagados de nenúfares, altas cúpulas de cristal revestidas de enredaderas y decenas de especies de plantas de más de dos mil años de antigüedad.

Mientras paseaban por un sendero de pequeñas baldosas grises, Adrián buscó la mano de Eva y se la cogió. Ella lo miró entre sorprendida y emocionada.

De pronto se sentía ligera, como si su cuerpo fuera un globo y fuera a salir volando en cualquier momento. Adrián sabía cómo hacer que una mujer se sintiera irresistible. Incluso aunque tuviera unos kilos de más.

Era tan natural.

Para comprobar que no estaba soñando, apretó su mano con los dedos. Adrián giró el rostro y le sonrió. Eva le devolvió la sonrisa, embelesada.

—¿Te sientes cómoda? —le preguntó Adrián, que estaba pendiente de ella en todo momento.

—Muy cómoda —respondió Eva.

—Quiero que te sientas bien.

—Me siento bien.

—¿De verdad?

—Sí.

¿Cómo no me voy a sentir bien si estoy contigo?, se preguntó Eva para sus adentros.

Lanzó una mirada furtiva a Adrián. Los ojos se le fueron a la boca, definida y jugosa. Se le escapó una

sonrisilla de manera involuntaria.

—¿Y esa risilla? —dijo Adrián, parándose en mitad de un sendero rodeado de arbustos cuidadosa y perfectamente recortados.

—No es nada. Es una tontería...

Eva echó a andar, pero Adrián se quedó quieto.

—Cuéntamela —la instó.

—Es que me da mucha vergüenza —dijo Eva.

Cogió a Adrián de la mano y tiró de él para que avanzara, pero no consiguió que se moviera un centímetro.

—Venga... A mí encantan las tonterías —la animó Adrián.

—Que no, que me da mucha vergüenza, de verdad...

—Vamos, Eva. Si no me lo dices, no me voy a mover de aquí en toda la tarde —bromeó, clavando los pies en el suelo.

Eva tiró de él con fuerza, pero no pudo hacer que avanzara ni un paso. Después de unos segundos en los que sopesó si contárselo o no, decidió contárselo.

¿Qué más da?, se dijo. No es nada que no sea verdad.

—Desde que te vi por primera vez, no sabes las veces que me he preguntado qué sentiría si me besaras —le confesó.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Qué interesante... —comentó Adrián, acariciándose la barbilla, como si Eva acabara de plantear una teoría científica.

—¡Adrián! —exclamó ella con voz tontorróna y roja como un tomate.

Aprovechando que Eva lo tenía cogido de la mano, tiró de ella y la pegó a su cuerpo.

—¿Y qué sientes? —le preguntó, clavando sus ojos negros en los de Eva.

—Algo increíble —contestó Eva, perdiéndose en su intensa mirada.

Adrián delineó una sonrisa de medio lado en los labios.

—Me gusta hacerte sentir increíble —dijo.

El final de la frase se perdió en la boca de Eva cuando Adrián la aferró por la cintura y la besó. Arrastrado por el deseo, le mordió el labio inferior y tiró de él.

—Oh, nena... —siseó, apoyando la frente en la suya.

Eva lanzó un profundo suspiro. ¿Aquello era real? ¿Adrián Montenegro era real? Lo abrazó con fuerza, como si tuviera miedo de que se abriera un abismo a sus pies y la hiciera caerse. Por primera vez en su vida, la realidad era mejor que el sueño.

—Adrián... —comenzó a decir, rompiendo el silencio—, siento mucho la manera en que te he tratado estos días... Sobre todo, cuando te eché del portal —dijo apesadumbrada.

Todo lo que había pasado la hacía sentirse muy mal.

—No tienes que disculparte por nada, nena —respondió Adrián, comprensivo—. Las circunstancias no eran fáciles para ti. No es culpa tuya.

Alzó la mano y le acarició el pelo, colocándoselo detrás de las orejas.

—Aunque si me lo hubieras contado antes, me hubieras ahorrado unos cuantos quebraderos de cabeza —dijo en tono de broma.

—No podía... No tenía suficiente valor para hacerlo —alegó Eva.

—Pero, ¿por qué?

La voz de Adrián se tornó un poco más seria.

—Porque es algo que me supera. Que me...

Eva trataba de explicarse, pero no le salían las palabras. Aunque hablaba por los codos, con este tema siempre se quedaba en blanco.

Adrián entornó los ojos.

—Que te avergüenza. ¿Es eso lo que ibas a decir? Eva, ¿sientes vergüenza de lo que pasó? —le preguntó, intuyendo lo que pasaba. Eva se limitó a guardar silencio—. Respóndeme —le pidió con voz dulce.

—Sí —afirmó Eva, bajando la cabeza.

Adrián la obligó a levantarla.

—Eva, tú no tienes que sentir vergüenza. ¡Joder, tú fuiste la víctima! ¡La víctima! —repitió con énfasis—. Al que se le tendría que caer la cara de vergüenza sería a ese cabrón.

—Fíjate cómo me hace sentir este tema que ni siquiera lo sabía Sofía, y eso que es mi mejor amiga —dijo Eva—. Y no era por falta de confianza, sino porque nunca he tenido el valor de contárselo.

Sin mediar palabra, Adrián la abrazó y la meció entre sus brazos.

—Oh, mi nena... —murmuró cariñosamente.

Le dio un beso protector en la frente. Eva sentía que estaba tocando el cielo. Adrián hacía que tocara el cielo solo con abrazarla.

CAPÍTULO 25

Cuando la tarde cayó y la noche comenzó a despuntar en el cielo con su característico azul oscuro, abandonaron el Real Jardín Botánico y regresaron al parking para recoger el coche. Eva tenía que revisar unos temas para las clases del día siguiente y Adrián terminar de diseñar los planos de la torre de pisos.

—¿Lo has pasado bien? —le preguntó Adrián a Eva.

Se encontraban dentro del coche, aparcados frente al piso de Eva.

—Muy bien —respondió ella, dándole un toquecito en la nariz.

Adrián abrió la boca y se lanzó a su dedo índice como si quisiera mordérselo.

—¡Ah! —gritó Eva, que se sobresaltó como si fuera una niña pequeña.

Adrián estalló en un coro de encantadoras risas.

—Tenías que haberte visto la cara —dijo, sin poder contener las carcajadas.

—Tonto —le riñó Eva—. Deja de reírte.

Pero Adrián no podía parar. Así que Eva terminó contagiándose y riéndose con él. Cuando las risas cesaron, se miraron durante unos segundos sin decirse nada.

Las miradas hablaban por sí solas.

En silencio, se aproximaron el uno al otro y se fundieron en un beso, que comenzó de un modo suave pero que fue haciéndose cada vez más apasionado, más febril.

Eva emitió un gemido que Adrián atrapó con la boca. Llevado por un intenso deseo, se inclinó y hundió la cara en el cuello de Eva, que clavó los dedos en sus hombros. Adrián fue descendiendo los labios hasta la parte del escote que dejaba a la vista el abrigo, haciendo pequeñas succiones por donde pasaba.

—Nena... Oh, sí, nena... —siseó con voz voluptuosa y extremadamente viril.

De pronto Eva se detuvo y echó la cabeza hacia atrás, separándose de Adrián.

—Para, Adrián... Para..., por favor... —dijo nerviosa en un hilo de voz. Las pulsaciones le iban a mil por hora.

Adrián levantó los ojos. La preciosa mirada verde de Eva reflejaba un incipiente miedo. El corazón le palpitaba tan fuerte que Adrián lo escuchaba en el ensordecedor silencio que reinaba en el interior del coche.

—Lo siento —se apresuró a decir, al caer en la cuenta de lo que ocurría. Se irguió de inmediato y se recostó en el asiento. Se pasó la mano por el pelo—. Lo siento mucho... Yo... Me he dejado llevar por el deseo —se justificó.

—No pasa nada —dijo Eva. Al percatarse del rostro descompuesto de Adrián, añadió—: Todo está bien, Adrián. Es normal que te dejes llevar...

—Sí, pero...

Eva puso el índice sobre sus labios.

—Lo estás haciendo bien —lo interrumpió con voz suave, intentando tranquilizarlo—. Soy yo, ¿vale? Todo está en mi cabeza. Tú lo estás haciendo bien —repitió.

Soy un tonto, se reprochó a sí mismo. He debido de ser más cuidadoso.

Adrián volvió el rostro hacia Eva.

—Eva... solo quiero que tengas clara una cosa: yo jamás te haría daño. Jamás —dijo con vehemencia.

—Lo sé —dijo ella, acariciándole cariñosamente la cara con las dos manos—. De verdad que lo sé.

—No lo dudes nunca.

—No lo dudaré.

—Vale... —dijo Adrián.

Eva esbozó una sonrisa comprensiva. Sin soltar el rostro de Adrián, se acercó y lo besó. Quería que se sintiera bien.

—¿Nos vemos mañana? —le preguntó.

—Sí —respondió Adrián, asintiendo.

—Hasta mañana —se despidió.

—Hasta mañana, nena —susurró Adrián, dándole un último beso.

Eva abrió la puerta del coche y salió. Miró a un lado y a otro y cruzó corriendo la calle. Adrián no arrancó hasta que no se aseguró de que entraba en el portal. Eva lo saludó con la mano antes de que se fuera. Adrián sonrió y se despidió con el mismo gesto.

Adrián apretó el volante. Lo hizo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Debo de tener más cuidado —se reprendió en voz alta mientras circulaba por la Gran Vía, en dirección a la calle Alcalá, donde estaba su piso—. No quiero que Eva salga corriendo. No quiero asustarla. No me perdonaría jamás hacerle sentir algo semejante a lo que le hizo sentir ese cabrón.

Chasqueó la lengua.

Pero la deseaba tanto, que reprimir su instinto animal suponía todo un esfuerzo. Tendría que hacer acopio de fuerza de voluntad e ir más despacio si no quería meter la pata.

Eva merecía la espera.

Mucho.

La merecía más que nadie.

Nunca había sentido por una chica lo que estaba comenzando a sentir por ella. Era una persona muy especial, sobre todo, ahora que volvía a ser ella misma, la chica simpática y risueña que correteaba detrás de él en la boda de Jorge y Sofía.

No, no podía permitirse perderla.

Además, con todo lo que le había contado, había hecho nacer en él un acusado instinto de protección. De pronto tenía la necesidad de defenderla del mundo.

Eva no pudo contenerse y llamó a Sofía. Estaba demasiado excitada con todo lo que estaba viviendo con Adrián.

—Hola, hola —contestó Sofía al descolgar.

—Hola —respondió Eva—. Tengo que darte una noticia —anunció sin poder reprimirse y sin que Sofía pudiera mediar palabra.

—¿Qué noticia? —preguntó Sofía con impaciencia.

—¡Estoy saliendo con Adrián!

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—Desde ayer. Por la tarde fui a su estudio y finalmente le conté... ya sabes, mi *problema*.

Sofía lanzó al aire un suspiro.

—¡Menos mal! —exclamó.

—Tenías razón —dijo Eva.

—¿En qué?

—En todo. Adrián está siendo súper comprensivo conmigo.

—No quiero quedar de prepotente, pero te lo dije —apuntó Sofía en un tono de satisfacción.

Eva se dejó caer en la cama, con el móvil pegado a la oreja como una quinceañera.

—Es verdad, me lo dijiste.

—¡Me alegro un montón de que por fin se lo hayas contado! —Sofía no podía disimular su entusiasmo—. Es lo mejor que has podido hacer.

—Te confieso que siento como si me hubiera quitado un peso de encima.

—Es que te lo has quitado. Te has deshecho de un secreto que te pesaba demasiado.

—Gracias, Sofía —dijo Eva.

—¿Por qué?

—Por estar ahí, por escucharme, por aconsejarme...

Sofía sonrió.

—No tienes nada por lo que darme las gracias. No he hecho nada que tú no harías por mí. Tú también estuviste a mi lado cuando lo pasé tan mal con lo de Jorge y la parálisis.

—Bueno, es lo que tenía que hacer. Para eso somos amigas, ¿no? —dijo Eva.

—Sí, por esa razón no tienes que darme las gracias. Porque somos amigas.

—De todas formas, sino hubiera sido por ti, quizás nunca le hubiera contado nada a Adrián.

—Pero al final lo has hecho, y eso es lo que importa. Has sido muy valiente, Eva. Estoy muy orgullosa de ti.

—Tengo que reconocer que Adrián me lo ha puesto muy fácil. Es tan... —Eva no encontraba la palabra que pudiera calificarlo. No existía en el diccionario—. ¡Joder, Sofía! Creo que me estoy enamorando.

—Yo creo que ya estás enamorada —matizó Sofía.

—Sí, yo también lo creo.

Ambas se echaron a reír.

—Levanta la mano derecha y jura por *Dior* que me tendrás informada de todo y que seré la primera a quien le comunique la fecha de la boda —dijo Sofía en tono de broma, como si fuese un juez.

Eva levantó la mano derecha tal y como le había indicado su amiga.

—Lo prometo —dijo entre risas.

Las dos volvieron a estallar en carcajadas.

CAPÍTULO 26

Adrián se detuvo frente al garaje y lo abrió con el mando a distancia. Cuando la puerta metálica se elevó por completo, metió primera y bajó por la rampa hasta su plaza de aparcamiento.

Apagó el motor.

Iba a salir del coche cuando vio de reojo la carpeta de solapas fucsia de Eva. Se la había dejado olvidada sobre el salpicadero.

—¡Mierda! —masculló, observándola—. Y seguro que mañana le hace falta.

Se inclinó y la cogió.

Mientras subía en el ascensor, sacó el móvil del bolsillo y le envió un WhatsApp.

—*Nena, no te vuelvas loca buscando tu carpeta. Te la has dejado en mi coche* 😁 😁 —tecleó, añadiendo un par de emoticonos enseñando graciosamente los dientes.

Transcurrió un rato hasta que Eva vio el mensaje y contestó.

— 😱 😱 😱 😱 😱 😱 *¿Te puedes creer que no me había dado ni cuenta?*
¡Santo Dios, soy un desastre!

Adrián rió.

—*Ahora, además de ser mi sabor preferido, también eres mi desastre preferido* —bromeó.

Eva llenó la pantalla de emoticonos llorando de risa. Estaba carcajeando al otro lado de la línea.

— 😂 😂 😂 😂 😂 😂 😂

Adrián le respondió con otros tantos con la lengua fuera.



—*Lo peor es que la necesito para mañana a primera hora. ¿Me la llevas a tu despacho y me paso a por ella?* —propuso Eva.

—*No te preocupes, mejor te la llevo yo a la facultad* —dijo Adrián.

—*¿No es una molestia para ti?*

—*Para nada. Así tú no madrugas tanto y puedes quedarte un poquito más en la cama.*

—*¡Jo! Gracias.*

—*¿A qué hora entras?*

—*A las nueve.*

—*A las nueve menos cinco estoy en la puerta* —indicó Adrián.

—*¡¡¡Graaaaaaaaacias!!! No voy a tener vida suficiente para agradecértelo, jejejeje* —escribió Eva.



—*Voy a cenar. Hasta mañana* —se despidió.

—*Hasta mañana, nena* —correspondió Adrián.

—*Felices sueños.*

—*Felices sueños.*



—¿Dónde tengo la cabeza? —se preguntó Eva, dándose un toquecito en la frente—. No me he dado ni cuenta de la carpeta, y eso que la necesito sin falta para las clases.

Sacudió la cabeza, dejando que una sonrisa se le escapara de los labios. Cuando estaba con Adrián perdía la noción del tiempo y del espacio, y no perdía la cabeza porque la tenía sobre los hombros, sino estaba segura de que se la olvidaría también en algún lado.

Resopló y se fue a la cocina a prepararse la cena.

Tenía pensado hacerse un huevo con unas patatas fritas, pero lo cambió por una escueta ensalada cuando comprobó que Rebeca solo iba a cenar un par de lonchas de pavo y un yogurt natural desnatado... sin azúcar, claro.

Su compañera de piso por norma general comía y cenaba como un pajarillo. Incluso menos que un pajarillo. Estaba obsesionada con las calorías y la gordura, como casi todas las chicas de su generación.

¿Por qué, si Rebeca está delgada?, se preguntó Eva. *Dios le da pañuelo a quien no tiene mocos.*

Rebeca era una de esas chicas que siempre estaba impecable, con su brillante pelo azabache extremadamente liso, su piel bronceada todo el año por rayos UVA del solárium y su andar cimbreante.

Nada que ver conmigo, se dijo Eva.

Cogió el cuenco de ensalada y se dirigió al salón, donde Rebeca se terminaba su yogurt desnatado. Era lógico que acabara tan pronto. Apenas comía y, en el momento en el que se encontraba Eva, que ella no se conformara con un par de lonchas de pavo y un yogurt desnatado le hacía sentirse culpable.

Quizás tendría que ponerme a dieta, pensó en silencio.

Suspiró quedamente, pinchó con el tenedor unas cuantas hojas de lechuga y se las metió en la boca.

Adrián cogió una cerveza del frigorífico. La abrió de camino al salón y dio un largo trago. Enfiló los pasos hacia la mesa de dibujo y se sentó cómodamente en el taburete.

Mientras hacía los cálculos pertinentes y su mano bocetaba el plano, la imagen de Eva campaba a sus anchas por su mente.

—Eva, Eva, Eva... —murmuró repetidamente, como si tuviera la intención de invocarla.

Dejó el lápiz sobre la mesa, se levantó y se acercó a los enormes ventanales con la cerveza en la mano. Descorrió un poco las cortinas. La calle Alcalá lucía preciosa inmersa en el resplandor multicolor de las luces de las farolas, los monumentos y los faros de las decenas de coches que circulaban por ella.

Adrián soltó el aire que tenía en los pulmones mientras observaba la panorámica que tenía delante.

La expresión de Eva cuando le pidió por favor que parase atravesó su cerebro. Había tanto miedo en sus ojos, incluso en su voz temblorosa, que solo podía ser equiparable a lo mal que lo había tenido que pasar el día que tuvo aquella nefasta experiencia.

Él no le haría daño nunca, ni le haría pasar por algo semejante. Eva tenía que estar segura de eso. Era una cuestión de tiempo y de confianza. Adrián lo sabía.

Se llevó la cerveza a los labios y dio otro trago.

—Voy a hacer que me desees tanto que no me pedirás que pare... nunca —se dijo con picardía. Un amago de sonrisa se reflejó en el cristal de la ventana—. Solo necesito un poquito de tiempo. Solo un poquito más de tiempo...

Dio de nuevo un sorbo de la cerveza y volvió a la mesa de dibujo. Tenía por delante una larga noche de trabajo.

CAPÍTULO 27

Adrián aparcó justo frente a la puerta de la facultad de enfermería. Dio las luces de emergencia para indicar que solo iba a estar un par de minutos estacionado y así evitar que le cosieran a bocinazos.

Enseguida vio aparecer a Eva, que se dirigía al coche a grandes zancadas. Estaba guapísima con un pantalón vaquero, un jersey de punto verde botella y una cazadora negra.

—Buenos días —lo saludó, abriendo la puerta y agachándose un poco para poder mirarlo.

—No serán buenos si no me das un beso —dijo Adrián—. Anda, entra.

—Adrián, tengo prisa —arguyó Eva.

Su voz se escuchaba poco convincente. En el fondo deseaba entrar en el coche y quedarse toda la mañana con Adrián. Pero no podía.

—Si no subes y me das un beso, te quedas sin carpeta —amenazó él.

Eva sonrió y terminó entrando en el coche. Se acercó a Adrián y depositó un beso en sus labios carnosos y perfectamente definidos. Él la sujetó por la nuca y profundizó el contacto, haciendo más intenso el beso.

—Ahora sí que son buenos días —murmuró Adrián. Cogió la carpeta del salpicadero y se la tendió a Eva—. Tu carpeta —dijo.

—Mil millones de gracias —dijo ella—. Te voy a estar eternamente agradecida. Me has salvado la vida —exageró.

—Por cierto, deberías hacerte mirar esa memoria tuya... —comenzó Adrián en tono sarcástico. Eva frunció el ceño—. Se te olvida la carpeta, no te acuerdas de la dirección de tu casa...

—Mis despistes son culpa tuya —se justificó Eva.

—¿Culpa mía?

—Sí, culpa tuya. Bueno, tuya, y un poco del alcohol —bromeó Eva, al acordarse del motivo por el que se había olvidado de la dirección de casa.

El ruido de la campana que anunciaba el comienzo de las clases sonó en el campus.

—¡Joder, voy a llegar tarde! —exclamó Eva con cara de horror—. ¡Tengo que irme!

Besó fugazmente a Adrián, abrió la puerta y salió del coche medio corriendo.

—Hasta luego —se despidió Adrián entre risas, al ver las prisas de Eva.

Ella le dijo adiós con la mano sin volverse. No podía perder tiempo, sino llegaría tarde. A la profesora que impartía la asignatura de Enfermería Clínica no le gustaba que sus alumnos llegaran tarde. Le pondría falta si entraba en clase después de haber cerrado la puerta.

De pronto Eva se vio corriendo y esquivando a los estudiantes por los pasillos de la universidad, como el conejo de Alicia en el País de las Maravillas, mientras en su cabeza resonaba: ¡llego tarde!, ¡llego tarde!, ¡llego tarde!

Alexia borró el trazo que acababa de hacer.

—Vas a desgastar el papel —le dijo Raúl desde la puerta del estudio que había dispuesto para ella en su piso.

Alexia refunfuñó.

Raúl caminó hasta el escritorio.

—Está perfecto —añadió al ver el boceto.

Alexia cogió la hoja y la alejó un poco para poder observar el diseño con perspectiva.

—No sé... —murmuró dudosa.

—Alexia, está perfecto —repitió Raúl, para ver si le entraba de una vez en la cabeza.

Alexia soltó el papel sobre la mesa y dejó caer los hombros.

—No debiste apuntarme al concurso de la *Cibeles Junior Fashion Week* —dijo.

—¿Por qué?

—Porque me estoy estresando.

—Te estresas porque quieres.

—¿Ah, sí?

—Sí —afirmó Raúl, apoyándose en el borde de la mesa—. Has corregido el diseño cerca de mil veces.

—Bueno, es que... —le cortó Alexia.

Raúl puso el dedo índice sobre sus labios para silenciarla.

—Es que nada. No tenías que haber hecho ningún cambio. El diseño original ya era precioso cuando me lo enseñaste la primera vez —apuntó. Alexia resopló, agobiada—. Eres demasiado perfeccionista —concluyó Raúl.

—Tú también lo eres —subrayó Alexia.

—Cierto —reconoció Raúl—. Por eso sé cómo te sientes y sé que nunca llega el momento de parar; siempre hay algo que mejorar.

—Sí.

—Pero esa no es la realidad. Esas posibles mejoras están solo en nuestra cabeza. —Miró fijamente a Alexia—. Preséntalo ya; el diseño es suficientemente bueno sin necesidad de ningún retoque más.

Alexia se quedó un rato reflexionando mientras miraba de nuevo el boceto.

—Quizás tengas razón —claudicó finalmente. Tenía que luchar de alguna manera contra aquel perfeccionismo recalcitrante.

—¿Qué te parece si te acompaño para que lo presentes oficialmente al concurso? —sugirió Raúl.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

En el fondo Raúl temía que Alexia se lo pensara mejor y siguiera haciendo cambios, consumiendo su propia paciencia y provocando que se estresara aún más, o lo que era peor, que se echara para atrás y optara por no presentar su diseño a la *Cibeles Junior Fashion Week*. Y era una oportunidad que, a su

parecer, no podía perder.

—Está bien. Vamos —respondió Alexia.

Raúl respiró aliviado.

—Vamos —dijo, antes de que Alexia cambiara de opinión.

CAPÍTULO 28

—¡Estás bromeando! —le dijo Eva a Adrián—. ¡Dime que estás bromeando!

Dos chicas que estaban delante de ellos en la cola del McDonald esperando que les llegara el turno, se giraron.

El rostro de Eva mostraba una mueca de horror. ¿Cómo podía ser que adelantaran en HBO la séptima temporada de Juego de Tronos? ¿No iba a empezar a emitirse a finales de mes?

—No estoy bromeando, lo leí hace unos días. La estrenan esta noche —comentó Adrián—. Al parecer lo hacen para que se emita al mismo tiempo que en Estados Unidos.

—No puede ser... —se lamentó Eva—. ¿Y por qué narices yo no me he enterado?

El mundo se le estaba cayendo encima por momentos.

Sacó el móvil del bolso y buscó en Internet si la información que le estaba dando Adrián era cierta.

¡Y lo era!

—La temporada siete de Juego de Tronos se estrenará en España esta misma madrugada en versión original y de forma simultánea a Estados Unidos en HBO —leyó en voz alta. Hizo una mueca con la boca—. ¡Joder, qué mierda! —exclamó.

Anímicamente se desinfló como un globo.

—¿A qué viene tanto drama? —dijo Adrián.

—¿Drama? Esto no es un drama. Esto es una tragedia griega de las gordas —alegó Eva, abriendo los brazos de forma teatral.

Adrián rompió a reír. La forma en que Eva se había tomado la noticia del inesperado adelanto de Juego de Tronos estaba resultando de lo más cómica. Su cara era todo un poema.

—Yo no le veo la gracia por ningún lado —le reprochó Eva en tono serio—. De verdad que no se la veo.

Las chicas la miraban con mucha atención.

—Pues te aseguro que la tiene. Mucha —repuso Adrián—. Pareces una niña pequeña cuando suspenden la emisión de *Peppa Pig* o de *Dora la exploradora* —se burló.

Eva resopló con fuerza para apartarse un mechón de pelo de la cara.

—Estaba ahorrando para poder instalar el canal a final de mes, fecha en la que estaba previsto el estreno en un primer momento —le explicó a Adrián, para que entendiera el porqué de su berrinche.

Adrián levantó una ceja.

—¿Es por el canal? ¿Por no tener HBO? —preguntó, incrédulo.

—Bueno... todas las temporadas intento ahorrar para poder instalarlo en el piso, pero nunca me llega el dinero. Así que me toca ver los episodios después en Internet, cuando Twitter, Facebook y demás redes sociales se han llenado de *spoilers*, y ya sé quién ha muerto, quién ha quedado vivo, quién ha matado a quién, y a quién se ha comido el dragón —dijo—. Hacer *spoilers* debería estar penado, con cárcel como mínimo —agregó indignada.

Adrián se llevó la mano a la boca para ocultar una sonrisa. Había tratado de reprimirla, pero le había sido imposible. Eva lo miró y se dio cuenta.

—Jolines, no te rías —le pidió.

Eva se sentía algo ridícula, pero es que tenía auténtica pasión por Juego de Tronos y esperaba poder ver el estreno de la séptima temporada por primera vez en su vida, al mismo tiempo que todo el mundo, y no tener que tragarse todos los *spoilers* de la Vía Láctea.

—¿Sabes que yo tengo HBO? —comentó Adrián. Y esperó para ver su reacción.

A Eva se le iluminó el rostro.

—¿Sí?

—Sí.

—Oh... ¿Y tú ves Juego de Tronos? —comenzó a tantear Eva, como una niña pequeña que se las ingenia para pedir un juguete a sus padres.

—Sí —afirmó Adrián, haciéndose el duro.

Tenía ganas de jugar.

—Oh... ¿Y te gusta? —le preguntó Eva.

—Claro, ¿a quién no le gusta Juego de Tronos? —dijo Adrián, fingiendo que no se enteraba de nada.

—Ya veo... —murmuró Eva.

Adrián la miró por debajo del abanico de pestañas negras. Eva se veía deliciosa tratando de decirle que le dejara ver la serie en su casa.

—Además, esta temporada va a estar súper interesante —le picó Adrián con intención—. Con la vuelta de Daenerys a Poniente... Cersei sentada en el Trono de Hierro... —Mientras hablaba, miraba a Eva, que se mordía el labio impaciente—. Jon Snow como Rey del Norte... —continuó con malicia.

Avanzaron un par de metros en la cola.

—Sí, va a ser una de las mejores temporadas —apuntó Eva. Arrastró los ojos hasta el rostro de Adrián. Carraspeó—. ¿Tú podrías invitarme a tu casa a verlo? —le preguntó al fin.

—Supongo que sí —respondió Adrián, dubitativo—. Pero tendrías que recompensarme con algo, ¿no?

—¿Recompensarte? —repitió Eva.

Adrián rio por dentro.

—Sí, no sé... —Miró de reojo a Eva—. Un beso no estaría mal —sugirió juguetón.

Eva sonrió, siguiéndole el juego.

—¿Ah, sí? ¿Un beso?

—Sí, un beso.

Eva se acercó a Adrián, lo agarró por la cintura y lo besó. El beso fue tan apasionado que Adrián se quedó casi sin aliento, dejándole claro que cuando Eva quería, podía ser muy vehemente.

Ya lo creo que puede ser vehemente, se dijo para sí.

—Pues sí que te gusta Juego de Tronos, sí —bromeó cuando se separaron.

—No lo sabes bien —masculló Eva—. Entonces, ¿me invitas a tu casa? —le preguntó con una sonrisa que se extendía en su cara de oreja a oreja.

—Con el beso que me has dado, puedes quedarte a vivir en mi casa, si quieres —respondió Adrián.

Eva rompió en una sonora carcajada y se lanzó al cuello de Adrián, rodeándolo con los brazos y colgándose literalmente de él.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó, entusiasmada—. ¡Oh, gracias!

Por fin iba a poder ver el estreno de una temporada de Juego de Tronos al mismo tiempo que el resto de seres humanos.

—El siguiente, por favor —se oyó decir al dependiente del McDonald, interrumpiendo el momento.

Era su turno.

Cuando le miraron, el chico los contemplaba con cara de pocos amigos. La cola era larga y él no podía perder tiempo con las carantoñas y los juegos tontos de una pareja de enamorados.

—El siguiente, por favor —repitió por el micrófono en un tono seco e incluso imperativo.

Eva y Adrián se soltaron, adelantándose unos cuantos pasos hasta el mostrador.

CAPÍTULO 29

Con las bandejas de la mano, buscaron una mesa vacía. Vieron una al fondo del local, al lado de la cristalera, y se dirigieron a ella.

—¿Le pasa algo a esa mitad de tu hamburguesa? —le preguntó Adrián a Eva al ver que la había dejado en un lado de la bandeja y que no tenía ninguna pretensión de comérsela.

—No —fue la escueta respuesta de Eva.

—Entonces, ¿por qué no te la comes?

—No tengo mucho apetito.

—Eva, has pedido la hamburguesa del menú infantil, sin patatas ni nada que la acompañe, ¿en serio no tienes hambre? —dijo con voz escéptica.

Eva se limpió la comisura de los labios con la servilleta. Carraspeó.

—La verdad es que estoy pensando hacer dieta —confesó.

Las cejas de Adrián se fruncieron en una contracción involuntaria.

—¿Dieta? —repitió.

—Sí, dicen que la de la alcachofa da muy buenos resultados.

—¿Y para qué demonios quieres hacer dieta?

—Bueno, no estaría mal que perdiera algunos kilos.

—No sé si estaría mal o estaría bien, pero yo no quiero que pierdas kilos.

—¿No quieres verme mejor? —preguntó Eva, jugueteando nerviosa con la servilleta arrugada que había dejado en la bandeja.

—Me gustas tal y como estás —se apresuró a contestar Adrián—. *Me encantas* tal y como estás —enfaticó, acercando unos centímetros su rostro al de Eva, para que lo escuchara bien.

—Ya, bueno... Pero quizás te gustaría más si tuviera unos kilos menos —arguyó Eva, tozuda.

Adrián enarcó las cejas.

—Eva, mírame —le pidió.

Eva levantó la vista lentamente y se encontró con los ojos negros de Adrián, que la miraban con una visible expresión de amonestación.

—No soy machista, ni posesivo, ni nada de eso —comenzó Adrián—. Nunca te diré lo que tienes o no tienes que hacer, y mucho menos te lo impondré. Pero, sin que sirva de precedente, te diré que solo te dejaría hacer dieta si estuviera en peligro tu salud, y no es el caso. Así que despídete de esa idea —agregó tajante.

Eva guardó silencio. En el fondo no lo hacía por ella, sino por Adrián.

—Sé que no lo haces por ti, sino por mí y por esta mierda de sociedad en la que vivimos —dijo él, como si le hubiera leído el pensamiento—. Por eso mismo me niego a que hagas dieta. Ni la de la alcachofa, ni la de la berenjena —concluyó. La miró fijamente—. Tienes un cuerpo lo suficientemente bonito como para que pierda el sentido de la realidad. Así que no se te ocurra cambiarlo —añadió serio.

Eva sonrió tímidamente. La respuesta de Adrián le proporcionó una enorme sensación de alivio.

—¿Sabes que eres adorable? —apuntó.

—Claro que lo sé. Me lo dice todo el mundo —respondió Adrián en tono socarrón—. Y ahora acábate la hamburguesa. —Su voz sonaba con una nota de autoridad.

Eva cogió la mitad de la hamburguesa que había dejado en la bandeja, se la llevó a la boca y le dio un mordisco. ¡Qué hambre tenía!

—Eso está mejor —dijo Adrián.

Adrián entró en el salón con un bol lleno de palomitas que acababa de hacer en el microondas.

—¿Preparada para el estreno? —le preguntó a Eva, guiñándole un ojo.

Eva estaba sentada en el sofá, tapada con una manta de cuadros de colores.

—Preparadísima —respondió con los ojillos brillantes.

Adrián se acercó y se metió debajo de la manta. Eva se movió para que Adrián entrara mejor en el hueco que había entre ella y el reposabrazos. Sin embargo, él se arrimó más aún a su cuerpo. La quería pegada a él.

—Coge —dijo, ofreciendo el bol a Eva. Ella dudó unos instantes—. Coge —repitió Adrián.

Eva metió la mano en el bol y cogió un puñado de palomitas.

—Me consientes demasiado —murmuró.

Una lenta sonrisa se dibujó en los labios de Adrián.

—Me voy a dedicar a malcriarte —dijo en tono seductor, dándole un toque con el índice en la punta de la nariz.

Sin dejar de mirar a Eva, se metió en la boca un par de palomitas. Eva notó como una oleada de calor le ascendía por el rostro hasta enrojecer sus mejillas.

¿Puede ser Adrián más adorable de lo que lo es?, se preguntó.

Era la chica más afortunada del mundo.

Ladeó la cabeza y la apoyó en el hombro de Adrián, acurrucándose contra su torso de músculos definidos. La característica cabecera de la serie Juego de Tronos apareció en la enorme televisión de plasma empotrada en la pared.

Ninguno de los dos tenía problema en que el episodio fuera en versión original, ya que ambos hablaban y entendían inglés a la perfección. No en vano, Eva había estado en Londres y Adrián en Nueva York.

Mientras veían la serie, comentaron distendidamente qué les parecían los personajes, cuál debería ser el final y algunas anécdotas como que en noviembre habían estado grabando en España.

—Hubiera ido de figurante sino hubiera sido porque estaba en Londres —dijo Eva.

—Seguro que te hubieran cogido —apuntó Adrián.

—Seguro que sí —afirmó Eva—. Conmigo se hubieran ahorrado un extra, porque yo ocupo por dos —bromeó.

Adrián soltó una risilla ahogada. Agradecía que Eva no se tomara tan en serio los kilos que decía que tenía de más y que bromeara sobre ello.

—Desde luego, vales por dos —repuso.

—Y ocupo por dos también —repitió Eva.

—¡Mira que eres exagerada!

—Es cierto. Llevo un extra de acolchado.

—¿Un extra de acolchado?

—Sí, fabricado para el confort.

Adrián se echó a reír abiertamente.

—¡Eres increíble! —exclamó—. Vamos a probar qué tan comfortable eres —dijo, acurrucándose contra su cuerpo.

—¿Lo ves? —comentó Eva.

—Mmm... Pues no se está nada mal, la verdad —observó Adrián con una chispa de diversión en la voz.

Eva rio mientras introducía los dedos entre sus mechones de pelo y le acariciaba la cabeza. Se movió un poco en el sitio para que Adrián pudiera acomodarse mejor en su regazo.

—¡Ay! —chilló.

CAPÍTULO 30

Adrián se incorporó de golpe, alarmado.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó a Eva.

—Me ha dado un tirón en el cuello —respondió ella en un grito de dolor—. ¡Cómo duele! ¡Ay, cómo duele!

—¿Puedes girarlo?

—No.

—Déjame ver... —dijo Adrián.

Eva se colocó de espaldas a él. Adrián le apartó el pelo hacia un lado, apoyando la melena sobre el hombro, y puso las manos en las líneas de su cuello, notando la suavidad de la piel bajo las yemas.

—Dime dónde te duele —dijo, deslizando los dedos despacio.

—Ahí —masculló Eva.

Se encogió de dolor cuando la mano de Adrián pasó por la parte superior del músculo Trapecio.

—Ya... Ya... —la tranquilizó él con voz susurrante.

—Es que duele mucho —se quejó Eva.

Adrián le bajó un poco las mangas del jersey, dejando al descubierto sus clavículas. Colocó las manos sobre sus hombros desnudos y comenzó a mover los pulgares de arriba abajo a lo largo del Trapecio.

—Nena, tienes esto como una piedra —observó, hundiendo los pulgares en el músculo.

—¡Ay!

Eva se encogió.

—Aguanta un poco. Tengo que deshacerte el nudo que tienes aquí.

Eva apretó los labios para soportar el dolor.

—A veces tengo la sensación de que llevo el peso del mundo en los hombros —comentó.

—¿Como Atlas? —preguntó Adrián, haciendo la comparación con la historia mitológica griega.

—Algo así —dijo Eva.

Cerró los ojos mientras Adrián le masajeaba. Una vez pasado el primer momento de dolor, el contacto le estaba resultando sumamente placentero.

—Yo puedo ayudarte a llevar ese peso —le susurró él en el oído.

Eva suspiró.

¿Cómo podía Adrián tener una voz tan sensual?

—Oh, Dios... —musitó a medio camino de un gemido—. Tienes unas manos divinas.

Adrián sonrió para sí con picardía.

—¿Notas mejoría? —sondeó, aunque creía saber la respuesta.

—Sí... —afirmó Eva—. Ya lo creo que sí... —masculló, echando la cabeza ligeramente hacia atrás—.

No sabía que aparte de dársete genial la arquitectura se te daba genial dar masajes.

Adrián se inclinó y se aproximó a su oído.

—Hay muchas cosas que se me dan genial... —musitó en tono seductor.

A Eva se le escapó una risilla nerviosa. La mente la traicionó imaginándose a Adrián haciendo todo tipo de genialidades en su entrepierna.

¡Joder!

Su propio pensamiento la sorprendió y la escandalizó a partes iguales. Era la primera vez que por su cabeza se paseaba una imagen semejante.

Abrió los ojos cuando Adrián depositó un beso en su hombro derecho. Pero no dijo nada. Adrián arrastró los labios por el arco de la clavícula hasta la nuca, donde sopló un poco de aire. Eva sintió un escalofrío a lo largo de la espina dorsal.

—Ah... —gimió de forma queda.

Cerró de nuevo los ojos y se dejó llevar.

Adrián siguió con la retahíla de besos en el otro hombro, repitiendo la acción. Subió por la línea del cuello y mordisqueó el lóbulo de su oreja. Eva ladeó la cabeza para que tuviera mejor acceso.

Volvió a gemir de forma tímida.

Adrián sonrió para sus adentros. Eva empezaba a estar donde él quería. Justo en el punto en el que quería.

—¿Te gusta? —le preguntó susurrante al oído.

—Sí —respondió Eva con la voz entrecortada.

—Sí, ¿verdad, nena?

—Sí... Oh, sí...

Adrián se irguió y dejó de besarla. Eva abrió los ojos.

¿Qué pasa? ¿Por qué ha parado? ¿Por qué no sigue?, se preguntó.

—Hay que irse a dormir —dijo Adrián.

Eva frunció ligeramente las cejas.

—¿A dormir? —repitió, como si acabara de despertar de un sueño.

—Sí, que mañana hay que madrugar —repuso Adrián en tono resuelto. Cogió el mando de la televisión y la apagó—. ¿Tú cuello ya está mejor? —le preguntó, cambiando radicalmente de tema.

—Sí, sí... —contestó Eva, algo descolocada.

Adrián la cogió de la mano y tiró de ella.

—Arriba —dijo.

Eva se levantó por inercia, por el impulso del tirón, pero no porque tuviera ganas. Ella quería quedarse allí; quería que Adrián continuara besándola y mordisqueándole el lóbulo de la oreja de la manera que lo acaba de hacer. Eso es lo que quería. Lo que menos le apetecía en ese momento era irse a dormir.

De repente se sintió como una niña pequeña a la que sus padres le ordenan irse a la cama.

—Vamos —indicó Adrián.

Eva lo siguió hasta la habitación.

Encima de la cama había una camiseta negra holgada. La había buscado Adrián para que la utilizara a modo de pijama. Eva la cogió.

—Voy al cuarto de baño —dijo.

—¿No te quieres cambiar delante de mí? —le preguntó Adrián con naturalidad.

Un golpe de rubor tiñó las mejillas de Eva.

—Prefiero... Prefiero cambiarme en el cuarto de baño —dijo.

—Como quieras —accedió Adrián de buena gana.

Eva se giró con la camiseta en la mano. Aunque no veía a Adrián, sabía que la estaba siguiendo con la mirada, porque notaba sus ojos clavados en ella.

Se internó en el cuarto de baño que tenía la habitación y cerró la puerta.

Adrián se lamentó para sus adentros. Eva todavía no tenía la suficiente seguridad en sí misma para desnudarse delante de él. Era algo de lo que también se tendría que ocupar.

Sonrió.

Su plan estaba dando resultado. Sería un proceso lento, pero estaba seguro de que daría resultado. Había visto la expresión de Eva cuando había dejado de besarla. Quería más; quería que no parase. Había leído el anhelo en las líneas de su rostro.

Adrián se deshizo de los pantalones y se sacó la camiseta por la cabeza.

—Ya estoy...

La voz de Eva detrás de él le hizo darse la vuelta.

Estaba preciosa. Así, sin aditivos.

La camiseta le quedaba un poco amplia y le caía hasta la mitad de los muslos. Eva tiraba del borde hacia abajo para taparlos, pero la tela no daba más de sí.

Qué sexy, pensó Adrián.

Contrajo las mandíbulas. Tenía que contenerse. Eva no estaba preparada para un asalto, pero de muy buena gana la hubiera empotrado contra la pared y la hubiera follado hasta la extenuación.

Adrián notó que Eva estaba cohibida.

—¿Quieres que me vaya a dormir al sofá? —le preguntó.

Eva lo miró sorprendida.

—No, no... —respondió rápidamente.

Casi no se atrevía a mirarlo. Se había quedado embobada cuando al salir del cuarto de baño lo había visto solo con unos bóxer blancos, resaltando el moreno natural de su piel. No había podido evitar repasar con los ojos la espalda de hombros anchos, la cintura estrecha, los músculos definidos, el culito respingón...

¡Por todos los Dioses!, había exclamado.

—Entonces, ¿nos metemos en la cama? —preguntó Adrián, aunque era más bien una afirmación.

Eva asintió mecánicamente, sin apartar los ojos de su cuerpo.

—Sí —dijo en voz alta.

CAPÍTULO 31

Adrián se metió en primer lugar y apartó las sábanas a un lado, invitando a Eva. Eva avanzó por la habitación con pasos cortos hasta llegar a la cama, y se tumbó. Adrián la tapó con la ropa.

—¿Bien? —le preguntó.

—Sí, bien —respondió Eva en un hilo de voz.

Le parecía tan tierno que Adrián la arropara.

—Tranquila, solo vamos a dormir —dijo él, al verla algo nerviosa.

Eva asintió en silencio con un leve ademán de cabeza. Adrián apagó la lámpara de la mesilla, terminó de acomodarse y se acercó a ella.

—¿Puedo? —dijo, pasando el brazo por su cintura.

—Sí, claro que sí.

Eva sintió en su piel el calor que desprendía Adrián y creyó desfallecer. Adrián flexionó las piernas obligando a Eva a flexionar a su vez las suyas, de tal forma que los cuerpos quedaron haciendo la cucharita.

¡La cucharita!

El corazón de Eva se aceleró vertiginosamente. Adrián estaba completamente pegado a ella. Centímetro a centímetro. Piel con piel. ¡Y estaban haciendo la cucharita!

Oh, Dios...

Adrián tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que su cuerpo no reaccionara a la extrema cercanía de Eva. Le excitaba tanto que no estaba seguro de poder controlarlo.

Pensó en la lista de la compra y en todo lo que tenía que hacer al día siguiente para no tener una erección. No quería abrumarla y, si se percataba de la dureza de su miembro, lo haría.

Su plan era calentar poco a poco a Eva hasta que fuera imposible que saliera huyendo. Aunque no había pensado en los efectos secundarios que sufriría él y en el modo en que le herviría la sangre.

Una caja de leche entera Omega-3, suavizante, un kilo de melocotones, yogures..., se repetía una y otra vez como si fuera un mantra, para distraer la mente y que el cuerpo no le traicionara. *Una caja de leche entera Omega-3, suavizante, un kilo de melocotones, yogures...*

Un rato después Adrián notó como la respiración de Eva se ralentizaba, señal de que se había quedado dormida.

Se incorporó ligeramente y se apoyó en el codo.

El resplandor plateado de la luna, que se colaba por la ventana como una enorme cuchilla, caía sobre su rostro de piel blanca. Alargó la mano y le apartó un mechón de pelo para contemplarla mejor.

Es preciosa, se dijo.

Le entristecía profundamente que todos esos miedos, complejos e inseguridades que tenía no le dejaran disfrutar plenamente de lo que estaba viviendo con él, de su historia. La sociedad podía ser muy despiadada con las chicas en general y con las chicas como ella en particular. Podía ser muy cruel.

—Pero yo me voy a encargar de que te aceptes y de que confíes de nuevo en ti, nena... —le susurró, acariciándole cariñosamente el rostro. Inclino la cabeza y le dio un beso en la mejilla.

Eva abrió los ojos lentamente. El sol entraba tímido por la ventana. Inmersa en la tibia luz azulada del amanecer, vio el brazo de Adrián rodeándole la cintura. Había estado toda la noche en esa posición. Eva nunca se había sentido tan protegida como en ese momento.

Mientras le acariciaba suavemente el brazo, se preguntó cómo un chico como Adrián, que podría tener a la mujer que quisiera, se había fijado en ella; cómo estaba dispuesto a esperar a que estuviera preparada para tener relaciones sexuales, sin presionarla, sin exigirle nada.

Realmente tengo que gustarle, sino no tendría tanta paciencia conmigo. Sino ya se hubiera ido a buscar a otra, conjeturó.

Esbozó una breve sonrisa.

Un rato después giró el rostro para consultar el reloj que había encima de la mesilla: eran las siete y media pasadas. Se quedaría así todo el día, con Adrián abrazándola. Lástima que tuviera que ir a clase.

El movimiento despertó a Adrián.

—Buenos días, nena —dijo.

—Buenos días —respondió Eva, colocándose boca arriba. Adrián se acercó a ella y le dio un beso en los labios—. Siento haberte despertado.

—No te preocupes, tenía que despertarme de todas formas. Es día de trabajo —le quitó importancia Adrián—. ¿Has dormido bien? —le preguntó, desperezándose.

—Sí, maravillosamente bien —contestó Eva, plena—. ¿Y tú?

—Muy bien. Se está tan a gustito aquí —afirmó Adrián, acurrucándose contra ella.

—Ya sabes que soy acolchada; fabricada para el confort —bromeó Eva.

—Y tanto que eres confortable —murmuró Adrián, deleitándose con su cuerpo—. Eres tan confortable que me quedaría aquí todo el día.

Eva pensó que le había leído el pensamiento. Ella también se quedaría todo el día allí, con él. Alejada del mundanal ruido de la ciudad. Alejada del mundo.

Alargó el brazo hacia Adrián y comenzó a tocarle el pelo, jugueteando con sus mechones azabaches.

—¿Tienes cosquillas? —le preguntó Adrián con malicia en la voz.

—No —negó Eva apresuradamente.

Adrián sonrió, suspicaz.

—Nena, definitivamente mientes fatal —dijo, incorporándose—. Te voy a dar otra oportunidad: ¿tienes cosquillas? Si no me dices la verdad, va a ser peor.

—Nooo —volvió a negar Eva.

En silencio, Adrián calvó el índice en el costado de Eva, que se encogió sobre sí misma.

—¿No me has dicho que no tenías cosquillas? —dijo Adrián.

—Y no las tengo —mintió Eva, tratando de contener la risa.

—¿Ah, no? —repitió Adrián con los ojos entornados, picándole con el dedo en el otro costado.

—¡Adrián! —lo amonestó Eva, que sabía lo que se le venía encima.

—¿Qué? —preguntó él como si no pasara nada.

Volvió a clavar el índice en el costado de Eva.

—Yaaa... —dijo ella, arqueándose.

Adrián se colocó a horcajadas sobre Eva y comenzó a hacerle cosquillas por todo el cuerpo. Eva se retorció de un lado a otro intentado evitarlas, pero le resultaba imposible. Adrián la tenía atrapada con sus piernas.

—¡Ya, por favor! ¡Ya! —gritaba Eva entre sonoras carcajadas.

—Ya te he dicho que iba a ser peor si no me decías la verdad —bromeó Adrián sin parar de hacerle cosquillas.

—Para, por favor... Para... —farfullaba Eva casi sin fuerzas.

De pronto sus miradas se encontraron. En silencio, Adrián cogió las manos de Eva y las situó por encima de su cabeza. Las risas cesaron. Se inclinó y la besó mientras entrelazaba los dedos con los suyos y los apretaba con fuerza.

—Nena... —susurró a ras de su boca—. Oh, nena...

Eva gimió, rindiéndose a Adrián. Resultaba tan fácil rendirse a él.

Adrián bajó las caderas y comenzó a moverse lentamente sobre la pelvis de Eva, que notó su erección de inmediato. Una oleada de calor le recorrió el cuerpo hasta instalarse en su entrepierna.

—No sabes cómo te deseo... —dijo Adrián, arrastrando las palabras—. No lo sabes...

Eva notó que se humedecía.

—Adrián... —musitó.

Es momento de dejarlo, se ordenó Adrián a sí mismo. Tengo que dejarlo aquí.

Con esfuerzo, levantó la cabeza.

—Es mejor que lo dejemos aquí, nena —dijo de pronto, echándose a un lado.

No, no, no..., se lamentó Eva para sus adentros. No quiero que lo dejemos aquí. Quiero que sigas.

Quería decírselo, quería gritárselo, sin embargo, las palabras no llegaron a salir de su boca.

Adrián se incorporó de un salto.

—¿Te duchas tú primero o me ducho yo? —le preguntó a Eva, tratando de aparentar despreocupación.

—Adrián... —comenzó a decir Eva.

—¿Sí?

Eva abrió la boca para decirle a Adrián que quería continuar con lo que habían comenzado, que iba a estallar de deseo, pero titubeó:

—Esto...

Adrián arqueó las cejas.

—¿Sí? —dijo.

Eva dudó.

Díselo. ¡Joder, Eva, díselo! Vamos. Dile que se dé la vuelta, le gritaba a pleno pulmón una vocecilla interior.

—Dúchate tú primero —dijo finalmente.

Tonta, le espetó la voz.

—Vale —contestó Adrián.

Se giró y se fue hacia el cuarto de baño con una sonrisa traviesa en la boca.

CAPÍTULO 32

Eva bufó, se dio media vuelta en la cama y se tapó la cabeza con la almohada.

—Mierda —masculló, enfadada consigo misma.

¿Hasta cuándo va a durar esto? ¿Hasta cuándo va a durar este maldito bloqueo? ¿Es que no me voy a deshacer nunca de mis fantasmas?, se lamentó.

—Estoy harta —dijo en voz baja, desesperada.

Adrián se quitó el bóxer y se metió en la ducha. Durante un rato dejó que el agua fría le bajara la erección que tenía. La sangre le circulaba en torrente por el interior de las venas. Se había puesto a mil, pero no era el momento de hacer nada. Ni siquiera de intentarlo. Todavía no. Eva estaba en el punto preciso de excitación, pero la había notado tensarse bajo su cuerpo a medida que la besaba.

No, no era el momento.

Además, no era lo que tenía planeado. Lo harían el día que ella se lo pidiera, el día que no pudiera más, el día que lo deseara tanto que le suplicara que no parase.

Cuando terminó, salió de la ducha, se cubrió con una toalla blanca que se enrolló en la cintura y se dirigió a la habitación. Se encontró a Eva taciturna, con el rostro serio, muy silenciosa. Nada que ver con la Eva bromista de hacía un rato.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —afirmó ella.

Eva se levantó y se sentó en el borde la cama. Seguidamente tiró de la colcha y se cubrió las piernas con ella para que Adrián no le viera los muslos. Adrián se adelantó unos pasos y se acomodó a su lado. Su piel todavía estaba ligeramente húmeda. El olor a recién duchado embriagó las fosas nasales de Eva.

—¿Qué pasa? —insistió.

—Nada —respondió Eva.

Bajó la cabeza y se miró las manos. Adrián le cogió la barbilla con suavidad y le giró ligeramente el rostro para que lo mirara.

—Cuéntame qué te pasa —dijo con dulzura.

Eva frunció los labios.

—Tengo miedo... —susurró.

—¿Miedo? —repitió Adrián.

—Sí, miedo a que te canses de mí por no poder... Bueno, ya sabes.... —dijo Eva—. Tengo miedo a perderte.

—No vas a perderme, Eva.

—Adrián...

—Tenemos todo el tiempo del mundo —le cortó suavemente Adrián.

—Ya, pero...

—Pero nada. —Adrián miró a Eva con expresión indulgente en el rostro. ¿De qué manera le hacía entender que no tenía que tener ningún miedo? ¿Que él la esperaría todo el tiempo que fuera necesario? —. Eva, no tengo prisa. No tengo ninguna prisa —agregó para convencerla.

—Todo esto me hace sentir tan mal... —comentó Eva.

—Lo superarás —la animó Adrián—. Lo superaremos.

Eva alzó el rostro.

—¿Y si no soy capaz de superarlo? —planteó—. Si no... —dejó la frase suspendida en el aire.

—Claro que vas a superarlo. Yo te voy a ayudar —afirmó Adrián—. Y si no, buscaremos ayuda profesional.

Eva guardó silencio. Ella no estaba tan segura de conseguirlo, ni siquiera con ayuda profesional.

—Ven aquí, anda —dijo Adrián después, tirando de su mano y estrechándola entre los brazos.

Eva se dejó querer, sin embargo, no podía parar de darlo vueltas.

Desayunaron en la cocina con un sol templado que entraba de soslayo por las ventanas.

Eva intentaba relegar al fondo de su cabeza los pensamientos que la hostigaban, pero no le resultaba fácil.

—Por cierto, me debes un juego de sábanas —bromeó Adrián, intentando arrancarle una sonrisa.

Eva arrugó ligeramente la frente y lo miró confusa, sin caer a qué se estaba refiriendo Adrián. Entonces llegó a su mente lo ocurrido la mañana siguiente a la noche que había dormido en su casa. La noche de la borrachera. La sábana se había enganchado en la pata de uno de los armarios bajos de la cocina y al tirar se había rasgado.

—Oh, Dios... Es verdad —dijo, frunciendo la nariz—. ¿Las quieres de franela o de algodón? —le preguntó.

—De satén... rojas —respondió Adrián, mirando a Eva por encima del borde de la taza, con una chispa de picardía en los ojos.

—¿No... resbalan mucho? —preguntó Eva—. Mira que yo ruedo con facilidad.

—No te preocupes, yo te sujeto para que no te caigas —atajó Adrián.

Eva blandió una sonrisa en los labios.

En el coche, cuando Adrián llevaba a Eva de regreso a casa, volvió a notarla seria. Para lo dicharachera que era, apenas había mediado palabra.

Cuando se detuvo en un semáforo, giró el rostro hacia ella.

—Eva, no quiero que te preocupes por nada. Ni que tengas miedo de nada —dijo.

—No es fácil... —murmuró Eva.

—Me imagino que no es fácil, pero tienes que confiar en mí. —Eva negó con la cabeza para sí. Adrián le cogió la mano, se la llevó a los labios y la besó con ternura—. Prométeme que te vas a quitar esas ideas de la cabeza —le pidió.

—No puedo prometerte eso —se adelantó a decir Eva, cabizbaja.

—Prométeme que al menos tratarás de pensar en ello lo menos posible. —Silencio—. ¿Eva? —insistió Adrián.

—Te lo prometo —respondió ella al cabo de unos segundos.

Adrián sonrió.

—El dueño de la discoteca Kapital me ha dado pases VIP para la reinauguración de la sexta planta, que tendrá lugar el sábado por la noche. ¿Te apetece ir? —comentó, cambiando de tema.

—Vaya, no te codeas nada mal... —comentó Eva en tono burlón.

El semáforo cambió a verde. Adrián metió primera y se puso en marcha.

—¿Con quién te crees que estás? —bromeó, mirándola de reojo.

—Con alguien que conoce al dueño de la discoteca Kapital, y lo más importante —enfaticó Eva, levantando el dedo índice—, que tiene el canal HBO —dijo, siguiéndole el juego.

—Empiezo a pensar que solo me quieres por tener HBO.

—Básicamente. Vendo mi alma al diablo por Juego de Tronos.

—Vaya, vaya... Voy a estar celoso de Jon Snow.

Eva se echó a reír y Adrián se contagió de su risa.

—Entonces, ¿qué? ¿Vamos? —preguntó después.

—Sí, claro —respondió Eva.

—Así me dices si te gusta el diseño.

Eva lo miró con los ojos entornados.

—¿Lo has hecho tú? —quiso saber.

Adrián afirmó con la cabeza.

—Sí. Por eso el dueño me ha dado pases VIP —le explicó.

—Wow, me encantará verla.

—Se lo voy a decir a Jorge y a Sofía y a Raúl y a Alexia, por si se animan a venir.

—Será genial si vamos todos —apuntó Eva, entusiasmada.

La idea de compartir velada con Sofía y Jorge y también con Raúl y su novia Alexia le resultaba deliciosa.

CAPÍTULO 33

—¿Vas a salir? —le preguntó Rebeca a Eva, al ver que estaba arreglada.

—Sí —dijo Eva, terminando de retocarse el pelo en el espejo del cuarto de baño—. Adrián tiene pases VIP para la reinauguración de la sexta planta de Kapital y vamos a ir a pasar un rato.

—¿En serio tiene pases VIP? —repitió Rebeca con un matiz de incredulidad en la voz.

—Sí. Ha sido quien la ha rediseñado, por eso el dueño le ha facilitado los pases —le aclaró Eva.

—Me imagino que estará a reventar —comentó Rebeca.

Eva no lo notó, pero su compañera de piso estaba que se mordía los puños de envidia.

—Imagínate siendo la reinauguración... —dijo Eva. Se volvió hacia Rebeca—. ¿Por qué no te vienes? —sugirió alegre—. Van a ir otros amigos... Seguro que Adrián puede colarte. No creo que el dueño de Kapital ponga ninguna objeción.

Rebeca se moría por ir, pero el ofrecimiento de Eva le parecía una simple limosna y ella no quería limosnas.

—No te preocupes, ya he quedado —comenzó a decir de mala gana—. Si veo que tal..., me paso después —mintió.

—Como quieras —dijo Eva, sonriente—. Si al final te animas, me das un toque al móvil, ¿ok?

—Ok.

Eva apagó las luces del espejo, pasó al lado de Rebeca y salió del cuarto de baño.

—¿No vas muy... ajustada? —le soltó Rebeca, dándose la vuelta hacia ella.

Eva se detuvo en seco en mitad del pasillo. Se miró de arriba abajo el vestido verde que llevaba

puesto.

—¿Tú crees? —le preguntó.

—Bueno... quizás estarías mejor con algo... no sé... más holgado —contestó Rebeca.

—Este vestido me gusta mucho —apuntó Eva.

—Y es precioso —se adelantó a afirmar Rebeca—. Pero... —Hizo un aspaviento con la mano—. Siento el comentario; creo que he estado muy desatinada. Vas muy bien —concluyó, mirando a Eva con intención.

Eva se quedó pensativa. Apretó los labios. El comentario malintencionado de Rebeca había hecho que sus inseguridades comenzaran a hacer de las suyas.

—Tal vez tengas razón... —dudó—. Es mejor que me ponga otra cosa.

—En serio, Eva, vas muy bien —repitió Rebeca. Pero el mal ya estaba hecho.

—Me voy a cambiar —dijo Eva, echando a andar hacia su habitación.

Rebeca sonrió con malicia para sí.

Eva iba muy bien con el vestido verde, pero Rebeca sabía cuáles eran sus puntos débiles y le apetecía fastidiarla. Estaba rabiosa. Eva iba a estar en la reinauguración de la sexta planta de Kapital gracias al buenorro de su novio y ella no. Lo mínimo que podía hacer era amargarla un poco la noche con el comentario del vestido, pese a que le sentaba de maravilla.

En la habitación, Eva se quitó el vestido. No contaba ya con mucho tiempo, en unos minutos Adrián vendría a buscarla. Así que, sin pensarlo mucho, se puso unos pantalones vaqueros negros y una camiseta holgada y lo suficientemente larga para teparle el culo y los muslos.

Su teléfono pitó. Miró la pantalla. Era Adrián.

Estoy abajo

Eva sonrió.

Metió rápidamente el móvil en el bolso, cogió la cazadora y se la puso.

—¿Qué tal estoy ahora? —pidió la opinión de Rebeca.

—Bien —respondió ella escuetamente—. ¿Ya te vas? —le preguntó a su vez.

—Sí, Adrián está esperándome —respondió Eva.

—Pásalo bien —le deseó Rebeca con la boca pequeña.

—Gracias. Si al final te animas, me das un toque —dijo Eva.

—Vale.

—Me voy.

—Adiós.

—Adiós.

Cuando Eva cerró la puerta tras de sí, Rebeca se dirigió al salón. Corriendo, fue hacia la ventana, descorrió las cortinas y se asomó.

Adrián estaba esperando a Eva apoyado en su espectacular Audi TT. Era indiscutible que tenía mucho estilo para elegir coche, y para vestir. Iba ataviado con unos vaqueros ajustados rotos y una americana negra que le quedaba de muerte.

Mientras lo observaba, se mordió el labio inferior.

—El cabrón no puede estar más bueno de lo que está —murmuró—. Me encantaría follármelo.

Se excitó al imaginarse cabalgando salvajemente encima de Adrián.

—Ufff... —suspiró.

En ese momento, Eva apareció en escena haciendo añicos el encantamiento. Rebeca contempló con el gesto torcido como Adrián la cogía por la cintura y la besaba.

Apretó los dientes.

—Estás preciosa, nena —piropeó Adrián a Eva.

—Gracias. Me había puesto un vestido, pero al final me lo he quitado —dijo Eva.

—¿Por qué? —quiso saber Adrián, mientras la sujetaba por la cintura.

Eva se mordió la lengua. Si le decía a Adrián que se había cambiado de ropa por un ataque de inseguridad, la regañaría. Así que se inventó una excusa.

—Porque he pensado que luego pasaría frío —caviló rápidamente.

—Pues hoy no es un día de los que más frío hace, pese a que estamos en enero —apuntó Adrián.

—Ya, pero por si acaso.

En esos momentos sonó el móvil de Adrián. Se echó mano al bolsillo de la americana y lo sacó.

—Dime, Jorge.

—Adrián, Sofía y yo vamos ya para Kapital —anunció Jorge.

—Perfecto. Yo he venido a recoger a Eva, pero ya salimos para allá —dijo Adrián.

—Aquí os esperamos —dijo Jorge.

—Ok. Nos vemos en un rato.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora.

Adrián colgó la llamada y metió el teléfono en el bolsillo de la americana.

—Era Jorge. Sofía y él ya van para Kapital —le informó a Eva.

—Entonces vamos a darnos prisa, para no llegar tarde —apuntó ella.

CAPÍTULO 34

—¡Hola! —exclamó Eva, al encontrarse con Sofía y Jorge en la puerta de la discoteca Kapital.

—Hola —respondieron los dos casi al unísono.

Eva y Sofía se fundieron en un caluroso abrazo y Jorge la saludó con un par de besos en las mejillas.

—¿No te ibas a poner el vestido verde? —preguntó Sofía a Eva, aprovechando que Adrián y Jorge estaban distraídos hablando.

—Sí, pero al final me he cambiado —respondió Eva.

—¿Y eso, por qué?

—Rebeca ha dejado caer que quizás iba muy ajustada.

—¿Muy ajustada?

—Sí.

—¿Y por qué narices haces caso a Rebeca?

—Bueno, porque puede que tenga razón.

—Eva, ese vestido te queda genial. ¿Por qué no me haces caso a mí en vez de a Rebeca? —le reprochó Sofía.

Sofía reconocía que Rebeca no le caía todo lo bien que quisiera. Había algo en la compañera de piso de Eva que no terminaba de convencerla. No sabía exactamente qué era, pero algunas de sus actitudes, y estaba claro que algunos de sus comentarios, dejaban mucho que desear. Rebeca era adicta al *sincericidio* y a dar opiniones que no le pedían.

Me pregunto si le gustaría que tuvieran tan poco tacto con ella, se dijo Sofía en silencio.

Eva se encogió de hombros.

—Tú me ves con buenos ojos, porque eres mi amiga y Rebeca es más objetiva, en este caso — argumentó.

—No es más objetiva, es más fresca —soltó Sofía sin poder contenerse—. Tendrías que haberte dejado puesto el vestido verde —concluyó.

Eva sonrió.

—Anda, no te enfades —dijo con voz conciliadora.

—No me enfado —apuntó Sofía—. Simplemente no me parecen adecuados los comentarios que en ocasiones hace Rebeca. Podía meterse la lengua en el culo de vez en cuando.

—Sea como sea, ya...

En ese momento se escuchó un pequeño alboroto que hizo que interrumpieran la conversación. Eva y Sofía volvieron la cabeza. Raúl y Alexia acababan de llegar. En cuanto Alexia las vio, fue a su encuentro.

—¡Hola, chicas! —las saludó con un par de calurosos besos.

—Hola, guapa —dijo Eva.

—Hola, Alexia —respondió Sofía.

Detrás de ella llegó Raúl, que también las saludó con un par de besos.

—Vamos a ser la puta envidia del bar con estos pibones a nuestro lado —bromeó.

Alexia, Eva y Sofía se echaron a reír ante el halago.

—Esta noche vamos a tener que hacer de guardaespaldas —comentó Adrián—. Más de uno se va a comer el codo —añadió.

Raúl se giró hacia sus hermanos.

—Ya estamos todos —afirmó—. ¿Entramos? —Todos asintieron. Raúl miró a Adrián con una chispa de diversión—. Vamos a ver cómo has destrozado Kapital —se burló, dándole una palmadita en la espalda.

—Qué gracioso... —dijo Adrián—. Qué chispa tienes siempre, hermanito. A veces me dan ganas de hacerte un nudo en la lengua.

Jorge negó con la cabeza. Raúl y Adrián no cambiarían nunca. A veces parecía que seguían siendo unos

niños.

Se dirigieron a las puertas espejadas. Adrián, que encabezaba el grupo, mostró los pases VIP al fornido portero de dos metros con traje negro y cara de pocos amigos que custodiaba la entrada.

—Pasadlo bien —les deseó afable, al darse cuenta de que Adrián había sido el arquitecto encargado de rediseñar la sexta planta de la discoteca.

El local todavía no estaba muy concurrido. El dueño le había pedido a Adrián que acudieran antes de que se llenara, para enseñarles el reservado que había preparado para ellos y poder invitarles a unas copas. Después, con el jaleo de la reinauguración le sería prácticamente imposible atenderlos.

Cuando les vio entrar, dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a ellos.

—Bienvenidos —dijo.

—Muchas gracias —respondió Adrián por todos—. ¿Cómo se presenta la noche? —le preguntó.

—Bastante estresante —dijo el dueño de Kapital—. Pero eso es una buenísima señal —apuntó con una sonrisa.

Tras la retahíla de presentaciones, subieron a la sexta planta. Adrián estaba ansioso por que vieran cómo había quedado.

—¿Qué os parece? —preguntó.

Todos respondieron con exclamaciones de asombro.

—¡Es una pasada! —comentó Eva, boquiabierta.

—¿Te gusta? —quiso saber Adrián.

—¿Que si me gusta? Es... ¡wow!

Entusiasmada, dio un abrazo a Adrián.

La sexta planta de Kapital se había convertido en un espacio elegante y estiloso con las paredes pintadas en negro y unos refinados asientos de cuero blanco. El techo, de color grana, estaba sujeto por unas columnas negras y plateadas que daban un toque *chic* al lugar.

—Tengo que reconocer que cada día te superas, hermanito —apuntó Raúl sin disimular su orgullo.

—Gracias —le agradeció Adrián.

Jorge, entendido en el tema, echó un vistazo desde una perspectiva profesional.

—Es un buen trabajo, Adrián —dijo con solemnidad.

—Me alegro de que te guste —dijo él.

—Es un magnífico trabajo —intervino el dueño de Kapital, visiblemente satisfecho—. Venid —les pidió.

Todos le siguieron hasta el reservado mientras miraban de un lado a otro y comentaban los detalles.

—Decidme, ¿qué queréis tomar? —les preguntó al tiempo que se acomodaban en los confortables asientos.

CAPÍTULO 35

Poco a poco el local se fue llenando de gente. Pronto, el barullo de las risas y de las conversaciones comenzó a llenar el aire.

—¿Por qué no vamos a mover un poco el esqueleto? —propuso Eva.

—¡Sí, vamos! —se animó Alexia.

—¡Sí! —dijo Sofía.

Las tres se levantaron con las copas en la mano y fueron hasta la pista de baile mientras Jorge, Raúl y Adrián trataban de arreglar el mundo desde sus asientos.

—Esto está hasta arriba —comentó Alexia, moviendo el cuerpo al ritmo de *Despacito*, el hit de Luis Fonsi.

—¡Ni que lo digas! —dijo Sofía.

Eva alzó su copa.

—Chicas, vamos a brindar —dijo.

Sofía y Alexia levantaron las suyas.

—Por nosotras —se adelantó a decir Alexia.

—Por esta noche —añadió Sofía.

—Por los hermanos Montenegro —dijo Eva.

—¡Por los hermanos Montenegro! —gritaron todas a la vez, chocando los bordes de las copas.

Se las acercaron a la boca y bebieron entre risas. De pronto, Eva palideció y la sonrisa se esfumó de golpe de sus labios. Una extraña sensación de angustia le invadió.

—¿Estás bien? —le preguntó Sofía, al ver que se había quedado lívida.

—No puede ser... —murmuró Eva en un hilo de voz.

Sofía siguió la dirección de su mirada.

—¿Qué ocurre, Eva? —insistió en tono preocupado.

—Está ahí Marcos —contestó Eva.

—¿Marcos? —repitió Sofía. En un principio no cayó en la cuenta de quién era. Unos segundos después tuvo un golpe de lucidez—. ¿El cabrón que...?

Eva no le dejó terminar.

—Sí —afirmó.

Sintió que el pasado le abofeteaba en plena cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Alexia.

—Está ahí un... —Sofía no sabía cómo catalogarlo—... ex de Eva —respondió.

—¡Joder, vaya mierda! —exclamó Alexia—. Si queréis le partimos las piernas —bromeó, tratando de mitigar la tensión que había en el ambiente.

—No estaría mal —apuntó Eva.

—¿Por qué esa carita, nena? —interrumpió Adrián.

Jorge, Raúl y Adrián habían salido del reservado para unirse a las chicas.

—Voy un momento al servicio —dijo Eva con la cara descompuesta.

¿Qué le pasa?, se preguntó Adrián.

Fue corriendo detrás de ella, apartando a la gente de un lado y de otro para abrirse camino. La alcanzó en el vestíbulo de los servicios. La agarró del brazo y la detuvo. Cuando Eva se giró hacia él, tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Hey, ¿qué pasa? —le preguntó Adrián, preocupado.

Eva suspiró ruidosamente.

—Acabo de ver a Marcos —contestó.

Adrián sintió una punzada de rabia al oír ese nombre.

—¿Ese cabrón está aquí?

—Sí. —Eva sacudió la cabeza—. ¿Por qué el pasado se empeña en regresar? ¿Por qué cuanto más trato de dejarlo atrás, más presente se hace? ¿Por qué Marcos ha tenido que aparecer precisamente ahora? Hacía años que no le veía...

Adrián la abrazó contra su pecho al reparar en la angustia que atravesaba la expresión de su rostro.

—Todo está bien, Eva —le susurró—. Ahora estás conmigo. Tranquila.

Como si le hubieran atraído con el pensamiento, Marcos apareció en el pequeño vestíbulo acompañado de un par de amigos. Cuando vio a Eva, entornó los ojos y se le quedó mirando. Su cara le sonaba; tras unos segundos se dio cuenta de quién era.

—Pero mira a quién tenemos aquí: *a la tonel* —dijo con voz despectiva—. Veo que sigues igual de...

Se cayó, pero la jocosidad y el menosprecio con que se rio después dejaba entrever con qué adjetivo iba a calificarla. Eva enrojeció hasta la raíz del cabello. ¿Cómo podía ser que después de tantos años continuara llamándola así? ¿Qué continuara insultándola? ¿Qué continuara burlándose?

Marcos miró a Adrián.

—¿Este es tu novio? —le preguntó a Eva—. Ten cuidado, no vaya a ser que te sientes encima de él y lo revientes —se mofó.

Los dos amigos que iban con él estallaron en carcajadas.

A Adrián le bulló la sangre. Sus ojos negros brillaron con ira.

—¡Yo a ti sí que te voy a reventar la cara! —le espetó, abalanzándose contra Marcos.

Lo empujó contra la puerta oscilobatiente del vestíbulo con tanta fuerza, que el impulso hizo que ambos prorrumpieran en la pista de baile. La gente comenzó a abrirse en corro y a murmurar.

Los amigos de Marcos intentaron detener a Adrián, pero les fue imposible.

—¡Suéltame, hijo de puta! —gritó Marcos por encima de la música.

—Te voy a soltar después de que te parta la boca —dijo Adrián, agarrándole de la pechera y zarandeándole de un lado a otro.

—¡Adrián, déjalo! ¡No merece la pena! —exclamó Eva, presa de los nervios.

Cogió a Adrián por el hombro para intentar detenerlo, pero no pudo. Estaba fuera de sí.

—Veo que sabes quién soy —dijo Marcos en tono de mofa.

Adrián le dio hábilmente la vuelta, le sujetó los brazos a la espalda con una mano, le cogió por la nuca con la otra y le aplastó la cara contra la columna situada enfrente.

—Sí, sí que lo sé. Eres un cabrón de mierda —masculló entre dientes.

Marcos sonrió con suficiencia.

Eva miró hacia el lugar donde estaban Sofía y los demás. Jorge y Raúl habían visto lo que estaba sucediendo y se dirigían hacia ella a grandes zancadas.

—Ya, Adrián, ya... —dijo Jorge, agarrándole de los hombros y tirando de él.

—Déjame que le parta la boca a este gilipollas —dijo Adrián, apretando el rostro de Marcos contra la columna.

—Adrián, para —le ordenó Raúl, tratando de apartarle de Marcos.

Entre Jorge y él tiraron de Adrián y finalmente pudieron separarle. Jorge aprovechó para meterse entremedias de Marcos y su hermano pequeño.

—Para, o vas a terminar rompiéndole la nariz —le dijo.

—¡Es lo que se merece! —espetó Adrián—. ¡Es un cabrón!

Dio un paso hacia adelante tratando de zafarse de Jorge. Estaba dispuesto a partirle la cara a Marcos, pero su hermano le retuvo sujetándole por el pecho, que le subía y le bajaba aceleradamente debido a la agitada respiración. Los amigos de Marcos acudieron en su ayuda.

—Adrián, por favor...

La voz de Eva detrás de él le devolvió a la realidad. Se giró.

—Eva... —susurró.

Sofía y Alexia estaban con ella.

—Ya, Adrián. No merece la pena que te rompas los puños por Marcos —dijo Eva.

Adrián cerró los ojos unos instantes y asintió con la cabeza.

—¿Qué está pasando? —preguntó el dueño de la discoteca, que en esos momentos acababa de llegar, alertado por el revuelo que se había montado alrededor de Adrián y Marcos.

Dos de los hombres del personal de seguridad se mantenían inmóviles a su espalda, con los brazos

cruzados encima del pecho, expectantes.

—La culpa ha sido de este hijo de puta —se adelantó a decir Marcos, señalando a Adrián con la barbilla, al tiempo que se colocaba el cuello de la camisa en un gesto de suficiencia—. Ha intentado pegarme.

El dueño de Kapital miró a Adrián.

—Lo siento —se disculpó él. Respiró hondo mientras se pasaba la mano por el pelo—. Siento haber montado todo este jaleo. —Miró en derredor y vio que toda la gente se había vuelto para mirarlos. En esos momentos eran el centro de atención—. Será mejor que nos vayamos —dijo.

—Espera —dijo el dueño de Kapital—. No sé exactamente lo que ha pasado, pero puedo imaginármelo. —Rodó la mirada hasta Marcos—. Tú y tus amigos, largaos —ordenó.

—¿¿Qué?! —ladró Marcos, con el rostro lleno de incredulidad—. La culpa ha sido de este tío.

—Largaos —repitió el dueño de Kapital—. O diré al personal de seguridad que os saque de aquí.

Los dos hombres que estaban detrás de él descruzaron los brazos y dirigieron a Marcos y a sus amigos una mirada desafiante.

Marcos bufó.

—Capullo —masculló de mala gana al pasar al lado del dueño de la discoteca y de sus dos guardaespaldas.

Giró el rostro hacia Adrián y le dedicó una mirada desdeñosa, acompañada de unas palabras ininteligibles que nadie entendió, pero que todos supusieron que no dirían nada bonito.

Adrián contrajo las mandíbulas.

Eva buscó su mano y se la apretó en un intento por calmarlo. Por nada del mundo quería que volviera a enzarzarse con Marcos. Adrián se estaba conteniendo por ella y por el lugar en el que estaban, pero sabía perfectamente que se quedaba con las ganas de romperle la cara.

Cuando Marcos y sus dos amigos desaparecieron entre la gente camino de la salida, Adrián se dirigió al dueño de Kapital.

—Discúlpame —dijo.

—No te preocupes —apuntó él, apoyando amigablemente la mano en su hombro—. Estas cosas son gajes del oficio. Además, no es la primera vez que ese chico tiene bronca aquí. Creo que nos hemos quitado un problema de encima.

—Gracias —le agradeció Adrián.

—Seguid disfrutando, chicos —dijo el dueño de la discoteca, animándoles a continuar con la fiesta.

CAPÍTULO 36

—Eva, ¿estás bien? —se interesó Adrián.

—Sí —respondió ella—. Pero necesito que me dé un poco el aire —apuntó.

—Vamos un rato a la calle —dijo Adrián.

Eva asintió con un ademán afirmativo. Adrián se giró hacia sus hermanos.

—Eva y yo nos vamos afuera —les informó.

—¿Está todo bien? —preguntó Jorge.

—Sí, sí, es solo que Eva necesita un poco de aire.

—Bien —dijo Jorge.

—¿Y tú estás bien? —preguntó Raúl.

—Sí, perfectamente —contestó Adrián.

—Nosotros estaremos aquí —dijo Raúl.

—Vale.

—Eva, ¿cómo estás? —La voz de Sofía sonaba preocupada.

—Bien —dijo Eva en un suspiro.

Sofía le acarició afectuosamente el brazo.

—Qué movida —señaló Alexia, alucinando.

—Pero, ¿qué ha pasado? —preguntó Sofía.

—Que Marcos me ha insultado y Adrián ha salido en mi defensa.

—¿Lo dices en serio? ¿Te ha insultado?

Sofía no daba crédito.

—Sí —reafirmó Eva.

—¡Joder! ¡Qué gentuza hay por el mundo! —exclamó Alexia, indignada.

—No sé por qué coño ha tenido que aparecer ahora... —comentó Eva—. ¡Hacía años que no lo veía!

—Porque la vida es muy puñetera —anotó Sofía.

—¿Nos vamos? —dijo Adrián, interrumpiendo la conversación de las chicas.

—Vamos un rato a la calle. Necesito tomar un poco de aire —dijo Eva, dirigiéndose a Sofía y a Alexia.

—Vale —respondieron las dos al unísono.

Adrián cogió la mano de Eva y fue abriéndose paso a través de la gente.

Fuera, la brisa corría fresca. Adrián se subió el cuello de la americana para protegerse del frío.

—¿Cómo estás tú, Adrián? —le preguntó Eva, arrebujándose en el abrigo—. ¿Marcos te ha hecho algo? ¿Te ha...?

—Ese cabrón no me ha tocado ni un pelo —respondió Adrián con dulzura, al advertir el tono de alarma de Eva.

—Menos mal —dijo ella, suspirando de alivio.

Alargó los brazos, rodeó la cintura de Adrián y recostó la cabeza sobre su pecho.

—Siento mucho todo lo que ha pasado —susurró, visiblemente apenada.

—No tienes que disculparte por nada, Eva. Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado —dijo Adrián, acariciándole protectoramente la cabeza con la palma de la mano.

—Hacía años que no veía a Marcos. No sé por qué la vida se empeña en recordarme el pasado... De verdad que no lo sé —se lamentó Eva.

Adrián se separó ligeramente y cogió el rostro de Eva entre las manos.

—No pienses en eso. No te tortures; no sirve de nada —le aconsejó.

Inclinó la cabeza y le dio un beso en los labios.

Adrián temía que aquel encuentro con Marcos supusiera un paso hacia atrás en Eva, para superar la desagradable experiencia que había vivido con él. Ese cabrón la había insultado de nuevo; la había despreciado de nuevo. ¿Cómo tenía valor de hacerlo? ¿Cómo se podía ser tan poco hombre?

Adrián notó como volvía a hervirle la sangre.

Tenía que haberle partido la cara, se dijo para sus adentros.

Eva advirtió que los músculos de Adrián se tensaban bajo la tela de la ropa.

—Ya... —susurró, intuyendo a qué era debida esa reacción.

—¿Cómo puede ser alguien tan cabrón? —lanzó Adrián al aire—. ¿Cómo se puede hacer daño tan gratuitamente?

La sangre seguía hirviéndole.

—Porque es un gilipollas —soltó Eva, que no pudo contenerse.

La vida parecía estar burlándose de ella, y además de manera cínica. Cuando vio a Marcos al otro lado de la pista de baile le dio un vuelco el corazón. ¿Era posible que fuera él?

Se había quedado petrificada.

Pasado el primer momento de shock, se dio cuenta de que sí, de que era él. Después de tantos años... Ahora que estaba comenzando una relación con Adrián y que estaba intentando dejar el pasado atrás. Qué injusto. Qué injusto era todo.

—¿Qué has sentido al verlo? —preguntó Adrián.

Eva entornó los ojos y se cogió los brazos con las manos.

—Al principio, incredulidad. No me creía que fuera él. Me parecía... no sé, una especie de holograma mezclado entre la gente. Una aparición. Después, cuando ya me he dado cuenta de que era él realmente... —Eva guardó silencio unos segundos—. Me ha venido a la cabeza todo lo que pasó la noche que estuve con él. Y luego cuando me ha insultado...

—Ese tío no tienen ninguna medida —intervino Adrián en tono irritado—. Te juro que si no hubiera sido por mis hermanos, le hubiera dado una paliza.

—Lo sé —afirmó Eva—. Yo he intentado separarte de él. Te he sujetado por el hombro, pero no he podido.

—Ni siquiera me he dado cuenta. Estaba ciego de ira. Solo le veía a él y a esa sonrisa de suficiencia que quería quitarle de la cara —confesó Adrián, dejando pasar las palabras entre los dientes.

—Gracias por defenderme —dijo Eva.

Adrián la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—No tienes que agradecerme nada. Te defendería una y mil veces —dijo pegado a su boca. Eva se estremeció cuando sintió en sus labios el aliento cálido de Adrián—. ¿Ahora estás mejor? —le preguntó después, acariciándole la línea de la mandíbula con el dedo pulgar.

—Sí —dijo Eva.

Se frotó los brazos con las manos para paliar el frío que tenía.

—¿Quieres que entremos de nuevo o prefieres que nos vayamos a casa?

—No, no, entremos. No voy a dejar que Marcos me estropee la noche. Bastante me ha jodido ya la vida.

—Mi nena... —musitó Adrián con una breve sonrisa en la boca—. ¿Vamos?

—Vamos.

CAPÍTULO 37

Todos esbozaron una sonrisa cuando vieron entrar a Eva y a Adrián en el reservado.

—¿Estás bien? —le preguntó Sofía a Eva.

—Sí, muy bien —respondió ella, al tiempo que se sentaba en uno de los sofás de cuero, al lado de Alexia.

—¿Estás mejor, guapa? —le dijo Alexia.

Le pasó la mano por la espalda en un gesto confortable.

—Sí, gracias —afirmó Eva.

Sofía apoyó la mano en su hombro, la atrajo hacia sí y le dio un fuerte beso en la mejilla.

Jorge y Raúl también se interesaron por ella y por su hermano.

—¿Y tú, Adrián? ¿Más tranquilo? —quiso saber Jorge.

—Sí —contestó él.

—Entonces, sigamos disfrutando de la noche —sugirió Raúl, viendo que los ánimos se habían sosegado—. ¿Otra copa?

Al día siguiente, Blanca, la matriarca de los Montenegro, decidió hacer una comida familiar e invitar a sus tres hijos. Jorge y Raúl estaban comentado el incidente de la noche anterior en el salón, cuando llegó Adrián.

—Buenos días —lo saludaron al entrar.

—Buenos días —correspondió Adrián.

—¿Cómo estás? —le preguntaron.

Su rostro se veía cansado, como si no hubiera dormido en toda la noche.

—¿Qué tal esos puños? —bromeó Raúl con su habitual sentido del humor.

—Bien —respondió Adrián a ambos interrogantes, mientras se acomodaba en el hueco que quedaba libre en el sofá biplaza, al lado de Raúl.

—¿Y Eva? —dijo Jorge, sentado enfrente de ellos.

—Bien. Acabo de hablar con ella y está bien.

—Sois unos macarras, hermanitos —comentó Raúl en tono socarrón—. Jorge le rompió la cara a Carlos, tú casi se la partes a ese chico... —enumeró—. Vaya fama nos vamos a echar los hermanos Montenegro. Nos van a temer como a la mafia —se burló.

—Tú le habrías partido la cara a Graciela de no ser porque es mujer —apuntó Adrián.

—No tengas la menor duda —afirmó Raúl contundentemente—. Si hubiera sido un hombre, le hubiera partido las piernas por lo que le hizo a Alexia. Y ni siquiera hubiera tenido en cuenta que soy una persona de leyes. ¿Qué nos diría mamá si se enterara? —preguntó.

—¿Si me enterara de qué?

La voz melodiosa de Blanca se escuchó en el salón. Los rostros de Jorge, Raúl y Adrián se giraron hacia ella. Con su aire jovial se acercó hasta la mesa y dejó el cesto de pan que traía de la cocina.

—De que tienes unos hijos un tanto macarras —respondió Raúl con toda la naturalidad del mundo.

—¿Macarras? —repitió Blanca, volviéndose hacia sus tres hijos y mirándoles con cara de circunstancia.

—Es muy largo de explicar, mamá —intervino Adrián, quitándole hierro al asunto—. Te lo contamos otro día.

Blanca sonrió.

—Como queráis —dijo, sin darle mayor importancia—. Voy a por el agua —añadió después, saliendo del salón.

—El mundo está lleno de payasos —dijo Adrián cuando su madre abandonó la estancia. Todavía le bullía la sangre cada vez que pensaba en Marcos.

—¿Qué hizo liarte a puñetazos con ese chico? —curioseó Jorge.

—Es el imbécil con el que estuvo Eva...

—¿Con el que tuvo su primera experiencia sexual? —le cortó Raúl.

—Sí —afirmó Adrián—. Nos lo encontramos en el vestíbulo de los servicios y cuando la reconoció, la insultó.

—¡No me jodas! —exclamó Raúl.

—La llamó *tonel* y le dijo que tuviera cuidado al sentarse encima de mí, no fuera que me reventara.

Jorge arqueó las cejas, incrédulo.

¿Estaba oyendo bien?

—De haber sabido eso, hubiera dejado que le rediseñaras la nariz de un puñetazo —alegó con ironía.

—Menudo hijo de puta —apostilló Raúl, indignado—. Porque nos pilló por sorpresa, sino hubiéramos dejado que le dieras su merecido.

—Nunca haré apología de la violencia —comenzó a decir Jorge—, pero me queda claro que hay personas que no entienden sino es con unos buenos golpes.

—Marcos es una de ellas. ¿Cómo puede seguir comportándose como si fuera un adolescente? —se preguntó Adrián.

—Como si fuera un adolescente gilipollas —anotó Raúl—. A mí no me daba por ir insultando a la gente por ahí cuando tenía quince años.

—Se notaba a la legua que es un gallito —intervino Jorge—. ¿Visteis el modo en que se enfrentó al dueño de Kapital llamándole capullo?

—Pues delante de mí que procure guardarse sus modales de gallo de corral, no sea que en una de esas le desplume —repuso Adrián con voz seria—. No voy a dejar que nadie insulte o menosprecie a Eva, y menos él. —Chasqueó la lengua—. Lo peor es que a Eva le afectó. Verlo la puso muy nerviosa y le hizo recordar todo lo que pasó con él.

—¿Y qué temes? —preguntó Raúl.

—Temo que haya retrocedido; que haya dado un paso para atrás. Temo que el encuentro con Marcos

siga manteniendo ese bloqueo que tiene y que la impide tener una vida sexual plena —respondió Adrián.

—¿Todavía no....? —Jorge dejó el final de la pregunta suspendida en el aire.

—No —negó Adrián, que sabía perfectamente a qué se refería su hermano mayor—. Es un tema muy delicado; extremadamente delicado. Un proceso muy lento —agregó—. No quiero que Eva se sienta presionada. Eso lo único que haría sería empeorar el asunto y alejarla de mí.

—Tienes que tener mucha paciencia, Adrián —dijo Raúl.

—Sí, lo sé. Y la tengo. Créeme que la tengo —repuso él—. Además, no tengo ninguna prisa. Con Eva no. Es muy insegura y lo que sucedió ayer con ese mamarracho no hace otra cosa más que alimentar sus complejos físicos y aumentar esa inseguridad.

—Tienes que darle confianza, hacer que crezca su autoestima —le aconsejó Jorge.

—Es lo que hago. No hay ocasión en que no le diga que está preciosa. Pero no solo porque lo esté o porque me lo parezca, sino porque lo es. Eva es preciosa. Es una de las chicas más atractivas que conozco. Sin embargo ella no lo ve así.

—Es increíble lo distorsionada que podemos tener la imagen de nosotros mismos y no tener absolutamente nada que ver con la realidad —apostilló Jorge—. Es cierto que Eva es preciosa.

—Y lo que condiciona la vida —alegó Adrián con expresión apesadumbrada en el rostro—. Eva no está disfrutando todo lo que debería disfrutar de nuestra relación, de lo que estamos viviendo. Ni siquiera se atreve a desnudarse delante de mí, pese a que su cuerpo me encanta.

—Ufff... —murmuró Raúl—. Me imagino lo que tiene que hacerle sufrir todo eso.

—Mucho —respondió Adrián—. Por eso le dejo su espacio y su tiempo... Estoy seguro de que es solo una cuestión de tiempo.

—Yo también lo creo —medió Jorge.

—Eva te gusta mucho, ¿verdad? —le preguntó Raúl a su hermano pequeño.

—Sí, por eso estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. No quiero perderla —contestó Adrián. Guardó silencio durante unos instantes—. Lo que voy a decir puede sonar a cursilada, pero no me imagino mi vida sin Eva.

—El benjamín de la familia se nos ha enamorado —comentó Raúl en tono distendido.

Alargó el brazo y dio una palmadita en la espalda a Adrián, que lanzó al aire un leve suspiro.

—Bienvenido al club, hermanito —añadió después.

CAPÍTULO 38

—¿Enamorado? ¿Estás enamorado Adrián?

La pregunta de Blanca sorprendió a Adrián.

—No lo sé, mamá... —respondió, alzando los hombros—. Pero es una chica que me gusta mucho.

—¿Y de quién se trata? ¿La conozco? —dijo Blanca mientras dejaba la jarra de agua encima de la mesa y terminaba de dar los últimos retoques al menaje.

No tenía pretensiones de curiosear. A Blanca no le gustaba entrometerse en la vida de sus hijos, pero le hacía especial ilusión que su pequeño estuviera enamorado.

—Es Eva, una amiga de Sofía —dijo Adrián, que no tenía ningún reparo en reconocer que Eva le gustaba.

—¿Eva? ¿La chica rubita de ojos verdes que estaba en la boda de Jorge y Sofía? —se interesó Blanca.

—Sí —afirmó Adrián.

—Esa niña me encantó, me cayó muy bien —opinó Blanca, esbozando una amplia sonrisa—. Además, te miraba mucho —añadió—. Hasta tu padre se dio cuenta, y eso que él no anda pendiente de esas cosas.

—Y Adrián también la miraba a ella —alegó Raúl en tono sagaz.

—No sabes cómo me alegro —dijo Blanca con una nota de entusiasmo en la voz—. Tendrás que invitarla un día para conocerla... —sugirió con intención. Adrián no pronunció palabra. Estaba ausente. Al advertir su expresión apagada, Blanca preguntó—: ¿Va todo bien con ella?

Adrián reaccionó.

—Sí, sí... —se adelantó a afirmar.

—Ya sabes cómo funciona esto del amor... —terció Raúl, sonriente.

Blanca no iba a insistir ni a andar sonsacando información a Adrián como si fuera un niño pequeño. Ya era mayorcito para saber lo que hacía.

En esos momentos entró en el salón Esteban Montenegro, el patriarca de la familia.

—Hola, papá —lo saludaron todos casi al mismo tiempo.

—Hola, hijos —correspondió Esteban.

Se acercó a Blanca y le dio un beso fugaz en los labios.

—Hola, amor —le dijo Blanca.

—Hola, mi vida.

—¿Qué tal ha ido tu mañana de pesca? —le preguntó Blanca a su marido.

—He tenido días mejores —respondió él de buen humor.

—¿Comemos? —preguntó Raúl, levantándose del sofá.

—Sí, la comida ya está lista —dijo Blanca.

—¿Nunca te han dicho que eres un poquito impaciente? —se mofó Adrián de su hermano mediano.

—Alexia me lo dice constantemente —alegó Raúl.

—Id sirviendo mientras me doy una ducha rápida —apuntó Esteban Montenegro.

—Vale —concedió Blanca—. A la mesa —indicó a sus tres hijos, como cuando eran pequeños.

Aprovechando que los hermanos Montenegro habían quedado para comer en familia, las chicas decidieron salir también a comer fuera y pasar un día entre amigas, tan beneficioso como desestresante, a veces. Así de paso arreglaban el mundo y cotilleaban un poco.

—¿Puede venir mi hermana Jimena? —preguntó Alexia.

—Eso no tienes que preguntarlo —dijo Sofía como algo obvio, cuando le propuso el plan en el reservado de la discoteca Kapital—. Estás tardando si no le dices que venga.

—¡Va a estar encantada! —exclamó Alexia—. Le encantan este tipo de planes “solo apto para chicas” —dijo, haciendo el gesto de las comillas con los dedos.

—Nos lo vamos a pasar genial las cuatro —señaló Eva.

A la una, Eva salió de casa y fue recogiendo a las chicas con su Mini rojo. Tres cuartos de hora más tarde estaban entrando por la puerta de La Vaguada. El primer centro comercial que se abrió en Madrid, situado en la avenida de Monforte de Lemos.

Aparcó en el estacionamiento que el centro comercial tenía habilitado para ello. Hacerlo fuera se hubiera convertido en una suerte de Odisea por la que no estaba dispuesta a pasar.

—Ahora que hemos salido del coche, voy a hacer las correspondientes presentaciones —dijo Alexia—. Eva, ella es Jimena, mi hermana.

—Encantada —dijo Eva, alegre.

Se acercó y le dio un par de besos.

—Jimena, ella es Eva, la novia de Adrián.

—Encantada de conocerte, Eva —dijo Jimena en tono simpático—. ¿Así que tú eres la novia del hermano pequeño de Raúl? —le preguntó.

—Sí —afirmó Eva.

—Madre mía, tienes mucha suerte. Adrián está como quiere —apuntó Jimena con su acostumbrada espontaneidad, pero sin ninguna malicia en su comentario.

Alexia le dio un codazo en las costillas.

—¡Jimena! —la reprendió.

—¿Qué? No estoy diciendo nada que no sea verdad. Cualquiera que tenga ojos en la cara lo ve. Solo es una... pequeña observación.

Todas se echaron a reír al unísono.

—Para que Eva no se enfade conmigo —prosiguió Jimena—, lo hago extensible al resto de

Montenegros. Jorge y mi futuro cuñado también están de toma pan y moja.

—Jimena, no lo estás arreglando —dijo Alexia. Jimena alzó los hombros con una sonrisa pícaro reflejada en los labios—. Además, te quejarás tú de Leonardo —añadió Alexia.

—No, desde luego que no —aseveró Jimena—. Tu hermano no tiene nada que envidiar a los Montenegro. Nada de nada. Me perdonáis, chicas —dijo, mirando con ojos divertidos a Eva y a Sofía.

Eva frunció el ceño. Se estaba perdiendo algo, porque no entendía nada.

Si Jimena es hermana de Alexia y Leonardo también es hermano de Alexia, cavilaba en silencio. Entonces, ¿Jimena y Leonardo son...?

Al ver la expresión de desconcierto en la cara de Eva, Alexia se apresuró a decir:

—Leonardo es mi medio hermano por parte de padre y Jimena es mi medio hermana por parte de madre. Pero no te preocupes, que ahora te lo explicamos detenidamente.

Eva soltó una risilla.

—¡Menos mal! —Se llevó las manos al pecho mientras abría mucho los ojos—. Te juro que por un momento he pensado que estábamos hablando de incesto —bromeó.

—Oh, no, no... —intervino Jimena entre risas—. Leonardo y yo no somos nada. Me refiero a que no llevamos la misma sangre. Pero Alexia comparte la de los dos.

—Ahora lo he entendido —alegó Eva—. Bueno, ¿qué? ¿Estáis dispuestas a pasar un día exclusivamente de chicas? —les preguntó, cambiando de tema.

—¡Por supuesto! —respondieron todas a la vez, adentrándose en La Vaguada.

Enseguida les envolvió el murmullo de las conversaciones de la gente que caminaba de un lado a otro por los pasillos del centro comercial.

CAPÍTULO 39

Entraron en uno de los restaurantes de La Vaguada. En uno de los que menos concurridos estaban, donde charlaron de todo un poco.

—Por cierto, Eva —comenzó a decir Sofía cuando les llevaron los postres—, este miércoles hay recital de poesía en el *Marimba Café Bar*.

—¿No me digas? ¡Tengo unas ganas locas de ir! —exclamó Eva—. Desde que volví de Londres no he podido asistir a ninguno de los recitales que han tenido lugar y lo he echado tremendamente de menos.

—¿Os gusta la poesía? —les preguntó Jimena.

—Sí —afirmaron Eva y Sofía.

—¿Vais a recitar algo vosotras? —intervino Alexia.

—Sí, sí, sí, sí... —se adelantó a responder Eva.

—Me gustaría mucho ir a veros —dijo Alexia.

—Pues vente —dijo Eva.

—¿A qué hora es? —preguntó Alexia.

—A las cinco y media —respondió Sofía.

—Me viene genial, porque no tengo clase.

En esos momentos, la conversación se interrumpió por el sonido del teléfono de Alexia. Alexia abrió el bolso y buscó el móvil en su interior.

Era un número que no tenía registrado.

—Dígame —contestó.

—¿Alexia Malasaña Durán? —preguntó una voz masculina al otro lado.

—Sí, soy yo.

—Soy Antonio Galán, organizador de la *Cibeles Junior Fashion Week*. —El corazón de Alexia comenzó a aporrearle las costillas—. Le llamo para informarle de que es una de las diez finalistas del concurso.

Alexia abrió la boca poco a poco, asombrada.

—¿Qué...? ¿Lo dice en serio? —pudo articular únicamente.

—Sí, claro. Por supuesto que lo digo en serio —le reafirmó el hombre—. Enhorabuena.

—Gracias —le agradeció Alexia en un hilo de voz.

Eva, Sofía y Jimena la miraban con extrañeza mientras la oían hablar, sin comprender a qué era debida la reacción que estaba teniendo.

—¿Podría pasarse el miércoles a las seis de la tarde en la dirección que le voy a facilitar?

—Ssssí, sí... —balbució Alexia.

—Apunte, por favor.

Alexia sujetó el móvil entre la mejilla y el hombro, hundió rápidamente la mano en el bolso y sacó una libreta. Cogió el bolígrafo que tenía incorporado, la abrió por la mitad y escribió la dirección que le dictaba Antonio Galán, el organizador de la *Cibeles Junior Fashion Week*.

—Hasta el miércoles —se despidió él.

—Hasta el miércoles —dijo Alexia de forma mecánica.

Colgó la llamada y, con el móvil todavía de la mano, levantó la vista despacio. Se encontró con tres pares de ojos mirándola fijamente.

—Creo que no voy a poder ir a veros el miércoles al Marimba Café Bar... —comenzó a decir.

—¿Por qué? —preguntó Sofía.

—¿Quién te ha llamado? —quiso saber Jimena, con visible impaciencia en la voz.

—Era el organizador de la *Cibeles Junior Fashion Week*. Soy una de las diez finalistas del concurso —dijo Alexia al fin.

—¡¿Quéee?! ¡¿En serio?! —gritó Jimena, saltando en el asiento.

—Sí —respondió Alexia.

Tenía la mirada vidriosa a cuenta de la emoción.

—¡Enhorabuena! —exclamó Sofía, entusiasmada.

—Millones de felicidades —dijo Eva, agarrando la mano de Alexia y apretándola en un gesto afectuoso.

—Gracias —les agradeció Alexia, intentando contener las lágrimas.

Jimena, que estaba sentada a su lado, se abalanzó sobre ella y la abrazó. Unos segundos después, Eva y Sofía se levantaron y se unieron al abrazo.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! —chilló Alexia—. No me lo creo... —dijo cuando se separaron.

—Pues empieza a creértelo —apuntó Jimena.

—¿Al final te decidiste a enviar uno de tus diseños a un concurso? —dijo Sofía.

—Sí, bueno... más bien fue Raúl. Él fue el que me inscribió.

—Pues está claro que fue una buenísima idea —intervino Eva—. ¡Eres una de las finalistas!

Las cuatro estaban entusiasmadas con la noticia.

—Tengo que llamar a Raúl para decírselo —dijo Alexia, excitada. Hizo una breve pausa y guardó silencio, reflexionando—. Mejor no. Mejor espero a decírselo cuando venga a recogerme.

—Se va a llevar toda una sorpresa —dijo Jimena.

—Ya lo creo —apuntó Sofía.

—¡Brindis, brindis, brindis! —exclamó Eva, levantando su copa de vino.

—Esperad —dijo Alexia, deteniendo la intención de Eva—. Esto hay que celebrarlo como es debido. —Alzó el brazo e hizo al camarero una señal con la mano—. ¿Puede traernos una botella de champán? —preguntó.

El camarero asintió.

—Por supuesto —dijo.

—Mejor así, ¿no? —comentó Alexia, mirando cómplice a las chicas.

—Mejor, mejor —contestó Jimena.

—No debería beber más —dijo Eva al terminarse la segunda copa de champán—. Ya sabemos lo mal que me sienta el alcohol —bromeó, acordándose de la borrachera que se pilló la noche que Sofía hizo la fiesta en su casa.

—Seguro que no es para tanto —apostilló Alexia, dando un sorbo de su copa.

—Sí, sí que lo es —rio Eva.

—Será mejor que vayamos a ver algún trapito —intervino Jimena—, sino yo no respondo de mí —añadió—. Este champán se sube demasiado rápido a la cabeza.

—Está bien, está bien... —dijo Alexia—. Levantemos entonces el *camping* antes de que no podamos ni con el culo.

Llamaron al camarero para que les trajera la cuenta, pagaron y se fueron a dar una vuelta por el centro comercial.

CAPÍTULO 40

Después de recorrer algunas tiendas, entraron en Victoria Secret, la tienda de ropa íntima.

—¿Creéis que esto le gustaría a Raúl? —preguntó Alexia en tono divertido, poniéndose un camisón de encaje por encima.

—No tengas ninguna duda —opinó Sofía, sonriente.

Alexia cogió un precioso picardías de color rosa de la barra en la que estaban expuestos y se lo mostró a Eva.

—¿Y Adrián? ¿Qué diría si te viera con esta preciosidad? —le dijo.

—Imagínate —intervino Jimena—. Se le tiraría al cuello para comerla de arriba abajo. Ñam, ñam...

—Te haría un traje de saliva —bromeó Alexia.

Eva esbozó una leve sonrisa. Nada le gustaría más que ponerse ese picardías y lucírselo a Adrián, si tuviera otro cuerpo... Aquel pensamiento empañó la expresión de su rostro. La idea de mostrarse tan ligera de ropa delante de Adrián la horrorizaba. Negó para sí imperceptiblemente.

—¿Por qué no te lo compras? —sugirió Alexia.

Sofía notó que la sonrisa de Eva se había enturbiado, pese a que hacía un esfuerzo por mantenerla en los labios.

—Sí, ¿por qué no te lo compras? —la animó Sofía—. Estoy segura de que el día que te lo *puedas* poner —comenzó a decir, enfatizando con una complicidad secreta la palabra «puedas»—, Adrián se va a quedar ojiplático —comentó.

Eva la miró. Sofía le guiñó un ojo.

—Otro día. Este mes no ando muy bien de pasta —se excusó.

—No te preocupes por eso, yo te lo regalo —se adelantó a decir Alexia.

—No hace falta, Alexia. De verdad —dijo Eva rápidamente.

—Sí, sí hace falta —insistió Alexia—. Eso sí, te lo regalo con una condición: que me describas con pelos y señales la cara de Adrián cuando te vea con él.

Eva y Sofía intercambiaron una mirada. Sofía alzó ligeramente los hombros. No sería ella quién le quitara las ideas a Alexia. Al contrario.

—Yo pagó la mitad —dijo.

Eva puso los ojos en blanco.

Lo que faltaba, que Sofía se una a la causa, dijo para sus adentros.

Sofía le sonrió con un matiz travieso en los labios.

—Seguro que no tienen mi talla —refutó Eva—. En estas tiendas solo tienen tallas para «Peter el anguila».

Sofía, Alexia y Jimena estallaron en un coro de carcajadas.

—Mira que eres exagerada —dijo Sofía entre risas.

—No soy exagerada —la contradijo Eva.

—Pues fíjate qué casualidad que aquí sí que tienen la tuya. Mira —le dijo Alexia con una sonrisa de oreja a oreja, moviendo la prenda de un lado a otro.

Eva observó el picardías que le mostraba Alexia. Tenía buen ojo. Sí, era su talla.

Vaya, por Dios..., masculló para sus adentros, resoplando.

Sofía y Alexia se dirigieron al mostrador, donde les esperaba la dependienta. Una chica morena con el pelo cortado a estilo chico y un largo mechón como flequillo, que dirigía a un lado con estilo.

—Nos llevamos este —indicó Sofía, mientras sacaba la cartera del bolso.

Alexia imitó su gesto.

—Muy buena elección —opinó la chica, afable.

—Gracias —dijeron alegres Sofía y Alexia, cuando la dependienta les dio la bolsita con el picardías.

Se giraron hacia Eva.

—Para ti —dijo Alexia, ofreciéndosela—. Y para Adrián —agregó con una sonrisa llena de picardía.

Eva suspiró ruidosamente y dejó caer los hombros.

—Gracias, chicas —agradeció, tomando la bolsa. Dirigió la mirada hacia Sofía—. No os teníais que haber molestado.

Sofía sonrió.

Cuando salían de la tienda, y aprovechando que Alexia y Jimena se habían quedado rezagadas, Eva cogió del brazo a Sofía y se adelantó unos pasos.

—Te voy a matar —bromeó hablando en voz baja.

—Ya me contarás qué cara pone Adrián... —Fue el comentario de Sofía.

—Sofía, sabes que Adrián y yo todavía no... Bueno, que no hemos hecho nada.

—Eva, eso no va a durar eternamente —dijo Sofía, convencida.

—Me gustaría estar tan segura como tú —apostilló Eva.

—Confía en mí. El día que menos te lo esperes... sucederá. Así, sin más.

Eva resopló.

—Ya no sé qué pensar... —murmuró.

—Pues no pienses nada y déjate llevar. Ponte este picardías y solo déjate llevar —dijo Sofía con intención. Hizo una pequeña pausa—. ¿Qué tal estás? Por lo de ayer...

—Bien —respondió—. No he dormido mucho, no te voy a mentir. No podía dejar de pensar en lo que sucedió... El enfrentamiento entre Adrián y Marcos... No sé...

Eva se colocó la melena rubia detrás de las orejas.

—Tuvo que ser muy desagradable.

—Sí. No me hubiera perdonado nunca que Marcos hubiera tocado a Adrián.

—¿Cómo te sentiste al ver a Marcos? —le preguntó Sofía.

—Mal. Muy mal. Trajo hasta mi cabeza todo lo que pasó, y después sus insultos, su desprecio...

—Eva, no puedes dejar que eso te afecte. Ya lo ha hecho durante demasiado tiempo.

—Lo intento. Créeme que lo intento. Pero es tan difícil... Ver a Marcos ha hecho que aumenten todavía

más mis inseguridades y mis miedos —dijo Eva.

—No puedes permitirlo —atajó Sofía—. No puedes permitirle a ese cabrón que te siga condicionando la vida.

—Lo sé. Lo sé, de verdad. Pero...

Sofía apoyó la mano en el brazo de Eva.

—Si se lo permites, nunca vas a ser feliz —le dijo en tono solemne.

Eva giró el rostro y la miró sin decir nada. Aunque sus ojos hablaban por sí solos.

—Chicas, ¿qué os parece si nos comemos un helado? —La voz de Alexia sonó a sus espaldas, interrumpiendo la conversación.

—Genial —contestó Eva.

Alexia y Jimena se acercaron a ellas hasta alcanzarlas y juntas se dirigieron a la heladería que había al otro lado del pasillo.

CAPÍTULO 41

El primero en llegar a las nueve de la noche a recoger a Jimena, tal y como habían quedado, fue Leonardo.

—¿Cómo ha estado el día de chicas? —preguntó en tono distendido.

—¡Genial! —respondieron todas a una sola voz.

—Eva, él es Leonardo, mi chico —le presentó Jimena—. Leonardo, ella es Eva, una de las tías más divertidas que he conocido en mi vida.

—Encantada —dijo ella, ofreciéndole una sonrisa.

—Un placer, Eva —correspondió él mientras se saludaban con un par de besos en las mejillas.

Al poco rato llegaron Jorge, Raúl y Adrián.

—¿Qué tal la comida familiar? —dijo Sofía, acercándose a Jorge y dándole un beso en los labios.

—Muy bien, mi niña —contestó él—. ¿Y vuestra tarde de chicas?

—Muy bien —afirmó Sofía, radiante. Se volvió hacia las chicas—. Tenemos que repetir, ¿verdad? —sondeó.

—Sí, claro que sí —respondió rápidamente Eva.

—Por supuesto —dijeron Alexia y Jimena.

—¿Ya veo que habéis hecho alguna que otra comprita? —le comentó socarronamente Adrián a Eva, cuando la vio cargada de bolsas, al igual que al resto de las chicas.

—No nos hemos podido resistir —dijo Eva, frunciendo la nariz en un gesto infantil.

—¿Y te has comprado algo... interesante? —le preguntó Adrián en una entonación traviesa, al ver la

bolsa con el logotipo de la conocida tienda de ropa íntima.

—Es un pijama —se adelantó a decir Eva, apartando la bolsa disimuladamente.

Por nada del mundo quería que Adrián supiera que era un pijama. Si lo veía, ¿cómo justificaría que no iba a ponérselo... nunca?

No, negó para sí. Lo mejor será guardarlo en el fondo del cajón.

—¿Un pijama? —Adrián parecía desilusionado con la respuesta de Eva. En el fondo esperaba que fuera una prenda algo más sexy.

—Sí, es que el que tengo está ya desgastado —mintió Eva. Carraspeó.

Sofía la miró sin decir nada. Eva apretó los labios y lanzó al aire un suspiro quedo.

—¿A que no sabes qué? —le dijo Alexia a Raúl, sin poder reprimir la sonrisa que se dibujaba en su rostro de oreja a oreja.

—¿Qué? —preguntó él, expectante.

—Me ha llamado el organizador de la *Cibeles Junior Fashion Week*...

—¿Y? —la apremió Raúl con visible impaciencia.

—Mi diseño es finalista del concurso —soltó Alexia al fin.

—¿Qué?!

Entusiasmado, Raúl la cogió por la cintura, la levantó en vilo y dio con ella un par de vueltas.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó, por si no había oído bien.

Alexia asintió varias veces con la cabeza cuando Raúl la dejó en el suelo. Le brillaban los ojos como dos monedas.

—Sí —dijo—. He quedado entre las diez finalistas. Tengo que ir el miércoles a la dirección que me ha dado el organizador.

—¡Enhorabuena, gatita! —exclamó Raúl—. ¡Enhorabuena! ¡Enhorabuena!

La abrazó.

Unos segundos después, Jorge, Adrián y Leonardo se unieron a la felicitación. La noticia emocionó a todos.

—Felicidades, hermanita —le dijo Leonardo, achuchándola contra él.

—Gracias.

—¿Te lo dije o no te lo dije? —intervino Raúl.

Alexia se sonrojó ligeramente.

—Sí, me lo dijiste —reconoció.

Raúl le apuntó con el índice, cómplice.

—Y vas a ganar, gatita —afirmó.

—Bueno, bueno... Eso no es tan fácil —dijo Alexia—. Todavía...

—¿Cómo es posible que seas tan pesimista? —le cortó Raúl con suavidad.

Alexia se encogió de hombros.

—No es una cuestión de pesimismo —le rebatió—. Es solo que...

—Es solo que nada —intervino Jimena—. Vas a ganar y punto.

Alexia lanzó un resoplido.

—No puedo con vosotros. De verdad que no puedo con vosotros —dijo, rindiéndose.

Todos se echaron a reír.

—Nena, ¿nos vamos? —preguntó Adrián a Eva, dándole con el dedo un toquecito en la nariz.

Tenía muchas ganas de estar a solas con ella.

—Sí —respondió Eva.

Fueron despidiéndose unos de otros y cada una de las chicas se fue con su pareja, después de pasar un día lleno de risas, diversión, complicidad y confianzas.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó Adrián a Eva cuando ya se quedaron solos.

—¿Vamos al cine a ver una peli? —propuso Eva.

Adrián asintió.

—Perfecto —contestó.

—Me han dicho que Wonder Woman está muy bien —dijo Eva.

—¿Te gustan las heroínas? —preguntó Adrián.

—Sí.

—Tú te verías muy bien como una súper heroína.

Eva se echó a reír.

—Sí, de *pressing catch* —bromeó.

—Te lo digo en serio. Estarías muy sexy con un traje como el de Wonder Woman.

—Me presentaré al próximo *casting* que haga Marvel.

—Ríete, pero te aseguro que esa preciosidad de cara que tienes no les iba a pasar desapercibida —comentó Adrián.

—Y mi cuerpo tampoco —añadió Eva.

Adrián la cogió y la estrechó contra sí.

—Anda, vamos a ver Wonder Woman, mi *Wonder Eva* —dijo.

—Antes voy a dejar todas estas bolsas en el coche —dijo Eva sin poder reprimir una sonrisa—, sino voy a tener que pagar otra butaca por lo que ocupan.

Adrián rió.

—Sí, ocupan el espacio de una persona —bromeó—. Espera, que te ayudo.

—Gracias —dijo Eva.

Adrián cogió todas las bolsas que Eva llevaba en las manos y se dirigieron hacia el aparcamiento de La Vaguada.

CAPÍTULO 42

Eva sacó el picardías de la bolsa con mucho cuidado y lo contempló durante un largo rato. Realmente era precioso. Precioso. El resplandor del sol que se colaba por la ventana de la habitación acentuaba el tono rosa del raso y hacía que brillara el encaje negro del borde, como si estuviera hecho de hilos de diamante.

Pasó la mano por la tela. Era muy suave, tanto, que parecía querer deslizarse entre los dedos como si fuera agua.

Suspiró, dejando caer los hombros.

Tenía sentimientos encontrados. Estaba profundamente confundida. Por un lado le encantaría lucírselo a Adrián, como haría cualquier novia. Pero por otro era algo que le aterraba. La sola idea le aterraba.

Se quitó el pantalón vaquero y el jersey negro que llevaba y se puso el picardías. Se colocó delante del espejo del armario para ver cómo le quedaba y ladeó la cabeza mientras se metía el pelo detrás de las orejas.

El picardías era extremadamente sexy, pero dejaba demasiado al descubierto: los muslos, las piernas, los brazos...

Como cualquier picardías, se dijo a sí misma a modo de reproche.

Arrugó la nariz en una mueca de disgusto. Era una prenda excesiva para su cuerpo. O su cuerpo excesivo para la prenda.

Bufó.

Apartó los ojos del espejo y sin volver a mirarse, se sacó rápidamente el picardías por la cabeza y lo metió en la bolsa.

Movió la cabeza, negando. Cogió el pantalón vaquero y el jersey negro de encima de la cama y se lo

puso de nuevo.

—Aquí es donde mejor está —afirmó rotunda, introduciendo la bolsa con el picardías en el fondo del cajón del armario.

Agradecía mucho el detalle que habían tenido Sofía y Alexia al regalárselo. De verdad que lo agradecía, pero no era una prenda para ella. Definitivamente no.

Se sentó en el borde de la cama y trajo hasta su cabeza el momento de pasión que había vivido con Adrián en la clandestinidad del cine. Parecían dos adolescentes metiéndose mano al amparo de la oscuridad de la última fila de la sala. Apenas habían visto la película. Habían cambiado las peripecias de Wonder Woman por las peripecias de los labios.

Eva se había dejado llevar. Había logrado soltarse un poco más, cobijada en la seguridad que le daba saber que no iban a llegar al final por estar en una sala de cine.

Los besos de Adrián despertaban tantas cosas en su interior que a veces la abrumaban. Tenía la sensación de que en cualquier momento iban a desbordarla. Era tanto lo que le hacía sentir...

Y estaba teniendo tanta paciencia con ella...

De repente, una punzada de miedo le atenazó el corazón. ¿Y si Adrián se cansaba de esperar? ¿Y si se acababa su paciencia?

Y si lo hiciera, no podría reprocharle nada. Sería perfectamente comprensible.

El sexo era una parte fundamental de las relaciones de pareja y ella de momento era algo que no podía ofrecerle.

Chasqueó la lengua, molesta consigo misma.

Le había prometido a Adrián que no pensaría en ello, o que pensaría lo menos posible, pero a veces le resultaba imposible cumplirlo. El miedo a perderlo se anclaba en su cabeza y no había forma humana de sacarlo.

Y luego estaba el maldito encuentro con Marcos en la discoteca Kapital. Un encuentro que no había ayudado nada a su problema y que había removido todo tipo de sensaciones en su interior. Su mente era capaz de evocar cada detalle de la desagradable noche que había pasado con él con una precisión espantosa. Como si hubiera sucedido ayer. Verlo había hecho que todo se agitara: todos sus complejos, todas sus inseguridades, todos sus miedos...

Se puso de pie y salió de la habitación, como si con ello quisiera escapar de sus propios pensamientos; huir. Como un ser autómatas, se dirigió a la cocina. Abrió uno de los armarios y extrajo de él una tableta

entera de chocolate.

En silencio, Rebeca la vio atravesar el pasillo desde el salón, cabizbaja y arrastrando los pies. Algo pasaba. Cuando Eva se encerraba en su habitación con comida es que algo pasaba.

—Espero que sea porque ha roto con su novio —se dijo Rebeca en voz baja—. Nada me gustaría más que Adrián Montenegro estuviera libre... para mí. —Esbozó media sonrisa—. Aunque tampoco me importa demasiado que esté con ella —agregó maliciosamente.

Amplió la sonrisa en los labios, giró el rostro con desdén y continuó viendo el programa de cotilleos que había en la televisión.

Eva se internó en su habitación. No tenía clase y no había quedado para verse con Adrián porque tenía que trabajar, así que podía estar lo que quedaba de tarde metida allí, comiendo chocolate sin parar.

Se sentó encima de la cama y se dispuso a escuchar toda la discografía de canciones románticas que tenía guardada en el Ipod. Desde la banda sonora de El diario de Noah hasta el último single de Harry Styles.

Cuando las primeras notas musicales de *Memories* comenzaron a sonar en sus oídos, partió un trozo de chocolate y se lo metió en la boca. Durante unos segundos dejó que el ligero amargor le embriagara el paladar. Le seguía gustando más el sabor de Adrián. El sabor de sus besos.

Respiró hondo y exhaló el aire, cansada.

Adrián Montenegro se había convertido en su sabor preferido. Por encima del chocolate, por encima de las moras.

CAPÍTULO 43

A última hora de la tarde, a eso de las ocho, Eva sentía la cabeza embotada. Después de dar buena cuenta de la tableta de chocolate, se había puesto a repasar unos apuntes con la intención de distraerse, sino, de tanto dar vueltas a las cosas, acabaría volviéndola loca.

—Menos mal que comerse la cabeza no engorda —bromeó para sí.

Dejó la pila de apuntes a un lado y se levantó de la cama.

—Será mejor que salga a la calle a tomar un poco de aire.

Cogió el abrigo de paño del perchero y se lo puso mientras abría la puerta de la habitación y salía.

—Voy a bajar al supermercado a por zumo —le dijo a Rebeca desde el pasillo—. ¿Necesitas algo? —le preguntó, asomándose al salón.

—No, gracias —respondió ella.

—Vuelvo en diez minutos —le informó Eva.

—Vale. Hasta luego.

—Hasta luego.

Eva dio media vuelta y enfiló los pasos hacia la puerta.

Cuando salió a la calle agradeció que el aire frío le refrescara el rostro. Había pasado demasiadas horas enclaustrada en la habitación.

Cruzó la calle y caminó acera arriba hasta el Mercadona. Entró en el supermercado y se dirigió directamente a la sección de zumos. Cogió un litro con sabor tropical y algunos paquetes de galletas.

Iba ensimismada, pensando en sus cosas, cuando al levantar la mirada, vio el Audi TT de Adrián

aparcado frente al portal. El corazón le dio un brinco.

¿Ha venido a verme?, se pregunto. Si me ha dicho que hoy tenía mucho trabajo.

Miró la matrícula para comprobar que se trataba de su coche.

—Sí, es su coche —se dijo.

A medida que se acercaba, observó si Adrián estaba dentro del vehículo, pero vio que estaba vacío. Se giró y cruzó rápidamente la calle.

Entró en el portal entre nerviosa y excitada. Tenía muchas ganas de verlo. Solo habían pasado unas horas, pero parecían semanas.

Alargó el brazo e impaciente apretó el botón varias veces para llamar al ascensor. El elevador por fin abrió sus puertas y Eva se introdujo en él. Mientras subía, metió la mano en el bolso y buscó las llaves.

El ascensor se detuvo en su planta. Eva salió a zancadas al rellano y abrió la puerta de casa. Dejó la bolsa con la compra en el suelo y avanzó por el pasillo. Guiada por los susurros que provenían del salón, se dirigió allí.

—Hola, hol...

Su voz se apagó de golpe. Se quedó petrificada con la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos. Adrián y Rebeca se estaban besando.

Frunció el ceño con gravedad.

—Adrián... —balbuceó.

Adrián giró el rostro.

—Eva.

Eva se dio media vuelta y salió corriendo por el pasillo. Adrián se levantó del sofá, donde estaba sentado, y echó a correr detrás de ella. La alcanzó en la puerta, justo cuando iba a salir. La mano de Adrián la cogió por el antebrazo y la giró.

—Eva, espera —dijo.

Eva se volvió. Tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Qué coño vas a decirme?! ¿Qué no es lo que parece?! —le gritó.

—Es que no es lo que parece —se defendió Adrián.

—¿Entonces no te estabas besando con Rebeca?

—¡No! —negó Adrián.

Eva sacudió la cabeza.

—Es increíble hasta donde llega tu cinismo —dijo.

Dio un tirón y se soltó de la mano de Adrián.

—Eva, por favor, tienes que escucharme.

Pero Eva no estaba por la labor de oír ni una sola palabra de Adrián. A punto de llorar, se giró y salió.

—¡Joder! —masculló Adrián.

Fue tras ella. Verla en ese estado, al borde del llanto, desilusionada con él, le dolía en lo más profundo del alma.

Eva bajó por las escaleras, ya que el ascensor estaba ocupado y no quería darle a Adrián la oportunidad de que volviera a hablar. Sin embargo, él la alcanzó de nuevo un par de pisos más abajo.

—Déjame en paz —dijo Eva, cuando notó otra vez la mano grande de Adrián en su antebrazo.

—No voy a dejarte en paz hasta que no me escuches —atajó él.

—¡Vete a tomar por culo! —le espetó Eva con la voz llena de rabia. Estaba a punto de llorar—. O mejor, vete con Rebeca.

Le dio un empujón, pero no pudo hacer que Adrián se moviera un solo centímetro.

—No, no, no... —negó reiteradamente él, al tiempo que conseguía arrinconarla. Tenía que escucharlo, a como diera lugar, tenía que escucharlo—. Nena, no. No —enfaticó—. No quiero irme con nadie que no seas tú.

Eva levantó el rostro. Sus ojos se clavaron en los de Adrián. Aquella mirada verde llena de rabia, de decepción, de tristeza y de lágrimas fue como una cuchillada en el corazón de Adrián.

—Entonces vete a la puta mierda —ladró Eva.

—No es lo que piensas —insistió Adrián, tratando de convencerla—. De verdad, no es lo que piensas.

Iba a empezar a explicarse, pero Eva no le dejó. Para ella todo estaba claro. Muy claro.

—Déjame —dijo, revolviéndose en el sitio.

Adrián le cogió la cara entre las manos e inclinó la cabeza para besarla. Pero apenas logró rozar sus labios, porque Eva apartó de inmediato el rostro.

—¡Qué me dejes! —masculló entre dientes.

Como pudo, se zafó de Adrián y escapó por uno de los lados. Echó a andar a grandes zancadas hasta alcanzar la escalera. Estaba tan enfadada que bajaba los peldaños de dos en dos.

—Nena... —la llamó Adrián.

Eva se detuvo en mitad del rellano del siguiente piso. El silencio llenaba el lugar. De repente se giró hacia Adrián.

—Sabía que esto pasaría —dijo.

Adrián enarcó las cejas negras.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

Eva apretó los labios y negó con la cabeza.

—A que acabarías cansándote...

—¿De qué hablas? Cansándome, ¿de qué?

—De que no pueda..., de que no podamos... —Eva no sabía cómo decirlo—. De que no podamos follar —terminó diciendo, sin importarle nada, ni siquiera que alguno de los vecinos pudiera estar escuchándolos detrás de la puerta.

Adrián bufó, incrédulo.

—¡¿Qué?! —exclamó—. No me puedo creer que estés diciendo algo semejante.

—¿Ah, no? —se burló Eva—. Fuiste tú el que me dijiste que esperarías, que teníamos todo el tiempo del mundo, que tendrías paciencia...

—Y la estoy teniendo —le cortó Adrián.

Eva siguió hablando, obviando su comentario.

—Y en cuanto me descuido te besuqueas con mi compañera de piso. ¡Con mi compañera de piso! ¿Es que no tenías a otra? Maldita sea, ¿es que no tenías a otra?

Adrián dio un paso hacia adelante, acortando la distancia entre ellos.

—No te acerques —le ordenó Eva, levantando las palmas de las manos.

Adrián se paró en seco. Miró a Eva.

Suspiró ruidosamente mientras se pasaba la mano por el abundante pelo azabache.

Esto no puede estar pasando, se dijo para sus adentros, impotente.

CAPÍTULO 44

—Eva, tienes que dejar que te explique... —comenzó a decir.

Eva movió la cabeza de un lado a otro, negando.

—No, Adrián. Está todo claro —apostilló.

—¿Que está todo claro? —Adrián estaba descolocado. ¿Qué quería decir?—. ¿Qué está claro? —preguntó.

—¡To... Todo! —gritó Eva—. ¡Maldita...! ¡Maldita sea, todo! —Los nervios y la tensión del momento apenas le permitían articular palabra. Guardó silencio durante unos segundos, intentando tranquilizarse—. Es lógico que busques lo que yo no puedo darte —prosiguió. Sonrió con amargura.

—Por Dios, Eva, deja de decir bobadas.

—Rebeca tiene todo lo que yo no tengo... —añadió ella, absorta en su particular monólogo—. Yo no estoy a la altura de una chica tan sofisticada.

—Eva, basta —le cortó Adrián con severidad—. Basta.

Eva respiró hondo.

—No te culpo, Adrián —dijo con voz templada—. De verdad que no te culpo.

Eva parecía vencida; se sentía vencida, como si acabara de librar un fuerte combate y lo hubiera perdido.

—Yo te quiero a ti, nena... —murmuró Adrián en tono extremadamente suave.

—No me llames «nena» —siseó Eva, con la mandíbula tensa—. No... No vuelvas a llamarme «nena». No soy tu nena. No soy tu nada —concluyó. Dejó escapar el aire de los pulmones—. Ya no soy tu nada.

—Eva, esto no puede terminar así —dijo Adrián, exasperado.

—Sí, sí que puede terminar así.

Sin mediar más palabra, Eva se dio la vuelta, terminó de bajar el tramo de escaleras que le queda y salió por la puerta del bloque como alma que lleva el diablo. Adrián vio por una de las ventanas que daban al exterior, bajo el resplandor anaranjado de las farolas, como se subía en su Mini rojo y se alejaba calle abajo.

Chasqueó la lengua mientras maldecía.

Miró hacia arriba de las escaleras y apretó las mandíbulas. ¿Qué cojones se había creído Rebeca? Enfurecido, comenzó a ascender los peldaños a pares hasta llegar al piso de Eva. La puerta estaba abierta, así que entró sin llamar ni pedir permiso.

—¿De qué coño vas? —le preguntó a Rebeca cuando entró en el salón.

Rebeca se levantó del sofá como un resorte.

—Adrián, yo... —titubeó, fingiendo ingenuidad.

—¿Sabes el lío en el que me has metido? ¿Lo sabes? —la increpó Adrián. La expresión de su rostro reflejaba frustración y rabia.

—Lo siento, Adrián, pero es que no he podido resistirme —se disculpó Rebeca, aunque no lo sentía en absoluto.

—Joder, lo que menos necesitaba era esto. Ahora todo se ha ido al garete —se lamentó Adrián, que estaba realmente afectado. Se mesó el pelo.

Rebeca se lanzó a su cuello y lo rodeó con los brazos.

—Me gustas. Me gustas mucho, Adrián —le confesó, intentando darle un beso.

Adrián sorteó su boca, la cogió por los brazos y la apartó de él.

—¿No entiendes que Eva es mi novia? —le preguntó con un matiz de desdén en la voz.

—Las novias pueden cambiarse —comentó Rebeca—. Sobre todo, por una mejor.

—¿Por una mejor? —repitió Adrián, ceñudo.

—No puedes negarme que tengo mejor cuerpo que Eva —afirmó Rebeca, haciendo gala de una insolencia aplastante—. Mírame. ¿Acaso estás ciego?

—Pero, ¿qué cojones estás diciendo? —saltó Adrián. El comentario de Rebeca le había dolido—. Eva tiene mil veces mejor cuerpo que tú —le espetó sin titubear. Repasó a Rebeca de arriba abajo—. Estás tan delgada que hay mirarte dos veces para verte.

—Eva no está a tu altura —afirmó Rebeca con suficiencia.

—¿Y tú sí? —le preguntó Adrián, con una nota de descortesía en la voz.

Rebeca bufó, visiblemente indignada. Se estiró y alzó ligeramente la barbilla en un gesto altivo. Quería mantener la dignidad, pero a esas alturas le resultaba difícil. Adrián la estaba rechazando, y lo estaba haciendo a lo bestia.

De pronto Adrián pareció caer en algo.

—¿Querías que esto pasara, ¿verdad? —dijo, fulminándola con los ojos negros—. ¿Querías que Eva nos viera besándonos?

Inconscientemente, los labios de Rebeca se desplegaron en una sonrisa sarcástica.

—Querido, en el amor y en la guerra todo vale —dijo.

Adrián dio un paso hacia adelante, levantó el dedo índice y le apuntó con él.

—No te vuelvas a acercar a mí —le advirtió con rabia contenida—. ¿Me has oído bien? Ni se te ocurra volverte a acercarme.

—No entiendo por qué te pones así —comentó Rebeca con todo el aplomo del mundo—. Te mereces algo mejor.

—Ya tengo lo mejor —atajó Adrián.

La sonrisa se esfumó del rostro de Rebeca.

Puto gilipollas, insultó a Adrián para sus adentros.

Adrián se giró bruscamente, salió del salón y se marchó echando chispas por los ojos. Tenía que salir de allí cuanto antes o acabaría haciendo una locura.

En el interior del coche, abrigado por la oscuridad de la noche, se detuvo un momento a pensar. ¿Qué

había pasado? ¿Qué coño había pasado?, se preguntó. Todo había ocurrido en un abrir y cerrar de ojos y apenas había sido consciente de ello.

Le apetecía mucho ver a Eva y después de una dura tarde de trabajo se había dirigido a su casa para darle una sorpresa. Había aparcado frente al portal y había llamado al portero automático. Había respondido Rebeca, su compañera de piso.

—Eva no está —le dijo—. Acaba de bajar al supermercado, pero solo tardará cinco minutos. ¿Por qué no subes y la esperas? —sugirió.

—Vale —respondió Adrián.

No le había parecido una mala idea. Solo iban a ser cinco minutos.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Rebeca, cuando Adrián se sentó en el sofá del salón a esperar a Eva.

—No, gracias —declinó la invitación él—. No te molestes.

Pese a su negativa, Rebeca insistió.

—No es ninguna molestia —dijo, sonriente.

Se fue a la cocina y le llevó una cerveza sin alcohol, que ella misma se encargó de abrirle.

—Gracias —dijo Adrián, respondiendo a su amabilidad.

Dio un trago de la cerveza para no hacerle un feo.

Habían hablado de cosas triviales durante los diez minutos exactos que habían estado solos. Adrián había pensado en todo momento que Rebeca trataba de ser amable. Pero lo que no se le había pasado por la cabeza es que estaba coqueteando con él.

—¡Joder! —masculló enfadado consigo mismo—. ¿Cómo he sido tan idiota?

Dio un puñetazo al volante.

CAPÍTULO 45

Eva daba vueltas con el coche por las calles de Madrid sin rumbo determinado, mientras la música sonaba a todo volumen en su interior. Quería que el ruido acallara las voces que le decían que Adrián era un cabrón, y ella una idiota.

Al son de la canción *Please, forgive me* de Bryan Adams, comenzó a derramar las lágrimas que había estado conteniendo hasta entonces.

—¿Cómo he podido crearme que iba a esperar? ¿Qué iba a tener paciencia? ¿Cómo? —se reprochó. Las lágrimas se deslizaban por su rostro precipitadamente sin que pudiera controlarlas—. ¡Hay que ser estúpida! ¡Hay que ser una verdadera estúpida para creérselo!

Se enjugó los ojos con el dorso de la mano y sorbió por la nariz, intentando dominar el llanto.

—Un chico como él... Tan guapo, tan sofisticado, tan rico, tan... ¡Eres una tonta, Eva! ¡Una tonta de grado diez! —se increpó con rabia a sí misma—. ¿En qué cabeza cabe?

Necesitaba hablar con alguien de todo lo que había pasado. Necesitaba desahogarse. Solo confiaba en Sofía; ella era la única que sabía su problema, pero no podía ir a su casa. Jorge estaría allí. A Eva no se le podía olvidar que Jorge era el hermano de Adrián.

Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza. Cuando la irguió de nuevo, vio los faros de un vehículo que se dirigían hacia ella. Trató de esquivarlo dando un pequeño volantazo, pero el coche le dio un golpe en su lado, haciendo que se desplazara bruscamente en el carril.

Eva notó que su cuerpo se movía en el asiento como un péndulo. Un grito se escapó de su garganta.

De pronto todo era confusión.

Reaccionó cuando un hombre de mediana edad, moreno, con unas prominentes entradas en el pelo, abrió la puerta del coche.

—¿Estás bien? —le preguntó con expresión de preocupación en el rostro.

Eva le dedicó una mirada llena de desconcierto.

—Sí, estoy bien —contestó mecánicamente.

—Menos mal. ¡Vaya susto que me he llevado! —exclamó el hombre con visible alivio. Se pasó las manos por la cabeza, resoplando.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Eva.

—Que te has saltado un semáforo en rojo y hemos chocado. No te he podido esquivar —respondió el hombre en tono templado.

Pese a que Eva había tenido la culpa de la colisión, el hombre no parecía enfadado, más bien aliviado por comprobar que Eva estaba bien.

Eva puso los ojos en blanco y suspiró.

—Lo siento —se disculpó apenada—. Lo siento mucho.

Fue a salir del coche para empezar a hacer el papeleo, cuando sintió una punzada de dolor en el brazo izquierdo.

—¡Ay! —se quejó, llevándose la mano al codo.

—¿Te pasa algo en el brazo? —dijo el hombre.

—No lo sé, pero me duele —respondió Eva con el gesto contraído.

—Será mejor que llamemos al 112.

El hombre sacó el móvil de la cazadora y marcó. Eva salió del coche como buenamente pudo. El brazo le dolía horrores. Miró su Mini rojo. Tenía un golpe en el lado izquierdo. La chapa se había abollado.

¡Lo que me faltaba!, se dijo.

Se pasó la mano por la frente.

—La ambulancia ya está en camino —anunció el hombre, girándose hacia ella.

Eva volvió a disculparse. El coche del hombre, un Renault Megane blanco, también tenía un fuerte golpe en la parte delantera y uno de los faros roto.

—Siento mucho lo que ha pasado. Me he despistado y... —De pronto tenía muchas ganas de llorar.

—No te preocupes. Lo importante es que estamos bien, que no hay daños personales —trató de consolarla el hombre.

—Ya, pero...

—De los coches se encargan los seguros —le dijo el hombre—. Por cierto, me llamo Fernando.

Alargó el brazo hacia Eva.

—Yo Eva —se presentó, estrechándole la mano.

La sirena de la ambulancia llenó el aire, interrumpiendo su conversación. Detrás de ella iba un coche de la policía.

—Yo me ocupo de la policía —se adelantó a decir Fernando.

—Gracias —le agradeció Eva.

Fernando avanzó unos metros y dio unas indicaciones al personal de la ambulancia, que se acercó a Eva.

—¿Cómo estás? —le preguntó la médica.

—Bien, pero me duele el brazo —respondió Eva.

—Vamos a verlo...

Eva estiró el brazo y la médica lo auscultó.

—¿Te duele aquí? —dijo, presionando con los dedos en el codo.

—Sí —afirmó Eva.

—No parece que esté roto, pero es probable que haya alguna fisura en el cúbito y que el codo esté dislocado —diagnosticó la médica—. Lo mejor será ir al hospital y hacer una radiografía para asegurarnos. ¿Solo te molesta el brazo?

—Sí.

—De todas formas, te haremos un estudio completo para descartar cualquier problema.

—Gracias —dijo Eva.

En la ambulancia, Eva llamó a Sofía.

—Hola, Eva —respondió Sofía.

—Hola, Sofía. ¿Qué estás haciendo? —le preguntó Eva.

—Acabamos de cenar.

—¿Puedes venir a las urgencias de La Paz?

—¿Qué te ha pasado? —La voz de Sofía se oyó alarmada.

—Me he dado un golpe con el coche.

—¿Has tenido un accidente?!

—No ha sido un accidente, ha sido solo un golpe. Pero tranquila, no me ha pasado nada. La médica del 112 me ha dicho que lo más seguro es que tenga el codo dislocado y una fisura en el cúbito.

—Dios santo, Eva... ¿Estás bien? —quiso asegurarse Sofía.

—Sí, sí, solo ha sido el susto.

—No te preocupes, ¿vale? Ahora mismo vamos para allá.

—Vale —dijo Eva.

—Ahora te veo. Un beso —se despidió Sofía.

—Un beso.

Eva colgó la llamada y se recostó en el asiento de la ambulancia.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás mareada? —le preguntó la médica, que estaba atenta a cada uno de sus movimientos.

—Sí, estoy bien. Gracias —respondió Eva.

La médica asintió con la cabeza. Eva cerró los ojos y suspiró.

CAPÍTULO 46

Sofía se abalanzó sobre Eva cuando la vio sentada en la sala de espera de urgencias. Tenía el brazo sujeto con una férula.

—¡Ay! —se quejó Eva.

—Perdona —se disculpó enseguida Sofía—. No me he dado cuenta...

—No importa —sonrió Eva.

—¿Qué te han dicho? —se interesó Jorge, al tiempo que se inclinaba y la saludaba con un par de besos.

—Me han hecho una radiografía. Estoy esperando los resultados —informó Eva—. Aunque todo apunta a que tengo el codo dislocado.

Sofía se sentó a su lado. Jorge prefirió quedarse de pie.

—¿Pero cómo ha sido? —le preguntó Sofía.

—Iba despistada, pensando en mis cosas, y me he saltado un semáforo en rojo. Un coche venía por la izquierda y me ha dado un golpe —explicó Eva.

—Joder —masculló Sofía, acariciando cariñosamente la espalda de Eva de arriba abajo.

—¿Y en el otro coche ha habido heridos? —intervino Jorge.

Eva negó con la cabeza.

—No. En el otro coche solo iba una persona. Un hombre súper amable que se ha encargado de todo y que me ha tratado genial, pese a que yo he tenido la culpa.

—Ha sido un accidente —intervino Sofía.

—¿Lo sabe Adrián? —preguntó Jorge.

Eva tragó saliva. Sabía que llegaría este momento.

—No —negó.

—¿Quieres que lo llame yo? —se ofreció Jorge.

—No —volvió a negar Eva. Jorge frunció el ceño. Al ver el rostro de Jorge, Eva dijo—: Es que hemos discutido.

—Pero esto tiene que saberlo —arguyó Jorge.

A Eva se le empañaron los ojos.

—Es mejor que no, Jorge —apuntó.

Se mordió el labio superior para no llorar.

—Como quieras —dijo él.

Jorge intuyó que pasaba algo, pero supuso que se trataría de la típica pelea de enamorados. Adrián tenía que saber lo que había pasado, pero no le correspondía a él decírselo, sino a Eva, aunque no parecía estar por la labor.

Quizás se lo contara a Sofía...

Jorge entendió que tal vez quisieran estar a solas.

—¿Os apetece un café? —preguntó—. Voy a bajar a la cafetería.

—Sí, por favor —respondió Eva.

—Sí —dijo Sofía.

—Vengo ahora —apuntó Jorge.

Se giró y salió de la sala de espera.

Cuando la figura estilizada de Jorge desapareció tras la puerta, Sofía miró a Eva. La conocía y sabía que algo no iba bien.

—Eva, ¿está todo bien con Adrián? —le preguntó en tono cauteloso.

Las lágrimas que había estado conteniendo Eva durante todo el rato, comenzaron a rodar apresuradamente por sus mejillas cuando rompió a llorar.

Sofía no pudo evitar sorprenderse.

—Eva, ¿qué pasa? —dijo en tono cálido.

—Adrián y yo lo hemos dejado —respondió Eva con la voz entrecortada.

Los grandes ojos verdes de Sofía se abrieron como platos.

—¿Que lo habéis dejado? —repitió, sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Eva afirmó con la cabeza mientras apretaba los labios—. Pero, ¿por qué? ¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—Le he pillado besándose con Rebeca —dijo Eva sin paños calientes.

Sofía tuvo la sensación de que se le desencajaba la mandíbula de tanto como abrió la boca.

—¿Co-cómo dices?! —tartamudeó en voz baja.

No quería que la gente que estaba en la sala de espera la oyera, pero hubiera gritado la pregunta.

—Eva, eso no puede ser. Adrián...

—¡Pues es! ¡Es, Sofía! —cortó Eva—. Estaba aturdida, así que he bajado al supermercado a por zumo y unas galletas y de paso a que me diera un poco el aire, y cuando he subido a casa, allí estaban, en el salón, besándose.

La voz de Eva se quebró.

—¿Y qué explicación te ha dado Adrián? —preguntó Sofía, ofreciéndole a Eva un pañuelo de papel que había sacado del bolso.

—No le he dejado que me explique nada —contestó Eva, enjugándose las lágrimas con el pañuelo.

—Pero, Eva, tenías que haber dejado que se explicara... —opinó Sofía.

Eva negó con la cabeza enérgicamente.

—Para mí está todo claro —sollozó—. Solo decía que no era lo que parecía. ¡¿Qué no era lo que parecía?! —exclamó con rabia—. ¿Te estás besando con una tía y no es lo que parece? Entonces, ¿qué es? ¿Acaso le estaba haciendo un estudio para saber cómo tenía la lengua? —se mofó sarcásticamente.

—Conozco a Adrián, tiene que haber una explicación... —Sofía buscó la palabra—... coherente, para todo esto.

—Sí, la explicación es que es un cabrón —espetó Eva—. Yo también pensé que lo conocía, incluso hubiera puesto la mano en el fuego por él. Pero ya ves...

—Joder, Eva...

Sofía no sabía qué decir. Se había quedado sin palabras. Eva miró a Sofía con los ojos anegados de lágrimas.

—Sabía que no iba a tener la suficiente paciencia para esperar a que yo... Bueno, ya sabes... —murmuró sin concluir la frase—. El sexo es muy importante en una pareja y yo no puedo ofrecérselo.

—Pero eso es ahora. Con el tiempo... —comenzó Sofía.

—No, Sofía, no —le cortó Eva—. El tiempo para Adrián y para mí ha terminado.

—Eva, deja que Adrián te explique lo que ha pasado, deja que te dé su versión. Quizás...

—No —volvió a negar Eva.

Sofía dejó caer los hombros. De momento, era mejor no insistir. Si algo caracterizaba a Eva era su cabezonería. Era terca hasta la saciedad.

—¿Has hablado con Rebeca? —preguntó, llevando el tema por otros derroteros.

—No. Cuando los he visto, he salido corriendo de casa, he cogido el coche y me puse a dar vueltas por las calles de Madrid. He estado más de una hora yendo de un lado a otro, sin rumbo. Estaba tan ensimismada pensando en lo que había pasado que ni me he dado cuenta de que me he saltado un semáforo en rojo.

—No pienses ya en eso. Lo importante es que estás bien y que solo se ha quedado en un susto y en un codo dislocado. —Sofía hizo una pausa—. De todas formas, ten cuidado con Rebeca. Ya sabes cuál es la opinión que tengo de ella; es una chica que no me gusta mucho. Bueno, mejor dicho, no me gusta nada.

—Sea como sea, no se le puede echar toda la culpa a ella. Para besarse se necesitan dos personas, igual que para discutir.

—Tal vez. Pero pueden haber pasado mil cosas para llegar a ese beso.

Eva bufó.

—¿No pensarás que Rebeca obligó a Adrián a que la besara? —se mofó con sorna.

—No, lo que estoy diciendo...

—Eva Hernández.

Eva levantó el rostro en dirección a la voz femenina que la había nombrado.

—Soy yo —dijo.

—Ya tenemos los resultados de la radiografía —comenzó a decir una mujer de mediana edad con el pelo canoso—. Afortunadamente no hay rotura.

—Bien —intervino Sofía.

Eva sonrió.

—El codo presenta una leve dislocación debido al golpe. Te lo vamos a vendar para que esté sujeto y tendrás que llevar la férula durante veinte días aproximadamente.

Eva asintió, conforme.

—Pasa a la consulta para que procedamos a vendarte el codo —indicó la médica.

—Vale —respondió Eva.

Se levantó de la silla y siguió a la mujer hasta la consulta.

CAPÍTULO 47

En cuanto Eva se internó en el box, Jorge apareció por la puerta de la sala de espera cargado con tres vasos de café.

—¿Y Eva? —preguntó a Sofía, al tiempo que alargaba la mano y le ofrecía uno de ellos.

—Gracias —dijo Sofía, cogiendo el vaso—. Acaba de entrar en la consulta para vendarle el brazo. No hay rotura; solo tiene una leve dislocación en el codo —le explicó.

Dio un sorbo de café. Jorge se sentó a su lado.

—Ha tenido suerte de que solo tenga el codo dislocado. Podía haber sido más grave —comentó.

—Sí, la verdad es que podía haber sido peor.

Sofía guardó silencio durante unos instantes, sopesando si contarle a Jorge lo que le había confesado Eva.

—Eva me ha contado algo... —se arrancó finalmente.

—¿Qué pasa? —le incitó Jorge.

Sofía tomó aire.

—Ha pillado a Adrián besándose con Rebeca, su compañera de piso.

Jorge enarcó una ceja en un gesto de sorpresa.

—¿Que Adrián qué? —masculló.

—Yo no sé qué pensar, Jorge —dijo Sofía—. Eva no ha dejado que Adrián le explicara nada y ha roto con él.

—Me cuesta creer que mi hermano le haya sido desleal.

—Y a mí. Es lo primero que le he dicho. Pero les ha visto besarse y bueno...

Jorge se quedó pensativo unos segundos.

—Ahora entiendo por qué Eva no quería que llamara a Adrián para decirle lo del accidente —dijo.

—No están en un buen momento —apuntó Sofía.

La puerta de la consulta se abrió en ese instante. Eva emergió del box con el brazo vendado y con una nueva férula para el codo a modo de cabestrillo.

Sofía y Jorge le sonrieron.

—¿Estás bien? —le preguntaron.

—Sí. Ya nos podemos ir.

—Eva...

Alguien la llamó desde el otro lado de la sala de espera. Eva alzó la mirada. Fernando, el dueño del coche con el que había colisionado, estaba en el umbral de la puerta.

—¿Cómo estás? —se interesó, acercándose a ella.

—Bien. Solo tengo el codo dislocado —respondió Eva.

—Me alegro de que estés bien —dijo Fernando, sonriente—. El papeleo de los coches ya está en manos de las compañías aseguradoras —le informó después.

—Mil gracias —le agradeció Eva.

—No tienes que dármelas. —Fernando sacó un par de tarjetas del bolsillo de su cazadora—. Este es el taller donde han llevado los vehículos y este es mi teléfono, por si surge algún problema. No dudes en llamarme —le indicó.

—Gracias —volvió a decir Eva.

—Ahora que sé que estás bien, me voy. Que ya va siendo hora —dijo Fernando en tono distendido.

Se giró sobre sus talones.

—Gracias por todo y lo siento mucho —dijo otra vez Eva.

Fernando hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Qué amable —observó Sofía.

—Sí —afirmó Eva—. Él se ha encargado de todo.

—Preciosidades, ¿nos vamos? —preguntó Jorge.

—Sí, vámonos —contestó Eva.

—¿Quieres quedarte en casa para que Jorge y yo te cuidemos? —dijo Sofía, guiñando un ojo a Eva.

—Muchas gracias, pero no es necesario —respondió ella—. Afortunadamente es el brazo izquierdo y soy diestra. Así que podré manejarme.

—Mira que somos muy buenos enfermeros —insistió Sofía.

—Gracias, de verdad. Pero prefiero irme a casa —dijo Eva.

—Como quieras.

—Mañana te llamo para ver cómo estás —dijo Sofía al dejar a Eva en la puerta del bloque.

—Vale.

—No te preocupes por nada —añadió en tono cómplice—. Ya verás como todo se soluciona.

Eva asintió con un gesto poco convincente.

—Gracias por acompañarme en el hospital —dijo.

—No seas tonta —intervino Jorge—. ¿Cómo te íbamos a dejar sola?

—Si tienes algún problema, me llamas, ¿ok? —dijo Sofía.

—Vale —respondió Eva.

—Pero me llamas —repitió.

—Vale.

Eva abrió la puerta del coche y salió.

—A la hora que sea —dijo Sofía, bajando la ventanilla y sacando la cabeza por ella.

—Vale —volvió a decir Eva, poniendo los ojos en blanco—. Eres peor que mi madre —bromeó.

—Es que te conozco... —apuntó Sofía. Sabía que a Eva le costaba horrores pedir ayuda—. Anda, ven aquí para que te dé un beso.

—¿Ves? —dijo Eva, dirigiéndose a Jorge—. Igual que mi madre.

Sofía rio.

Eva se acercó a la ventanilla, Sofía le rodeó el cuello con el brazo y le dio un fuerte beso en la mejilla.

—Hasta mañana —se despidió.

Eva se incorporó.

—Hasta mañana, chicos —dijo.

—Hasta mañana, guapa —dijo Jorge.

Cuando Eva se metió en el portal, Jorge arrancó de nuevo el coche y Sofía y él se fueron a casa.

CAPÍTULO 48

Eva hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta. El piso estaba a oscuras y completamente en silencio.

Seguro que Rebeca está ya en la cama, conjeturó. Mejor, porque no tengo ningunas ganas de verla. No es más que una zorra.

Trató de detener sus pensamientos, pero no pudo.

Encendió la luz del pasillo. La mirada se le fue a la bolsa del supermercado. Estaba en el mismo sitio donde la había dejado antes de entrar en el salón y ver a Adrián y a Rebeca besándose.

La imagen atravesó su cabeza como un relámpago. Negó para sí. Se inclinó y cogió la bolsa. Una punzada de dolor le recorrió el brazo. Apretó los dientes y siseó.

Fue a la cocina y como pudo, metió el zumo en la nevera y las galletas en uno de los armarios. No había cenado, pero no tenía hambre.

—Lo mejor es que me vaya a dormir. Ha sido un día demasiado largo —se dijo a sí misma, apagando la luz de la cocina.

Adrián dio media vuelta en la cama y se puso boca arriba. Abrió los ojos y se quedó un largo rato mirando al techo. No había pegado ojo en toda la noche y por lo que presumía, tampoco iba a pegar ojo en las horas que restaban para el amanecer.

Alargó la mano y cogió el móvil de la mesilla. Lo miró por decimosexta vez. No sabía cuántos

WhatsApp había enviado a Eva, pero habían sido muchos. No había recibido contestación a ninguno. Ni tampoco a las llamadas.

—¡Joder! —masculló, dejando el móvil de nuevo sobre la mesilla—. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a lograr que Eva me escuche? ¿Cómo cojones voy a lograr que crea que ese beso ha sido una encerrona? Una puta encerrona.

A la mañana siguiente, a primera hora, antes de dar comienzo a la jornada laboral, Adrián se dirigió al despacho de Raúl. Antes había ido a ver a Jorge, pero aún no había llegado.

—Esther, ¿mi hermano está dentro? —le preguntó a su secretaria.

—Sí —respondió ella.

—Gracias.

Esther asintió con una sonrisa.

Adrián tocó a la puerta con los nudillos.

—Adelante —se escuchó decir a Raúl al otro lado.

—¿Estás ocupado? —preguntó Adrián, asomando la cabeza.

—Pasa —dijo Raúl, haciendo un gesto con los dedos para que entrara.

Adrián cerró la puerta a su espalda y avanzó por el despacho. A medida que se acercaba, Raúl advirtió las ojeras violáceas que coloreaban la piel de debajo de sus ojos.

—Pareces un oso panda —bromeó—. Menuda cara tienes.

Adrián se dejó caer en la silla.

—No he pegado ojo en toda la noche —aseveró apático.

—¿Por qué? ¿Has estado de farra?

La cabeza de Adrián se movió de izquierda a derecha, negando.

—Estoy metido en un lío, en un lío gordo —dijo.

El rostro de Raúl se tornó serio. Se echó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa.

—¿Qué pasa, Adrián? —le preguntó sin rastro de broma en la voz.

—Ayer Eva me pilló besando a su compañera de piso.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Lo que oyes.

—¿Cómo se te ocurre enrollarte con otra tía?

La voz de Raúl sonaba como un reproche.

—No me enrollé con ella —se apresuró a desmentir Adrián.

—¿Entonces?

—Fue una encerrona. ¡Una puta encerrona! —exclamó Adrián.

Raúl frunció el ceño.

—¿Una encerrona? ¿Cómo que fue una encerrona?

—Después de trabajar, quise dar una sorpresa a Eva y me acerqué a su casa para verla, porque no había estado con ella en todo el día —comenzó a explicar Adrián—. Cuando llegué, había bajado al supermercado. Rebeca, su compañera de piso, me dijo que subiera a esperarla, que solo iban a ser cinco minutos...

En esos momentos, la puerta del despacho de Raúl se abrió y tras ella apareció Jorge.

—Buenos días —lo saludó Raúl.

—Buenos días —dijo Jorge—. Contigo quería yo hablar —añadió sin preámbulos, dirigiéndose a Adrián—. Tu secretaria me ha dicho que estabas aquí.

Adrián lo miró con extrañeza.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

Lo que menos se imaginaba Adrián es que Jorge estaba al tanto de lo que había ocurrido con Eva.

—¿Qué explicación tienes para haberte besado con la compañera de piso de Eva? —le preguntó Jorge.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Te lo ha contado Sofía? ¿Eva ha hablado con ella?

—Veo que todavía no sabes lo que le ha pasado a Eva —dijo Jorge.

En Adrián saltaron todas las alarmas. La boca se le secó.

—¿Qué le ha pasado a Eva? —interrogó.

—Anoche se dio un golpe con el coche.

Adrián se levantó de la silla como un resorte.

CAPÍTULO 49

—¿Le ha pasado algo?! ¿Está herida?! ¿Dónde fue?! ¿Está bien?! ¿Está ingresada en el hospital?!

La retahíla de preguntas salía de la boca de Adrián sin freno, como si las palabras le quemaran los labios. Estaba exaltado y nervioso.

—Te vas a ahogar —intervino Raúl—. Deja que Jorge te responda.

—Tranquilízate, Adrián —trató de calmarlo Jorge—. Eva está bien. Solo tiene el codo izquierdo dislocado.

Jorge se sentó en una de las sillas mientras Adrián, inquieto, comenzó a caminar de un lado a otro del despacho.

—¿Cómo fue? —quiso saber.

—Se saltó un semáforo en rojo y un coche la golpeó en el lado izquierdo —respondió Jorge—. Sofía y yo estuvimos con ella en el hospital de La Paz.

—¿Por qué no me llamó?

—Porque no quiere verte.

—Y tú, ¿por qué no me llamaste tú? —incredó Adrián a su hermano mayor.

—Porque Eva no quiso que te llamara —contestó Jorge.

Aquellas respuestas fueron un mazazo para Adrián. Se pasó las manos por la cabeza.

—Tú tenías que haberme llamado... Tenía que haber estado con ella.

—Y tú no tenías que haber besado a su compañera de piso —saltó Jorge, visiblemente enfadado con él.

—¡Maldita sea, fue una encerrona! —exclamó Adrián, al borde de la desesperación—. ¡Una jodida

encerrona!

Bufó exasperado.

—¿De qué coño hablas? —dijo Jorge.

—De que ha sido Rebeca, la compañera de piso de Eva, la que me ha metido en este lío —respondió Adrián.

Se giró sobre sus talones y se dirigió a la ventana. Miró a través de los enormes cristales, de espaldas a sus dos hermanos. Madrid se agitaba infatigable con su frenesí diario.

—Subí al piso para esperar a Eva —prosiguió—. Solo iban a ser cinco minutos. ¡Cinco puñeteros minutos! —Resopló—. Estábamos hablando de bobadas, de cosas sin importancia, cuando me cogió la cara y me besó.

—¿Y no te apartaste? —preguntó Jorge.

—Claro que me aparté —dijo Adrián, dándose bruscamente la vuelta hacia su hermano—. Sin embargo fue tarde, porque Eva ya nos había visto. Después intenté explicarle lo que había pasado, pero no se vino a razones. Es muy testaruda cuando quiere —añadió.

—Siento decirte esto, hermanito —empezó a decir Raúl, pero creo que tienes un problema.

—Ya sé que tengo un problema —atajó Adrián. Sacudió la cabeza—. No sabéis lo mal que me siento. Yo no tengo la culpa, pero estoy fatal. —Los ojos de Adrián se veían vidriosos—. No me puedo sacar de la cabeza el modo en que me miraba Eva. La expresión de decepción que había en el fondo de sus ojos me está matando.

—Todo tiene solución —intervino Jorge—. Solo tienes que explicarle lo que ocurrió.

—Pero es que Eva no quiere escucharme; se niega a hablar —alegó Adrián—. Y lo peor es que se piensa que soy un cabrón y que me he liado con Rebeca buscando sexo, porque ella y yo todavía no hemos podido... Bueno, ya sabéis a lo que me refiero —concluyó la frase. Hizo una pausa—. Lo peor es que esa... —apretó los dientes—... zorra, se ha salido con la suya.

—¿Hablas de la compañera de piso de Eva? —preguntó Raúl.

—Sí —afirmó Adrián—. Parece que lo tenía todo planeado desde el momento en que subí a esperar a Eva. Tenía que haberme quedado en la calle.

Chasqueó la lengua con evidente fastidio.

—No tiene nada de malo haber subido al piso a esperar a Eva —intervino Jorge.

—Eso mismo pensé yo, pero mira qué consecuencias ha tenido —se lamentó Adrián—. Por culpa de esa tía mi relación con Eva se ha ido a la mierda.

—Eva acabará entrando en razón —dijo Jorge para animar a su hermano pequeño, al que veía desolado.

—Yo no estoy tan seguro. —Adrián sonaba pesimista—. Eva es muy... bruta. A cabezota hay poca gente que le gane. —Levantó los ojos y miró a Jorge—. ¿Entonces, solo tiene el codo dislocado? —preguntó preocupado, retomando el tema del accidente. Quería asegurarse de que estaba bien.

—Sí, y el susto —apuntó Jorge con voz tranquila.

—¿Me juras que está bien? —insistió Adrián.

—Te juro que está perfectamente.

Adrián respiró aliviado mientras se sentaba de nuevo en la silla. Al menos Jorge y Sofía habían estado con Eva en el hospital, acompañándola. Al menos no había estado sola durante ese trance.

Se rascó la nuca.

—No sé cómo voy a solucionar esto —dijo en un suspiro.

—Hablando —opinó Raúl con sentido común.

—Hablando... —repitió Adrián.

La palabra repiqueteó en sus labios como un imposible. Adrián lo veía como tal. Eva no quería hablar con él, y estaba convencido de que no iba a dar lugar a una posible explicación por su parte.

—Es curioso, pero ahora mismo me siento a años luz de Eva —comentó apenado—. Esto lo ha complicado todo. Todo.

Inclinó la cabeza y hundió el rostro entre las manos. Se sentía agotado. Tremendamente agotado.

Jorge apoyó la mano en su hombro y se lo apretó en un gesto de comprensión.

—Se va a solucionar, Adrián. Ya lo verás —lo animó en tono indulgente.

Adrián se descubrió de nuevo el rostro.

—Eso espero —murmuró.

—¡Venga!, ¿cuándo se nos ha resistido a los Montenegro una mujer? —bromeó Raúl, para subirle el ánimo.

—Pues quizás yo sea el primero —apostilló Adrián.

—Vamos, hombre, que no se diga —dijo Raúl.

Adrián sacudió la cabeza.

CAPÍTULO 50

Al otro lado de la línea se oyeron dos tonos, tres, cuatro... Eva esperaba con el móvil en la oreja a que contestara su madre. Siempre tenía que esperar al quinto o incluso al sexto tono.

¿Qué estará haciendo?, se preguntó.

—Eva, cariño —respondió al fin.

—Hola, mamá.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió Eva.

La voz de Eva sonaba apagada. No había sido capaz de dormir en toda la noche pensando en Adrián y en lo que había ocurrido, y estaba muy cansada. Aparte, el codo no había dejado de dolerle.

Su madre notó algo raro en el tono siempre alegre de su hija.

—Eva, ¿estás bien? —volvió a preguntar.

Eva no quería entrar en detalles.

—Mamá... anoche... —comenzó a decir. Suspiró—. Anoche me dieron un golpe en el coche —soltó en un aliento.

Eva cerró los ojos y se preparó para el grito que iba a dar su madre.

—¿Qué? —chilló—. ¡Ay, Dios mío, mi niña! ¿Y qué te ha pasado?

—Nada, mamá. Solo tengo el codo izquierdo dislocado —la tranquilizó Eva.

—¿Solo tienes el codo izquierdo dislocado? ¿Es que no te parece suficiente? —le preguntó su madre.

—Mamá, no es nada. Por favor, no dramatices.

—No estoy dramatizando, Eva. Has tenido un accidente de coche.

Eva se dejó caer sobre la cama. Su madre a veces podía ser agotadora.

—No ha sido un accidente. Ha sido simplemente un golpe. Me salté un semáforo en rojo y...

—¿Te saltaste un semáforo? —le cortó su madre—. ¿En qué ibas pesando?

En el cabrón de Adrián Montenegro, se respondió Eva para sus adentros.

Suspiró con tristeza.

—En los exámenes —mintió.

—¿Solo en los exámenes?

—Sí, mamá, solo en los exámenes. Bastante preocupación es.

Eva puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no nos llamaste a tu padre y a mí? Nos tenías que haber llamado. Te habiérámos acompañado en el hospital —le reprochó ligeramente su madre.

—Porque no hubierais llegado a tiempo. Que no se te olvide que estáis a cuatrocientos veinticinco kilómetros —le recordó Eva—, y porque lo único que hubiera conseguido sería preocuparos para nada. Estoy bien.

—Pero, Eva...

—Además, Sofía y Jorge estuvieron en todo momento conmigo —añadió Eva.

—¡A Dios, gracias! —exclamó la madre de Eva, llevándose la mano al pecho en un gesto que se podría tildar de teatral—. En cuanto venga tu padre de trabajar, salimos para Madrid —dijo.

—No es necesario que vengáis, mamá. Yo estoy bien.

—¿Cómo vas a estar bien si acabas de tener un accidente de coche?

La madre del cordero, resopló Eva en silencio, armándose de paciencia.

—Mamá, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? No ha sido un accidente, solo un pequeño golpe.

Eva trataba de restarle importancia, pero con su madre no había manera de lograrlo. Por esa razón no había querido llamarla la noche anterior. Conociéndola, se hubieran presentado en Madrid sin importarle

que tenían que desplazarse desde Alicante. Pero su madre era así.

—Podéis hacer lo que queráis —se rindió al fin. Lo que menos quería era discutir con su madre. No tenía ánimo para nada y menos para discutir.

—Voy a prepararte unos *tupperware* para llevártelos —dijo su madre—. Seguro que no estás comiendo bien —añadió.

Eva no pudo evitar sonreír. Su madre siempre tenía que hacer de madre.

—Mamá, creo que mis kilos de más evidencian que mal, mal, no como.

—Bobadas. ¿Qué kilos de más? Tú estás estupenda.

—Si tú lo dices —murmuró Eva.

—Voy a hacerte unas croquetas y una tortilla de patata. ¿Te apetecen? —le preguntó su madre.

—Sí, mamá. ¿Cómo no me van a apetecer?

—En lo que llega tu padre del trabajo, me pongo a ello. Luego te vemos, cariño.

Quitarle la idea a su madre de llenarle la nevera de *tupperware* hasta arriba de comida, daría el mismo resultado que darse cabezazos contra la pared para intentar tirarla. Es decir, ninguno. Así que lo dejó estar.

—Un beso —se despidió Eva, al tiempo que se incorporaba de la cama.

—Un beso, hija, y descansa —le aconsejó cariñosamente su madre.

—Sí, mamá.

Cuando Eva colgó, en la pantalla del teléfono aparecieron varias llamadas de Adrián. Seguro que Jorge le había contado ya lo del golpe con el coche. Era algo inevitable.

Iba a dejar el móvil sobre el escritorio cuando sonó un WhatsApp. Era de Adrián. Abrió la aplicación y lo leyó.

******Hola. Te he llamado, pero no me coges el teléfono. ¿Qué tal estás? Ya me ha dicho Jorge que te dieron un golpe en el coche y que tienes el codo dislocado. Me encantaría estar contigo, nena. Cuidarte...

Aquel «nena» conseguía erizarle la piel. La manera grave y sensual en que Adrián lo pronunciaba... Ufff... Y cuando se lo susurraba al oído...

Negó con la cabeza rápidamente para exorcizarse de su voz y de su imagen.

No iba a responderle; estaba demasiado dolida. Así que salió del WhatsApp y dejó el móvil encima del escritorio.

CAPÍTULO 51

Eva removía las judías verdes que se había preparado para comer de un lado a otro del plato. A esas alturas tendrían que estar ya suficientemente mareadas.

Exhaló el aire que tenía en los pulmones.

No podía dejar de pensar en Adrián ni un solo minuto. Del mismo modo que no había dejado de pensar en él ni un solo minuto a lo largo de la noche. ¡De toda la noche!

El móvil sonó. Eva sonrió levemente al ver el nombre de Sofía en la pantalla.

—Hola, Sofía —la saludó al descolgar.

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás? —le preguntó Sofía.

—Bien —respondió Eva.

—Ese bien no suena muy bien —apuntó Sofía.

—Es que no estoy bien —reconoció Eva.

—¿Has hablado con Adrián?

—No. No quiero hablar con él. Me ha llamado varias veces y me ha enviado un WhatsApp, pero es que ni siquiera tengo fuerzas para responderle.

—Pero vas a tener que hablar con él en algún momento. Es algo... inevitable.

—Tal vez —dijo Eva, alzando los hombros—. Pero ahora estoy demasiado dolida.

El silencio llenó la línea.

—¿Qué tal tienes el brazo? —le preguntó Sofía, cambiando de tema.

—Me ha estado doliendo toda la noche. Pero ahora con los analgésicos se me ha calmado.

Eva se levantó, cogió el plato y se dirigió a la cocina mientras sostenía el móvil entre el hombro y la oreja.

—¿Y Rebeca? ¿La has visto?

—No, todavía no.

En esos momentos, la cerradura de la puerta se escuchó y Rebeca entró en el piso.

—Hablando de la reina de Roma... —murmuró Eva, dejando el plato en el fregadero.

—¿Acaba de llegar Rebeca?

—Sí —afirmó Eva, cogiendo el móvil con la mano—. Te llamo después, ¿vale?

—Vale —respondió Sofía.

Eva apoyó el teléfono en la encimera y se giró.

—Hola —dijo Rebeca en tono apocado. Se quedó de pie en el umbral de la puerta. Antes de que Eva pronunciara palabra, Rebeca volvió a hablar—. Quería pedirte perdón por lo que pasó ayer —dijo.

—¿Y qué pasó ayer? —le preguntó Eva con una nota de sarcasmo en la voz.

—Bueno..., tu novio subió al piso para esperarte, estábamos hablando en el salón y cuando me quise dar cuenta, me besó —explicó.

—Te besó. Ya... ¿Y tú no hiciste nada para que te besara?

—¿Qué insinúas?

Rebeca se hizo la indignada.

—No estoy insinuando nada —respondió Eva, aunque ambas sabían que sí lo estaba haciendo y no de un modo velado precisamente—. Solo te estoy preguntando. ¿Tú no hiciste nada para que te besara? —repitió, como si fuera un policía que interroga a un preso.

—¡Claro que no! —saltó Rebeca—. Es tu novio. ¿Cómo piensas que iba a hacer algo? —Ante el sepulcral silencio de Eva, Rebeca dijo—: Tienes que creerme, Eva. Yo no hice nada. Solo intenté ser amable —se justificó—. ¿Acaso Adrián te ha dicho otra cosa?

Eva pasó el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Adrián no me ha dicho nada. No he hablado con él —confesó.

Rebeca sonrió para sí maliciosamente. Eva no había dejado que Adrián le explicara lo que había sucedido.

¡Bien!, exclamó para sus adentros.

Eso significaba que dudaba de él y que ella tenía una oportunidad para convencerla de que las cosas habían sido... de otra manera. Eva podía ser tan influenciable, a veces. Sobre todo, si atacabas sus complejos y su inseguridad.

—Ya sabes cómo son los tíos... —comenzó de nuevo Rebeca—. Llevan la infidelidad en el ADN. Les puede la carne.

Aquellas palabras fueron como cuchillos para Eva. Sabía cómo eran los tíos, pero había supuesto que Adrián no era así. Había supuesto que era distinto. Lo había supuesto hasta que lo vio besándose con su compañera de piso.

—Sí, sé cómo son —murmuró de forma mecánica.

—Espero que esto no estropee nuestra relación —siguió hablando Rebeca. Eva no dijo nada—. No me gustaría que por culpa de un chico te enfadaras conmigo.

Rebeca sabía exactamente qué decirle a Eva para que la brecha de las dudas se abriera un poco más. Sabía perfectamente qué tecla tocar. A las personas que, como Eva, tenían problemas de autoestima, se las podía manejar si se estaba al tanto de cómo utilizar las palabras de manera correcta.

Siguió hablando.

—No te preocupes, Eva, hay muchos peces en el mar. Muchos —dijo en tono comprensivo, pero escondiendo una astuta doble intención—. Pronto encontrarás a otro. ¡Será por chicos! Los tíos como Adrián Montenegro no merecen la pena. Solo nos hacen sufrir.

Eva asintió en silencio.

—Tienes razón —dijo.

—Me alegro de que no estés enfadada conmigo.

Rebeca blandió en sus labios una sonrisa amigable, se acercó a Eva y la abrazó. Eva simplemente la rodeó con el brazo derecho.

—Por cierto, ¿qué te ha pasado? —le preguntó Rebeca al separarse.

—Anoche me di un golpe con el coche.

—Vaya... ¿Y te has roto el brazo?

—No, solo tengo dislocado el codo —respondió Eva sin mucho ánimo.

El portero automático repiqueteó. Eva alzó la mirada y consultó el reloj de cocina.

—Seguro que son mis padres —anunció—. Mi madre se ha empeñado en venir a verme.

—Es normal. Están preocupados por ti —señaló Rebeca—. Yo cojo los libros y me voy. Tengo clase.

Eva fue hasta el portero automático mientras Rebeca se dirigía a su habitación.

—¿Sí? —preguntó.

—Cariño, somos papá y mamá —respondió la madre de Eva.

—Os abro —dijo ella.

Un minuto después sonó el timbre.

—Cariño... —dijo la madre de Eva, nada más de que Eva abriera la puerta. Se lanzó a ella y la abrazó, con cuidado de no hacerle daño—. Oh, mi niña...

CAPÍTULO 52

Lucía, como se llamaba la madre de Eva, era un vivo retrato de su hija. Ciertamente bonachona, entrada en carnes y de pelo rubio. Y al igual que ella, gesticulaba sin parar. Aunque los ojos de Eva eran verdes como los de su padre, Julián, y no castaños como los de su madre.

—Lucía, suelta ya a Eva, que yo también quiero abrazarla —intervino Julián con una voz llena de paciencia, puesto que conocía perfectamente a su mujer.

—Es que hace mucho tiempo que no la veo —se justificó Lucía, achuchando más a Eva contra su cuerpo.

—Exactamente el mismo tiempo que llevo yo —habló de nuevo su padre.

Lucía suspiró, finalmente soltó a Eva y Julián pudo abrazarla.

—¿Cómo estás, pequeña? —le preguntó.

—Bien, papá —respondió Eva, abrazando a su padre con el brazo derecho como buenamente podía.

—¿Qué tal tienes el codo? ¿Te duele? —se interesó Lucía cuando padre e hija deshicieron el abrazo.

—Con los analgésicos tengo el dolor bajo control —contestó Eva, que no quería preocupar a sus padres.

—Aquí tienes unos cuantos *tupperware* para estos días —dijo su madre, enseñándole una enorme bolsa de tela de color verde lima.

—¿Para estos días? —repitió Eva—. Mamá, aquí hay *tupperware* para un mes.

—Así no tienes que cocinar —atajó su madre—. Además... —Lucía miró de arriba abajo a su hija—, has adelgazado —observó.

—No he adelgazado —la contradijo Eva—. No he adelgazado ni un gramo.

—¡Claro que has adelgazado! —insistió su madre—. No hay más que verte.

Eva puso los ojos en blanco.

En esos momentos Rebeca apareció en el pasillo cargada con una carpeta y unos libros.

—Hola —saludó a los padres de Eva.

—Hola, Rebeca —respondieron los dos casi al mismo tiempo.

—Siento no poder quedarme un poco más, pero tengo clase —explicó Rebeca, pasando a zancadas entremedias de los padres de Eva.

—Que tengas buena tarde —se despidió Lucía.

—Hasta luego —dijo Rebeca.

Sonrió y salió por la puerta camino del ascensor.

—Esta chica debería de comer un poco más. Está a punto de transparentarse —comentó Lucía cuando Rebeca ya no podía oírla.

—Papá, ¿puedes llevar los *tupperware* a la cocina? —le preguntó Eva.

—Por supuesto.

—Gracias. Mamá vamos al salón.

Eva y Lucía entraron en el salón y se sentaron en el sofá. Cuando Lucía se acomodó, miró a su hija detenidamente. Había tristeza en el fondo de sus ojos y su expresión se advertía apática.

—Eva, ¿estás bien? —le preguntó en tono de preocupación.

—Sí, estoy bien —respondió Eva escuetamente.

Lucía extendió la mano hacia el rostro de Eva y le acarició la mejilla con cariño.

—Hija, si te ocurre algo, si te preocupa algo, no tengo que decirte que puedes contarme lo que quieras. No sé... ¿Has conocido a algún chico que...?

—No, mamá —se apresuró Eva a interrumpirla—. No he conocido a ningún chico. Todo está bien —dijo, forzando en los labios una sonrisa que lograra conformar a su madre.

—¿De verdad?

—De verdad.

Durante unos segundos Eva tuvo que aguantar la respiración para no echarse a llorar. Notaba como las lágrimas pugnaban por derramarse por sus ojos. El tema de Adrián la tenía extraordinariamente sensible. Afortunadamente su padre entró en el salón en esos momentos y distrajo la conversación.

—¿Cómo te dieron el golpe? —preguntó Julián, sentándose en una de las sillas.

—Iba despistaba, me salté un semáforo en rojo y un coche me dio por el lado izquierdo —le explicó Eva—. Menos mal que el hombre que me dio no se lo tomó a la tremenda —añadió.

—Sí, los hombres tenemos muy mala leche cuando nos tocan el coche —arguyó su padre.

—Si solo fuera mala leche... —comentó Lucía. Volvió el rostro hacia Eva—. A tu padre casi le dio algo cuando me dejó el coche por primera vez.

—Te fuiste a la cuenta —apuntó él.

—Eso también es cierto. No puedo negarlo —dijo Lucía. Aproximó su rostro al de Eva y le dijo en tono confidencial—: Confundí el freno con el acelerador.

Eva abrió la boca y estalló en una carcajada.

—No creas que no sé que equivocaste los pedales —intervino Julián.

Los tres se echaron a reír.

—Por suerte para mí, Fernando, el hombre que me dio el golpe, fue muy amable —dijo Eva—. De hecho, él se encargó de todo lo relacionado con los coches y las aseguradoras mientras yo iba al hospital.

—¿Él salió herido? —preguntó su padre.

—No, no. Solo salí yo.

Julián resopló, visiblemente aliviado.

—Ha sido una suerte que solo te hayas lesionado el codo. Con los coches nunca se sabe lo que puede ocurrir —señaló—. No dejan de ser máquinas de matar.

—Me llevé un susto de muerte, porque no lo vi venir —dijo Eva.

—Cariño... —susurró Lucía—. Me imagino el rato que tuviste que pasar.

—Sí, fue espantoso. Pero luego, al ver que estaba bien, me tranquilicé.

—¿Qué te dijo el médico? —preguntó su madre.

—Reposo y que no me quite la férula. Bueno, y que me tome los analgésicos para calmar el dolor —

contestó Eva.

—Reposo y buenos alimentos. Sobre todo, buenos alimentos —matizó su madre.

—Mamá, tú siempre pensando en lo mismo.

—Es lo que recomendaban los médicos cuando la medicina disponía de muchos menos recursos que hoy. Así que por algo sería.

Julián dirigió a Eva una mirada divertida.

—Desde luego, bien alimentada vas a estar, con todos los *tupperware* que te ha traído tu madre.

—Eso es cierto —dijo Eva, sin poder reprimir una risilla.

CAPÍTULO 53

Sofía salió antes de clase porque la profesora de la asignatura *Textos literarios del siglo de Oro*, había faltado por motivos personales. No hacía un frío excesivo, así que se animó a ir andando hasta el estudio de Jorge.

Hacía mucho tiempo que no paseaba por Madrid, menos aún cuando la ciudad se sumergía entre esas dos luces que le conferían aquella atmósfera tan mágica, y era una costumbre que no quería perder. De paso volvería a casa con Jorge y no tendría que estar molestando a Walther para que la llevara. Así tendría un poquito más de tiempo para estar con su madre.

Desde que Walther y su madre se habían conocido, su relación se había ido consolidando poco a poco y ahora eran casi inseparables. Sofía se sentía feliz de que su madre hubiera encontrado a alguien con quien compartir la vida. Era muy joven aún y se merecía ser feliz. Además, Walther era el mejor hombre para ella. El mejor.

—Hola, Estela —saludó Sofía a la secretaria de Jorge.

—Buenas tardes, señora Montenegro —correspondió ella con amabilidad.

A Sofía le seguía sonando extraño que la llamaran «señora Montenegro». Le parecía demasiado pomposo. Pero era el tratamiento que utilizaban con ella los empleados de Jorge, y no le habían hecho mucho caso cuando les había rogado que la llamaran simplemente Sofía. Así que al final dejó que la llamaran como quisieran.

—¿Está Jorge en su estudio? —le preguntó.

—Sí —asintió Estela.

—¿Está con algún cliente?

—No, está solo.

—Perfecto.

Sofía avanzó por la recepción. Cuando llegó a las enormes puertas de madera negra se detuvo y llamó con unos ligeros golpes que dio con los nudillos.

—Adelante —oyó al otro lado.

Sofía empujó la puerta y asomó la cabeza.

—¿Se puede? —preguntó.

Jorge levantó los ojos de la mesa de dibujo. Sus labios se extendieron de oreja a oreja en una sonrisa al ver que era Sofía.

—¡Por supuesto! —exclamó, dándolo por hecho—. ¿Por qué llamas? Tú puedes entrar sin avisar.

Sofía cruzó el umbral y cerró la puerta a su espalda.

—¿Estás ocupado?

Jorge negó con la cabeza.

—No —respondió, dejando el lápiz sobre la mesa.

Sofía avanzó hacia él y le dio un beso en los labios. Jorge la cogió por la cintura y la sentó sobre sus piernas.

—¿A qué debo tu maravillosa visita? ¿No tendrías que estar en clase? —le preguntó—. ¿No habrás hecho novillos? —bromeó.

Sofía se echó a reír, al tiempo que pasaba los brazos por el cuello de Jorge.

—Nooo —dijo—. Es que una de las profesoras no ha ido. —Sofía se inclinó y volvió a besarlo—. Tenía muchas ganas de verte.

—Y yo a ti, mi niña —dijo Jorge—. Me da rabia no haber podido ir a comer contigo. Pero ya sabes cómo son algunos clientes...

—No te preocupes, no pasa na...

En esos momentos una mano tocó a la puerta, interrumpiendo la conversación entre Sofía y Jorge.

—Adelante —dijo Jorge.

Era Adrián, con unos enormes planos en las manos. Le había surgido una duda con los cimientos de una casa que estaba diseñando e iba a plantársela a Jorge, para que le ayudara a resolverla.

Se le iluminó el rostro cuando vio a Sofía. Seguro que ella sabía algo de Eva.

—Hola, Sofía —la saludó.

—Hola, Adrián.

—¿Has hablado con Eva? ¿Sabes algo de ella? —le interrogó sin preámbulos, como si fuera una metralleta—. ¿Cómo tiene el codo? ¿Cómo se encuentra?

Dejó descansar los planos encima de la mesa sin prestarlos ningún tipo de atención. Ya no importaba la duda que tenía; la resolvería más tarde.

Sofía se puso en pie.

—He hablado con ella hace unas horas. Me ha dicho que no ha dormido nada, que le ha estado doliendo el codo.

—¿Te ha...? ¿Te ha hablado de mí? —sondeó Adrián.

—Ayer, mientras esperábamos en urgencias, me contó lo que ha sucedido —respondió Sofía. Se adelantó un paso y miró fijamente a Adrián—. Adrián... ¿qué ha pasado? ¿Besaste a Rebeca?

—¡No! ¡No la besé! —exclamó él con voz precipitada—. ¡Ella me besó a mí! —matizó, apuntándose el pecho con el dedo índice—. Esa tía me tendió una trampa, y yo caí como un imbécil.

Sofía frunció el rostro.

—¿Cómo que te tendió una trampa? —quiso saber.

Adrián descansó las manos en las caderas.

—Fui al piso de Eva para darle una sorpresa. No estaba, acababa de bajar al supermercado, así que Rebeca me dijo que subiera y que la esperara arriba, que solo tardaría cinco minutos —explicó Adrián—. Ahora me he dado cuenta de que el tiempo que tardó Eva en volver se me estuvo insinuando: que si toma una cerveza —a pesar de que le dije que no quería nada—, que si yo misma te la traigo y te la abro... —Adrián imitó la voz de Rebeca.

—Rebeca no me ha gustado nunca —intervino Sofía sin poder contener el comentario.

Y era cierto, no podía dar una explicación lógica, pero era una persona que no le acababa de convencer.

—La muy... —Adrián se calló súbitamente para no insultarla. Apretó los dientes—.... se las ingenió para cogerme el rostro y besarme justo cuando Eva entraba en el salón.

—Entonces, ¿fue Rebeca? —concluyó Sofía, asombrada.

—¡Claro que fue Rebeca! —atajó Adrián—. Me conoces, Sofía. Sabes que no engañaría a nadie, y menos aún a Eva. Tú mejor que nadie sabes cuánto me gusta.

Sofía resopló y se colocó el pelo detrás de las orejas.

—Definitivamente esa tía es una cerda —soltó indignada—. Más de una vez he advertido a Eva sobre ella, pero no me ha hecho caso.

—Sofía, tienes que decirle a Eva que hable conmigo, que me deje explicarle... —le pidió Adrián.

—Ya lo he hecho —le cortó con suavidad Sofía—. Pero se niega en redondo.

—Vuelve a decírselo. Tienes que convencerla, por favor... —insistió Adrián en tono vehemente.

—Lo intentaré —dijo Sofía, para tranquilizarlo—. Aunque no te garantizo nada. Eva es tremendamente obstinada.

—Lo sé. He podido comprobarlo este tiempo que hemos estado juntos.

—No sé si ha sido una chiquillada o no, pero esa chica ha montado una buena —dijo Jorge.

—No. No ha sido una chiquillada. Rebeca sabía perfectamente lo que hacía en todo momento —refutó Adrián—. Quería que pasara, quería que Eva nos viera besándonos. No fue fruto de un impulso ni de nada parecido. Cuando le recriminé lo que había hecho y el lío en el que me había metido, me espetó que por qué me ponía así, que me merecía algo mejor.

—¿¿Qué?! —gritó Sofía, haciendo gala de una indignación que casi podía tocarse—. ¿Cómo se puede ser tan...? —No le salían las palabras. Bufó—. ¿Tan zorra? —dijo al final—. ¿Pero qué se ha creído? ¿Que es mejor que Eva?

—Parece que sí. Pero no te preocupes, ya le dejé claro que no, que yo ya tengo lo mejor —apuntó Adrián—. Según ella, en el amor y en la guerra todo vale —añadió.

Jorge levantó las cejas y silbó de forma elocuente.

—No quiero ser alarmista, pero me da en la nariz que con Rebeca hay que tener cuidado —dijo.

—Mucho —le dio la razón Adrián—. Aunque conmigo ya no le va a valer. Le advertí que no volviera a acercarse a mí y pobre de ella si lo hace.

—Lo malo es que está cerca de Eva —señaló Sofía.

Adrián chasqueó la lengua.

—¡Joder! —masculló. Alzó la mirada hacia Sofía—. Sofía, tienes que hablar con Eva. Como sea, tienes que convencerla para que hable conmigo, para que me deje explicarle lo que sucedió.

La voz de Adrián era casi exigente. Sofía asintió.

CAPÍTULO 54

La tarde se pasó en un suspiro.

Antes de que Eva se diera cuenta, había llegado la hora de que sus padres se fueran. Reconocía que le hubiera gustado que se quedaran con ella unos días. Necesitaba sentir su protección y su apoyo. Pero la vida continuaba y su padre tenía que trabajar al día siguiente.

—¿Vas a estar bien, pequeña? —le preguntó su padre, sujetándole el rostro entre las manos.

Eva asintió varias veces con la cabeza. Su padre le dio un beso en la frente.

—Después de los exámenes podrías ir a Alicante y pasarte unos días con nosotros —sugirió su madre—. Últimamente, con irte a Londres, no te hemos visto mucho.

Su madre tenía razón.

—Sí, mamá. Quizás después de los exámenes vaya a pasar unos días con vosotros —dijo Eva.

—Bien. Allí estaremos —apuntó Lucía—. Te queremos mucho.

—Y yo a vosotros —dijo Eva, abrazando a sus padres a la vez—. Llamadme cuando lleguéis, ¿vale? Sea la hora que sea —les indicó cuando deshizo el abrazo.

—Sí —respondió Julián.

—Adiós, cariño —se despidió Lucía.

—Adiós —dijo Eva, al tiempo que movía la mano lentamente.

Eva vio subir a sus padres en el coche y marcharse calle arriba. Cuando el vehículo desapareció tras la esquina, bajo el azul oscuro de la noche, respiró hondo, tratando de deshacer el nudo que tenía en la garganta.

Todo lo que había pasado con Adrián le tenía con la sensibilidad a flor de piel. Estaba a punto de llorar.

Joder, ¿cómo me puede afectar tanto?, se quejó para sus adentros.

Se mordió el labio inferior para tratar de controlar las lágrimas. Se dio media vuelta y entró en el portal.

Cuando llegó al piso, se fue directamente a la habitación. No tenía hambre; no iba a cenar; ni siquiera le apetecía la tortilla de patatas y las croquetas que le había hecho su madre. Lo único de lo que tenía ganas era de llorar. De llorar hasta que se le secaran los ojos.

Se tumbó en la cama, bocabajo. Las palabras de Rebeca bailaban en su cabeza al ritmo de una danza macabra. Adrián se había lanzado; había sido él quien la había besado.

Eva hundió el rostro en la almohada y finalmente, rompió a llorar.

La imagen de Adrián y Rebeca besándose le dio vueltas en la cabeza sin parar, hasta que el agotamiento hizo que se durmiera.

Las jornadas siguientes la vida continuó empañada por una especie de sombra que lo cubría todo. Mientras llovía un día y otro, Eva lloraba y Adrián trataba de ponerse en contacto con ella de forma incansable. Pero no había manera. No le cogía el teléfono y tampoco respondía a los WhatsApp. ¡Solo le faltaba hacer señales de humo! Lo poco que sabía de ella y de cómo evolucionaba su codo era gracias a Sofía.

—¡Así no hay forma humana de poder explicarle nada! —ladraba Adrián con rabia mientras Jorge y Raúl intercambiaban miradas mudas y negaban pesimistas con la cabeza—. ¿Cómo es posible que sea tan cabezota? —se preguntaba.

Cuando Adrián la telefoneaba, Eva se quedaba mirando su nombre en la pantalla del móvil con los ojos húmedos, hasta que el sonido cesaba y el nombre quedaba relegado a una llamada perdida.

El miércoles por la tarde, tal y como habían quedado el domingo, el día que habían pasado solo de chicas, Sofía fue a buscar a Eva para ir juntas al recital de poesía que iba a tener lugar en el Marimba Café Bar.

Sofía aparcó en doble fila, se bajó corriendo del coche y llamó al portero automático.

—¿Sí? —contestó Eva.

—Eva, soy Sofía.

—Ahora mismo bajo.

—Te espero aquí.

Eva agarró su ejemplar de *Las flores del mal* de Baudelaire sin perder un segundo de tiempo y salió corriendo de casa.

—Hola —saludó a Sofía.

—Hola —correspondió ella.

Eva se acercó a Sofía y le dio un abrazo.

—¿Lista para pasar una maravillosa tarde de poesía? —preguntó Sofía.

—Listísima —respondió Eva con determinación y una sonrisa que desplegó de oreja a oreja.

Rodeó el coche y se subió por el lado del copiloto.

—No sabes las ganas que tengo —comentó mientras se ponía el cinturón de seguridad. Sofía arrancó el motor—. Hace tanto que no voy a un recital de poesía en el Marimba Café Bar...

Sofía se dio cuenta de que Eva trataba por todos los medios de disimular su tristeza con su habitual desparpajo. Sin embargo, a duras penas lo lograba. La sombra que albergaba el fondo de sus ojos verdes la delataba.

—Eva, ¿estás bien? —le preguntó.

Eva se tomó unos segundos antes de responder. Respiró hondo y giró el rostro hacia Sofía.

—No —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. La verdad es que no. Esto está resultando demasiado... difícil.

—El lunes estuve hablando con Adrián —comenzó a decir Sofía, mirando alternativamente a Eva y al tráfico.

—No quiero hablar de él —atajó Eva.

—Pero tienes que saber lo que pasó.

—Ya sé lo que pasó.

—¿Ah, sí?

—Sí. Rebeca me lo ha contado.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que Adrián se lanzó a ella y la besó.

—¿Qué? Eso no fue... —trató de rebatir Sofía.

Eva la interrumpió, alzando la mano que tenía libre.

—Sofía, no quiero hablar de ello —le pidió. Tenía un nudo en la garganta.

—Pero, Eva...

—¡Por favor! —exclamó Eva con la voz cargada de emoción—. Por favor... —susurró. Su voz sonaba suplicante.

Sofía suspiró quedamente, resignada. Sería mejor intentarlo en otro momento.

CAPÍTULO 55

—*Un fantasma...* —comenzó a recitar Sofía, sentada en una silla en medio del escenario de madera del Marimba Café Bar.

Uno.

Las tinieblas.

*En las cuevas de una insondable amargura
donde el destino ya me tiene relegado,
y adonde la alegría del sol nunca ha llegado,
a solas con la noche, que es azafata dura,
vengo a ser un pintor al que algún dio burlón,
en medio de tinieblas, ¡ay!, condena a pintar,
a cocinero que se quiere algo cenar,
ha de hervir y comerse el propio corazón.
A veces brilla, abriéndose lo mismo que una flor,
un espectro formado de gracia y de esplendor.
Al pasar desvaído como un sueño oriental
y cuando ya ha logrado su belleza total,
en la visita, al fin, reconozco a la hermosa:
¡Es ella! ¡Es ella! Oscura y a la vez luminosa.*

Cuando terminó, un coro de aplausos recorrió la sala.

—Gracias —agradeció Sofía, al tiempo que se levantaba del asiento.

Volvió a su sitio entre el público y Eva tomó el relevo. Subió a la tarima y se sentó en la silla situada en mitad del escenario. Abrió el libro por la página en la que tenía un post-it rosa fluorescente a modo de señalador. Tomó aire y comenzó a recitar el poema que había elegido para aquella ocasión.

—*La cabellera...* —pronunció el título.

XXIV

*Te adoro como adoro la bóveda nocturna,
¡oh vaso de tristeza, oh grande taciturna!
Y tanto más te amo, cuanto más me reproches,
porque tú sola eres el lujo de mis noches.*

Sofía miraba a Eva embelesada. Tenía una manera de recitar que hacía que la escucharas de forma contemplativa. Siempre la había admirado por eso. Era una especie de don que poseía.

*Se pudiera añadir aún, irónicamente,
más que hay de mí a los cielos, aunque es irreverente.
Al ataque me lanzo con fulgores insanos
como sobre un cadáver un coro de gusanos,*

La voz de Eva se fue apagando lentamente, emocionada. A medida que iba leyendo, se le había formado un nudo en la garganta que le impedía continuar. Trago saliva un par de veces, intentando deshacerlo, pero le fue imposible.

Alzó el rostro.

Los presentes la miraban sin saber muy bien qué pensar. ¿Qué le ocurría? ¿La poesía la estaba

emocionando tanto que la había puesto al borde de las lágrimas? ¡Qué maravilla!, pensaron algunos.

Los ojos de Eva, sumidos en la intimidad de la escasa luz que iluminaba el lugar, rodaron hasta el fondo de la sala. De pronto se quedó paralizada, conteniendo el aire en los pulmones.

¿Está Adrián ahí?, se preguntó.

El corazón se le aceleró vertiginosamente. Durante unos instantes cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, la imagen de Adrián había desaparecido. Solo estaba el enorme panel de corcho en el que se acumulaban noticias y anuncios de todo tipo.

Sacudió la cabeza y suspiró.

Estoy empezando a obsesionarme con Adrián Montenegro, se dijo. *Lo veo en todas partes.*

Sofía, que no entendía qué estaba ocurriendo con Eva, siguió la dirección de su mirada. ¿Por qué contemplaba el fondo del bar como si hubiera visto un fantasma? Sofía no reconoció a nadie que le pudiera causar ese efecto. ¿Entonces?

Eva respiró hondo para coger fuerzas. Carraspeó y le devolvió la atención al poema de Baudelaire. Continuó leyendo.

*y —¡oh mi cruel enemiga, oh mi bestia implacable! —
hasta esa frialdad te hace más adorable.*

Al terminar de recitar los últimos versos, una mudez infinita llenó el lugar. Alguien situado en el fondo dio un par de palmadas y de pronto, todo el público se arrancó en una calurosa ovación, rompiendo el silencio de tumba en el que estaba sumergido el bar.

Eva sonrió tímidamente.

—Gracias —dijo.

Se levantó de la silla, caminó hasta el borde del escenario y se bajó de él. Mientras se dirigía a su sitio, los aplausos seguían sonando.

—Has estado fantástica —comentó Sofía, entusiasmada—. Se me han puesto los pelos como escarpías.

—Gracias —le agradeció Eva a media voz—. Me alegro de que te haya gustado.

—¿Dónde mirabas cuando te has parado?

—Me ha parecido ver a Adrián en el fondo del bar.

—¿A Adrián?

—Sí. Te juro que... —se cayó. No, no podía ser. Adrián estaba trabajando. Resopló, cansada—. Creo que estoy empezando a obsesionarme con él —afirmó.

En el otro extremo de la cafetería, Adrián vigilaba que Eva y Sofía no se giraran. Cuando comprobó que no miraban, se levantó sigilosamente y salió del Marimba Café Bar.

CAPÍTULO 56

Al día siguiente por la tarde, Raúl llegó exaltado a trabajar. El motivo era que se le había ocurrido una idea para que Adrián pudiera hablar con Eva.

Sin detenerse siquiera un segundo en su despacho, se dirigió directamente al estudio de su hermano pequeño.

Llamó a la puerta con un par de toques de nudillos y entró.

—¿Estás ocupado? —preguntó.

—No, pasa —respondió Adrián, con la apatía que lo acompañaba los últimos días.

Raúl atravesó el estudio, retiró una de las sillas situadas delante del escritorio y se sentó en ella.

—El domingo por la tarde tienes que venir a la *Cibeles Junior Fashion Week* —anunció.

Adrián levantó los ojos de los planos en los que se encontraba trabajando.

—Raúl, no tengo muchas ganas de ir a la *Cibeles Junior Fashion Week* —dijo.

—¿Ni siquiera porque tu futura cuñada va a presentar su diseño de moda para hacerse con el premio?

Adrián soltó el aire de los pulmones, como si acabaran de desinflar un globo.

—Lo siento. Discúlpame con Alexia, ¿vale?

Raúl miró a su hermano. Nunca lo había visto así. Tan tocado. En otros tiempos no hubiera entendido que una mujer lo tuviera en ese estado de apatía e indiferencia, pero desde que él había estado a punto de perder a Alexia por culpa de su ofuscación, sabía por lo que Adrián estaba pasando.

Sonrió de medio lado con condescendencia.

—¿Y si te digo que va a ir Eva? —repuso Raúl. Miró fijamente a Adrián esperando su reacción. Los

ojos negros de su hermano pequeño se iluminaron como dos piedras preciosas—. ¿Por qué no aprovechas para intentar hablar con ella? —le sugirió.

Adrián no se lo pensó ni un segundo.

—Sí, claro que sí —afirmó con el amago de una sonrisa en los labios. Se puso en pie, metió las manos en los bolsillos del pantalón y comenzó a caminar de un lado a otro del despacho—. Es... perfecto. Pero, ¿estás seguro de que va a ir?

Raúl afirmó con un ademán de la cabeza, al tiempo que lo seguía con la mirada.

—Sí —dijo—. Ya se lo ha confirmado a Alexia—. Y Sofía y Jorge también.

Adrián cerró los puños en un gesto de triunfo.

—No le digáis que yo voy a estar —le advirtió a Raúl—. Es capaz de no ir.

—Está bien. Lo mantendremos en secreto —accedió Raúl, sonriente.

—¿Nerviosa? —le preguntó Raúl a Alexia.

—Estoy hecha un flan —respondió ella.

—Alexia —la llamó Antonio Galán, el organizador de la *Cibeles Junior Fashion Week*.

—Voy —contestó Alexia.

Antonio Galán inclinó la cabeza ligeramente.

—Tengo que ir al *backstage* a terminar de preparar a la modelo que va a llevar mi diseño —le dijo Alexia a Raúl.

—Ve —dijo Raúl—. Yo estaré viéndolo en primera fila.

Alexia le dio un beso rápido en los labios, se giró sobre sus talones y salió corriendo hacia el *backstage*.

—¡Suerte! —gritó Raúl.

Alexia lo miró por encima del hombro y sonrió. Raúl le devolvió el gesto.

Eva entró en IFEMA, la institución ferial de Madrid, donde se celebraba la *Cibeles Junior Fashion Week*. Una de las azafatas salió a su encuentro y la guio hasta el espacio donde se iba a desarrollar el concurso.

—Gracias —le agradeció Eva.

Cuando Sofía distinguió a Eva entre el gentío, alzó el brazo y agitó la mano para que la viera. Eva sonrió y se dirigió a la fila en la que estaban sentados. Era la primera. Desde luego, la vista desde allí era privilegiada.

—Pensé que el autobús no llegaba nunca —dijo al sentarse—. El tráfico está fatal.

—Tenías que haber dejado que Jorge y yo fuéramos a recogerte a casa —dijo Sofía.

—La verdad es que me hubiera evitado un poco de estrés —reconoció Eva.

—Lo importante es que ya estás aquí. Además, todavía no ha empezado —le informó Sofía.

—Menos mal —suspiró Eva.

—¿Qué tal va el brazo? —le preguntó Jorge.

—Bien —respondió Eva.

—Me alegro —dijo Jorge.

—¡Hola! —Una voz femenina saludó a Eva a su espalda.

Era Jimena.

—Hola, guapa —dijo Eva.

Estaba sentada en la fila de atrás junto a su madre y a Leonardo.

—Ya nos hemos enterado de lo de tu golpe con el coche... —comenzó a decir Jimena—. ¿Qué tal tienes el brazo? —se interesó.

—Bien. Afortunadamente solo se ha quedado en un susto —respondió Eva.

—¡Jo, menos mal!

—Sí.

Eva se giró de nuevo.

Había preguntado varias veces si iría Adrián y todos le habían dicho que no. Así que dio por hecho que no estaría. Lo cual agradeció. No quería hacer un feo a Alexia, por supuesto, pero no hubiera asistido a la *Cibeles Junior Fashion Week* si Adrián hubiera ido. Eso lo tenía claro. Quería evitar a toda costa encontrarse con él.

Echó un vistazo a su alrededor. El lugar estaba muy concurrido. Apenas había sitios libres.

Las luces se apagaron, dejando la enorme sala anegada en una semipenumbra tan sofisticada como íntima. Solo permanecía iluminada la pasarela con un resplandor plateado.

Antonio Galán salió con un micrófono y unas tarjetas en la mano. El foco de luz se centró en él.

—Buenas tardes, señoras y señores —comenzó a decir—. Gracias a todos por su asistencia...

En esos momentos, Eva dejó de escuchar y las palabras del organizador del concurso dejaron de sonar en sus oídos. Adrián se había sentado en el asiento que había libre a su lado.

CAPÍTULO 57

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —le preguntó Eva, visiblemente titubeante.

De pronto se sentía nerviosa. Muy nerviosa. Gracias a Dios que estaba sentada, sino hubiera tropezado y se hubiera caído. Adrián estaba guapísimo con un traje de chaqueta gris oscuro y una camisa blanca ligeramente desabotonada ¿Cómo le podía sentar tan bien... todo lo que se pusiera?

—¿Tú qué crees? —le susurró Adrián en el oído, con una voz que a Eva le pareció de lo más sugerente—. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma.

Eva no sabía si ponerse a reír o a llorar. Giró el rostro ciento ochenta grados y miró a Sofía con ojos acusadores. Sofía se encogió de hombros.

¡Esto ha sido una encerrona! ¡Una maldita encerrona!, se dijo Eva a sí misma. *¿Cómo he podido ser tan tonta?*, se lamentó.

—Joder... —masculló en un tono casi inaudible.

—¿Qué tal tienes el codo? —le preguntó Adrián.

Eva miró al frente.

—Bien. Gracias —respondió en tono frío.

—No estás muy habladora —comentó Adrián.

Encima con bromitas.

Eva se había puesto de un humor de perros.

—No deberías estar aquí —dijo.

—Ya te lo he dicho: si Mahoma no va a la montaña...

—Sí, sí... Ya te he oído: la montaña va a Mahoma —terminó la frase Eva, molesta.

No quería subir el tono de voz, porque todo el mundo estaba en silencio, atento a los diseños que desfilaban por la pasarela, pero hubiera querido gritarle. ¿Quién demonios se creía para aparecer de esa manera tan traicionera? ¿En qué recóndita y jodida parte de su cerebro creía que iba a acceder a hablar con él?

—Nena, tienes que escucharme —dijo Adrián.

—Ya te pedí que no me llamas «nena», que no soy tu nena —atajó Eva.

Adrián reprimió una sonrisa. Eva se estaba comportando como una niña pequeña a la que quitas una piruleta. Paradójicamente cuanto más actuaba así, más le gustaba.

Alargó la mano y la posó en el brazo derecho de Eva, que sintió un estremecimiento con el contacto.

—Yo no besé a tu compañera de piso —soltó Adrián.

—¿Ah, no? —dijo Eva burlonamente.

—No. Fue ella la que me besó a mí.

—Eso no fue lo que vieron mis ojos. No vi apartarte ni apartarla.

—Eva, por favor...

Adrián subió unas octavas el tono de voz. Estaba comenzando a enfadarse. Varios asistentes al acto rodaron sus ojos hacia él.

—¡Por favor nada! —exclamó Eva, sin importarle ya si los miraban o no—. Maldita sea, no tengo por qué estar oyendo mentiras —masculló.

—No estoy mintiendo —afirmó Adrián.

—Si tú lo dices.

Aprovechando el coro de aplausos que el público le daba a uno de los diseños, Eva se levantó con la intención de irse. Adrián trató de retenerla agarrándola del brazo, pero Eva se soltó dando un tirón.

—Eva...

—Déjame en paz.

Eva sorteó las piernas de la gente que estaba sentada en la misma fila y salió disparada hacia las puertas de la sala. Adrián miró a Sofía y meneó la cabeza.

Sofía chasqueó la lengua.

Sin perder un segundo de tiempo, Adrián se levantó y fue detrás de Eva.

—¿Qué pasa? —preguntó Jorge.

—¿Por qué Eva y Adrián se han ido? —quiso saber Raúl.

—Creo que las cosas con Eva no han ido bien —les respondió Sofía.

—Joder —farfulló Raúl.

La voz de Antonio Galán hizo que volvieran la atención a la pasarela.

—Y ante ustedes, el diseño de Alexia Malasaña Durán.

Una modelo alta y delgada mostraba el diseño que había creado Alexia. El vestido largo y voluminoso cuyo estampado asemejaba un anochecer en el torso y que se iba aclarando con tonos degradados hasta terminar en un amanecer en la falda.

Varios murmullos de admiración y asombro recorrieron el recinto de un extremo a otro. Raúl, Jorge y Sofía se arrancaron en un aplauso que el resto de la gente siguió.

Raúl pensó en Alexia, que se encontraba en el *backstage*. En esos momentos su gatita pelirroja tenía que estar atacada de los nervios. Pero Raúl estaba convencido de que iba a merecer la pena.

Adrián salió de la sala lo más rápido que pudo y lo que le dejaba la gente. Cuando llegó a la recepción de IFEMA, vio que Eva estaba a punto de alcanzar la puerta.

Echó a correr.

—Espera —le dijo.

Su mano de dedos largos y elegantes se cerró en torno al brazo derecho de Eva. Eva tiró, intentando salir, pero Adrián la obligó a darse la vuelta. Al girarse, Eva se encontró con sus intensos ojos negros clavados en ella.

—Espera —volvió a decir Adrián.

—Déjame. No quiero hablar contigo —se quejó Eva, cuando fue capaz de reaccionar—. Y suéltame —

murmuró.

No quería que las azafatas que andaban pululando por la recepción los escucharan discutir.

—¡Por Dios Santo, deja de portarte como una puta cría! —bramó Adrián, soltándole el brazo.

A él no le importaba que los escucharan. De hecho, le daba absolutamente igual. Como si salía al día siguiente en todos los periódicos del país.

Eva apretó los dientes y bufó. Levantó el rostro y se encaró a Adrián.

—¿Que deje de portarme como una puta cría? —repitió—. Y eso lo dice todo un hombre, ¿no? Un hombre que va por ahí besando a quién le apetece —le echó en cara con mofa.

Adrián se enfureció al oír ese comentario.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Yo no besé a Rebeca.

—Ella no dice eso.

—Ella puede decir lo que le dé la gana. Ha resultado ser una maestra de la manipulación. Yo sé lo que pasó. Estaba allí —afirmó Adrián con sarcasmo.

—Ya lo sé. Te vi —saltó Eva como una escopeta de feria—. Yo también estaba allí. Y Rebeca —añadió—. Y ella dice que tú te lanzaste a ella y la besaste.

Adrián arrojó al aire un gruñido.

—¿Y la crees? —dijo preso de la indignación.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —preguntó Eva a su vez.

—Por la misma razón por la que no me crees a mí —arguyó Adrián—. ¿Qué diferencia hay? Que yo sepa, Rebeca no es tu amiga. Solo es tu compañera de piso. Entendería que confiaras al cien por cien en las palabras de Sofía, que es tu mejor amiga, pero en tu compañera de piso...

Aquellas palabras hicieron que Eva se parara unos segundos a reflexionar.

CAPÍTULO 58

—Deja a un lado la demagogia —dijo Eva al fin. En el fondo no estaba dispuesta a permitir que Adrián la engañase con su buena retórica y sus argumentos cuidadosamente estudiados—. Lo único que quieres es confundirme.

—¿Confundirte? —repitió Adrián. Su indignación crecía por momentos—. ¿Convives con una manipuladora redomada y soy yo el demagogo que quiere confundirte? Tu queridísima compañera de piso, esa a la que crees a pies juntillas, estuvo coqueteando conmigo desde el primer segundo que entré en tu casa. Lo peor es que no me di cuenta.

Eva soltó una risilla.

—¿No te diste cuenta? ¿Una tía te tira los trastos y tú no te das cuenta? —ironizó con excesiva acidez en la voz.

—¡No! —negó Adrián—. Pensé que estaba tratando de ser amable.

—Increíble —masculló Eva.

—Lo siento, Eva, de verdad que lo siento. Fui un estúpido —se disculpó Adrián. Tenía la voz afectada—. Por favor, perdóname.

—Que te perdone no va a solucionar nada, ni va a hacer que cambien las cosas —arguyó Eva con contundencia.

No iba a dar su brazo a torcer.

Adrián supo de forma certera que iba a ser imposible hacer cambiar de opinión a Eva. Estaba demasiado obcecada, demasiado ciega...

Se llevó la mano a la cabeza y se acarició el pelo. Dibujó en los labios una sonrisa amarga.

—¿Sabes qué? —preguntó retóricamente—. Que estoy cansado —dijo en tono monocorde. Las cejas rubias de Eva se fruncieron—. Cansado de tirar de ti y de nuestra relación —continuó diciendo Adrián—. Lo he intentado, Eva. De verdad que lo he intentado. Pero no hay forma. Si no me crees, está bien. Estás en tu derecho. Yo ya... —Hizo una pausa para tomar aire—. Yo ya no voy a insistir más. A estas alturas estoy agotado. Terriblemente agotado.

Eva no se esperaba que Adrián le dijera aquello. ¿Había estado tirando de ella y de la relación?

Sí. Quizás sí, dijo para sus adentros.

Lo que le quedaba claro es que se había cansado de ella y de la relación. Por eso se había liado con Rebeca.

Fuera como fuera, no iba a ceder; ya no confiaba en Adrián, y lo mejor era que sus caminos se separaran definitivamente.

—Lo más sensato es que lo dejemos aquí —dijo—. Llegado a este punto, creo que lo único que vamos a conseguir es hacernos daño.

A Adrián no le sorprendieron las palabras de Eva. Asintió mecánicamente con un gesto débil.

—Yo también lo creo —afirmó.

Le daba muchísima pena terminar así, pero la relación entre Eva y él parecía estar en un callejón sin salida. Eva no estaba dispuesta a creerle de ninguna de las maneras y él no estaba dispuesto ya a seguir tratando de convencerla. Tenía la imperiosa sensación de que solo era una pérdida de tiempo.

—Te deseo que seas muy feliz —dijo Eva a modo de despedida.

—Yo también deseo que tú seas muy feliz —correspondió Adrián—. Te lo mereces.

Eva se mordió el labio inferior. Tenía un nudo en la garganta.

—Adiós —dijo, intentando mantenerse impassible y que su voz no se quebrara, sino estaría perdida.

—Hasta siempre, nena... —fueron las palabras de Adrián cuando Eva se giró, empujó la puerta de IFEMA con el brazo que tenía libre y se fue.

Adrián exhaló una fuerte bocanada de aire y dejó caer los hombros.

Hasta ahí había llegado su historia con Eva.

Cuando Adrián se dio la vuelta, se encontró con los ojos de un par de azafatas clavados en él. Lo miraban como si fuera un animal raro. En cuanto se dieron cuenta de que las había pillado, bajaron la

vista y volvieron a sus quehaceres.

Adrián echó a andar y volvió a la sala en la que se estaba celebrando la *Cibeles Junior Fashion Week*. Entró y, pidiendo de nuevo disculpas por la interrupción, se sentó en el asiento que unos minutos antes había ocupado Eva, al lado de Sofía.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Sofía, aunque por la expresión del rostro de Adrián presumió que no muy bien.

—Hemos roto definitivamente —respondió Adrián, cabizbajo.

—Lo... Lo siento mucho —dijo Sofía, perpleja. No se esperaba, ni mucho menos, ese desenlace. Tenía la esperanza de que Eva recapacitase—. ¡Joder, lo siento mucho! —repitió. Lo sentía por él y también por Eva.

Alargó el brazo y se lo pasó a Adrián por los hombros.

—Tú no tienes la culpa —fue el único comentario de Adrián, que en esos momentos no tenía muchas ganas de hablar.

Jorge se acercó a Sofía y le preguntó al oído:

—¿Qué ha pasado?

—Adrián y Eva han roto para siempre.

Jorge se inclinó hacia adelante y cogió el brazo de Adrián.

—Hey, todo va a pasar —le dijo, dándole ánimos.

Adrián simplemente asintió. Raúl, sentado junto a Jorge, se olió de inmediato lo que había ocurrido.

—¿Adrián no ha podido solucionar el problema con Eva? —preguntó a su hermano mayor.

—Parece que no —contestó Jorge.

—¡Mierda! —exclamó Raúl.

—¿Cómo va el concurso? —se interesó Adrián.

Tenía que tratar de pensar lo menos posible en Eva. A partir de ahora se tenía que olvidar de ella.

—Van a anunciar al ganador —le informó Sofía.

—Perfecto —dijo Adrián con una sonrisa forzada. Alzó la vista y prestó atención a la pasarela.

—Y el ganador de la *Cibeles Junior Fashion Week* es... —comenzó a decir Antonio Galán.

Abrió el sobre que tenía en la mano y extrajo la tarjeta que contenía su interior.

Raúl buscó la mirada de Alexia, que se restregaba los dedos, nerviosa. Le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Los segundos hasta que Antonio Galán pronunció el nombre se le antojaron eternos a todo el mundo.

—... Alexia Malasaña Durán —anunció el organizador al fin.

Alexia abrió los ojos como platos cuando su cerebro procesó que era la ganadora. Se le escapó un grito mientras se llevaba las manos a la cara con expresión de incredulidad. La modelo que llevaba su diseño se giró y le dio un fuerte abrazo. ¡Habían ganado! El resto de concursantes se arremolinó en torno a ella para abrazarla, felicitarla y darle la enhorabuena.

—Gracias... Oh, Dios mío, gracias —decía Alexia a unos y a otros.

Raúl saltó del asiento y alzó los brazos en un gesto de triunfo.

—¡Sí! —gritó.

Sofía, Jorge y Adrián se pusieron en pie y comenzaron a aplaudir sin parar. En la fila de atrás, Jimena, Leonardo y Valeria hicieron lo mismo.

El ganador del año anterior, un chico de veintipocos años vestido con un original traje de color rojo, se acercó a Alexia y le hizo entrega de un enorme ramo de flores y de la beca que le permitiría ampliar sus estudios en la Central Saint Martin's, la que era considerada la mejor escuela de diseño del mundo, en Londres, y en la que solo un número muy reducido de personas lograba entrar.

Cuando Alexia recibió el premio, las lágrimas de emoción corrían por sus mejillas descontroladamente.

CAPÍTULO 59

Después de la algarabía que se había montado tras decir el nombre del ganador y de las interminables felicitaciones, Alexia bajó de la pasarela y se fue en busca de sus seres queridos. Raúl fue el primero que se lanzó a darle un abrazo.

—¡Enhorabuena, gatita! —le dijo, entusiasmado.

—Gracias, mi amor —respondió ella, aferrándose a su cuello.

Raúl puso las manos en su cintura, la atrajo hacia él y le dio un apasionado beso que se ganó los silbidos pícaros de los demás.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. ¿Menos nerviosa?

—Estoy un poco... aturdida. No me lo esperaba. Me ha pillado por sorpresa —respondió Alexia sin poder contener la emoción.

—¡Eres una artista, hermanita! —exclamó Jimena, estrechando a Alexia contra ella.

—Gracias.

Después de su hermana, su madre, Leonardo, Sofía y Jorge la felicitaron. Alexia miró a unos y a otros, buscando a Eva.

—¿Dónde está Eva? —preguntó.

—Las cosas no han ido bien con Adrián —le informó Raúl en tono templado.

Alexia miró a Adrián, que negó en silencio con la cabeza.

—Vaya... Lo siento —se lamentó Alexia.

—No te preocupes —dijo Adrián—. Todo está bien —mintió. Pero, ¿qué otra cosa iba a decir?—. Lo

que tienes que hacer es disfrutar de tu momento. No todos los días se gana la *Cibeles Junior Fashion Week*, ni una beca para estudiar en la Central Saint Martin's —agregó, tratando de no sonar abatido—. Felicidades —dijo mientras le daba un abrazo.

—Gracias —le agradeció Alexia.

—¿Por qué no vamos a celebrarlo? —propuso Raúl.

Todos aceptaron de buen grado.

—Yo creo que voy a pasar —intervino Adrián.

Raúl le dio una palmada en el hombro.

—¿Por qué no te vienes? Así te distraes —dijo.

—Necesito estar solo —repuso Adrián.

Raúl lo miró durante unos instantes.

—Como quieras. Pero si cambias de opinión, me das un toque, ¿ok?

—Ok.

Adrián alzó la vista por encima del hombro de Raúl. Levantó el brazo.

—Nos vemos —se despidió de todos haciendo un gesto con la mano—. Y de nuevo, enhorabuena, Alexia —le dijo.

—Muchas gracias, Adrián —apuntó ella.

Adrián asintió, se dio media vuelta y se fue.

Jorge chasqueó la lengua.

—¿Qué narices está pasando por la cabeza de Eva? —se preguntó Sofía—. Voy a tener que hablar muy seriamente con ella.

Eva lloraba sin parar. Cuanto más se enjugaba las lágrimas con el pañuelo de papel, más lloraba. La gente que la rodeaba en el autobús la miraba con expresiones que se movían entre la extrañeza y el

desconcierto.

Algo agobiada por ser el centro de atención del transporte público, decidió dar un paseo por El Retiro antes de ir a casa. Necesitaba caminar, despejarse, quemar energía y sacar todo lo que tenía dentro, si es que eso era posible. Se bajó en Atocha, descendió la calle y se internó en la decena de senderos del parque.

Se sentía traicionada. Había puesto toda su confianza en Adrián y él la había roto en pedazos. ¿Cómo se podía arreglar eso?

De ninguna forma, se respondió a sí misma.

¿Cómo se podía recuperar la confianza en una persona? Eso era casi, casi imposible. Porque ya nada volvía a ser como antes.

Como cuando se rompe una figurita de porcelana, aunque se peguen los trozos, ya no queda igual. Ya nada es igual.

Abatida, se sentó en un banco y dio rienda suelta a su tristeza.

Adrián entró en casa como si fuera un ser autómatas, tiró las llaves sobre la superficie de mármol del aparador de diseño y sin detenerse, se dirigió al salón. Arrastró los pies hasta el sofá y se dejó caer en él.

Parecía que le había pasado un camión por encima.

Suspiró.

Tenía que empezar a hacerse a la idea de que su historia con Eva había terminado, y de que lo había hecho de una forma... estúpida. Porque el malentendido que había surgido con Rebeca era, cuanto menos, estúpido.

Se dio la vuelta, se puso bocarriba y fijó los ojos en el techo. Colocó el brazo derecho detrás de la cabeza y se mantuvo en esa posición durante un rato.

La noche había comenzado a desplegar sus sombras negras a lo largo del cielo. El salón se iluminaba tenuemente con el haz de luz de luna que entraba por los ventanales.

—Maldita hija de... —se calló súbitamente antes de soltar un improperio contra Rebeca—. ¡Joder! —farfulló con rabia—. Todo se ha estropeado por tu culpa. Por tu maldita culpa —dijo, como si estuviera dirigiéndose a Rebeca—. Y mía, por idiota —añadió.

CAPÍTULO 60

Al día siguiente, a eso de media mañana y aprovechando que tenía un hueco entre clase y clase, Sofía llamó a Eva. Quería hablar con ella sobre lo que había pasado.

—Dime —respondió Eva al coger el teléfono.

Sofía notó que su tono de voz se escuchaba más serio de lo habitual.

—Hola —la saludó. Al ver que Eva no le devolvía el saludo, dijo—: ¿Cómo estás?

—Bien —contestó Eva escuetamente.

—Eva, ¿de verdad estás bien? —le preguntó Sofía—. Supongo que no...

—¿Cómo crees que puede estar una persona cuando se da cuenta de que sus amigos le han tendido una trampa? ¿De que le han hecho una encerrona? —saltó ella con frialdad—. Porque lo que me hicisteis ayer con Adrián fue una encerrona en toda regla —matizó—. Y no me lo niegues —agregó.

—No fue una encerrona —contradijo Sofía.

—¿Ah, no? ¿No me irás a decir que ninguno sabía que Adrián iba a ir a la *Cibeles Junior Fashion Week*?

—Bueno, sí que lo sabíamos —reconoció Sofía—. Pero no te dijimos nada...

—¿Por qué? ¿Por qué no me dijisteis nada? —le cortó Eva con aspereza, sin disimular su enfado.

—Porque lo más justo era que hablaras con Adrián.

—¿Quién narices os creéis para decidir lo que es justo o no?

—Eva, puedo entender que estés enfadada...

—No, Sofía. No entendéis nada. Ninguno entiende nada. Ninguno entiende por lo que estoy pasando.

—Puedo hacerme una idea. Créeme que puedo hacerme una idea —dijo Sofía, tratando de ser comprensiva. Guardó silencio durante unos segundos—. Si no te dijimos nada —comenzó de nuevo—, fue porque pensábamos que al oír la versión de Adrián, recapacitarías.

—No tengo nada que recapacitar —atajó Eva.

—Entonces, ¿sigues creyendo a Rebeca? —preguntó Sofía.

Eva suspiró ruidosamente a través del teléfono.

—Sofía, no quiero volver a hablar de este tema ni de Adrián —fue su respuesta.

—Joder, Eva... —se quejó Sofía.

—Quiero pasar página cuanto antes —interrumpió Eva—, quiero dejar atrás todo lo que ha pasado, quiero olvidarme de Adrián, y tanto nombrarlo no me ayuda en absoluto.

—¿Por qué te cierras en banda de esta forma?

—Sofía, por favor. ¿Es que no me has escuchado? No quiero volver a hablar de Adrián Montenegro. ¡No quiero! Entiendo que lo defiendas, incluso que lo disculpes, porque es tu cuñado. Probablemente yo también lo haría si estuviera en tu lugar. Pero no me obligues a que yo lo haga.

—No lo disculpo porque sea mi cuñado —arguyó Sofía—. Sabes que en ese sentido soy imparcial. Si algo está bien, está bien y si está mal, está mal. Sea mi cuñado o el vecino del sexto.

—¿Y está bien que Adrián ande por ahí besuqueándose con otra? —planteó Eva.

—Eva, eso no es así. Conozco a Adrián.

—Crees que lo conoces.

—No. Te aseguro que lo conozco, y no me equivoco cuando digo que...

—¡Ya, Sofía! ¡Ya! —exclamó Eva. Se pinzó el puente de la nariz con el índice y el pulgar y cerró los ojos unos instantes—. Se acabó —dijo a modo de conclusión.

No estaba por la labor de seguir con aquella conversación.

—No entiendo lo que te pasa —comentó Sofía.

—No hay nada que entender —dijo Eva.

Respiró hondo para calmarse. Sofía suspiró al otro lado de la línea. Debía darse por vencida, o terminaría teniendo con Eva la bronca del siglo.

—Como quieras —dijo simplemente. En esos momentos sonó la campana de la facultad—. Tengo que dejarte; tengo clase. Ya hablaremos.

—Adiós —se despidió Eva.

—Adiós.

Sofía colgó la llamada. Sin pararse a pensar en nada, pues no tenía tiempo, guardó el móvil en el bolso y echó a correr hacia el aula.

Las siguientes semanas, Eva se negó en rotundo a hablar de Adrián y a que le hablaran de él, o del puñetero beso que se había dado con Rebeca, convirtiéndolo en un tema tabú. No permitía que se le nombrara ni siquiera con eufemismos. Sofía no había vuelto a sacar el tema, porque tenía claro cómo acabarían Eva y ella: discutiendo.

Eva se concentró en los exámenes. Aunque no podía engañarse a sí misma y tenía que reconocerse que no siempre lo conseguía. Adrián se había alojado en su cabeza y en su corazón como un clavo. Como un clavo de fuego.

El recuerdo de su sonrisa perfecta y deslumbrante, de sus besos, de sus caricias, el calor de su cuerpo... Eran demasiadas cosas que olvidar.

A Adrián le pasaba lo mismo. Dejó que el tiempo lo ayudara a olvidarse de Eva mientras consumía las horas de los días metido en el estudio, trabajando sin parar en los proyectos que le habían encargado. Pero la imagen de Eva asomaba a su cabeza más veces de las que le gustaría.

Una tarde, terminando de diseñar los planos de la ampliación de un edificio en el Paseo de la Castellana, se paró a pensar.

¿Cuánto hacía que no veía a Eva? ¿Un mes? ¿Dos? ¿Era posible? Sí, al parecer era posible. ¿Cómo podía haber aguantado tanto tiempo sin verla? ¿Lejos de ella? ¿Lejos de la persona que lo había sido prácticamente todo en un momento de su vida?

El destino parecía burlarse de él, porque cuanto más tiempo pasaba, más creía estar enamorado de Eva. ¡Qué ironía! Amar a alguien a quien solo tienes en recuerdos era como querer conservar un copo de nieve en la mano.

Evocar su risa, a ratos cohibida; su espontaneidad —tan sexy—, su forma de gesticular sin parar con las manos. Recordar sus preciosos ojos verdes, su cuerpo lleno de curvas... Todo había formado una especie de cuchilla que permanecía hundida en su corazón y que le provocaba un deseo terrible y voraz de huir, de salir corriendo, de escapar.

—Escapar... —dijo a media voz.

Tal vez eso era lo que tenía que hacer: escapar.

De pronto la idea de irse de Madrid se le antojó muy atractiva. Sumamente atractiva, pese a que era un enamorado de la capital.

—Necesito cambiar de aires, empezar de cero. Quizás perdiéndome en algún lugar lejos de aquí vuelva a encontrarme —se dijo.

CAPÍTULO 61

—Adrián, ¿para qué nos has llamado? —le preguntó Jorge, sentándose en uno de los sofás marrones del salón de la casa de sus padres.

En los otros dos estaban Raúl y Blanca y Esteban Montenegro. Adrián permanecía en pie.

—Para comunicaros una cosa —le respondió Adrián a su hermano.

—¿Te vas de expedición a Siberia? —bromeó Raúl.

—No, no me voy de expedición a Siberia —respondió Adrián, imitando su voz.

—Raúl, déjalo hablar —medió Blanca con voz templada.

—Está bien, está bien... —dijo Raúl. Se echó hacia atrás, recostando la espalda en el respaldo del sofá, y cruzó las piernas a la altura de los tobillos—. Somos todo oídos, hermanito —dijo, dando paso a Adrián.

—Llevo unos días pensando... —comenzó a decir Adrián—. Dándole vueltas a un asunto... —Tomó aire—. Me voy a Nueva York —anunció sin rodeos.

—¿Te ha salido algún proyecto en la Gran Manzana? —se adelantó a preguntarle Jorge.

—No —negó Adrián—. Me voy a vivir.

Raúl descruzó las piernas y se incorporó.

—¿Cómo que te vas a vivir? —repitió, ligeramente desconcertado.

—Sí, me voy a vivir. Últimamente no... no estoy bien —dijo Adrián—. Necesito salir de Madrid; cambiar de aires, empezar de cero en otro sitio...

—¿Y no puedes empezar de cero en Barcelona, por ejemplo? ¿Te tienes que ir a Nueva York? —

intervino Raúl, que se había quedado realmente sorprendido con la noticia que había dado Adrián—. Si te vas a Nueva York no te vamos a poder ver tan a menudo —añadió.

—No quiero quedarme en España. Al final acabaría volviendo a Madrid, y eso es precisamente lo que quiero evitar —explicó Adrián.

—¿Es por esa chica? ¿Por Eva? ¿La amiga de Sofía? —le preguntó su madre.

Adrián metió las manos en los bolsillos del pantalón y se encogió de hombros.

—Es por todo, mamá —dijo—. Pero sobre todo porque quiero abrirme nuevos horizontes profesionales, crecer como arquitecto.

Adrián no quería culpar a Eva ante su madre, aunque era evidente que ella había tenido mucho que ver en su decisión.

—Haz lo que creas apropiado, hijo —intervino su padre con sensatez—. Estoy seguro de que Nueva York te brindará muchas oportunidades.

—Gracias, papá.

—Aunque te vayas a vivir a Nueva York, ¿será algo temporal? —quiso saber Jorge.

Adrián volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé —contestó—. Lo único que tengo claro es que de momento es definitivo.

—¿En serio no te vas a plantear lo de Barcelona? —dijo Raúl, con un matiz socarrón en la voz—. Mira que tiene playa.

Adrián apretó los labios hasta formar una línea con ellos y negó con la cabeza ligeramente.

—Me temo que no —respondió con una sonrisa de medio lado.

Raúl lo miró y movió la cabeza, asintiendo.

—¿Vendrás en Navidades? —bromeó.

—Volveré como el Almendro. No te preocupes —rio Adrián.

Blanca se levantó del sofá y abrazó a su hijo.

—Te vamos a echar mucho de menos, cariño —dijo. Tenía la voz algo tomada por la emoción.

Adrián la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí.

—Y yo a vosotros —afirmó.

—¿Cuándo tienes pensado irte? —le preguntó su padre, cuando madre e hijo se separaron.

—El lunes de la próxima semana. Hoy mismo voy a reservar el billete de avión —dijo.

Adrián tenía prisa por dejar Madrid.

Jorge entró en la cocina, se acercó a Sofía y le dio un abrazo desde atrás, cuando ella estaba terminando de hacer la sopa de verduras para la cena.

—Mmmm... —ronroneó ella, echando hacia atrás la cabeza.

—Hola, mi niña —dijo Jorge.

Sofía se dio la vuelta.

—¿Está todo bien? —le preguntó, al advertir una nota de preocupación en su voz.

—No lo sé —respondió Jorge, aflojándose el nudo de la corbata.

Sofía frunció el ceño.

—Cuéntame, ¿qué ocurre? —quiso saber, acabando de desanudarle la corbata y quitándosela.

—Adrián se va a vivir a Nueva York.

—¿Sí?

—Sí, para eso nos ha reunido hoy en casa de mis padres. Para decírnoslo.

—¿Pero se va para quedarse definitivamente?

Sofía dejó la corbata sobre la isla.

—Sí. Por lo menos esa es su intención.

—Jorge, ¿crees que es... por Eva? —preguntó Sofía cautelosamente.

—Él le ha dicho a mi madre que quiere buscar nuevos horizontes profesionales, pero yo estoy seguro de que está huyendo del recuerdo de Eva.

Sofía resopló.

—Joder —murmuró.

—Desde que lo dejaron, mi hermano no ha vuelto a ser el mismo. Está apático, serio y se pasa las veinticuatro horas del día trabajando —comentó Jorge.

—Eva tampoco está bien —dijo Sofía—. No quiere reconocerlo, pero la conozco, y sé que no está bien. Creo que sigue teniendo en la cabeza a Adrián.

—Qué ironías tiene la vida. Ninguno de los dos se ha olvidado del otro y, sin embargo, en unos días van a estar separados por casi seis mil kilómetros.

—Eva y Adrián son el uno para el otro. Siempre lo he pensado, pero Rebeca lo estropeó todo —dijo Sofía—. No es justo.

—No, no lo es —le dio la razón Jorge—. Pero la vida, por norma general, no es justa.

—¡Jo, no sabes la rabia que me da! —Sofía rodeó la cintura de Jorge y apoyó el rostro en su pecho—. ¿Cuándo se va? —preguntó.

—El lunes de la semana que viene.

—¿Tan pronto? Pero si hoy es jueves.

—Sí. Adrián tiene prisa por largarse de Madrid —dijo Jorge, acariciando la espalda de Sofía.

CAPÍTULO 62

Jorge entró en el salón con una bandeja y se dirigió a la mesita auxiliar, donde la apoyó.

—¿Dónde te vas a quedar a vivir? —le preguntó a Adrián, mientras le servía una cerveza que acababa de traer de la cocina—. ¿Tú qué quieres, Sofía?

—Una Coca-Cola —respondió ella.

Jorge le tendió una junto con un vaso lleno de hielos. Sofía la tomó.

—He hablado con los dueños de *O'Neal Enterprise Consulting*, las personas para las que trabajé cuando estuve en Nueva York la vez anterior —comenzó Adrián—, me van a alquilar el apartamento en el que me alojé durante mi estancia allí, mientras busco algo que comprar.

Jorge se sentó al lado de Adrián en el sofá, cogió otra de las cervezas que había en la bandeja y le quitó la chapa con el abridor.

—Sé que buscas ampliar horizontes a nivel profesional, pero supongo que Eva ha tenido mucho que ver en que tomes la decisión de irte a vivir a Nueva York —comentó, dando un sorbo de la cerveza.

Tras un breve silencio, Adrián dijo:

—Necesito alejarme de todo. Dar un giro de ciento ochenta grados a mi vida. Empezar de cero en un lugar nuevo, distinto... —Miró fijamente a su hermano—. Necesito olvidarme de Eva. Hasta ahora no lo he conseguido —confesó—. Al contrario, parece que cada día estoy más enamorado de ella. Por eso creo que lo mejor es romper con todo.

—Se me parte el corazón cuando te oigo decir eso —intervino Sofía en la conversación—. Sobre todo porque estoy convencida de que Eva tampoco te ha olvidado, aunque no se lo reconozca a nadie.

—Sí, bueno... Así funcionan estas cosas —alegó Adrián, resignado.

—Sí, supongo que sí —murmuró Sofía, haciendo una mueca con la boca.

—La verdad es que te entiendo. No puedo decir lo contrario —dijo Jorge con su habitual sensatez—. Solo espero que no sea algo definitivo. Que, aunque estés en Nueva York una temporada larga; todo lo largo que creas conveniente o que necesites, acabes regresando a Madrid.

—Sabes que siento adoración por esta ciudad y que para mí no hay nada como Madrid. Lo he dicho en más de una ocasión, pero ahora lo que menos necesito es estar aquí —dijo. Bebió un largo trago de cerveza—. ¿Quién sabe? Quizás un día regrese.

Jorge le puso una mano en el hombro.

—Te vamos a echar de menos, hermanito —dijo.

—Y yo a vosotros —apuntó Adrián—. Sobre todo voy a echar de menos esa forma de llamarme «hermanito» que tenéis tú y Raúl —bromeó.

Jorge lanzó una risilla.

—Es que siempre vas a ser nuestro hermanito —señaló.

Lo atrajo hacia él y le dio un abrazo fraternal. Adrián le palmeó la espalda.

—Yo también te voy a echar de menos —dijo Sofía con los ojos húmedos.

—Y yo a ti, cuñadita —afirmó Adrián con una leve sonrisa en los labios. Al ver que Sofía estaba a punto de llorar, se levantó del sofá, tiró ligeramente de ella y la abrazó—. Hey, no vayas a llorar, ¿eh? —le dijo—. Si voy a venir a veros a menudo. No creáis que os vais a deshacer de mí así como así —bromeó—. Además, de este modo vosotros tendréis una excusa para ir a Nueva York.

Sofía sonrió.

—Me da mucha pena que lo tuyo con Eva terminará así... —comentó.

—Son cosas que pasan —apuntó Adrián. Hizo una pequeña pausa para tomar aire—. Bueno, tengo que irme —dijo, separándose de Sofía—. Las maletas no se hacen solas —ironizó.

—Ya sabes que me es imposible acompañarte mañana al aeropuerto —comentó Jorge, incorporándose del sofá—. Tengo una reunión con unos clientes muy importantes y no puedo cancelarla.

—No te preocupes, me va a llevar Raúl. Ya lo he hablado con él —respondió Adrián—. Por eso he venido hoy a veros, para despedirme de vosotros.

—¿Ya te has despedido de mamá y papá?

—Sí, vengo de allí.

—Bien... —dijo Jorge. Dio un paso hacia adelante y volvió a abrazar a su hermano pequeño—. Hasta pronto —se despidió.

—Hasta pronto —murmuró Adrián contra su hombro—. Hasta pronto, cuñadita —le dijo a Sofía en tono cariñoso.

Soltó a su hermano mayor, se inclinó y la abrazó de nuevo.

—Hasta pronto, Adrián —respondió ella aguantándose las ganas de llorar.

—Os llamaré cuando esté instalado, ¿vale? —les dijo Adrián.

—Te echaré una bronca si no lo haces —le advirtió Jorge con una nota de broma en la voz.

—Nunca dejas de hacer de hermano mayor, ¿eh? —le preguntó Adrián.

—Nunca —respondió rotundo Jorge.

—Ya lo conoces —comentó Sofía.

Adrián puso los ojos en blanco de forma teatral.

—¡Qué cruz ser el pequeño de los hermanos Montenegro! —exclamó, tratando de poner un poco de humor a la despedida—. Es como tener mil padres.

Los tres se rieron.

—Bueno, chicos, es hora de irme —anunció Adrián.

—Adiós —dijo Jorge.

Sofía agitó la mano.

—Adiós —musitó.

Adrián dio media vuelta y se marchó. No quería alargar más la despedida. Tampoco contaba con mucho tiempo; todavía tenía que hacer la maleta.

CAPÍTULO 63

Tanto Eva como Sofía habían terminado por fin los exámenes y, aprovechando que contaban con algo de tiempo libre, quedaron para desayunar en el Gran Café de Madrid, la cafetería de estilo irlandés y decorado bohemio situada en la Plaza Mayor.

El cielo estaba cerrado y las nubes, de un gris plomizo, advertían una inminente tormenta y un más que probable día de lluvia.

Al ser primera hora de la mañana, no tuvieron problema para encontrar una mesa vacía en el Gran Café de Madrid, pese a que la tónica habitual era tener que esperar a que alguien se levantara.

Pidieron al camarero un par de descafeinados con leche y unas tostadas con mantequilla y mermelada, y se sentaron en una mesa de las que había libre junto a las ventanas.

Sofía estaba pensativa y aunque trataba de seguir la conversación de Eva, no siempre lo conseguía.

—Sofía, ¿estás bien? —le preguntó Eva—. ¿Te preocupa algo? ¡¿No te habrá vuelto a llamar Carlos?! —exclamó de pronto con visible voz de alarma.

—No —negó Sofía mientras daba vueltas con la cuchara a su descafeinado con leche.

—¿Entonces? —insistió Eva.

Sofía era consciente de que Eva no quería hablar de Adrián, ni siquiera quería que se le nombrase, pero no podía callarse que en las próximas horas se iba a vivir a Nueva York.

Sofía apartó los ojos de su descafeinado y miró a Eva.

—Sé que no quieres hablar de Adrián y es algo que he respetado durante todo este tiempo, pero...

Eva bufó.

—Sofía, por favor —le cortó—. ¿Por qué sigues empeñada en...?

—¡Ya está bien, Eva! —prorrumpió a su vez Sofía, elevando ligeramente la voz—. ¡Ya está bien!

Eva se calló de golpe. Su rostro demudó en una expresión de sorpresa.

¿Qué le pasa a Sofía?, se preguntó. *Nunca la he visto así. Tan enfadada.*

—Adrián se va a Nueva York esta tarde —soltó Sofía.

Eva frunció el ceño.

—¿Le ha salido un nuevo proyecto allí? —preguntó.

Sofía negó con la cabeza.

—No. Se va a vivir.

Eva no pudo evitar sentir un pellizco en el estómago.

—¿A vivir? —repitió.

—Sí.

—¿Pero se va a vivir a Nueva York definitivamente? ¿O es algo temporal?

—Es definitivo. Su avión sale a las ocho.

Eva guardó silencio durante unos segundos. Decenas de pensamientos pasaban por su cabeza sin orden ni concierto.

—Creo que es lo mejor —dijo al cabo de un rato.

—¡¿Qué?! —gimió Sofía, dejando la cuchara en el platillo—. ¿Es que no vas a abrir nunca los ojos?

Eva recostó la espalda en la silla.

—Por lo que veo, sigues empeñada en defender a Adrián —comentó.

—Y tú en atacarlo —refutó Sofía—. Y en defender a tu queridísima compañera de piso —añadió con cierto desdén—. Pero claro, para ti es más fácil creerte a Rebeca.

Eva entornó los ojos, descolocada por las palabras de Sofía.

—¿De qué coño hablas? ¿Qué quieres decir con que para mí es más fácil creerme a Rebeca? —le preguntó.

—Pues ni más ni menos que eso —atajó Sofía—. No es que no creas a Adrián, es que no quieres creerle.

—¿Cómo que no quiero creerle?

Eva estaba cada vez más confundida.

—No quieres creerle porque es más cómodo para ti no hacerlo —respondió Sofía.

—Pero, ¿de qué hablas? —volvió a decir Eva, abriendo los brazos.

Sofía aspiró con fuerza el aire.

—Hablo de que no creyendo a Adrián, no tienes que enfrentarte a tu problema.

—¿Qué?! —Eva no salía de su asombro.

—Siempre has sido una chica valiente, pero ahora estás actuando como una cobarde. Estás cagada, Eva.

—Sofía...

—Me da igual si te enfadas conmigo o no, pero es hora de que te diga lo que pasó aquel día. Y me vas a escuchar quieras o no quieras —dijo Sofía, dando golpecitos en la mesa con el dedo índice.

—Ya sé lo que pasó aquel...

Eva intentó hablar, pero Sofía no le dejó.

—¿Sí? ¿Estás segura de lo que pasó? —ironizó—. ¿Sabes que fue Rebeca quien invitó a Adrián a subir a vuestro piso, alegando que habías bajado al supermercado y que solo ibas a tardar cinco minutos? ¿Que, aunque Adrián no quería, le llevó una cerveza y ella misma se la abrió? ¿Que estuvo coqueteando con él sin parar? —comenzó a plantearle—. ¿Sabes que cuando Adrián le pidió explicaciones, tu queridísima compañera de piso le dijo que se merecía algo mejor?

—¿Algo mejor? —repitió Eva.

—Sí, algo mejor que tú. Le dijo que no estabas a su altura y que si no veía que ella tenía mejor cuerpo...

Eva movía la cabeza, negando imperceptiblemente, incrédula, mientras procesaba todo lo que le estaba diciendo Sofía.

—¡Por Dios, Eva! ¡Piensa un poco! —dijo Sofía, señalándose la frente con el dedo. Estaba siendo dura, pero tenía que hacer recapacitar a su amiga—. ¿En serio crees que Adrián se enrollaría con Rebeca, sabiendo que solo ibas a tardar cinco minutos en volver del supermercado? ¿Le crees tan tonto? —le preguntó—. Fue ella la que esperó a que tú entraras en el salón para cogerle el rostro y besarle.

Eva se levantó de golpe de la silla. Estaba visiblemente nerviosa y con el rostro descompuesto.

—No voy a seguir escuchándote —dijo con la mandíbula tensa—. No voy a seguir... —Se calló de golpe y apretó los dientes—. Estás muy bien aleccionada —agregó.

—¿Aleccionada?

—Sí, por Adrián. ¿No pensarás que él iba a reconocer que besó a Rebeca?

—Eva...

—¡Eva nada! Lo siento, es la palabra de Adrián contra la de Rebeca, y yo sigo creyendo a Rebeca.

Sofía esbozó una sonrisa amarga.

—Sí, es mejor que creas a Rebeca, así no tienes que enfrentarte a tus fantasmas —dijo con ironía. Ya no tenía intención de callarse, así que no iba a hacerlo—. Pregúntale por qué después de lo que sucedió aquel día ha estado llamando a Adrián para intentar quedar con él y de dónde ha sacado su número de teléfono personal.

Eva soltó una especie de gruñido y sacudió la cabeza. Sin decir nada más, cogió el bolso, se dio la vuelta mientras se lo colocaba en el hombro y se fue.

Sofía suspiró.

Eva es imposible, se dijo con tristeza.

Se sentía tan impotente.

CAPÍTULO 64

Eva salió a la calle con la respiración agitada. Tenía los ojos empañados. Le dolía profundamente que Sofía siguiera defendiendo a Adrián, y que no hiciera lo mismo con ella; que no se pusiera en su lugar; que no hiciera un esfuerzo por entenderla.

—Estoy harta —masculló.

Las primeras gotas de una lluvia fina comenzaron a hacerse notar. En menos de lo que duraba un latido iba a caer el diluvio universal.

Eva giró el rostro y, por encima del hombro, lanzó un último vistazo a la cafetería. No había nada más que decir. No había nada más que hablar. Volvió la mirada al frente y echó a correr, atravesando la Plaza Mayor.

Bajó las escaleras del parking a la carrera para no mojarse y fue a coger su Mini rojo. Sin perder tiempo, se metió en el coche, arrancó el motor y se fue para casa, tratando de contener las lágrimas. Quería estar sola. Además, tenía que terminar de hacer la maleta. Habían acabado los exámenes y como había prometido a su madre, iba a pasarse unos días a Alicante, y aún le quedaban por meter en el equipaje algunas cosas.

Eva se pasó el resto de la mañana intentando mantenerse ocupada, para no pensar en lo que no debía. Hizo las labores de la casa, recogió la habitación, puso una lavadora, preparó la comida y acabó de hacer la maleta. Saldría para Alicante después de cenar. Estaría toda la noche conduciendo. Lo cual agradecía, porque estaba segura de que no iba a pegar ojo.

Sin embargo, durante la tarde no pudo sacarse de la mente a Adrián y a Rebeca. Las palabras de Sofía se repetían en su cabeza como un eco. Todo lo que le había dicho le había hecho mucho daño. ¿Cómo podía pensar que no creía a Adrián porque le convenía?, ¿por comodidad? ¿Que prefería creer la versión de Rebeca para no tener que enfrentarse a su problema? ¿A su pasado?

La había llamado cobarde.

No creo a Adrián porque...., súbitamente se calló. ¿Por qué no creo en él?, se preguntó de pronto. Su mente se silenció. ¿Y si Sofía tiene razón? ¿Y si no quiero creerle para no tener que enfrentarme a mis fantasmas?

—Hola.

El saludo seco de Rebeca la sacó de sus cavilaciones.

—Hola —correspondió Eva.

Últimamente Rebeca estaba más antipática que de costumbre, incluso más irritable. Mientras se quitaba el bolso y lo colgaba en una de las sillas del salón, Eva repasaba las cosas que Sofía había dicho de ella. ¿Sería verdad que había sido Rebeca quién había besado a Adrián? ¿Sería cierto que estuvo coqueteando con él?

Eva estaba terriblemente confundida. ¿Qué coño era verdad y qué mentira?

—Voy a darme una ducha —dijo Rebeca con indiferencia—. Esta mañana no había agua.

Eva no dijo nada. Seguía dando vueltas en su cabeza a las palabras de Sofía.

Rebeca se giró sobre sus talones y salió del salón camino del cuarto de baño.

Cuando su esbeltísima y estilósima figura desapareció tras la puerta, Eva se preguntó si sería cierto que habría llamado varias veces por teléfono a Adrián. ¿Acaso a Rebeca le gustaba Adrián y ella no se había dado cuenta?

Los ojos se movieron automáticamente hacia el bolso de Rebeca.

Una idea le atravesó la mente.

Se levantó del sofá y se dirigió a la puerta. Desde el umbral, aguzó el oído. Pudo escuchar como caía el agua de la ducha.

—Ahora o nunca —susurró.

Lo que iba a hacer no estaba bien. Lo sabía. Pero a esas alturas le daba igual. Estaba cansada de ser siempre tan políticamente correcta.

Se acercó al bolso y, aprovechando que Rebeca estaba en la ducha, abrió la cremallera, hundió la mano en el interior y buscó su teléfono.

Eva sentía el corazón en la garganta, laténdole a mil por hora.

Cogió el móvil y mientras lanzaba miradas furtivas a la puerta, para que Rebeca no la pillara *in fraganti*, consultó el listado de las llamadas realizadas en las últimas semanas.

Se sabía de memoria el número de teléfono personal de Adrián, así que iba a comprobar si aparecía en los listados de Rebeca.

Fue pasando el dedo hacia abajo, hasta que los ojos se clavaron en la pantalla.

«Adrián Montenegro», leyó.

No las contó, pero había varias llamadas hechas a Adrián. Él no había respondido a ninguna, porque el contador de tiempo de la duración de la llamada estaba a cero en todas.

Volvió a mirar hacia la puerta, nerviosa.

Siguió con su escrutinio y entró en el apartado de las *llamadas perdidas*. El nombre de Adrián no aparecía por ningún lado de la larga lista. Adrián no había llamado nunca a Rebeca.

Eva comenzó a hacer cábalas.

Rebeca solo había podido conseguir el número de teléfono personal de Adrián de una forma: curioseando su móvil.

—Hija de puta —masculló en voz baja.

De pronto sintió como si le dieran un latigazo en plena cara. Sofía tenía razón. La había tenido todo el tiempo. Y Adrián...

—Oh, Adrián... —musitó con una punzada de dolor en el corazón.

Tenía que hablar con él.

Consultó el reloj del móvil. Eran las siete y veinte de la tarde. ¿A qué hora le había dicho Sofía que salía el avión de Adrián? Hizo memoria. ¿A las ocho? ¿A las ocho y media?

—¡Joder, no me da tiempo! —se lamentó.

Guiada por un impulso, devolvió el móvil de Rebeca al bolso, y corrió hasta la habitación. Cogió rápidamente la cazadora, el bolso y las llaves del coche y salió de casa como si le persiguiera el monstruo del lago Ness. Tenía que llegar a la T4 antes de que Adrián embarcara.

Mientras bajaba en el ascensor, llamó a Sofía.

—Cógemelo, cógemelo, cógemelo... —repetía una y otra vez con voz impaciente.

—Dime, Eva. —respondió Sofía, después de cinco tonos que a Eva se le antojaron eternos.

—No tengo tiempo para hablar. Solo dime a qué hora sale el avión de Adrián —dijo casi sin respirar.

Las palabras brotaban mecánicamente de su boca, como si le hubieran dado cuerda.

—¿Qué? Pero, ¿qué...? —balbuceó Sofía.

—Sofía no tengo tiempo para hablar. Ya te lo he dicho. Solo dime a qué hora sale el avión de Adrián.

—A las ocho —respondió Sofía—. ¿Vas para el aeropuerto? —preguntó.

—Sí, tengo que hablar con él —contestó.

—Pero Eva, son las siete y veinte pasadas. No te da tiempo.

—Al menos tengo que intentarlo.

—Oh, Dios mío... ¿Os vais a reconciliar? —dijo Sofía sin disimular su entusiasmo.

—No lo sé, Sofía. No lo sé —respondió Eva, nerviosa—. Te dejo.

—¡Suerte!

—Gracias.

Eva colgó la llamada justo cuando llegó al coche. Abrió la puerta y tiró el bolso en su interior. Cayó en el asiento del copiloto. ¡Tenía prisa y además llovía a cántaros!

—¿Por dónde tardo menos? —se preguntó a sí misma al tiempo que metía la llave en el contacto y arrancaba el motor—. Por la M-11 —se respondió—. Sí, por la M-11.

Salió del aparcamiento y tomó la M-30 por la calle de Finisterre. A través de la circunvalación cogería finalmente la M-11, que la llevaría al aeropuerto. Tardaría unos veinte minutos si todo iba bien. En silencio rezó para que no surgiera ningún contratiempo con el tráfico, pero Madrid era tan imprevisible.

CAPÍTULO 65

Hasta que logró sortear las calles de Madrid y dejar atrás la ciudad, Eva se cagaba en todo lo que se meneaba cada vez que un semáforo en rojo o un paso de peatones la obligaba a detenerse. La intensa lluvia ya estaba retrasando bastante la circulación.

—¡Vamos, joder! —exclamaba impaciente, golpeando el volante con la palma de la mano. Incluso el movimiento de los parabrisas la ponía nerviosa—. ¡Vamos, vamos!

Respiró aliviada cuando por fin llegó al aeropuerto. Como no había aparcamiento disponible, dejó el coche en la zona habilitada para los taxis. Al bajarse, uno de los taxistas le dedicó una mirada de pocos amigos.

—Serán solo unos minutos —se excusó Eva, haciendo una mueca con la nariz—. Lo prometo.

El hombre meneó la cabeza, amonestándola. Eva lo ignoró. ¡No tenía tiempo para ponerse a discutir!

Las manecillas de su reloj de muñeca marcaban las siete y cuarenta y cinco cuando cruzaba corriendo las puertas acristaladas de la terminal.

Entró y se paró en seco. Miró hacia todos los lados mientras trataba de recuperar el aliento. Los ojos se detuvieron en el panel digital que informaba de las salidas. Enseguida localizó el número de vuelo de Nueva York y el número de mostrador.

Corrió hacia él como una bala. Afortunadamente se encontraba vacío.

—Disculpe, señorita... —comenzó a decir con voz atropellada, a la chica de treinta y pocos años, morena, peinada con una coleta alta y tirante, que estaba detrás del mostrador—. ¿Han embarcado ya los pasajeros del vuelo 4875 con destino a Nueva York? —preguntó.

—Sí. Hace veinte minutos.

Eva maldijo.

—¡Mierda! —bufó al tiempo que se pasaba la mano por el pelo.

—¿Le ocurre algo? —preguntó la chica.

Eva obvió su pregunta.

—¿Por qué puerta han entrado?

—Por la nueve. ¿Por qué quiere saberlo? —dijo la chica.

Eva salió corriendo hacia la puerta nueve sin responderle. No podía perder un segundo.

—Nueve, nueve, nueve, nueve... —iba repitiendo impaciente mientras pasaba casi corriendo por delante de todas las puertas que había en la hilera—. ¡Joder, no podía haber sido una que estuviera más cerca! —se quejó—. ¡Nueve! —gritó, al verla por fin.

Aceleró el paso, giró y trató de entrar, pero se topó con el muro que formaba el cuerpo del guardia de seguridad, que se lo impidió.

—¿Dónde cree que va? —le preguntó con malas pulgas.

—Necesito pasar —respondió Eva, intentando colarse por uno de los lados.

—No puede —dijo únicamente el hombre con rostro serio.

La sujetó por los hombros y la obligó a retroceder.

—Por favor... Es muy urgente. Tengo que hablar con uno de los pasajeros del vuelo 4875 con destino a Nueva York. —La voz de Eva sonaba suplicante.

—Me da igual con quién tenga que hablar. El avión está a punto de despegar. ¿Está loca?

Sí, loca por Adrián Montenegro, se dijo en silencio para sí misma.

—Pero es que soy pasajera y mañana empiezo a trabajar en una oficina muy importante de Nueva York —se inventó—. Sobre su conciencia recaerá que me despidan.

La boca del guardia de seguridad se torció en una mueca de burla.

—¿En qué quedamos, señorita? ¿En que tiene que hablar con uno de los pasajeros, o que usted es una pasajera? —le preguntó con mofa.

Eva estaba tan nerviosa y había llegado a tal punto de exasperación que no se había dado cuenta de que antes le había dicho que tenía que hablar con uno de los pasajeros.

—Putá mierda... —masculló—. Si fuera pasajera, ¿me dejaría pasar?

—No —negó tajante el hombre, cruzando los brazos por encima del pecho.

—Está bien... Entendido.

Eva fingió resignarse. Dio media vuelta y avanzó un par de pasos, como si fuera a irse. Después miró de reojo y echó a correr de nuevo hacia la puerta.

—¿Es que no me ha oído? ¡Qué no puede pasar! —aseveró enfadado el guardia de seguridad, volviendo a detenerla.

—Por favor... Solo será un minuto. Un minuto —rogó Eva al borde de la desesperación. Juntó las manos y las colocó delante de su rostro—. Por favor, por favor, por favor...

El hombre entrecerró los ojos. Estaba empezando a cabrearse muy seriamente. Durante un instante Eva pensó que iba a fulminarla con la mirada.

—Si sigue intentando colarse, me veré en la obligación de expulsarla del aeropuerto —le advirtió.

—Si sigue intentando colarse, me veré en la obligación de expulsarla del aeropuerto —repitió Eva imitando su voz—. Desayune algo más de fibra, a ver si le cambia el humor —se le escapó decir.

El guardia de seguridad contrajo las mandíbulas.

Eva apretó los labios y dio un paso atrás.

Ya no hay nada que hacer, se dijo.

Se giró y se alejó de la puerta. Si no lo hacía, el *segurata* terminaría echándola de la terminal de maneras poco amables.

Respiró hondo y dejó caer los hombros con una sensación de derrota gravitando encima de su cabeza. Se le hizo un nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas cuando entendió que había hecho una carrera a contrarreloj para nada. Adrián se iba a Nueva York para siempre y ella no había podido hablar con él.

Las luces de un avión situado en mitad de la pista llamaron su atención en la oscuridad gris y melancólica que teñía la atmósfera. Arrastrando los pies como si fueran de plomo, se acercó a las enormes cristaleras que permitían contemplar toda la pista.

El pulso se le aceleró. Era el vuelo de Adrián.

Impotente, contempló como un par de operarios retiraban la escalera de acceso y como la puerta del avión se elevaba para terminar cerrándose.

Su última esperanza se esfumó.

—Adrián, no te vayas... —susurró con la voz entrecortada por el llanto—. No te vayas, por favor...

Apenas unos minutos después, el avión comenzó a moverse ante la mirada desolada de Eva. Con los ojos húmedos vio como cogía velocidad y despegaba.

Apoyó las palmas de las manos en el cristal mientras un torrente de lágrimas se deslizaba precipitadamente por su rostro.

Pese a que el aeropuerto estaba lleno del ruido del trajín de los pasajeros que iban y venían, Eva no lo oía. Para ella, el silencio era tan ensordecedor que le laceraba los oídos.

—Adrián... —sollozó—. Oh, Adrián...

—Estoy aquí.

CAPÍTULO 66

Eva sintió que el corazón le daba un vuelco. Durante unos segundos tuvo la sensación de que había dejado de latirle. Abrió los ojos de par en par y vio la figura de Adrián en el reflejo del cristal. ¿Era posible? ¿O era un espejismo fruto del anhelo y de la tristeza?

Se giró rápidamente.

No, no era un espejismo.

Adrián estaba de pie, a solo unos metros de ella.

—Adrián... —murmuró en un hilo de voz. Apenas podía articular palabra.

Sin ser muy consciente de lo que la rodeaba o de lo que hacía, echó a correr y lo abrazó.

—Estás aquí —dijo contra su pecho—. No te has ido.

—No, no me he ido —respondió Adrián, estrechándola entre sus brazos.

Durante un rato, Eva se quedó quieta, completamente en silencio, deleitándose en la sensación de protección y calidez que le transmitían los brazos de Adrián. Lo había echado tanto de menos...

—Pero, ¿qué haces aquí? —le preguntó perpleja al separarse. Todavía no terminaba de creerse que estuviera allí—. ¿Cómo...? Tu avión... —No le salían las palabras—. ¿Por qué no estás en el avión?

—Sofía me ha llamado por teléfono justo cuando estaba embarcando —comenzó a explicar Adrián—. Me dijo que venías para el aeropuerto y que querías hablar conmigo. Me he quedado para ver qué querías decirme...

Bendita Sofía, dijo Eva para sus adentros.

Eva tragó saliva. Tenía muy claro lo que quería decirle. Sería breve y concisa.

—Lo que quiero decirte es que... —se mordió ligeramente el labio inferior, nerviosa. Tomó aire—. Que te quiero —soltó en su solo aliento, como si acabara de descorchar una botella—. Que te quiero como nunca he querido a nadie.

Adrián alargó las manos y con los dedos le enjugó las lágrimas que corrían sin parar por sus mejillas, mientras los ojos se escrutaban mutuamente. Le dolía ver llorar a Eva. Le dolía mucho.

La atrajo hacia sí y la abrazó.

—No te vayas —le suplicó Eva con ese nudo en la garganta que no era capaz de deshacer—. Por favor, no te vayas.

—No me voy a ir —dijo Adrián—. No me voy a ir a ningún sitio.

Eva respiró aliviada al oír aquellas palabras. No se iba a ir. Se apretó más contra Adrián. No quería soltarlo, por si acaso todo estaba siendo un sueño y al despertarse se esfumaba de entre sus brazos.

—¿Nos sentamos en alguna cafetería? —le preguntó Adrián—. Tenemos que hablar de muchas cosas.

Eva asintió.

—Sí —dijo sonriente.

Ambos se dirigieron a una de las cafeterías que había en el interior del aeropuerto. Se acomodaron en una mesa del fondo y pidieron dos cafés con leche. Es lo que apetecía en un día en que la lluvia no había dado tregua desde primera hora de la mañana.

—Adrián, también quiero pedirte perdón —empezó a decir Eva, moviendo el café con la cucharilla. Levantó la vista y lo miró fijamente a los ojos. Su mirada no había perdido ni una pizca de intensidad. Era tan profunda que sintió un escalofrío—. He sido una tonta. Una verdadera tonta —añadió apesadumbrada—. No sé cómo he podido creer a Rebeca, y más sabiendo cómo es. Pero cuando os vi... —La voz se le quebró—... sentí un dolor inmenso. Inmenso. Se me partió el corazón.

—Puedo imaginármelo, Eva. De verdad que puedo imaginármelo —apuntó Adrián, comprensivo—. Me pongo en tu lugar y sé que ver aquella escena tuvo que ser horrible para ti.

—Lo fue. Me pasaron tantas cosas por la cabeza...

—¿Por qué me crees ahora, Eva? ¿Qué ha cambiado? —le preguntó Adrián, desconcertado.

—Creo que siempre te he creído.

Adrián enarcó las cejas y dejó la taza de café a medio camino de la boca.

—¿Siempre me has creído? —repitió, confundido. Sin beber, dejó la taza en la mesa.

—Sí, Sofía tiene razón. Me convenía más no creerte y pensar que lo que decía Rebeca era cierto.

—Lo siento, Eva, quizás hoy esté algo espeso, pero no te entiendo.

Eva carraspeó y se colocó el pelo detrás de las orejas.

—No creyéndote, nuestra relación se rompería y yo no tendría que enfrentarme a mis fantasmas —explicó. Alzó la vista y miró a Adrián por debajo de la línea de pestañas—. Ya sabes... —dijo a media voz, como si no quisiera que nadie la oyera.

—¿Todavía sigues con eso? —le preguntó Adrián—. Pensé que te había dejado claro que no iba a presionarte, que no...

—Adrián, no eres tú —le cortó Eva—. No eres tú, de verdad. Soy yo. Todo está en mi cabeza. Es mi problema.

Adrián alargó el brazo por encima de la mesa, le cogió la mano y le acarició suavemente el dorso con el pulgar.

—No, no es tu problema. Es un problema de los dos, y los dos le vamos a poner solución.

—Me gustaría ser tan optimista como tú —musitó Eva.

—Eva, aunque ahora te parezca imposible, es un problema que no va a durar eternamente —afirmó Adrián.

—¿Tú crees? —preguntó Eva, haciendo un mohín con la boca.

Adrián le dedicó una de sus espectaculares sonrisas.

—¿Sabes qué pienso? —dijo.

—¿Qué?

—Que te lo tomas a la tremenda. No malinterpretes lo que voy a decirte —matizó Adrián, buscando las siguientes palabras que iba a decir—. Lo que viviste fue terrible, pero creo que eres demasiado dramática y eso hace que te bloques. Quizás si no lo pensaras tanto, si no lo tuvieras todo el tiempo en la cabeza, si dejaras de darlo vueltas, la perspectiva y la actitud con que te tomarías el tema sería distinta, y cuando quisieras darte cuenta... —dejó la frase suspendida en el aire. Eva la entendió perfectamente.

—A lo mejor tienes razón. Debería pensar menos en ello. Dejarme llevar... —Eva suspiró—. ¡Dios

mío, estás teniendo tanta paciencia conmigo! ¿Cómo he podido pensar que querías enrollarte con Rebeca?

A Eva le invadió de pronto una enorme sensación de culpa. Había sido tan injusta.

—Me dolió mucho que no me creyeras —confesó Adrián—. Que no confiaras en mí.

—Lo siento. Lo siento mucho. No quiero justificarme, pero estaba muy ofuscada. No veía más allá de mis narices. Solo cuando he estado a punto de perderte para siempre, he reaccionado —dijo Eva. Hizo una breve pausa—. No me extrañaría que no quisieras perdonarme. Lo que he hecho ha sido... —susurró.

—Ya, nena... —interrumpió Adrián—. Por mi parte está todo olvidado.

Eva se derritió por dentro cuando le oyó decir aquel «nena» de la manera que solo él sabía decirlo.

—Me encanta que me llames nena —confesó, esbozando media sonrisa.

—Es que eres mi nena —afirmó Adrián—. Mi nena cañón. Aunque a veces eres una nena cañón un poco cabezota —bromeó.

Eva estalló en una carcajada. Las mejillas se le sonrojaron ligeramente.

—Sí, es verdad. No puedo decir lo contrario —reconoció.

—¿Cómo se te ocurrió pensar que podía gustarme Rebeca? ¡Si no es mi tipo para nada! —exclamó Adrián—. Ya sabes cómo me gustan a mí... —dejo caer, mirándola con intención—. Por cierto, se me ha olvidado decirte una cosa...

—¿Qué?

Adrián salvó la distancia que los separaba y se acercó a su oído.

—Que yo también te quiero —le dijo con voz susurrante—. Y que nunca he querido a nadie como te quiero a ti.

—Oh... —musitó Eva.

¿Cómo he podido dudar de él? ¿Cómo he podido pensar que...?, no se atrevió a terminar la pregunta. La culpa volvió a golpearla. *¡Que injusta he sido!*

En un arrebato, cogió la cara de Adrián entre las manos y lo besó. De inmediato reconoció el característico sabor de sus labios. Ese dulzor que la volvía loca.

—No te imaginas lo que he echado de menos tu boca, nena —musitó él, apoyando su frente en la de Eva.

—Y yo la tuya —dijo Eva. Suspiró a unos centímetros de él—. Mi sabor preferido sigues siendo tú, Adrián —susurró en tono extremadamente cálido.

Adrián sonrió.

—Y el mío también sigues siendo tú —dijo él. Le sujetó la cabeza por la nuca y le dio pequeños besos en la boca—. No quiero dejar de saborearte. No quiero dejar de saborearte nunca.

Al final, terminaron fundiéndose en un apasionado beso, que hizo que más de una persona se girara hacia ellos.

CAPÍTULO 67

—¿Qué te apetece hacer? —le preguntó Adrián a Eva, rozándole cariñosamente la punta de la nariz con la suya.

—Me da igual, pero quiero estar contigo —respondió ella—. Si quieres que nos vayamos al fin del mundo, nos vamos, pero juntos.

Adrián esbozó una sonrisa llena de ternura.

—Oh, nena... —musitó—. ¿Hacemos algo en plan *tranqui*? ¿Pizza, peli y manta? —propuso.

—Me parece perfecto —dijo Eva, dándole un beso.

Adrián sacó un billete de cinco euros de la cartera y lo dejó sobre la mesa. Se levantó de la silla, cogió la maleta y la mano de Eva y salieron del aeropuerto.

Fuera había dejado ya de llover, y aunque era de noche, se intuía que el cielo seguía encapotado, porque la atmósfera olía a humedad.

Eva abrió los ojos de par en par a medida que se aproximaban al coche.

—¡Mierda! —masculló.

Se soltó de la mano de Adrián, rodeó corriendo el Mini rojo y cogió el papel que estaba pillado con el parabrisas.

—Joder, me han multado —se quejó.

Puso los ojos en blanco y dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—Nena, has aparcado en plena parada de taxis —observó Adrián.

—Es que no había más sitios —se justificó Eva—. Seguro que ha sido por culpa del taxista que me ha

mirado tan mal cuando he bajado del coche. Tenías que haberlo visto... ¡Pero si le he dicho que solo iban a ser unos minutos! —bufó.

Adrián consultó su reloj de muñeca.

—Ha pasado más de una hora y media —comentó, reprimiendo una sonrisa. La actitud de Eva era de lo más divertida.

Eva resopló. Echó un vistazo a un lado y a otro de la línea que formaban los taxis, para ver si estaba el taxista que la había mirado tan mal.

Adrián se acercó a ella por detrás, la cogió por la cintura y la pegó a él.

—No te preocupes, la pagaremos y asunto arreglado —dijo, quitándole importancia.

—No, la pagaré yo. Bastante dinero has perdido tú hoy con el billete de avión.

—No te preocupes por eso. No tiene importancia.

—Sí, sí tiene importancia —contradijo Eva.

—¡Anda, vamos!, que va comenzar a llover de nuevo en cualquier momento —dijo Adrián, tirando de Eva para que se subiera en el coche.

Eva se guardó la multa en el bolsillo del abrigo.

—Sí, vamos —dijo sonriente. No iba a dejar que una simple multa le amargara el día. Y menos ese día. Estaba feliz.

—Además, no vaya a ser que también se te ocurra recomendarle al taxista que desayune fibra para que le mejore el humor —comentó Adrián con una nota de burla en la voz.

Eva se paró en seco y se giró hacia él.

—¿Lo has oído? —preguntó, al darse cuenta de que era lo que le había dicho al guardia de seguridad del aeropuerto.

—Yo y media terminal —respondió Adrián.

—¿Y por qué no me has dicho nada? Lo he pasado fatal pensando que no podía hablar contigo antes de que te fueras a Nueva York.

—Quería castigarte un poquito.

Las cejas de Eva se juntaron hasta formar una sola. Puso los brazos en jarra.

—Oye, ¿cómo eres tan malo? —le reprochó.

—Es que estabas divertidísima —se defendió Adrián.

—¡Adrián! —exclamó Eva en tono de amonestación.

—No tengo que recordarte lo que mal que me lo has hecho pasar tú a mí estas semanas de atrás, ¿verdad? —bromeó Adrián.

Eva se calló. Un golpe de rubor coloreó sus mejillas. Adrián tenía razón.

—Será mejor que nos vayamos, va a empezar a llover —dijo, bajando la cabeza y cambiando radicalmente de tema.

Adrián sonrió para sus adentros.

—¿De qué quieres la pizza? —preguntó Adrián.

Eva consultó el folleto de publicidad.

—¿Te gusta la de Pepperoni?

—Sí. Podemos pedir la mitad de Pepperoni y la otra mitad Carbonara.

—¡No, mierda! —soltó de pronto Eva.

—¿No te gusta la pizza Carbonara? —dijo Adrián, extrañado.

—No. Digo sí... —rectificó Eva con prisa—. Es que se me ha olvidado llamar a mi madre para decirle que no voy a verlos. Esta tarde iba a irme a Alicante. Tengo que llamarla ya, o en nada mandará a los mismísimos GEOS para que me busquen.

—¡Qué exagerada eres! —exclamó Adrián.

—Como se nota que no conoces a mi madre —apuntó Eva mientras buscaba el móvil en el bolso—. Una vez, mi padre tardó un cuarto de hora de llegar del trabajo y no la avisó. Mi madre llamó a la Policía Nacional.

Adrián se echó a reír.

—¿En serio? —preguntó.

—En serio —respondió Eva.

Por fin localizó el teléfono entre todos los achiperres que llevaba en el bolso.

—Dile a tu madre que iremos a verlos este fin de semana —afirmó Adrián con toda la naturalidad del mundo.

Eva levantó el rostro y lo miró descolocada.

—¿Juntos? ¿Tú y yo? —preguntó.

—No, juntos tú y el vecino del quinto —bromeó Adrián—. Pues claro, juntos tú y yo. Así los conozco y compruebo personalmente si tu madre es tan exagerada como dices.

—Está... Está bien... Se lo diré —balbuceó Eva, perpleja.

¡Adrián quería conocer a sus padres! ¡Oh, Dios, quería conocer a sus padres!

—Por cierto, ahora que lo pienso, yo tengo que avisar a los míos de que no me he ido a Nueva York —comentó Adrián.

Cuando Eva miró el móvil, vio que tenía varias llamadas de Sofía. Seguro que era para preguntarle cómo había ido todo.

Después hablaré también con ella, se dijo con una sonrisa, al tiempo que salía del salón para llamar a su madre.

Adrián se encargó de hacer el pedido de la pizza.

De repente se le ocurrió algo.

Se giró sobre sí mismo, buscando lo que necesitaba. Cogió unas cuantas velas rojas de las que tenía de *atrezzo* para la decoración del salón y las colocó encima de la mesa. Salió a la terraza y cortó un ramo de rosas blancas de las que crecían en los rosales que tenía plantados en los enormes maceteros. Después se fue a la cocina y seleccionó una botella de vino aparente para la ocasión.

Cuando Eva regresó al salón, Adrián había dispuesto todo para una velada romántica, aunque de cena hubiera pizza. La estancia se encontraba en semipenumbra, iluminada por el resplandor que emitían las llamas de las velas y la luz acaramelada de una pequeña lámpara situada en un rincón. De fondo sonaba un repertorio de baladas clásicas. Entre ellas, *I'll stand by you* del grupo The Pretenders.

Eva se detuvo en el umbral de la puerta, casi sin atreverse a entrar. La atmósfera del salón había

adquirido un halo mágico difícil de explicar con palabras.

Adrián se encontraba de pie al lado de la mesa, expectante a su reacción.

—Dios mío... —murmuró Eva boquiabierta.

—¿Te gusta? —le preguntó Adrián.

—Tendría que estar loca para no gustarme —respondió Eva con la mirada embelesada—. Es... maravilloso.

En esos momentos tocaron el timbre.

—Debe de ser la pizza —dijo Adrián.

Eva asintió con la cabeza de forma mecánica; apenas era consciente de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Se sentía como si estuviera subida en una nube.

Adrián echó a andar, pasó justo a su lado, salió del salón y se dirigió a la puerta por el largo pasillo, mientras Eva no podía quitar los ojos de la mesa.

CAPÍTULO 68

—Vamos a cenar antes de que se enfríe la pizza —dijo Adrián cuando regresó con el pedido.

Se acercó a la mesa y dejó la caja sobre ella. Eva cruzó el salón y se sentó.

—Esto es para ti —dijo Adrián, ofreciéndole el ramo de rosas que le había preparado.

—¿Y estas rosas? —preguntó ella, extrañada, al tiempo que las cogía.

—Las he cortado de los rosales de la terraza —respondió Adrián.

—Tienen lacito y todo —comentó Eva, al reparar en el lazo blanco que ataba los tallos.

—Sí, bueno, he improvisado un poco con las cosas que tengo para decorar la casa —explicó Adrián, al tiempo que tomaba asiento.

Eva sonrió con expresión bobalicona en el rostro.

—Gracias —dijo, tratando de que el nudo que se le había formado en la garganta no le impidiera hablar.

—Es una tontería.

—Para mí no.

Eva se acercó las rosas a la nariz y las olió. El aroma que desprendían le trajo a la memoria la boda de Sofía. Involuntariamente sonrió.

—¿De qué te estás acordando? —curioseó Adrián.

—De la boda de tu hermano y Sofía, cuando tiró el ramo y yo lo cogí —contestó Eva.

—Yo también lo recuerdo... —dijo Adrián. Eva levantó la vista y lo miró—. No te quité el ojo de encima en todo el rato. Deseaba que lo cogieras tú, por eso que dicen de que quién coge el ramo de la

novia es la siguiente en casarse, e inconscientemente deseé que algún día fuera conmigo con quién te casaras —añadió.

—Adrián... —musitó Eva.

No sabía qué decir. Aquella confesión la había dejado sin palabras, y eso que en ella era difícil. Así que dejó hablar al corazón. Se acercó a Adrián y lo besó.

—Te quiero, Adrián. Te quiero mucho —dijo, pasándole los brazos por el cuello y abrazándolo.

—Y yo a ti, nena —dijo él.

Tiró de Eva, la sentó encima de sus piernas y la estrechó más contra sí.

—Yo siempre he querido casarme contigo —confesó Eva con una nota divertida en la voz—. De hecho, te miré nada más de coger el ramo para ver si pillabas la indirecta.

—La pillé, la pille, por eso te sonreí —anotó Adrián, soltando una risilla.

—Es verdad. Reconozco que saltaba más de alegría porque tú me hubieras sonreído que por haber cogido el ramo de novia —rió.

—Mi nena... —susurró Adrián. Tomó su rostro entre las manos y atrapó su boca con los labios—. Oh, mi nena... —volvió a murmurar. Le mordió el labio inferior y tiró de él.

Eva sintió una especie de corriente eléctrica recorrerle el cuerpo de la cabeza a los pies. La voz susurrante de Adrián siempre le producía ese tipo de reacción, invitándola a pecar.

Adrián volvió a besarla de una forma extraordinariamente apasionada. La sujetó por la nuca y la apretó contra sus labios. Quería devorarla.

Sus manos comenzaron a descender por la espalda de Eva, que respiraba ya de manera entrecortada. Permanecieron unos segundos en su cintura hasta que las introdujo por el jersey y treparon hasta la redondez de sus pechos. Los apretó ligeramente por encima del sujetador.

¡Iba a morir de deseo!

—Adrián...

La voz a medio tono de Eva hizo que se detuviera en seco. Sacó las manos del jersey y se irguió.

—Lo siento, Eva... —dijo jadeante, conteniéndose—. A veces se me olvida que... Lo siento —repitió, sacudiendo la cabeza—. Ya paro, no te preocupes.

—No, Adrián —dijo Eva—. No quiero que pares.

—Eva... —murmuró él.

—Hoy no quiero que pares.

—¿Estás segura? No quiero que te sientas presionada. No quiero...

Eva puso el dedo índice en los labios de Adrián para silenciarlo.

—Nunca he estado tan segura de algo en toda mi vida —aseveró.

—Nena...

Adrián la miró fijamente y vio el deseo en sus preciosos ojos verdes. Entonces supo que estaba preparada. También vio anhelo y algo de miedo, pero él se encargaría de quitarle todos sus temores.

Sonrió ligeramente sin despegar los labios.

Se incorporó de la silla, levantando a Eva con él, la cogió de la mano sin dejar un solo segundo de mirarla y la guio hasta la habitación.

—Te deseo, Eva... Te deseo como nunca he deseado a ninguna otra mujer —dijo Adrián, arrastrando las palabras.

El deseo iba a hacer que estallara en pedazos. Era tan intenso que no se parecía a nada que hubiera experimentado con anterioridad.

—Y yo a ti, Adrián —susurró Eva.

Adrián la tumbó poco a poco en la cama, se colocó encima de ella y, suspendido sobre su cuerpo, comenzó a besarla el cuello, intercalando los besos con pequeñas succiones.

Eva lanzó al aire un suave suspiro.

Adrián bajó las manos, aferró el borde del jersey de Eva y se lo sacó por la cabeza. Unos segundos después se estaba deshaciendo también del pantalón.

Miró a Eva.

—¿Quieres que apague la luz? —le preguntó con voz cálida.

—Por favor... —respondió ella.

—Tranquila.

Adrián alargó la mano y apagó el interruptor de la lámpara de la mesilla. La habitación se quedó en semipenumbra, iluminada únicamente por el resplandor plateado de la luna que se filtraba por la terraza y

que permitía ver el perfil de las cosas.

—Gracias —agradeció Eva.

—Shhh... —siseó Adrián.

Se inclinó y retomó los besos, que fue descendiendo por el escote. Introdujo las manos por el borde del sujetador y se lo bajó, dejando sus pechos al aire.

—Preciosos —dijo admirado, cuando contempló su contorno.

Eva se ruborizó.

Adrián ladeó la cabeza y pasó la lengua por uno de los pezones, que se endureció de inmediato.

Eva notó como sus dientes se cerraban en torno a la aureola y como tiraba, pero lo hizo de una manera tan suave que le provocó un escalofrío.

Gimió, excitada y nerviosa al mismo tiempo.

Oh, Dios...

Adrián levantó la cabeza.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Eva asintió varias veces con un ademán afirmativo.

—Sí —dijo.

Adrián sonrió pícaramente y volvió a ocuparse de sus pechos.

CAPÍTULO 69

Adrián fue deslizándose por el torso de Eva mientras pasaba las manos por sus costados. Eva sentía que le quemaba la piel allí donde la tocaba.

Siguió descendiendo, besando su tripa y haciendo círculos con la lengua alrededor de su ombligo. Aferró el borde de las braguitas, se las quitó y las tiró a un lado de la cama sin ningún cuidado.

Eva tragó saliva compulsivamente.

Su primer impulso fue encogerse para esconder su sexo, pero el santo se le fue al cielo cuando vio que Adrián se incorporaba.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó, al ver entre el resplandor de la luna que se arremangaba los puños de la camisa.

—Voy a humedecerte para mí y a darte todo el placer del mundo —respondió él, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora—. Solo tienes que dejarte llevar, ¿vale?

El tono de Adrián era tan dulce en esos momentos que Eva dejó la mente en blanco.

—Vale —respondió en un hilo de voz.

Adrián le agarró los muslos, le abrió ligeramente las piernas y se inclinó despacio. Alargó la mano y con el dedo pulgar comenzó a trazar círculos en su clítoris mientras que con la lengua le estimulaba hábilmente la zona que lo rodeaba.

Eva se estremeció.

—Oh, Dios mío, Adrián... —gimió.

Echó la cabeza hacia atrás y se aferró a la almohada. Le ardía la entrepierna. Durante un instante sintió vergüenza de lo que le estaba haciendo Adrián y se sonrojó.

¡Menos mal que no podía verle el rostro!

Una oleada cálida y dulce recorrió su cuerpo. La sensación se fue intensificando, haciendo vibrar cada una de sus terminaciones nerviosas.

Adrián aceleró el movimiento.

—Adrián... Oh, Adrián... —jadeó Eva.

—¿Quieres que pare? —le preguntó él, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—No, no, no... —musitó suplicante Eva—. No, por favor...

Adrián sonrió travieso para sus adentros.

La respiración de Eva se aceleró hasta hacerse jadeante.

—Así, nena, así... —dijo Adrián.

Sus palabras fueron como la mecha de un reguero de pólvora. Eva sintió como los músculos de la tripa se le tensaban, como su sexo se humedecía hasta sentir un hilo de líquido resbalar por los muslos.

De pronto perdió el control de las sensaciones y de su propio cuerpo, que comenzó a estremecerse como si estuviera recibiendo una decena de pequeñas descargas eléctricas.

Adrián notó como Eva se retorció bajo su boca. La escuchó ahogar un gemido. Se estaba corriendo. Su nena se estaba corriendo.

Cuando los espasmos cesaron y se calmó. Se arrastró hasta ponerse a su lado. Se acercó a su rostro y la besó.

—Ha sido... —comenzó a decir Eva. Intentó describirlo pero no encontraba las palabras, así que guardó silencio. Estaba aturdida y medio mareada.

—Todavía queda más —apuntó Adrián.

Se puso en pie. Sin apartar los ojos de Eva, pues quería calibrar en todo momento sus reacciones, se desabrochó la camisa y se la quitó, al igual que el pantalón y el bóxer, liberando su erección.

Eva tragó saliva ruidosamente.

En la semipenumbra de la habitación, recortada contra el ventanal, vio como la silueta desnuda de Adrián se acercaba a ella. Deslizó la mirada hacia sus hombros anchos, a su pecho y su estrecha cintura. Tenía el cuerpo de un atleta.

En cambio ella...

Qué bien que la luz estaba apagada.

Adrián se subió a la cama y avanzó hacia Eva. Extendió el brazo, abrió el primer cajón de la mesilla y sacó un preservativo, mientras Eva seguía atentamente cada uno de sus movimientos.

Se arrodilló delante de ella, rompió el precinto y se colocó el condón en el miembro erecto. Alzó la vista y miró a Eva.

—¿Quieres que siga? —le preguntó con voz suave.

—Sí —respondió ella, convencida.

—No tengas miedo, ¿vale?

—Vale.

Eva tomó aire.

—Voy a ir con mucho cuidado. —Adrián sonrió con calidez—. Si te duele; si sientes la más mínima molestia y quieres que pare, dímelo. Me detendré de inmediato. De inmediato. ¿Entendido? —preguntó, para que le quedara claro.

—Sí —afirmó Eva, a la vez que asentía con la cabeza.

—Por nada del mundo quiero hacerte daño, nena —comentó Adrián.

—Lo sé, Adrián. Lo sé —dijo Eva.

Todo estaba siendo tan distinto a como había sido con Marcos. Adrián estaba siendo tan dulce, tan cuidadoso, tan tierno... Eva se emocionó solo de pensarlo.

Adrián se tumbó encima de ella, dejando caer ligeramente su peso sobre su cuerpo.

—Te deseo, Eva... No sabes cómo te deseo... —susurró con sensualidad.

Eva notó como se le erizaba el vello de la nuca.

Adrián bajó la mano y tanteó con su miembro la entrada de su vagina. Comenzó a besarla suavemente para que Eva no estuviera pendiente de la primera incursión. Puso las manos a ambos lados de su cabeza y poco a poco fue penetrándola.

Las cejas de Eva se contrajeron ligeramente.

—Ya, cariño... Ya... —le susurró Adrián para que se relajase.

Notó que Eva se tensaba, pero no le dijo que parase. Adrián permaneció quieto, profundamente hundido dentro de ella, para que se acostumbrara a la invasión.

—Mírame, pequeña —le pidió.

Eva obedeció.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Adrián a escasos centímetros de la boca.

—Bien —respondió Eva.

—¿De verdad? —insistió Adrián sin dejar de mirarla a los ojos.

—Sí.

—Voy a moverme dentro de ti, ¿vale?

Eva asintió en silencio.

Sosteniéndole la mirada, Adrián bajó la cabeza y la besó suavemente mientras salía de ella y volvía a penetrarla lentamente.

—¿Te duele? —quiso saber.

—Un poquito, pero estoy bien.

Adrián la besó de nuevo, manteniendo su cuerpo quieto para que Eva se relajara. Después volvió a penetrarla con suma suavidad.

—No sabes las ganas que tenía de hacerte el amor —musitó Adrián sobre su boca—. De hacerte mía...

Eva sonrió con timidez.

Las molestias del principio fueron desapareciendo y la punzada de dolor se desvaneció entre las incipientes oleadas de placer que empezaban a danzar por su cuerpo. Eso hizo que Eva se relajara.

—Oh, nena... Mi nena...

—Adrián...

Adrián no dejó de hablar con Eva ni de estudiar las expresiones de su rostro mientras, despacio para no hacerle daño, entraba y salía de ella. Quería saber en todo momento cómo se encontraba, si estaba cómoda, si se sentía bien, si quería que se detuviera...

El momento estaba siendo tan íntimo, tan tierno, salpicado de tanta magia; compartiendo alientos y respiración, que Eva volvió a emocionarse. Un par de lágrimas salieron de sus ojos y se deslizaron por

las sienas. Adrián intuyó su llanto en la semipenumbra de la habitación.

Se detuvo en seco.

—Hey, cariño... —murmuró alarmado.

—Estoy bien, Adrián —se adelantó a decir Eva en tono suave—. Estoy muy bien.

Adrián supo por la expresión de su rostro que decía la verdad. Le enjugó las lágrimas con los pulgares, envolviendo el gesto en una delicadeza extrema.

—Te quiero, Eva —susurró.

—Y yo a ti —respondió ella.

Adrián comenzó a moverse de nuevo encima de ella de forma exquisita, al tiempo que atrapaba sus labios y los besaba.

Eva se estremeció.

Y se dejó llevar...

Para su sorpresa, empezó a mover las caderas contra las de Adrián para aumentar la fricción. Las penetraciones se hicieron más profundas.

Adrián gimió. Dejó caer la cabeza sobre el hombro de Eva con la respiración agitada.

La lentitud con que le estaba haciendo el amor era tan tortuosa como excitante. Iba a correrse en cualquier momento.

Eva sintió como una marea de placer le recorría de la cabeza a los pies. De pronto los músculos se le tensaron a medida que Adrián se introducía en ella una y otra vez. De nuevo perdió la noción de su propio cuerpo, sumergiéndose en un sensual abandono. Solo había deseo, sensaciones y placer. Un inmenso placer. Hasta que su interior estalló en mil pedazos.

—Adrián... Madre mía, Adrián... —La voz se le quebró, fruto de los fuertes espasmos.

Adrián levantó la cabeza y atrapó sus gemidos con la boca, besándola apasionadamente. Deslizó la mano por las caderas, atrayéndola hacia sí, y aumentó el ritmo.

—Joder, Eva —jadeó sin aliento, corriéndose casi al mismo tiempo que ella—. Oh, nena... Mi nena...

Cuando dejó de convulsionarse por el fuerte orgasmo, se inclinó y apoyó la frente en la de Eva, que trataba de recuperar el ritmo normal de la respiración.

Los pechos subían y bajan de forma agitada.

—Eres maravillosa —le susurró íntimamente Adrián. Le dio un beso—. Maravillosa...

Eva mantuvo silencio durante unos segundos. Estaba abrumada.

—Gracias —dijo cuando logró reaccionar, agradeciéndole la inmensa dulzura con que la había tratado.

—Shhh... —siseó Adrián, poniendo un dedo sobre sus labios—. Ya, nena, ya... —musitó, abrazándola con fuerza. Estaba temblando—. Ya... Shhh...

Eva lo rodeó con los brazos y se aferró a su espalda como si fuera una tabla salvavidas. Sentía el cuerpo de gelatina, sin fuerzas. Estaba mareada.

Pero había sido... ¡Había sido fantástico!

—¿Estás bien? —le preguntó Adrián en voz baja.

—Nunca he estado mejor —afirmó Eva.

Adrián sonrió y le colocó un mechón detrás de la oreja. Eva le devolvió la sonrisa y lo besó.

Se encontraba en una nube.

CAPÍTULO 70

Adrián salió de Eva despacio, se dejó caer a su lado y se apoyó en el codo.

—¿Cómo estás? —le preguntó en tono cálido, acariciándole el pelo.

—Bien —contestó ella.

—¿De verdad? —quiso cerciorarse Adrián.

—De verdad. —Eva sonrió—. Ha sido... No tengo palabras —dijo suspirando—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Genial.

Adrián se giró un poco, alargó la mano y encendió la luz. Cuando la habitación se iluminó, Eva se tapó de inmediato con las sábanas.

—Eva... —la amonestó levemente Adrián.

—Lo siento, Adrián —se disculpó ella—. Pero no me siento cómoda estando desnuda.

—Eva, amo cada centímetro de tu cuerpo —afirmó Adrián en tono cálido—. Para mí no hay mujer más sexy que tú. —Suspiró—. Me da tanta rabia que no te puedas ver como yo te veo.

Eva se mordió el labio inferior.

—Yo... —comenzó a decir. Resopló algo agobiada.

Adrián se levantó de la cama, buscó el bóxer y se los puso. No quería violentar a Eva. Se giró hacia ella y le tendió la mano.

—Ven —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Eva, extrañada.

Estoy desnuda. ¿Dónde quiere que vaya?

—Confía en mí, Eva —fue la respuesta de Adrián. Eva lo miró recelosa—. Por favor... —insistió.

Eva tiró de la sábana, se envolvió el cuerpo con ella y se incorporó. Tomó la mano de Adrián.

Atravesaron la enorme habitación y llegaron frente al espejo de cuerpo entero que estaba en el otro extremo.

—Quiero que te quites la sábana y que te mires —le pidió Adrián a Eva.

—Adrián, yo... no puedo. De verdad, no puedo —dijo Eva, apretándose más la sábana contra el cuerpo.

—Sí, sí puedes. Solo tienes que dejarla caer al suelo. —Eva mantuvo silencio mientras miraba a Adrián—. Solo quiero que veas lo que hay más allá de lo de fuera.

—Pero eso es injusto, tú...

—No estamos hablando de mí, Eva, sino de ti —le cortó Adrián. Eva dejó escapar el aire de los pulmones—. ¿No confías en mí? —le preguntó Adrián.

—No es eso...

—¿Entonces?

Adrián aferró uno de los bordes de la sábana y tiró ligeramente de ella.

—Venga —animó a Eva.

Finalmente, Eva aflojó las manos y dejó caer la sábana al suelo, quedándose completamente desnuda. No pudo evitar sonrojarse.

—Mírate —le pidió Adrián.

Eva se movió en el sitio, un tanto incómoda, pero no se miró. Nunca se había visto desnuda en un espejo. Nunca se había atrevido.

—Eva, mírate —volvió a pedirle Adrián.

Eva levantó los ojos lentamente y se enfrentó al espejo. Se sentía vulnerable, frágil...

—¿Qué ves? —le preguntó Adrián.

—Que me sombran kilos —respondió Eva de inmediato.

—Yo no veo que te sobren kilos.

—¿Ah, no?

Adrián movió la cabeza de un lado a otro, negando.

—No —dijo.

—Entonces, ¿qué ves tú? —preguntó a su vez Eva.

—Que eres unos kilos más atractiva y más interesante que otras mujeres —contestó Adrián—. ¿Sabes que en la antigüedad, la perfección de la belleza estaba en cuerpos como el tuyo? —lanzó al aire

—Adrián, estás hablando de veinte mil años antes de Cristo —atajó Eva.

—¿Y qué?

—Pues que en el siglo veintiuno los cánones han cambiado. Ahora gustan las *Squeletor*.

—¿A quién le gustan las *Squeletor*?

Eva sacudió ligeramente la cabeza y se frotó la frente con los dedos.

—A todos —respondió.

—A mí no. A mí me gustan las curvas. Exactamente las tuyas —dijo Adrián con admiración. Sin embargo, Eva parecía poco convencida—. ¿Sabes que mi estatuilla preferida es la Venus de Willendorf?

Eva sonrió burlonamente.

—¡Venga ya, Adrián! —exclamó.

Eva estaba segura de que solo lo estaba diciendo para consolarla.

—Mira allí —indicó Adrián, señalando con la barbilla detrás de Eva.

Eva giró el rostro. Se quedó pasmada cuando vio en un estante una réplica de la estatuilla de la Venus de Willendorf en varios tamaños y diferentes colores: bronce, plata y oro.

—Wow —dijo—. Es...

—La Venus de Willendorf —terminó la frase Adrián—. Las compré en un mercadillo de arte la primera vez que fui a Nueva York, hace ya algunos años.

—Son preciosas —comentó Eva, sin apartar la vista de las figuritas.

—Sí, como tú —aseveró Adrián.

Eva se ruborizó. De pronto se sintió atractiva, incluso guapa. Aquellas estatuillas le encantaban y en verdad las encontraba preciosas. ¿Realmente así la veía Adrián a ella? ¿No mentía?

—Me encantan las mujeres que pintaba Rubens: *Las tres Gracias*, *El juicio de Paris*... Para mí son preciosas —dijo Adrián.

Eva estaba alucinando.

—Vaya... —murmuró.

—¿Sabes quién es Botero? —le preguntó Adrián a Eva.

—Sí, es un pintor y escultor colombiano, ¿verdad?

—Sí.

—¿Conoces algo de su obra?

—Sí, toda ella se caracteriza por un exceso de volúmenes —respondió Eva.

—No es un exceso de volúmenes —matizó Adrián—. Es una volumetría exaltada.

—¿No es lo mismo? —preguntó Eva.

—No. Para mí, no. Para mí y para todos los que amamos su obra, es fuerza, sensualidad y exuberancia —le explicó Adrián—. Exactamente lo mismo que tú eres para mí —añadió. Eva se metió los mechones de pelo detrás de las orejas y se mordió el labio inferior—. ¿Entiendes lo que quiero decir? —le preguntó Adrián.

—Sí —afirmó.

—Todo depende de la perspectiva con que se mire. No es la apariencia, es la esencia. —Adrián guardó silencio unos segundos antes de decir—: Eva, mírame.

Eva volvió el rostro hacia él y lo miró. Sus ojos repararon de inmediato en el bulto que asomaba por el bóxer.

¡Oh, Dios!, masculló para sus adentros.

—¿Lo ves? ¿Ves cómo reacciona mi cuerpo ante ti? ¿Ante tu exterior y tu interior? ¿Ante tu apariencia y tu esencia? —le preguntó Adrián—. ¿Lo entiendes mejor ahora? ¿Entiendes cómo te veo yo? —Eva asintió de forma mecánica—. Y eso que no te he tocado —añadió Adrián.

—Adrián... —murmuró Eva.

Estaba alucinando. Aquello demostraba que Adrián no le mentía. Realmente le ponía lo suficiente como para provocarle una erección sin ni siquiera tocarla. ¡Con solo mirarla!

Adrián se acercó a ella y la abrazó por detrás.

—¿No te das cuenta de que estoy loco por ti? —dijo, buscando su mirada a través del espejo.

Eva paseó las manos por sus brazos, colocados alrededor de sus pechos, y levantó la vista. Los ojos de Adrián la buscaban con deseo. Con un deseo que hizo que comenzara a hervirle la sangre.

Sentir la erección dura de Adrián en su vientre terminó de excitarla.

Clavó los ojos en los de Adrián a través del espejo.

—Quiero que vuelvas a hacerme el amor —le dijo.

Adrián levantó una ceja y sonrió de medio lado con picardía.

—Vaya, nena... Eso sí que es toda una declaración de intenciones —dijo, sin dejar de mirarla.

Eva sonrió, traviesa.

—Quiero que entiendas que antes me ha gustado mucho —aseveró—. Y que ya no tengo miedo.

—Tranquila, me ha quedado claro, muy, muy claro... —le susurró Adrián en el oído con voz maliciosa. La cogió por la cintura y la apretó contra él para que notara más aún su erección—. ¿Quieres ver cómo te lo hago? —dijo.

Eva frunció el ceño, sin entender qué quería decir Adrián. Pronto lo sabría.

CAPÍTULO 71

Adrián le cogió las manos y le apoyó las palmas en el espejo.

—Voy hacértelo desde atrás —susurró.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Vamos a hacerlo así? ¿Delante del espejo?, se preguntó Eva.

Durante unos segundos Eva se sintió horrorizada.

—¿Viéndonos? —dijo en voz alta.

—No pongas esa cara —bromeó Adrián, al reparar en la expresión de su rostro—. Ya verás lo excitante que es.

—¿Lo has hecho... otras veces? —le preguntó Eva. Si aseguraba que era excitante es porque lo había probado otras veces.

—Shhh... Eso da igual... —siseó Adrián mientras se quitaba el bóxer.

Lo dejó caer a un lado, se pegó a la espalda de Eva y comenzó a besarle el cuello y la nuca. Eva soltó un profundo suspiro cuando Adrián le mordisqueó el lóbulo de la oreja y se lo lamió.

—¡Virgen Santa! —resopló.

—¿Te gusta, nena? —le preguntó Adrián con voz embriagadora, pasando la nariz por detrás de su oreja.

Eva asintió en silencio con la cabeza, mordiéndose el labio inferior. Solo con eso y con notar la dureza de la erección de Adrián contra su nalga se estaba poniendo a mil.

¿Es posible? ¿Tan rápido?, se preguntó. *La madre del cordero...*

Adrián deslizó la mano derecha hasta su clítoris y empezó a acariciárselo en círculos con el dedo

corazón, mientras que con la otra le pellizcaba ligeramente un pezón.

Eva cerró los ojos, extasiada. Gimió con fuerza.

Adrián sonrió a través del espejo al ver la expresión de placer que se reflejaba en su rostro. Le encantaba verla en ese estado. Era tan excitante...

De pronto se detuvo. Eva abrió los ojos y lo miró confusa.

—No te muevas —dijo Adrián.

Eva vio por el espejo que se acercaba a la mesilla de noche, abría el mismo cajón de antes y sacaba un preservativo.

No podía apartar la vista de su culo. Adrián tenía el cuerpo de un Dios griego, ¡y el culo también!

De repente le llamó la atención el líquido cálido que se deslizaba por sus muslos formando largos hilos.

¡Joder!

Imaginó lo que pensaría Adrián cuando lo viera y se ruborizó hasta la raíz del cabello. Pero a Adrián aquello le parecía lo más erótico del mundo. Su nena deshaciéndose de deseo y de placer por él.

Volvió a colocarse detrás de Eva, rompió el paquete del preservativo, lo extrajo y se lo puso. La sujetó por las caderas con sus elegantes manos y comenzó a penetrarla muy despacio, para no hacerle daño.

Eva dejó caer la cabeza hacia adelante, como si le pesara mil kilos.

Jadeó.

Adrián empujó hasta el fondo y permaneció unos segundos quieto dentro de ella. Eva sintió como su miembro erecto llenaba por entero sus entrañas.

Adrián retrocedió despacio y volvió a penetrarla lentamente, muy lentamente. Y así una y otra y otra vez.

—Ahhh... —gimió Eva.

Las piernas comenzaron a temblarle cuando Adrián aceleró el ritmo de las embestidas. Podía sentir su respiración entrecortada en su oreja.

Adrián le agarró la barbilla y le levantó el rostro.

—Mírate, Eva. Mírate —susurró con voz ronca.

Eva contempló la escena que se desarrollaba en el espejo: Adrián moviéndose adelante y atrás, embistiéndola, con los ojos negros y febriles fijos en ella; los rasgos de la cara desbaratados por el deseo...

Una sacudida de placer le recorrió el interior de las venas. Creyó enloquecer.

Cerró los ojos, pero se sorprendió a sí misma abriéndolos de nuevo y clavando las pupilas en el espejo. No podía dejar de mirar.

¿Cómo podía excitarla tanto verse haciendo el amor?

Se sonrojó.

Inconscientemente sus caderas empezaron a moverse, trazando círculos. Necesita sentir a Adrián en lo más profundo de su ser. Unirse en una comunión perfecta.

—Así, nena, así... —la animó Adrián—. Oh, sí..., sí...

Gimió. Su mirada se enturbió de pronto al tiempo que contraía las mandíbulas.

Embistió una vez más con fuerza, dos, tres, hasta que lanzó al aire una especie de gruñido aferrándose a las caderas de Eva, y se corrió.

Unos segundos después, el cuerpo de Eva se convulsionó entre las manos de Adrián. El intensísimo orgasmo que la sacudió hizo que se le aflojaran las rodillas. Adrián la sujetó para que no se cayera.

—Adrián... Joder, Adrián... —balbuceó sin fuerzas.

Echó la cabeza hacia atrás, recostándola en el hombro de Adrián. Él la cogió en brazos y la llevó a la cama.

—Te quiero, nena —le susurró cuando la dejó sobre el colchón.

—Y yo a ti, Adrián. Y yo a ti...

Adrián se inclinó y le besó en la frente.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Perfectamente —respondió Eva con una sonrisa.

Adrián se tumbó a su lado, introdujo el brazo por detrás de la espalda de Eva y la atrajo hacia sí. Eva apoyó la cabeza en su pecho y, agotada, dejó que el sueño la venciera.

CAPÍTULO 72

Eva abrió los ojos. Aún era de noche. Ligeramente confusa, giró el rostro y consultó la hora en el despertador que había en la mesilla. Eran casi las tres de la madrugada.

Se movió un poco. Tenía unas terribles agujetas, testigos de las dos veces seguidas que había hecho el amor con Adrián.

Se volvió y lo miró durante un rato. El resplandor ambarino de las luces de la calle que se colaba por los ventanales dejaba intuir los rasgos marcados de su rostro.

Es tan guapo, pensó Eva.

Alargó la mano y le acarició la mejilla con suavidad. Al contacto, Adrián se despertó. Sus intensos y profundos ojos negros la miraron.

—Lo siento, no quería despertarte —dijo Eva.

Adrián sonrió soñoliento.

—No importa —señaló. Cogió la mano de Eva, se la acercó a los labios y la besó—. Dime cómo te encuentras. ¿Estás bien?

—Sí —afirmó Eva.

—¿Cómo te sientes?

—Extraña, pero genial. Ha sido genial, Adrián —respondió—. Las dos veces —añadió con algo de timidez. Adrián le dio un toquecito en la nariz ampliando la sonrisa—. Tú has sido tan distinto a Marcos; tan tierno, tan cariñoso, tan increíblemente dulce...

—Es que es así como hay que ser —afirmó él—. Lo que te hizo ese cabrón no tiene nombre. Pero no todos somos como él.

Eva paseó el dedo índice por el borde de la mandíbula de Adrián.

—Lo sé. Ahora lo sé —murmuró. Alzó la vista—. Gracias —dijo, mirándole a los ojos.

—¿Por qué? —le preguntó él.

—Por la paciencia que has tenido conmigo, por lograr que vea las cosas de otra manera, por hacer que me reconcilie con mi cuerpo, por darme una lección de vida, por... Por todo —atajó Eva.

Adrián la abrazó.

—No tienes que darme las gracias por nada, nena. Para mí ha sido un placer —bromeó.

—De todas formas, gracias —repitió Eva.

Adrián la besó.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—Pues la verdad es que sí —contestó Eva—. Se nota que hemos estado quemando calorías.

—Unas cuantas sí que hemos quemado —rio Adrián—. Y todavía tenemos que quemar unas cuantas más —agregó pícaro—. Creo que la pizza se habrá quedado un poco fría.

—Sí, yo también lo creo.

—¿Nos duchamos y la calentamos en el horno?

—Sí. ¿Te duchas tú primero o yo? —dijo Eva. Adrián negó con la cabeza—. ¿No?

—No. Nos vamos a duchar juntos.

—Pero, Adrián...

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido, nena —le cortó él.

Eva estalló en una carcajada.

Adrián se levantó, le cogió la mano y tiró de ella.

—Vamos, que tengo prisa —dijo.

—Oh, Dios mío... —rió Eva.

Entre bromas y complicidad se internaron en el cuarto de baño.

Al salir de la ducha, Eva se puso el albornoz de Adrián y él el pantalón del pijama, dejándose el torso al descubierto. Calentaron la pizza en el horno y se sentaron a la mesa que unas horas antes había preparado Adrián y en la que solo quedan unas velas derretidas.

—Estás muy callada. ¿En qué piensas? —preguntó Adrián a Eva.

—No sé qué voy a hacer con Rebeca —contestó Eva.

—¿A qué te refieres?

Adrián se llevó el trozo de pizza a la boca y le dio un bocado.

—Está claro que ya no podemos vivir juntas. Sería capaz de arrancarle los dientes con unos alicates y quiero evitar la tentación —dijo Eva.

Adrián carcajeó ante su ocurrencia.

—Te lo digo en serio —aseveró ella.

—Te creo, te creo...

—Buscaré otro piso...

—¿Por qué no te vienes a vivir conmigo? —sugirió Adrián.

Eva dejó el trozo de pizza a medio camino de la boca.

¿He oído bien? ¿Ha dicho que me venga a vivir con él?, se preguntó en silencio, perpleja.

Tragó saliva.

—¿Te refieres a vivir de... vivir?

Adrián ladeó la cabeza.

—Sí, me refiero a *vivir de vivir* —respondió sonriente—. Si para ti *vivir de vivir* es compartir techo, cama, desayuno los domingos por la mañana y comenzar un proyecto juntos.

—¿Lo... Lo dices en serio?

—Por supuesto.

Eva dejó la pizza en la caja y se sacudió ligeramente las manos.

—Adrián, no sé qué decir...

—Di que sí. Es una tontería que busques piso —respondió él, dando otro mordisco a su pizza.

—¿No es demasiado pronto? —preguntó Eva—. Ni siquiera conocemos a nuestros padres.

La idea de vivir con Adrián era muy seductora. ¿Cómo no iba a serlo?! Pero tenía miedo de que la convivencia pudiera estropear la relación.

—Yo conoceré a los tuyos este fin de semana —respondió Adrián con naturalidad—. Y tú puedes conocer a los míos mañana mismo, si quieres. ¿Qué me dices?

—Bueno, no sé, Adrián...

Adrián frunció el ceño.

—¿No estás segura de lo nuestro? —le preguntó a Eva. Adrián se preocupó. ¿Por qué Eva dudaba?—. Pensé que...

Eva no pudo aguantar más y dejó escapar una risilla.

—¡Pues claro que quiero que vivamos juntos! —exclamó de pronto.

Adrián respiró aliviado. Por un momento había pensado que Eva no quería vivir con él o que tenía dudas de su relación.

—No vuelvas a darme un susto así —dijo, fingiendo que la regañaba.

Eva se echó a reír.

—¿Te lo has creído? —le preguntó.

—Sí —afirmó Adrián como algo obvio. Se encogió de hombros.

Eva se tapó la boca con la mano para ocultar la risa.

—Oh, Dios... —murmuró.

—Yo no le veo la gracia —dijo Adrián—. Pensé que tenías dudas.

Eva se levantó, se acercó a él y se sentó encima de sus rodillas.

—Ya no hay dudas, Adrián —dijo, sin atisbo de risa en la voz. Le rodeó el cuello con los brazos—. Ya no hay dudas —repitió.

—No sabes lo que me alegra oír eso —dijo Adrián.

—Además, ¿cómo se te ocurre que voy a tener dudas de un chico que me ha comparado nada más y nada menos que con la Venus de Willendorf? —bromeó Eva con voz coqueta.

Adrián rió.

—Ay, mi dulce y sexy Eva —ronroneó, rozándole la nariz con la suya—. No hay nada más sexy que verte bromear, verte reír, verte bien... —La miró fijamente a los ojos. Su tonalidad verde era una de las más bonitas que había visto nunca—. Me dan ganas de comerte —añadió, abriendo con el índice el escote del albornoz de Eva.

—Será mejor que nos comamos la pizza —dijo ella, colocando la tela en su sitio—. A este paso voy a perder kilos. Estamos quemando demasiadas calorías.

—Ah, no. Eso sí que no —dijo Adrián—. Primero nos comeremos la pizza, después yo te comeré a ti.

Eva soltó una carcajada.

CAPÍTULO 73

Sofía estaba visiblemente impaciente.

—Entonces, ¿os habéis reconciliado? —le preguntó a Eva, mientras colocaba varios perfumes en la estantería de la tienda.

Eva apretó los labios y asintió con la cabeza. Sofía se lanzó a ella y la abrazó.

—¡Qué bien! —dijo—. ¡Por fin!

—Pero hay más... —indicó Eva.

—¿Más? —repitió Sofía con expresión expectante. Al ver que Eva mantenía silencio, dijo—: ¡Habla! ¡Que me tienes en ascuas!

—Adrián y yo ya hemos... Bueno, ya sabes...

—¿Ya lo habéis hecho? —terminó la frase Sofía.

A Eva se le escapó una risilla traviesa. Se metió el pelo detrás de las orejas algo azorada.

—Sí.

Sofía abrió los ojos de par en par.

—Pero, ¿cómo fue? ¿Qué sentiste? ¿Qué...? —se lanzó a preguntar—. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó exaltada. De pronto su rostro se tornó serio—. ¿Estás bien? —le preguntó.

—Perfectamente —respondió Eva—. Ha sido maravilloso, Sofía. ¡Maravilloso! No tengo palabras para describir lo increíblemente dulce que fue Adrián conmigo. Lo tierno, lo cariñoso, lo...

Eva suspiró sonoramente. Se sentía como si estuviera en una nube. Solo le faltaba balancearse de un lado a otro cual duendecilla del bosque. Necesitaba contárselo a alguien y había ido a ver a Sofía a la

perfumería en la que trabajaba.

—Si supieras las agujetas que tengo... —no pudo evitar comentar después. Lo dijo en voz muy baja para que las dos clientas que pululaban por la tienda no la escuchasen.

Sofía carcajeó y enderezó unos cuantos frascos de colonia que estaban torcidos.

—Estáis recuperando el tiempo perdido, ¿eh? —preguntó en tono socarrón.

—Sí, hasta el último segundo —apuntó Eva—. A este paso, adelgazo —se burló.

—¡Cómo me alegro por ti! —dijo Sofía con el corazón en la mano—. Te mereces ser feliz, Eva. Más que nadie. Y yo sé que Adrián te va a hacer muy feliz.

Llevada por el entusiasmo, Sofía volvió a abrazar a su amiga.

—Pero hay más... —repitió Eva.

Sofía deshizo el abrazo y la miró con los ojos entornados.

—¿Más todavía? —preguntó.

—Sí. —Eva hizo una pausa—. Adrián quiere que me vaya a vivir con él.

—¡¿Quéee...?! —La exclamación de Sofía hizo que las dos clientas que estaban en la perfumería se giraran hacia ellas. Sofía les sonrió—. ¿Y tú qué le has contestado? ¿Qué le has contestado? ¿Qué le has contestado? —preguntó, volviendo toda su atención a Eva.

—Por supuesto le he dicho que sí. Me muero por irme a vivir con él, pero al principio he pensado que quizás era demasiado pronto...

—¿Demasiado pronto? —Sofía hizo un gesto con la mano—. Tonterías.

—Ya, Sofía, pero llevamos poco tiempo de relación...

—Eva, el ritmo de una relación lo marcan sus integrantes. En este caso, tú y Adrián. Hay parejas que a los quince días de conocerse ya saben que son el uno para el otro y en cambio otras están media vida juntas, y al final se dan cuenta de que son incompatibles.

Eva reflexionó durante unos segundos sobre las palabras de Sofía.

—Tienes razón. Sin embargo, me da miedo que la convivencia lo estropee todo. Ahora estamos tan bien...

—Es cierto que a veces la convivencia acaba dando al traste con la relación. Pero la mayoría de las

veces no es así. De hecho, hay veces que la afianza, la refuerza. Por ejemplo, eso es lo que pasó con Jorge y conmigo. Nuestro noviazgo fue muy corto, pero tanto él como yo teníamos claro que nos queríamos —dijo Sofía—. Y no solo nos fuimos a vivir juntos, sino que nos casamos. ¿Tú quieres a Adrián? —le preguntó a Eva.

—Con toda el alma —respondió Eva rotunda, sin dudarle un solo segundo.

—Pues entonces no tienes que darle más vueltas al asunto. Lo único que tienes que hacer es disfrutar la historia de amor que estás viviendo con Adrián, sobre todo ahora, que has dejado atrás tus fantasmas y que has superado tu problema —dijo Sofía—, y si es posible, mudarte mañana mismo a su casa. Sobra decirte que Rebeca no me gusta nada —añadió.

El rostro de Eva se ensombreció.

—Todavía tengo que tener unas palabras con esa *comeapio* —afirmó.

—¿Come-qué...? —dijo Sofía, estallando en una fuerte carcajada.

Las mujeres volvieron a mirarlas. Sofía les ofreció de nuevo una sonrisa.

—*Comeapio* —repitió Eva—. Eso es lo que es, una *comeapio*. Por eso está tan amargada... Quizás le aconseje que se coma un buen filete de ternera, porque parece que tiene falta de proteínas en el cerebro. Entre lo que me contaste tú y lo que me ha contado Adrián... ¡Joder!, ¿cómo he podido creerla? ¿Cómo he sido tan tonta? Es que lo mío es de ser tonta —se lamentó.

—No te tortures con eso ahora —le aconsejó Sofía—. No sirve de nada. Todos nos equivocamos.

—Pero me fastidia. Sobre todo, lo que me fastidia es haber dudado de Adrián —dijo Eva con la voz apagada—. Me siento tan culpable.

—Lo importante es que ya lo habéis solucionado y que...

—Señorita, ¿podría asesorarme? —le preguntó a Sofía una de las clientas que andaban por la tienda, interrumpiendo la conversación que tenía con Eva—. Quiero comprar un perfume para hacer un regalo y no sé cuál elegir —explicó la mujer.

Sofía asomó la cabeza por encima del hombro de Eva.

—Sí, claro —le dijo con amabilidad—. Ahora mismo la atiendo.

—Será mejor que me vaya —anunció Eva—. Tienes trabajo y no quiero ser la causa de que se te acumule y tengas que hacer horas extras por mi culpa.

—No te preocupes.

—Hablamos más detenidamente en otro momento.

—Como quieras.

Eva se acercó a Sofía y le dio un beso en la mejilla a modo de despedida.

—Y mil gracias por todo —le agradeció en un susurro.

—No tienes que darme las gracias por nada —dijo Sofía.

—Sí, sí tengo que dártelas —reiteró Eva—. Si no hubiera sido por ti, no podría haber hablado con Adrián y ahora él estaría en Nueva York y yo estaría dándote el coñazo y llorando por los rincones como una Magdalena.

Sofía rió.

—No seas boba —dijo, quitándole importancia—. Tú lo hubieras hecho igual por mí. Aunque reconozco que agradezco mucho haberme librado de la parte del coñazo —bromeó.

—Señorita... —la clienta volvió a reclamarla. Estaba empezando a impacientarse.

Sofía puso los ojos en blanco.

—Enseguida voy —le dijo para que se quedara tranquila.

—Me marcho antes de que te despidan —se adelanto a decir Eva en tono socarrón—. Ya hablaremos.

—Ya hablaremos.

Eva se giró sobre sus talones y echó a andar hacia la puerta.

—Adiós —se despidió finalmente.

—Adiós. —Sofía movió la mano.

Cuando Eva salió de la perfumería, Sofía se dirigió a la clienta.

—Dígame... —dijo.

CAPÍTULO 74

Eva había intentado hablar con Rebeca a lo largo del día, pero no la había encontrado en casa en ninguna ocasión. Por suerte, cuando llegó después de ver a Sofía, su compañera de piso estaba en el salón.

—Contigo quería yo hablar —dijo, nada más de entrar.

—¿Para qué? —preguntó Rebeca en su habitual tono monocorde y malhumorado.

Estaba tirada en el sofá, con el rostro apático y el mando de la tele de la mano, pasando de un canal a otro.

—Para decirte que no tienes vergüenza ni la conoces —respondió Eva contundentemente.

Avanzó un par de metros.

—¿Qué coño dices? —bramó Rebeca, echándose hacia adelante.

—Ya lo sé todo —le respondió Eva—. Ya sé que cuando Adrián subió al piso para esperarme, tú no perdiste ocasión para tontear con él, que te insinuaste y que fuiste tú la que le besaste justamente cuando yo entraba en el salón.

Rebeca bufó.

—¿Eso es lo que te ha contado Adrián? —le preguntó burlonamente.

—No. Esa es la verdad —respondió Eva.

—La verdad... —rio Rebeca, levantándose del sofá y poniéndose en pie—. La verdad es que no eres más que una gorda con mucha suerte —dijo con desdén.

Eva alargó la mano.

La bofetada que le dio en plena mejilla a Rebeca resonó en todo el salón. Ella la miró descolocada, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas. Le pilló tan desprevenida que se quedó sin saber cómo reaccionar. La piel comenzó a enrojecerse.

—¡No se te ocurra volver a pegarme una bofetada! —le gritó.

Se llevó la mano al carrillo y se lo acarició. Le picaba horrores.

—Y a ti no se te ocurra volver a utilizar mi peso para insultarme. Ni mi peso ni nada —refutó Eva, que no estaba dispuesta a amedrentarse. Ya no. Estaba harta de que Rebeca y de que todo el mundo tratara de humillarla a cuenta de sus kilos de más—. Tú eres una *comeapio* y yo no digo nada.

—¿Una *comeapio*? —repitió Rebeca, ceñuda—. ¿Pero quién demonios te has creído que eres para insultarme? No eres más que una puta macarra.

Rebeca estaba visiblemente indignada.

—Y tú no eres más que una lagarta y una fresca —afirmó Eva—. Los tíos como Adrián Montenegro no merecen la pena, me dijiste —le recordó a Rebeca, imitando su voz—. Tú sí que no mereces la pena —le espetó—. ¿No hay suficientes chicos en el mundo que tienes que ir a por uno con novia? —se burló Eva—. Porque aunque te joda, Adrián es mi novio. *Mi* novio —repitió, enfatizando el «mí» para que le quedara claro.

—¿Habéis... habéis vuelto? —preguntó Rebeca, sorprendida.

—Sí, hemos vuelto. ¿Creías que tu sucia treta iba a dar resultado? ¿Que un día no iba a salir toda la verdad a la luz? —dijo Eva—. ¿Cómo se puede ser tan rastrera?

—La culpa es tuya —afirmó Rebeca—. Es tan fácil engañarte, como engañar a una niña de cuatro años. Estás tan llena de complejos e inseguridades que hubieras creído cualquier cosa que te hubiera dicho.

—Sí, tienes razón. No lo niego. Pero eso era antes. Aunque no tenía más complejos y más inseguridades de las que tienes tú —le soltó Eva a Rebeca—. Si no, ¿a qué viene tu obsesión por estar todo el día perfecta? ¿Impecable? ¿Acaso no es para tener tus complejos físicos a raya? —le preguntó. Por la cara que estaba poniendo Rebeca, Eva supo que había dado en la diana—. Tú estás tan acomplejada por tu físico como lo estaba yo.

—¡Eso son tonterías! —exclamó Rebeca—. ¿Me has visto bien? —preguntó con sorna.

—Sí, te he visto bien, y por eso sé que eres tan esclava de tu cuerpo y de tus complejos como lo he sido yo —respondió Eva—. Por eso no entiendo que puedas insultar a alguien por su físico, o decir que tú eres mejor que yo solo porque estás más delgada. Eso precisamente te convierte en una persona peor,

bastante peor.

—Me da igual lo que pienses —dijo Rebeca, que no sabía muy bien cómo defenderse.

—Y a mí lo que pienses tú —afirmó a su vez Eva—. Y te aseguro que es cierto, porque Adrián me ha hecho ver cómo son en realidad las cosas. No es la apariencia es la esencia.

Rebeca la miró desdeñosamente. Estaba rabiosa por dentro, aunque trataba de disimularlo. Al final Eva había ganado la partida. Se había quedado con Adrián Montenegro. Él seguía prefiriéndola por encima de ella.

Alzó la barbilla y se sacudió la melena.

—Tenemos que hablar con la casera —dijo soberbia, cambiado radicalmente de tema—. Está claro que ya no podemos compartir piso.

—No te preocupes por eso —se adelantó a responder Eva—. Adrián me ha pedido que me vaya a vivir con él, así que puedes quedarte en el piso tranquilamente. Yo me voy a mudar esta misma semana.

El rostro de Rebeca se descompuso. ¿Iban tan en serio como para vivir juntos? Los chicos con los que ella había mantenido una relación habían salido corriendo cuando les había propuesto dar un paso más, y en cambio Adrián le había pedido a Eva que se fuera a vivir con él.

La sangre comenzó a bullirle de ira en el interior de las venas. Apretó los dientes con tanta fuerza que a punto estuvieron de rompersele en mil pedazos.

—Perfecto —dijo arrogante, como si no le importara lo más mínimo—. Pues ya no tenemos nada más de qué hablar —concluyó.

Echó a andar, pasó al lado de Eva de forma airada y salió del salón. Eva negó con la cabeza. En el fondo Rebeca le daba pena. No tenía nada que ofrecer a los chicos más que su físico. No había nada dentro de ella. No había esencia. Estaba vacía.

CAPÍTULO 75

Eva cogió un bolso grande y metió algunas cosas personales en él. Iba a pasar la noche con Adrián, así que le haría falta el cepillo de dientes, el pijama, algo de ropa para el día siguiente...

—Creo que no voy a necesitar el pijama —se dijo a sí misma en tono pícaro. Lo miró unos segundos en la mano—. No, no lo voy a necesitar —se reafirmó.

Adrián iba a encargarse personalmente de que no le diera tiempo a ponérselo.

Aún todo, lo metió en el bolso, por si acaso. Cerró la cremallera y se lo echó al hombro. Cogería el metro, porque aparcar en la calle Alcalá o alrededores a esas horas sería estresante.

Iba por el pasillo cuando se acordó de algo... No iba a utilizar el pijama, pero otra cosa, sí. Se giró sobre sus talones y volvió a la habitación. Dejó el bolso sobre la cama y se dirigió al armario.

Lo abrió y se puso de cuclillas. Sacó el primer cajón y del fondo extrajo la bolsa de Victoria Secret que tanto tiempo había estado relegada en el olvido.

Cuando de nuevo tuvo en la mano el picardías que le habían regalado Sofía y Alexia, sonrió.

—A Adrián le va a encantar —susurró.

Lo guardó en la bolsa y la introdujo a su vez en el bolso. Deprisa, cerró el cajón y el armario y se fue.

Eva bajó las escaleras de la boca del metro con el ánimo por las nubes. A Adrián se le iba a caer la mandíbula al suelo cuando la viera con el picardías. Era una prenda tan sexy... No podía evitarlo; estaba deseando ponérselo para él.

El metro llegaba justo cuando pasaba por el turno. Al verlo, corrió hacia el vagón, que abría en esos momentos las puertas.

Dejó que la gente bajara y finalmente subió. Estaba prácticamente vacío. Solo había una mujer de unos sesenta y cinco años más o menos y dos chicas adolescentes cargadas con las mochilas de clase, que cuchicheaban y se reían sobre algo que estaban viendo en el móvil.

Eva se sentó en una de las esquinas y, como había espacio de sobra, dejó el bolso en el asiento de al lado.

El metro se puso en marcha.

Dos paradas después, Eva se quedó petrificada cuando vio entrar en el vagón a Marcos. Iba acompañado de una chica rubia, esbelta, con el pelo cortado recto a media melena.

Maldita sea, ¿es que me lo tengo que encontrar en todas partes?, se lamentó para sus adentros.

Marcos reparó en Eva de inmediato. Sin dudarlo, se acercó a ella. No iba a dejar pasar la ocasión de molestarla.

—¿Hoy no estás con tu noviecito? —le preguntó—. ¿O es que ya le has aplastado? —se burló.

Eva alzó la mirada. Aunque en un primer momento se sintió intimidada por su presencia, no iba a dejar que volviera a humillarla. Ya había jodido su vida durante demasiado tiempo.

—¿Ni siquiera cuando estás acompañado por una chica dejas de ser un grosero? —le dijo.

—¿Grosero? ¿Por qué soy un grosero? ¿Acaso no estoy diciendo la verdad? —refutó Marcos—. ¿Acaso tú no estás gor...?

Eva no le dejó terminar.

—¿Y dices siempre la verdad? —le cortó.

Marcos frunció el ceño.

—¿De qué cojones hablas? —preguntó desdeñosamente.

—¿Le has dicho a tu acompañante que tienes de caballero lo mismo que yo de monja ursulina? —dijo Eva.

Las adolescentes que estaban en el vagón se echaron a reír ante la ocurrencia de Eva.

—¿Le has dicho que cuando te piden que pares, no solo no paras, sino que encima jodes más, literalmente hablando? —continuó Eva sin cortarse un pelo.

Por fin había entendido que no tenía nada de qué avergonzarse. Era Marcos el que tenía que bajar la cabeza, y ella se iba a encargar de que la bajara.

La acompañante de Marcos giró el rostro hacia él y lo miró con una expresión entre asombro y repugnancia.

—¿Qué está diciendo esta chica? —interrogó.

Marcos mantuvo silencio.

—Estoy diciendo que aquí tu amigo, cuando se te quitan las ganas de follar con él, te fuerza —aseveró, directa como una bala—. Es poco menos que un cavernícola.

—¡¿Qué?! —gritó la chica presa de la indignación.

Marcos se adelantó un paso hacia Eva.

—¡¿Cómo te atreves...?! —exclamó.

—¿Estoy mintiendo? —le cortó Eva con voz pausada y mirada desafiante.

Marcos contrajo las mandíbulas y respiró hondo.

—Putta gorda —dijo entre dientes.

—Sí, yo estoy gorda. Quizás me sobren unos kilos... o quizás no, depende de cómo se mire —afirmó, acordándose de las palabras de Adrián.

—Eres un cabrón —se oyó decir a la chica que lo acompañaba.

—¿No le irás a creer? Es mentira. Es una puta mentira —se defendió Marcos.

La chica negó con la cabeza.

—¡Vete a la mierda! —le dijo.

Las puertas del vagón se abrieron, momento que aprovechó la chica para bajarse de él.

—¡Angélica, espera! ¡Espera! —le pidió Marcos, bajándose detrás de ella.

Eva se incorporó ligeramente.

—Y dile también que la tienes como un cacahuete —añadió en tono de burla.

Las dos adolescentes rompieron a reír a carcajadas. Eva volvió el rostro hacia ellas, que alzaron el pulgar en señal de apoyo.

—Muy buena —le dijeron muertas de risa.

La otra mujer que estaba en el vagón también reía, aunque lo hacía de una forma más disimulada.

Eva bajó la cabeza y sonrió para sí.

En un primer momento, al ver a Marcos, había pensado que la vida seguía burlándose de ella. ¿Por qué tenía que volver a verlo? ¿Por qué lo cruzaba en su camino? De pronto lo entendió. Tenía que cerrar un ciclo, una etapa de su vida; la peor etapa de su vida, y acababa de hacerlo; acababa de enterrar al último de sus fantasmas.

CAPÍTULO 76

El timbre sonó.

Adrián cruzó el pasillo y abrió. Se encontró con Eva al otro lado de la puerta.

—Nena, ¿por qué no has dejado que te fuera a buscar? —le preguntó, al tiempo que se inclinaba y le daba un beso.

—Quería darte una sorpresa —respondió Eva.

Adrián le cogió el bolso y se lo puso al hombro. Se echó a un lado y le cedió el paso.

—Me he encontrado a Marcos en el metro —dijo Eva, al entrar en el salón.

Adrián dejó el bolso sobre la mesa.

—¿Te ha insultado? —preguntó en tono serio.

—Lo ha intentado. Pero esta vez no he dejado que me humillara —respondió Eva—. Iba con una chica. Me imagino que sería algún ligue... Pero no creo que quiera volver a saber nada de él.

—¿Le has dicho algo?

—Sí, le he dicho la verdad: que cuando no quieres follar con él te fuerza y que la tiene como un cacahuete.

Adrián abrió los ojos de par en par.

—Que la tiene como un...

No pudo terminar la frase, estalló en un coro de risas.

—Eres tremenda, nena —dijo, sin poder parar de reír—. En serio, eres tremenda.

Eva fijó la mirada en los ojos de Adrián y se mordió el labio inferior.

—Dejemos de hablar de Marcos —dijo—. Hay cosas más importantes de las que hablar y cosas más importantes que hacer... —agregó con doble intención. Adrián levantó una ceja en un gesto elocuente—. Tengo una sorpresa.

—Me gustan las sorpresas.

—Creo que esta te va a encantar.

—Estoy completamente seguro de ello.

Eva abrió el bolso con el pequeño equipaje que había llevado y cogió la bolsa de Victoria Secret. Adrián la observaba sin perder un solo detalle.

Eva pasó a su lado sigilosamente, en silencio le cogió de la mano y lo llevó hasta la habitación.

Adrián comenzó a relamerse. Le excitaba que Eva fuera provocativa. Nunca la había visto así y tenía que reconocer que le encantaba esa nueva versión.

Se dejó llevar.

Cuando entraron, Eva encendió la lámpara de la mesilla. El dormitorio se iluminó con una suave luz de color caramelo.

—¿Me esperas aquí? —le preguntó a Adrián, indicándole que se sentara en el borde de la cama.

—Por supuesto —respondió él.

—No te muevas.

—No me moveré.

Eva se giró despacio y enfiló los pasos hacia el cuarto de baño, bajo la atenta mirada de Adrián, que no apartaba los ojos de ella.

Dentro, se quitó el vestido de punto que llevaba y se puso el picardías. Sé acercó al espejo y se miró en él con cierta reticencia. Sin embargo, algo había cambiado en ella o en su forma de ver las cosas, porque nunca se había sentido tan sexy como en aquel momento.

Se atusó un poco las ondas del pelo y respiró hondo.

—Ya... ya estoy lista —dijo desde el umbral de la puerta.

Adrián, que estaba sentado a los pies de la cama, levantó la vista.

La imagen de Eva con el picardías, envuelta en la tibia luz de la lámpara, le dejó sin aliento. Estaba preciosa; jodidamente preciosa.

—Joder... —masculló, pasándose la mano por la cabeza.

Eva dio un paso hacia adelante.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Ya lo creo que me gusta —murmuró Adrián con deseo. Era incapaz de retirar la vista de ella—. Estás preciosa, Eva. Preciosa —dijo en tono serio. Le tendió la mano—. Acércate —le pidió.

Eva caminó hasta Adrián y le cogió la mano.

—El rosa te queda de muerte, nena —comentó él, contemplándola en todo su esplendor.

Eva estaba nerviosa y comenzó a hablar sin parar, como si le hubieran dado cuerda.

—Me lo regalaron Sofía y Alexia el domingo que quedamos todas las chicas para pasar el día juntas. Yo no quería que me lo regalaran, pero insistieron y cuando me quise dar cuenta...

—Shhh... —susurró Adrián, poniéndose en pie. Eva siguió el movimiento con la mirada—. Luego me lo cuentas. Ahora tenemos mejores cosas que hacer... —sonrió, seductor. Sujetó la barbilla de Eva, se inclinó y la besó.

Sus labios parecían endulzarse con el paso de los días, o esa era la sensación que tenía Adrián.

—Empiezo a ser adicto a tus besos, nena —le dijo con dulzura a ras de la boca.

—Y yo empiezo a ser adicta a ti —musitó Eva.

Un cosquilleo perverso le atravesó el cuerpo cuando notó la mano de Adrián deslizándose por la parte baja de su espalda, cuando la atrajo con fuerza hacia él mientras la otra mano se hundía en las ondas que dibujaba su melena suelta.

Le costaba trabajo respirar al sentir la erección de Adrián contra su vientre. Ya estaba listo. Sus cotas de excitación se dispararon como cohetes.

Madre mía...

El calor comenzó a ser tan intenso que parecía que volaba hacia el sol como el mismísimo Ícaro. Entonces todo el mecanismo se puso en marcha.

Adrián subió las manos por sus muslos, arrastrando con ellas el picardías, que dejó descansar en la cintura. Puso las palmas en sus nalgas y las apretó. Eva gimió excitada.

Después aferró los tirantes de la prenda y los dejó caer por los brazos. Se agachó y hundió la cara en su cuello. Eva ladeó la cabeza para facilitarle el acceso.

—Adrián... —jadeó.

—Te deseo —afirmó él contra la fina piel.

Eva se sintió desfallecer. ¿Cómo podía tener una voz tan sensual?

Adrián la agarró del pelo y tiró ligeramente hacia atrás para buscar su boca, donde regresaron sus labios calientes y desesperados.

Eva comenzó a desabrocharle los botones de la camisa para poder acariciarle el torso. Adrián la ayudó sin dejar de besarla, mientras se giraba y la tumbaba en la cama.

Antes de retomar los besos y las caricias, abrió el cajón de la mesilla y cogió un condón. Rápidamente se lo puso. Después se colocó sobre ella, aplastando su cuerpo contra el colchón.

Las manos de Eva peregrinaron por el torso ya desnudo de Adrián, volviendo a sentir esa fascinación por la definición de sus músculos. Era tan perfecto. Tan suyo...

Casi desesperado, Adrián la penetró de un solo envite. Eva gritó.

—¿Estás bien? —le preguntó Adrián.

—Muy bien —respondió Eva.

—Oh, pequeña mía... —gimió Adrián con pasión, al tiempo que comenzaba a moverse sobre ella.

—Adrián... Mi Adrián...

Adrián dejó caer la cabeza sobre el hombro de Eva mientras entraba y salía de ella aumentando el ritmo de las embestidas.

—Ponte encima de mí —le dijo después de un rato.

Sin que a Eva le diera tiempo a reaccionar, se giró habilidosamente y la colocó sobre sus caderas.

—Muévete, Eva —le pidió con los ojos hambrientos—. Muévete, nena.

Eva obedeció y empezó a deslizarse hacia adelante y hacia atrás, llevada por el instinto y por el placer.

Los ojos de Adrián danzaban por su cuerpo envuelto en el sensual picardías. La visión era excitante y le daba dentelladas a su deseo, que se hacía cada vez más apremiante.

Necesitaba más.

Sujetó a Eva por las caderas y comenzó a moverse para que las penetraciones fueran más profundas; quería llegar al fondo de su ser.

Los sonidos de los gemidos y de los jadeos se mezclaron en un coro melodioso que llenó el aire de la habitación.

El ritmo de ambos se volvió frenético y el clímax llegó como un estallido incontrolable que sacudió sus cuerpos con tanta violencia que Eva tuvo que aferrarse a los hombros de Adrián para no perder el equilibrio.

—¡Joder, Eva! ¡Vas a matarme en uno de estos! —exclamó él con la voz entrecortada.

Eva sonrió mientras se tumbaba sobre su pecho y trataba de regularizar la respiración.

—Te quiero vivo —dijo.

—Te aseguro que estoy vivo. Muy vivo —afirmó Adrián, acariciándole la cabeza. Se inclinó y le dio un beso en la frente.

Eva levantó el rostro hacia Adrián.

—Entonces, ¿te ha gustado el picardías? —le preguntó traviesa.

—¿Tú que crees? Con prendas así, nena, te conviertes en un peligro para mi salud —apuntó Adrián.

Ambos se echaron a reír.

—Al final sí que lo he sacado partido. Pensé que no iba a ponérmelo nunca —comentó Eva.

—¿Por qué no te lo has puesto antes?

Eva carraspeó.

—Bueno, ya sabes... No..., no me sentía cómoda.

—Gracias por ponértelo para mí —dijo Adrián con voz dulce—. Por dejarme verte con él.

—Gracias a ti por darme la confianza suficiente para ponérmelo —le agradeció Eva a su vez—. La verdad es que nunca pensé que un día iba a atreverme a lucirle a un hombre una prenda semejante.

Adrián la estrechó contra su cuerpo y Eva se arrebujo satisfecha contra él.

Epílogo

—Adrián ha preferido no venir —dijo Eva, metiendo un par de libros en una caja—. Quiere evitar a toda costa encontrarse con Rebeca.

—Es lo mejor —apuntó Sofía.

—Sí, lo es. Más que nada para evitar que salgamos en la sección de sucesos del periódico —bromeó Eva. Rieron—. Lo malo es que tú y yo solas tardaremos más en empaquetar todas mis cosas —señaló.

Sofía se giró hacia su amiga.

—¿Quién ha dicho que vamos a estar solas? —dijo.

Eva frunció el ceño. ¿Qué quería decir Sofía?

En esos momentos se escuchó el timbre. Sofía miró a Eva y le sonrió con un gesto lleno de complicidad.

—¿Qué...? —Eva estaba confusa.

—Vamos a abrir —indicó Sofía, tirando de Eva.

Eva abrió la puerta. Al otro lado estaban Alexia y Jimena, dispuestas a ayudarla con la mudanza.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Alexia con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Habéis venido...?

Jimena no dejó terminar la frase a Eva.

—¡A ayudarte! —exclamó—. ¿No pensarías que te íbamos a dejar sola?

—La verdad es que pensé que tendríais cosas que hacer...

—Bah, nada que no se pueda dejar para otro momento —intervino Alexia—. Bueno, ¿por dónde empezamos? —dijo animada.

Eva se quedó mirándolas.

—¡Dios mío!, ¡sois las mejores amigas que se pueden tener! —dijo de pronto.

Se lanzó a ellas con los brazos estirados y abrazó a las tres como buenamente pudo.

—Y las mejores cuñadas —añadió Sofía—, que no se te olvide.

—Es verdad, y las mejores cuñadas —repitió Eva.

Todas se echaron a reír.

Rebeca apareció en el pasillo, rompiendo en cierta manera la magia del momento. Todo quedó en silencio. Pasó al lado de las chicas sin decir nada, mirándolas como si le deberían algo, y sin despedirse siquiera, se fue.

—¿Siempre tiene esa cara de acelga? —preguntó Alexia cuando Rebeca cerró la puerta a su espalda.

—Sí —respondió Eva.

—Qué vida más triste tiene que tener —apostilló Jimena.

—Alguien debería decirle que ría un poco más —dijo Alexia.

—Uy, no, no, que le salen arrugas —se burló Eva.

Volvieron a reír, tiñendo de nuevo el ambiente de complicidad y buen rollo.

Apenas un minuto después, estaban manos a la obra, metiendo todas las cosas de Eva en las cajas.

—¿Estás emocionada? —le preguntó Jimena.

—Mucho —respondió Eva—. Además, todo está siendo tan rápido que me da vértigo. El lunes estaba corriendo hacia el aeropuerto para tratar de que Adrián no se fuera a Nueva York para siempre y unos días después estoy mudándome a su casa para vivir con él.

Sacudió la cabeza, todavía con algo de incredulidad.

—¿Y para cuándo la boda? —bromeó Alexia, al tiempo que se inclinaba y colocaba en una caja unos CD's.

—Para eso todavía falta mucho —dijo Eva—. ¡Si ni siquiera conocemos a nuestros respectivos padres!

—¿No? —intervino Jimena.

—No. Adrián va a conocer a los míos este *finde*, que nos vamos a Alicante, y la próxima semana yo conoceré a los suyos —explicó Eva—. Los conozco de vista, eso sí, pero no es lo mismo, claro.

—A mí me parece que Adrián y tú hacéis una pareja perfecta —comentó Jimena.

Alargó la mano y le pasó a Eva los últimos libros que había en la estantería.

—Bueno, no sé si hacemos una pareja perfecta —refutó Eva con humildad. Se encogió de hombros—. Pero sí que somos una pareja atípica.

—Sois perfecta —atajó Jimena.

Eva se acordó de algo.

—Por cierto, ¿sabéis que el picardías que me regalasteis ha causado sensación? —comentó, mirando de reojo a Sofía.

Ahora se sentía libre de poder decirlo. Además, le apetecía mucho compartirlo con sus amigas. Ese tipo de confianzas era algo que nunca había hecho antes, por culpa de los fantasmas del pasado.

Sofía le devolvió el gesto en silencio.

—¿No me digas?! —dijo Alexia.

—Sí, sí —afirmó Eva.

—A Adrián se le salieron los ojos de las órbitas cuando te vio con él, ¿verdad?

—Casi, casi —rio Eva.

—Si es que es precioso y súper sexy —opinó Jimena—. Puedo imaginarme su cara y también lo que pasó después.

—Jimena —dijo Alexia, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, eso no me lo imagino —aclaró Jimena—. Lo que quiero decir es que no es difícil adivinar qué pasó después. No seáis mal pensadas, ¡jelines!

Un coro de carcajadas llenó el aire.

Las chicas ayudaron a Eva a meter la última caja en el coche.

—Muchas gracias —les dijo—. No sé cómo os lo voy a pagar.

—Nada de gracias —se adelantó a decir Sofía—. Esto se paga con una cenita —sugirió.

—¡Oye, es una buena idea! —dijo Eva, parándose unos segundos a pensar en ello—. Le diré a Adrián que preparemos una para el sábado de la semana que viene. ¿Qué os parece?

—Perfecto —respondieron todas.

—Tú y Leonardo también estáis invitados, por supuesto —dijo, dirigiéndose a Jimena—. Que con tanto Montenegro parece una reunión familiar.

—Lo daba por hecho —apuntó Jimena—. Y si no nos hubieras invitado, nos habiéramos autoinvitado nosotros mismos —dijo en tono de broma—. Ya sabes que donde hay confianza da asco.

—Bueno, me voy, que Adrián ya está esperándome en casa.

A Eva le sonó raro decir aquel «casa», pero es que desde ese momento era su casa.

—Corre —dijo Sofía.

Eva se subió al coche, arrancó y se fue calle abajo mientras veía por el espejo retrovisor como Sofía, Alexia y Jimena le decían adiós con la mano.

Son maravillosas, pensó.

Eva salió del ascensor y tocó el timbre.

No sabía muy bien la razón, pero estaba nerviosa. Quizás porque los últimos días estaba sintiendo muchas emociones de golpe, y todas buenas.

Oyó los pasos de Adrián acercarse.

—Bienvenida a casa —le dijo con una cálida sonrisa, nada más de abrir la puerta.

—Gracias —respondió Eva.

Adrián se inclinó y la abrazó.

—Tenía muchas ganas de que estuvieras ya aquí.

—Y yo de venir.

—Pasa —indicó Adrián.

Se apartó a un lado y le cedió el paso a Eva.

—¿Os ha dado tiempo a recogerlo todo?

—Sí. Hemos contado con la ayuda de Alexia y de Jimena, que se han presentado en casa por sorpresa.

—Genial —dijo Adrián—. Me alegro de que no tengas que volver, porque no quiero que haya ningún tipo de contacto con Rebeca. Esa tía no me gusta nada.

—Tranquilo, todo está bien —afirmó Eva, ya en el salón.

Adrián cogió de encima de la mesa las llaves que tenía preparadas para ella.

—Esto es para ti —le dijo a Eva.

Estiró el brazo y se las ofreció.

—Gracias —dijo ella, cogiéndolas.

—He comprado para tu Mini la plaza de garaje que está al lado de la mía —dijo Adrián.

—Oh, Dios... Gracias —murmuró Eva con la voz afectada.

—Hey, nena, ¿qué pasa? —le preguntó Adrián, al reparar en que tenía los ojos vidriosos—. ¿Estás bien?

—Muy bien. Mejor que *muy bien* —respondió Eva.

—¿Entonces?

Adrián le acarició la mejilla.

—Es que estoy emocionada... Me parece mentira que vaya a vivir contigo, Adrián. ¡Qué esté contigo! Después de todo lo que ha pasado, de mis fantasmas, de lo que he tenido que superar... De que lo he superado gracias a ti... —Eva alzó los hombros—. No sé... Son muchas emociones.

Adrián la miró con ojos indulgentes.

—Ven aquí, anda —susurró, estrechándola contra sí. Apoyó la barbilla sobre su cabeza en un gesto de

protección—. Te quiero, Eva. Te quiero mucho —dijo, apretándola con fuerza—. Y me hace muy feliz que estés aquí.

—Y yo te quiero a ti, Adrián. Te quiero con toda el alma.

Adrián le cogió el rostro entre las manos, se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

—¿Qué te parece si celebramos que vamos a vivir juntos con un poquito de vino? —le preguntó.

—Me parece perfecto —contestó Eva, deslizando las manos por el cuello de Adrián.

—¿Qué prefieres? ¿Vino tinto o vino blanco?

—Te prefiero a ti —atajó Eva con los ojos brillantes—. Has sido, eres y siempre serás mi sabor preferido —dijo.

Una sonrisa asomó a los labios de Adrián.

—Y tú eres el mío —afirmó—. Nunca he probado a nadie tan dulce como tú. Nunca. —La besó de nuevo—. Voy a por el vino —dijo después.

Eva dio media vuelta y fue hacia la terraza. Cruzó los brazos y se los acarició de arriba abajo mientras observaba las vistas que había al otro lado de los cristales.

La noche caía sobre Madrid, envolviendo la atmósfera de esa magia que le confería el anochecer. Los edificios y la mismísima Puerta de Alcalá parecían bañados en oro líquido.

Un par de minutos más tarde, Adrián se presentó en el salón con una botella de Ribera del Duero y dos copas. Quitó el corcho y vertió un par de dedos de vino en cada una de ellas.

Se acercó a Eva.

—Toma —le dijo, tendiéndole la copa.

Eva la cogió.

—Gracias.

Adrián levantó la suya.

—Por nosotros —brindó con voz seductora.

—Por nosotros —dijo Eva, chocando su copa con la de Adrián.

Ambos bebieron mientras se miraban cómplices y sonrientes por encima del borde del cristal.

—Te amo —susurró Adrián.

—Y yo a ti —murmuró Eva, feliz. Se sentía como si estuviera flotando.

Se acercaron el uno al otro y se fundieron en un beso suave y sensual.

La silueta de sus figuras se recortaba contra el cielo crepuscular de Madrid, dejando adivinar la preciosa estampa de una pareja de enamorados.

—Se me olvidaba... —dijo Eva, dejando la copa sobre la mesa—. He comprado una cosa.

—No tenías que haber comprado nada —se adelantó a decir Adrián.

—Yo creo que sí —repuso Eva, guiñándole un ojo.

Ante la atenta mirada de Adrián, Eva se acercó al bolso y sacó un paquete.

—Ábrelo —indicó, tendiéndoselo a Adrián.

Adrián lo cogió y rasgó el papel de regalo que lo envolvía. No pudo evitar esbozar una sonrisa cuando vio lo que era. Los ojos le brillaron.

—Sábanas de satén rojo... —murmuró.

—Te las debía —dijo Eva, sonriente.

—Nunca dejas de sorprenderme, nena. Nunca —apuntó Adrián. Parecía asombrado. Amplió la sonrisa en los labios. Sin soltar el paquete, aferró la mano de Eva y tiró de ella—. Lo mejor será estrenarlas cuanto antes —dijo con voz lujuriosa mientras la arrastraba con él.

Eva rio seductora y se dejó llevar.

La noche iba a ser muy larga.

